Benjamin Constant

LOS AMORES INCONSTANTES

Adolphe, Cécile, Amélie y Germaine, El cuaderno rojo

PERIFÉRICA



LARGO RECORRIDO, 216

Benjamin Constant

LOS AMORES INCONSTANTES

TRADUCCIÓN DE MANUEL ARRANZ

Adolphe

Cécile

Amélie y Germaine

El cuaderno rojo

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2025
TÍTULOS ORIGINALES DE LAS OBRAS DE ESTE VOLUMEN: *Adolphe,*
Cécile,
Amélie et Germaine, Le Cahier rouge

© de la traducción y los posfacios, Manuel Arranz, 2025
© de esta edición, Editorial Periférica, 2025. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-10171-67-1

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

ADOLPHE

HISTORIA ENCONTRADA

ENTRE LOS PAPELES DE UN DESCONOCIDO

NOTA DEL EDITOR

Hace muchos años hice un viaje a Italia. Me detuve en una posada de Cerenza, pueblecito de Calabria, porque el Neto se había desbordado; en la misma posada se encontraba un extranjero obligado a permanecer allí por la misma causa. Era un hombre silencioso y parecía triste. No mostraba ninguna impaciencia. Como era la única persona con quien hablar en aquel lugar, de cuando en cuando me lamentaba del retraso que aquello significaba para nuestro viaje. «Me da igual –me respondió– estar aquí o en cualquier otra parte.» Nuestro hospedero, que había estado hablando con un criado napolitano al servicio de aquel extranjero sin saber su nombre, me dijo que no viajaba por curiosidad, pues no visitaba ni las ruinas, ni los paisajes, ni los monumentos, ni a los hombres. Leía mucho, pero nunca de forma continuada; se paseaba por la tarde, siempre solo, y a menudo se pasaba días enteros sentado, inmóvil, con la cabeza apoyada en las manos.

Cuando se restablecieron las comunicaciones y ya podíamos partir, aquel extranjero cayó muy enfermo. Consideré un deber de

humanidad prolongar mi estancia junto a él para atenderlo. No había en Cerenza más que un médico de pueblo y decidí enviar a alguien a Cosenza en busca de una ayuda más eficaz. «No vale la pena –me dijo el extranjero–. Este hombre es precisamente el que necesito.» Tenía razón, seguramente más de lo que él mismo había pensado, pues aquel médico lo curó. «No os imaginaba tan hábil», le dijo con humor al despedirse de él; luego me agradeció los cuidados y partió.

Varios meses después recibí, en Nápoles, una carta del hospedero de Cerenza, con una cajita que habían encontrado en el camino que conduce a Strongoli, camino que el extranjero y yo habíamos tomado, aunque por separado. El hospedero estaba seguro de que pertenecía a uno de nosotros dos. Contenía muchas cartas muy antiguas, sin direcciones, o con las direcciones y las firmas borradas, un retrato de mujer y un cuaderno que incluía el relato o la historia que van a leer. El extranjero, propietario de aquellos efectos, no me había proporcionado, cuando nos despedimos, ningún medio para escribirle, así que los conservé durante diez años, indeciso sobre el uso que debía darles, cuando, hablándole de ello por casualidad a algunas personas en una ciudad de Alemania, una de ellas me pidió insistentemente que le confiara el manuscrito del que era depositario. Al cabo de ocho días, me devolvieron aquel manuscrito junto con una carta que he puesto al final de este relato, porque no se entendería si se leyera antes de conocer la historia misma.

Aquella carta me decidió a publicar este relato, convencido de que no puede ofender ni comprometer a nadie. No he cambiado ni una sola palabra del original; ni siquiera la supresión de los nombres

propios es mía: estaban indicados, como lo siguen estando, por las letras iniciales.

CAPÍTULO I

A mis veintidós años, acababa de terminar mis estudios en la universidad de Gotinga. La intención de mi padre, ministro del elector de ***, era que recorriera los países más sobresalientes de Europa. A mi regreso, su intención era meterme en el departamento que él dirigía y prepararme para que un día lo reemplazara. Yo había logrado, gracias a un trabajo pertinaz, en medio de una vida muy disipada, algunos éxitos que me habían distinguido de mis compañeros de estudio y que habían hecho a mi padre abrigar esperanzas probablemente muy exageradas sobre mi persona.

Aquellas esperanzas lo habían vuelto muy indulgente con muchos de los errores que yo había cometido. Nunca me hizo sentir las consecuencias de aquellas faltas. Siempre había cedido a mis ruegos, algunas veces incluso se había adelantado a ellos.

Desgraciadamente, su conducta era más noble y generosa que tierna. Yo sabía que él tenía todo el derecho a exigirme gratitud y respeto, pero jamás existió confianza entre nosotros. Había en su temperamento un punto de ironía que se avenía mal con mi carácter.

Yo no pensaba entonces más que en entregarme a aquellos impulsos primitivos e impetuosos que arrojan el alma fuera de los caminos trillados y le inspiran desprecio por todo lo que la rodea. Yo encontraba en mi padre no a un censor, sino a un observador frío y cáustico que primero sonreía lleno de conmiseración y que acto seguido terminaba la conversación con impaciencia. No recuerdo, durante mis primeros dieciocho años de vida, haber tenido una charla de una hora con él. Sus cartas eran cariñosas, llenas de consejos sensatos y afectuosos, pero, apenas nos encontrábamos el uno en presencia del otro, había en él algo embarazoso que no podía explicarme y que provocaba en mí una reacción penosa. A la sazón yo no sabía lo que era la timidez, ese sufrimiento interior que nos persigue hasta en la edad más avanzada, que hace que reprimamos nuestras emociones más profundas, que congela nuestras palabras, que, distorsionando en nuestra boca cuanto tratamos de decir, no nos permite expresarnos más que mediante frases vagas o una ironía más o menos amarga, como si quisiésemos vengarnos de nuestros sentimientos por el dolor que experimentamos al no poderlos exteriorizar. Yo no sabía que, incluso con su hijo, mi padre era tímido y que a menudo, después de haber esperado de mí durante mucho tiempo alguna muestra de afecto que su aparente frialdad parecía prohibirme, me dejaba con los ojos arrasados en lágrimas y se quejaba a otros de que yo no le quería.

La intimidación que sentía en su presencia tuvo una gran influencia en mi carácter. Tan tímido como él pero más nervioso, porque yo era más joven, me acostumbré a guardarme mis sentimientos, a no hacer más que planes solitarios, a no contar más que conmigo para su ejecución, a considerar los consejos, el interés,

la ayuda y hasta la mera presencia de los demás como una molestia y como un obstáculo. Adquirí el hábito de no hablar jamás de aquello que estaba haciendo, de participar en las conversaciones sólo como una necesidad inoportuna y animarlas entonces con incesantes bromas que me las hacían menos fatigosas y que me ayudaban a ocultar mis verdaderos pensamientos. De ahí proviene que no me relaje nunca, algo que todavía hoy mis amigos me reprochan, y una dificultad para conversar con seriedad que siempre me ha costado mucho superar. Aquello provocó en mí al mismo tiempo un ardiente deseo de independencia, una gran impaciencia con respecto a los vínculos que tenía y un invencible miedo a contraer otros nuevos. Únicamente me encontraba a gusto cuando estaba solo, e incluso hoy en día es tal el efecto de esta disposición de mi ánimo que, en las circunstancias más insignificantes, cuando debo elegir entre dos opciones, la presencia humana me turba y mi reacción natural es huir de ella para poder deliberar en paz. Sin embargo, carecía del profundo egoísmo que semejante carácter parecía anunciar: aun interesándome exclusivamente en mí, ese interés era muy débil. Tenía en el fondo de mi corazón una necesidad sentimental de la que no me daba cuenta, pero que, al no encontrar cómo satisfacerse, me apartaba sucesivamente de todo aquello que atraía mi curiosidad. Esta indiferencia hacia todo se fue incluso acrecentando por la idea de la muerte, idea que me había impresionado muy joven y que los hombres suelen soslayar, cosa que no puedo entender. A los diecisiete años había visto morir a una mujer mayor, cuyo espíritu, notable y extravagante, había empezado a modelar el mío. Aquella mujer, como tantas otras, en su juventud se había lanzado, con una gran fortaleza de ánimo y unas facultades

realmente imponentes, a un mundo que desconocía. Como tantas otras también, sin plegarse a los convencionalismos artificiales pero necesarios y viendo truncadas sus esperanzas había pasado su juventud sin pena ni gloria, y finalmente la vejez se había apoderado de ella sin someterla. Vivía en un castillo vecino a una de nuestras propiedades, insatisfecha y retirada, con su inteligencia como único recurso y analizándolo todo con ella. Durante casi un año, en nuestras interminables conversaciones, examinamos la vida en todos sus aspectos y la muerte siempre como término de todo, y, después de haber hablado tanto de la muerte, vi cómo ésta se la llevaba a ella delante de mí.

Aquel suceso me llenó de un sentimiento de incertidumbre sobre el destino y de una vaga ensoñación que no me abandonaría nunca. Leía preferentemente a los poetas que recordaban la brevedad de la vida humana. Me parecía que no merecía la pena hacer ningún esfuerzo para conseguir nada. Y es bastante curioso que aquella impresión sólo se debilitara precisamente a medida que he ido acumulando años. ¿Será porque en la esperanza hay algo sospechoso y porque, cuando se retira del curso de la vida del hombre, esta vida adquiere un carácter más severo pero también más positivo? ¿Será que la vida parece más real cuando desaparecen todas las ilusiones al igual que la cima de los cerros se dibuja mejor en el horizonte cuando las nubes se disipan?

Después de abandonar Gotinga me dirigí a la pequeña ciudad de D***. Esta ciudad era la residencia de un príncipe que, como la mayoría de los príncipes de Alemania, gobernaba con benignidad una región muy poco extensa, protegía a los hombres ilustrados que fijaban en ella su residencia, dejaba que todas las opiniones

circularan con completa libertad. Sin embargo, limitado por tradición al entorno de sus cortesanos, se rodeaba sólo de hombres en su mayor parte insignificantes o mediocres. En aquella sociedad se me recibió con la curiosidad que inspira instintivamente cualquier extranjero que viene a romper el círculo de la monotonía y de la etiqueta. Durante algunos meses no vi nada que pudiera cautivar mi atención. Estaba agradecido por las atenciones que recibía, pero, fuera porque mi timidez me impedía aprovecharlas, o fuera por la fatiga de una agitación sin sentido, prefería la soledad a los insípidos placeres a los que se me invitaba a participar. No sentía animadversión contra nadie, aunque pocas personas me inspiraban interés; pero los hombres se ofenden por la indiferencia, pues la atribuyen a la mala voluntad o a la afectación, y se niegan a creer que uno sencillamente se aburre con ellos. En ocasiones, trataba de contener mi tedio y me refugiaba en un silencio profundo que tomaban por desprecio. Otras veces, cansado yo mismo de mi silencio, me abandonaba a algunas bromas, y entonces mi ingenio me arrastraba más allá de toda moderación. Descubría en un solo día todas las ridiculeces que había observado durante un mes. Los confidentes de mis súbitas e involuntarias efusiones no me demostraban ningún agradecimiento por ello, y tenían razón, pues era la necesidad de hablar la que me empujaba a hacerlo, y no la confianza. En mis conversaciones con aquella mujer, la primera que había hecho fructificar mis ideas, desarrollé una insuperable aversión por todos los lugares comunes y las fórmulas dogmáticas. Así pues, en cuanto oía a los mediocres disertar con aire de satisfacción sobre los principios bien arraigados, inmutables en asuntos de moral, de decoro o de religión, cosas que suelen colocar al mismo nivel, me

sentía impelido a contradecirlos, no porque yo tuviera opiniones opuestas, sino porque me impacientaban sus convicciones, tan firmes y solemnes. Por lo demás, no sé qué instinto me advertía de que no me fiara de aquellos axiomas generales sin excepciones ni matices. Los necios hacen de su moral una masa compacta e indivisible para que se mezcle lo menos posible con sus actos y los deje libres en todos los pormenores.

Con aquella conducta pronto conseguí una gran reputación de veleidoso, burlón y malvado. Mis amargas palabras se consideraron la prueba de un alma rencorosa; mis bromas, un atentado contra cualquier cosa respetable. Aquellos de quienes, con torpeza, me había burlado hicieron fácilmente causa común con los principios que me acusaban de poner en duda: puesto que, sin quererlo, los había hecho reír a unos a expensas de los otros, todos se unieron contra mí. Se diría que, al revelar su ridiculez, traicionaba la confianza que habían puesto en mí; se diría que, al mostrarse en mi presencia tal y como eran, contaban con mi promesa de guardar silencio, pero yo no era consciente de haber aceptado un pacto tan oneroso. Ellos habían disfrutado dando rienda suelta a sus opiniones, mientras yo me deleitaba observándolos y describiéndolos, y lo que ellos llamaban *perfidia* me parecía una compensación de todo punto inocente y muy legítima.

No quiero justificarme aquí: hace tiempo que renuncié a ese recurso frívolo y fácil de una mente sin experiencia; ahora que me encuentro al abrigo del mundo, sencillamente quiero decir, y lo hago más pensando en otros que en mí mismo, que hace falta tiempo para acostumbrarse a la especie humana, teniendo en cuenta lo que el interés, la afectación, la vanidad y el miedo han hecho de ella. La

admiración de la primera juventud por el aspecto de una sociedad tan artificial y compleja anuncia más bien un corazón natural que un espíritu malvado. Esta sociedad, por lo demás, no tiene nada que temer: pesa tanto en nosotros –su inexorable influencia es tan fuerte– que no tarda en moldearnos conforme al modelo universal. Entonces ya sólo nos sorprende nuestro antiguo asombro y nos encontramos cómodos en nuestra nueva forma del mismo modo en que acabamos por respirar sin dificultad en un espectáculo atestado de gente, mientras que al entrar lo hacíamos con esfuerzo.

Si algunos escapan a este destino general, ocultan en su interior su secreta disidencia; perciben en la mayoría de los ridículos el germen de los vicios: dejan de bromear, pues el desprecio sustituye a la burla y, además, es silencioso.

Así pues, en la pequeña sociedad que me rodeaba, cundió una vaga inquietud sobre mi carácter. No se me podía achacar ningún acto reprobable, como tampoco se podían poner en duda acciones mías que parecían dictadas por la generosidad o la abnegación. Sin embargo, se rumoreaba que yo era un hombre inmoral, un hombre poco de fiar: dos epítetos felizmente inventados para insinuar hechos que se ignoran y dejar adivinar lo que no se sabe.

CAPÍTULO II

Distraído, ausente, aburrido, no me daba cuenta de la impresión que producía y repartía mi tiempo entre algunos estudios que interrumpía a menudo, proyectos que no llegaba a ejecutar, placeres que no me interesaban en absoluto, cuando una circunstancia, muy frívola en apariencia, produjo en mi ánimo una importante revolución.

Un joven con el que yo tenía bastante confianza trataba, desde hacía unos meses, de conquistar a una de las mujeres menos insípidas de nuestro círculo: yo era el confidente desinteresado de su empresa. Después de muchos esfuerzos consiguió finalmente su amor y, como no me había ocultado ni sus reveses ni sus fracasos, se creyó en la obligación de comunicarme sus éxitos: nada igualaba su entusiasmo y sus manifestaciones de alegría. El espectáculo de aquella felicidad me hizo lamentar no haberla probado yo todavía; hasta entonces no había tenido ninguna relación sentimental que pudiera halagar mi amor propio; ante mis ojos se abría un nuevo futuro; en el fondo de mi corazón surgía una nueva necesidad. En

aquella necesidad había mucho de vanidad, sin duda, pero no sólo había vanidad, incluso puede que hubiera menos de la que yo pensaba. Los sentimientos de los hombres son confusos y están mezclados; se componen de una multitud de impresiones diferentes que escapan a la observación, y las palabras, siempre demasiado torpes y generales, pueden servir bien para nombrarlos, pero jamás para definirlos.

En casa de mi padre yo había adoptado con las mujeres una actitud bastante inmoral. Mi padre, aunque observaba estrictamente las normas del decoro, se permitía con bastante frecuencia comentarios jocosos sobre las relaciones amorosas: las consideraba diversiones, si no permitidas, al menos excusables, y el matrimonio era la única relación seria que contemplaba. Tenía por principio que un joven debía evitar cuidadosamente hacer lo que se llama una *locura*, es decir, contraer una relación duradera con una persona que no fuese su igual en razón de su fortuna, su nacimiento y sus privilegios externos; pero, en cuanto a lo demás, le parecía que a todas las mujeres, mientras la cuestión no fuera casarse con ellas, se las podía seducir y luego abandonar sin inconveniente alguno, y yo lo había visto sonreír con una especie de aprobación al escuchar la parodia de un conocido dicho: «¡Les hace tan poco daño y a nosotros nos causa tanto placer!».

No se sabe la profunda impresión que causan estas palabras en la primera juventud ni lo mucho que, a una edad en que todas las opiniones son todavía inciertas y vacilantes, los niños se extrañan al ver contradecir, mediante bromas que todo el mundo aplaude, los principios que tratan de inculcarles. Esos principios se convierten a sus ojos en fórmulas banales que sus padres han acordado repetirles

para descargar su conciencia, mientras que las bromas les parecen encerrar el verdadero secreto de la vida.

Atormentado por una vaga emoción, quería ser amado, me decía, y buscaba a mi alrededor, mas no veía a nadie que me inspirara amor, a nadie que me pareciera susceptible de entregarse a él. Examinaba mi corazón y mis gustos, pero no sentía ninguna inclinación por nada. Me encontraba en aquel estado de desasosiego cuando conocí al conde de P***, hombre de cuarenta años cuya familia estaba emparentada con la mía. Me propuso que fuera a hacerle una visita. ¡Desgraciada visita! Estaba en su casa su amante, una polaca célebre por su belleza, aunque no estuviera ya en la flor de la vida. Aquella mujer, a pesar de su desventajosa situación, en varias ocasiones había hecho gala de un carácter distinguido. Su familia, muy conocida en Polonia, se había arruinado con los disturbios de aquel país. A su padre lo habían proscrito; su madre había tenido que ir a buscar asilo a Francia y había llevado consigo a su hija, a la que había dejado, a su muerte, en un completo abandono. El conde de P*** se había enamorado de ella. Nunca llegué a saber cómo se había formado una relación que, cuando vi por vez primera a Ellénore, ya estaba desde hacía tiempo consolidada y, por decirlo así, consagrada. ¿Era la fatalidad de su situación, o acaso la inexperiencia de su edad, lo que la había arrojado a una condición que repugnaba por igual su educación, sus costumbres y su orgullo, que era una parte importante de su temperamento? Lo que yo sé, lo que todo el mundo sabía, es que después de que el conde de P*** hubiera perdido su fortuna casi por completo y su libertad estuviera en peligro, Ellénore le había dado tales pruebas de abnegación, había rechazado con tanto

desprecio las ofertas más suculentas, había compartido su infortunio y su pobreza con tanto celo, e incluso alegría, que la severidad más escrupulosa no podía sino hacer justicia a la pureza de sus motivos y al desinterés de su conducta. Gracias a sus gestiones, a su valor, a su sentido común, a los sacrificios de toda clase que había tenido que soportar sin quejarse, su amante había podido recuperar una parte de sus bienes. Habían fijado su residencia en D*** para seguir un proceso que podía devolver al conde de P*** su antigua fortuna y contaban con permanecer allí aproximadamente dos años.

Ellénore tenía una inteligencia normal, pero la claridad de sus ideas, así como su manera de expresarlas, siempre sencilla, sorprendían en ocasiones por su nobleza y sus sentimientos elevados. Tenía muchos prejuicios, pero todos ellos eran contrarios a sus intereses. Concedía mucho valor a una conducta intachable, precisamente porque la suya no lo era en sentido estricto. Era muy religiosa porque la religión condenaba con rigor la vida que llevaba. En las conversaciones rechazaba severamente todo aquello que a otras mujeres les habrían parecido meras bromas inocentes, ya que siempre temía que, dada su situación, le hicieran reproches. Le habría gustado no recibir en su casa más que a hombres de alto rango y de costumbres intachables porque las mujeres con las que temía que la compararan tienen habitualmente unas amistades muy variadas y, resignándose a perder su reputación, no buscan en sus relaciones sino la diversión. Ellénore, en una palabra, estaba en lucha constante con su destino. Reaccionaba, por decirlo así, con todos sus actos y sus palabras contra la clase de mujeres en que la habían encasillado y, como se daba cuenta de que la realidad era más poderosa que ella y que sus esfuerzos no cambiarían en nada

su situación, era muy desgraciada. Criaba con una austeridad excesiva a dos niños que había tenido con el conde de P***. En ocasiones se habría dicho que una rebeldía secreta se mezclaba con el cariño, más apasionado que tierno, que les demostraba, y que le resultaban en cierto modo inoportunos. Cuando con buena intención le hacían algún comentario sobre lo crecidos que estaban, la inteligencia que prometían tener o la carrera que elegirían, se la veía palidecer ante la idea de que un día tendría que confesarles su origen. Pero el menor peligro, una hora de ausencia, la devolvía a ellos con una ansiedad entreverada con una especie de remordimiento y el deseo de proporcionarles con sus caricias la felicidad que ella misma no encontraba. Esta contradicción entre sus sentimientos y el lugar que ella ocupaba en el mundo le hacía tener un humor muy inestable. A menudo se la veía pensativa y taciturna; en ocasiones hablaba atropelladamente. Dado que la atormentaba una idea concreta, en medio de la conversación más general, nunca estaba perfectamente tranquila. Pero, por esa misma razón, había en su comportamiento un brío inopinado que la hacía más mordaz de lo que habría debido de ser por naturaleza. La singularidad de su situación suplía en ella la novedad de las ideas. Se la contemplaba con interés y curiosidad, como si fuera una gran tormenta.

Expuesta a mis miradas en un momento en que mi corazón tenía necesidad de amor, y mi vanidad, de éxito, Ellénore me pareció una conquista digna de mí. Ella misma encontraba agradable la compañía de un hombre diferente a aquellos que había visto hasta entonces. Su círculo estaba compuesto de algunos amigos o parientes de su amante, y de sus mujeres, pues el ascendiente del conde de P*** había conseguido que la recibieran. Los maridos

carecían casi tanto de sentimientos como de ideas; las esposas sólo se distinguían de ellos por una mediocridad más inquieta y nerviosa, ya que no tenían, al contrario de ellos, esa tranquilidad de ánimo que es consecuencia de las ocupaciones diarias. Una jovialidad más ligera, una conversación más variada, una particular mezcla de melancolía y de alegría, de desánimo e interés, de entusiasmo y de ironía sorprendieron y atrajeron a Ellénore. Ella hablaba varias lenguas, imperfectamente, es cierto, pero siempre con vivacidad y en ocasiones hasta con gracia. Sus ideas parecían abrirse paso a través de los obstáculos y salir de aquella lucha felices, más ingenuas y nuevas, pues los idiomas extranjeros rejuvenecen los pensamientos y los liberan de esos giros que los hacen parecer vulgares y afectados. Juntos leíamos a los poetas ingleses y nos paseábamos. A menudo iba a verla por la mañana y de nuevo por la tarde; charlábamos de mil asuntos.

Tenía la intención de estudiar su carácter y su inteligencia como si fuera un observador frío e imparcial, pero cada palabra que ella pronunciaba me parecía contener una gracia inexplicable. El deseo de agradarle, que daba un nuevo interés a mi vida, animaba mi existencia de una manera inusitada, un efecto casi mágico que yo atribuía a su encanto y del que habría gozado más todavía sin el compromiso que había adquirido con mi amor propio. Aquel amor propio era el tercero en discordia entre Ellénore y yo. Me sentía como obligado a dirigirme a marchas forzadas hacia el objetivo que me había propuesto y no sin reserva me entregaba a mis emociones. Deseaba hablarle, pues estaba convencido de que sólo tenía que hablar para tener éxito. No es que creyera estar enamorado de Ellénore, pero no podía resignarme a no gustarle. Ella ocupaba mi

mente a todas horas: hacía mil proyectos, inventaba mil medios de conquistarla, con esa fatuidad sin experiencia que se cree muy segura porque todavía no ha intentado nada.

Sin embargo, una invencible timidez me paralizaba: todos mis discursos expiraban en mis labios o terminaban de modo distinto a como yo había planeado. Me debatía interiormente: estaba indignado contra mí mismo.

Buscaba cómo salir con dignidad de aquella lucha. Me dije que no había que precipitar nada, que Ellénore no estaba suficientemente preparada para la confesión que yo pensaba hacerle y que era preferible seguir esperando. Para vivir en paz con nosotros mismos, casi siempre disfrazamos de cálculos y de estrategia nuestra impotencia o nuestras debilidades, algo que satisface esa parte de nosotros que es, por decirlo así, espectadora de la otra.

Esta situación se prolongó. A diario dejaba para el día siguiente el momento de una declaración definitiva, y el día siguiente pasaba como el anterior. Mi timidez me abandonaba en cuanto me alejaba de Ellénore. Entonces retomaba mis astutos planes y mis elaboradas maniobras, pero, apenas volvía a encontrarme a su lado, de nuevo me sentía indeciso y me ponía nervioso. Cualquiera que, en ausencia de Ellénore, hubiese leído mi corazón me habría tomado por un seductor frío y poco sensible; cualquiera que me hubiera visto a su lado habría pensado que era un amante novato, torpe y apasionado. Y ambos se habrían equivocado igualmente: el hombre es ambivalente por naturaleza, y nadie es completamente sincero ni completamente falso.

Convencido por aquellas reiteradas experiencias de que jamás tendría el valor de hablar a Ellénore, me decidí a escribirle. El conde

de P*** estaba ausente. Los combates que había estado librando tanto tiempo contra mi propio temperamento, la impaciencia que sentía por no haber podido superarlo, mi incertidumbre sobre el éxito de mi tentativa, pusieron en mi carta una emoción que se parecía mucho al amor. Enardecido como estaba por mi propio estilo, sentí, al terminar de escribir, algo de la pasión que había tratado de expresar con todas mis fuerzas.

Ellénore vio en mi carta lo que era natural que viera, el entusiasmo pasajero de un hombre que tenía diez años menos que ella, un hombre cuyo corazón se abría a sentimientos que le eran todavía desconocidos y que merecía más compasión que despecho. Me respondió bondadosamente, me dio algunos afectuosos consejos, me ofreció una sincera amistad, pero me comunicó que, hasta que volviera el conde de P***, no podría volverme a ver.

Aquella respuesta me desquició. Mi imaginación, irritándose contra el obstáculo, se adueñó de toda mi existencia. El amor que una hora antes había sabido fingir, proeza de la que me contratulaba, de repente me pareció que lo sentía de una forma violenta. Corrí a casa de Ellénore; me dijeron que había salido. Le escribí, le supliqué que me concediera una última entrevista, le pinté de una forma desgarradora mi desesperación y las funestas ideas que me inspiraba su cruel decisión. Durante una gran parte del día, esperé en vano una respuesta. Sólo conseguía calmar mi indecible sufrimiento repitiéndome que al día siguiente desafiaría todas las dificultades para llegar hasta Ellénore y hablarle. Por la tarde me trajeron algunas palabras suyas: eran amables. Creí ver en ellas un tono de lamentación y de tristeza, pero persistía en su resolución, que me anunciaba como algo inquebrantable. Me presenté de nuevo

en su casa al día siguiente. Se había ido a una casa de campo cuyo nombre ignoraba todo el mundo. Ni siquiera tenían un medio de hacerle llegar las cartas.

Permanecí mucho tiempo en su puerta, sin moverme, sin ocurrírseme ninguna manera de llegar hasta ella. Yo mismo me extrañaba de mi sufrimiento. Mi memoria me recordaba los instantes en que me decía que sólo aspiraba a una conquista, que aquello no era más que una tentativa a la que podía renunciar fácilmente. Nunca me había imaginado aquel dolor agudo, irreprimible, que desgarraba mi corazón. Pasé varios días sumido en aquel estado. Me sentía incapaz tanto de distracciones como de estudio. Merodeaba continuamente ante la puerta de Ellénore. Me paseaba por la ciudad como si al volver una esquina pudiera encontrármela. Una mañana, en una de aquellas correrías sin objeto que servían para transformar mi desasosiego en fatiga, divisé el coche del conde de P***, que volvía de su viaje. Me reconoció y se bajó del coche. Después de algunas frases banales, le hablé, disimulando mi turbación, de la súbita partida de Ellénore. «Sí –me dijo–, una de sus amigas, a algunas leguas de aquí, ha tenido no sé qué desdichado contratiempo y Ellénore pensó que su consuelo podía serle útil. Se fue sin consultarme. Es una persona dominada por los sentimientos, cuya alma, que siempre está activa, encuentra descanso en el sacrificio. Pero su presencia aquí me es muy necesaria; voy a escribirle y volverá seguramente en unos pocos días.»

Aquella promesa me tranquilizó; sentí que mi dolor se mitigaba. Por primera vez desde la marcha de Ellénore pude respirar sin dificultad. Su vuelta se demoró más de lo que esperaba el conde de P***. Pero yo había retomado mi vida de costumbre, y la angustia

que había sentido empezaba a disiparse cuando, al cabo de un mes, el señor de P*** me comunicó que Ellénore llegaría aquella tarde. Dado que el conde de P*** concedía una gran importancia a que ella conservara en sociedad el lugar que por su condición merecía, pero cuya situación parecía negarle, había invitado a cenar a varias mujeres de sus parientes y de sus amistades que habían consentido en ver a Ellénore.

Mis recuerdos reaparecieron, al principio confusos y muy pronto más vivos. Mi amor propio se mezclaba en todo ello. Me sentía avergonzado, humillado, al volver a encontrarme con una mujer que me había tratado como a un niño. Me pareció estar viéndola, sonriendo ante mi presencia al comprobar que una corta ausencia había calmado la pasión de una cabeza joven, y yo creía adivinar en aquella sonrisa una suerte de desprecio por mí. Mis sentimientos se fueron despertando poco a poco. Aquel mismo día me había levantado sin pensar para nada en Ellénore; una hora después de haber recibido la noticia de su llegada, su imagen no me abandonaba, era dueña de mi corazón, y me invadía el miedo a no verla.

Me quedé en casa todo el día; me escondí, por decirlo de algún modo: me estremecía al pensar que el menor movimiento pudiera echar a perder nuestro encuentro. Sin embargo, nada era más simple, más cierto, pero lo deseaba con tanto ardor que me parecía imposible. La impaciencia me devoraba: miraba el reloj continuamente. Tuve que abrir la ventana para poder respirar; me hervía la sangre al circular por mis venas.

Finalmente llegó la hora en la que debía presentarme en casa del conde. Mi impaciencia se transformó súbitamente en timidez; me

vestí despacio, pues ya no tenía ninguna prisa por llegar. Tenía tanto miedo de que mis expectativas se vieran defraudadas, un sentimiento tan vivo del dolor que corría el riesgo de sufrir, que de buena gana habría consentido en aplazarlo todo.

Era bastante tarde cuando entré en casa del señor de P***. Divisé a Ellénore sentada al fondo del salón. No me atreví a acercarme a ella: tenía la impresión de que todo el mundo me miraba. Fui a ocultarme en un rincón, detrás de un grupo de hombres que estaban charlando. Desde allí contemplaba a Ellénore, que me pareció ligeramente cambiada: estaba más pálida que de costumbre. El conde me descubrió en el rincón donde me había refugiado; se acercó a mí, me tomó de la mano y me llevó junto a Ellénore. «Os presento –le dijo riendo– a uno de los hombres a los que vuestra repentina partida sorprendió más.» Ellénore estaba hablando con una mujer que tenía a su lado. Cuando me vio, se quedó con la palabra en la boca; se sobrecogió: yo mismo también lo estaba.

Como podían escucharnos, dirigí a Ellénore algunas preguntas intrascendentes. Ambos adoptamos una apariencia de calma. Entonces se anunció la cena y ofrecí a Ellénore mi brazo, que no pudo rechazar. «Si no me prometéis –le dije mientras la llevaba del brazo– que me recibiréis mañana en vuestra casa a las once, partiré inmediatamente, abandonaré mi país, mi familia y a mi padre, romperé todas mis relaciones, renegaré de todos mis deberes y me marcharé, adonde sea, a terminar una vida que vos os complacéis en envenenar.» «¡Adolphe!», me respondió vacilante. Hice un movimiento para alejarme. No sé lo que expresaría mi semblante, pero jamás había experimentado una crispación tan violenta.

Ellénore me miró. Su rostro traslucía miedo mezclado con afecto. «Le recibiré mañana –me dijo–, pero le ruego…» Nos seguía mucha gente y no pudo terminar la frase. Apreté su mano con mi brazo y nos sentamos a la mesa.

Me habría gustado estar al lado de Ellénore, pero el señor de la casa había dispuesto otra cosa: me colocaron más o menos enfrente de ella. Al principio de la cena estaba pensativa. Cuando alguien le dirigía la palabra, respondía con educación, pero enseguida volvía a ensimismarse. Una de sus amigas, sorprendida por su silencio y su abatimiento, le preguntó si estaba enferma. «No me he encontrado bien últimamente –respondió– y todavía estoy bastante débil.» Yo quería producir en el ánimo de Ellénore una buena impresión; quería, mostrándome amable y espiritual, disponerla a mi favor y preparar el terreno para la visita que me había concedido. Intenté, por tanto, atraer su atención de mil maneras. Hacía recaer la conversación en asuntos que sabía que le interesaban y nuestros vecinos terciaban. Me sentía inspirado por su presencia; conseguí que me escuchara y pronto la vi sonreír. Aquello me produjo una inmensa alegría. Mis ojos expresaban tanto agradecimiento que no pudo evitar conmoverse. Su tristeza y su distracción se esfumaron: dejó de resistirse a la agradable y secreta sensación que experimentaba ante el espectáculo de mi felicidad, y, cuando nos levantamos de la mesa, nuestra complicidad era tan perfecta como si no nos hubiéramos separado nunca. «Ya veis –le dije dándole la mano para volver al salón– que sois dueña de toda mi existencia. ¿Qué os he hecho para que encontréis placer en atormentarme?»

CAPÍTULO III

Pasé toda la noche sin dormir. Mi corazón ya no se preocupaba ni por cálculos ni por planes; me sentía, con todo el convencimiento del mundo, realmente enamorado. Ya no era la expectativa del éxito lo que me hacía actuar: la necesidad de ver a la persona amada, de gozar de su presencia, me dominaba totalmente. Dieron las once y me presenté en casa de Ellénore; me estaba esperando. Ella iba a hablar, pero le pedí que me escuchara. Me senté a su lado, pues apenas podía sostenerme en pie, y continué en estos términos, no sin verme obligado a interrumpirme a menudo:

–No vengo a protestar contra la sentencia que habéis pronunciado; no vengo tampoco a retractarme de una confesión que ha podido ofenderos: lo intentaría en vano. El amor que rechazáis es indestructible. El mismo esfuerzo que estoy haciendo en este momento para hablaros con un poco de calma es una prueba de la violencia de un sentimiento que os ofende. Pero no es para hablaros de ello por lo que os he rogado que me escuchéis; al contrario: es para pediros que lo olvidéis, que me recibáis como antes, que

olvidéis el recuerdo de un instante de delirio, que no me castiguéis por ser conocedora de un secreto que debería de haber guardado en el fondo de mi alma. Conocéis mi situación, ese temperamento que dicen extravagante y huraño, ese corazón ajeno a los intereses del mundo, solitario entre los hombres, y que sufre sin embargo por el aislamiento al que está condenado. Vuestra amistad me sostenía y sin ella no puedo vivir. He adquirido la costumbre de veros; vos habéis dejado nacer y formarse esa grata costumbre: ¿qué he hecho para perder el único consuelo de una existencia tan triste y sombría? Soy terriblemente desgraciado; ya no tengo valor para soportar tan prolongada desdicha. No espero nada, no pido nada: sólo quiero poder veros, pues así ha de ser si quiero seguir viviendo. –Ellénore guardaba silencio–. ¿Qué es lo que teméis? –continué–. ¿Qué es lo que pido? Lo mismo que concedéis a cualquiera. ¿Acaso teméis las críticas de la sociedad? Esa sociedad, absorta en sus solemnes frivolidades, no podrá penetrar en un corazón como el mío. ¡Y cómo no iba a ser yo prudente! ¿Acaso no está en juego mi vida? Ellénore, atended mi plegaria: encontraréis en ello dulzura. Os resultará agradable que os amen de este modo, verme a vuestro lado, interesado únicamente en vuestra persona, existiendo únicamente para vos, debiéndoos todas las sensaciones de felicidad de las que soy todavía capaz, rescatado por vuestra presencia del sufrimiento y la desesperación.

Continué largamente en aquel tono, disipando todas las objeciones, presentando de mil maneras todos los razonamientos que hablaban a mi favor. Adoptaba una actitud tan sumisa, tan resignada, y pedía tan poca cosa que una negativa me habría hecho muy desgraciado.

Ellénore estaba conmovida. Me impuso varias condiciones. Sólo consentía en recibirme de cuando en cuando, siempre rodeados de gente y con la promesa de que no le volvería a hablar jamás de amor. Prometí todo lo que quiso. Los dos estábamos satisfechos: yo, por haber reconquistado el bien que había estado a punto de perder; Ellénore, por poder mostrarse a la vez generosa, sensible y prudente.

A partir del día siguiente hice uso del permiso que había obtenido y continué del mismo modo los días sucesivos. Ellénore no volvió a pensar en la necesidad de que mis visitas fueran menos frecuentes: muy pronto nada le parecía más natural que verme todos los días. Diez años de fidelidad habían inspirado al señor de P*** una confianza absoluta y dejaba a Ellénore la mayor libertad. Dado que había tenido que luchar contra la opinión que quería excluir a su amante del círculo en que él estaba llamado a vivir, estaba encantado al comprobar que aumentaban los amigos de Ellénore; que su casa estuviera siempre llena era la prueba de su propio triunfo sobre el sentir de la sociedad.

Cuando yo llegaba, percibía en las miradas de Ellénore una expresión de placer. Si estaba conversando animadamente, sus ojos se volvían con naturalidad hacia mí. Y, cuando se contaba algo interesante, nunca dejaba de llamarme para que yo también lo escuchara. Pero nunca estaba sola: las veladas transcurrían sin que pudiera dirigirle más que algunas palabras insignificantes o interrumpidas. No tardé en irritarme por tanta discreción. Me volví sombrío, taciturno, de un humor caprichoso, cáustico en mis conversaciones. Apenas me contenía cuando alguien hablaba a solas con Ellénore; interrumpía bruscamente aquellos diálogos. Me

importaba poco que alguien pudiera ofenderse, y el temor a comprometerla no siempre me retenía. Ella se quejó de aquel cambio. «¿Qué queréis? –le dije con impaciencia–. Sin duda pensáis que habéis hecho mucho por mí, pero no tengo más remedio que deciros que os equivocáis. Me asombra vuestra nueva manera de comportaros. Antes vivíais retirada, huíais de una sociedad aburrida, evitabais esas eternas conversaciones que se prolongan precisamente porque no deberían haber comenzado nunca. Hoy vuestra puerta está abierta a todo el mundo. Se diría que, al pediros que me recibierais, he obtenido el mismo favor para todo el universo. Os lo confieso: al veros entonces tan prudente no esperaba encontraros tan frívola.»

Observé en el semblante de Ellénore un sentimiento de disgusto y de tristeza. «Querida Ellénore –le dije dulcificándome a continuación–, ¿acaso no merezco que me tratéis de forma diferente a los mil inoportunos que os asedian? ¿No tiene la amistad sus secretos? ¿No se vuelve suspicaz y tímida en medio de la confusión y de la multitud?»

Ellénore temía que si se mostraba inflexible pudieran renovarse las imprudencias que la alarmaban tanto por ella como por mí. Su corazón no le permitía ya la idea de romper y consintió en recibirme algunas veces a solas.

Entonces se modificaron rápidamente las severas reglas que ella me había impuesto: me permitió hablarle de mi amor, se fue familiarizando poco a poco con aquel lenguaje y muy pronto me confesó que me amaba.

Pasaba varias horas a sus pies afirmando que era el más feliz de los hombres, haciéndole mil promesas de amor, de fidelidad y de

respeto eterno. Ella me contó lo que había sufrido tratando de alejarse de mí; cuántas veces había esperado que la encontrara a pesar de sus esfuerzos; cómo el menor ruido que llegaba a sus oídos le parecía anunciar mi llegada; qué emoción, qué gozo, qué inquietud había sentido al volver a verme; cómo, desconfiando de sí misma, para conciliar la inclinación de su corazón con la prudencia, se había entregado a las distracciones mundanas y había buscado la gente a la que antes evitaba. Yo le hacía repetir los menores detalles, y aquella relación de unas pocas semanas nos parecía la relación de toda una vida. El amor sustituye los viejos recuerdos por una especie de magia. Todas las demás relaciones necesitan un pasado: el amor crea, como por encantamiento, un pasado con el que nos rodea. Nos proporciona, por decirlo así, la conciencia de haber vivido, durante años, con una persona que hasta hacía poco nos era casi desconocida. El amor no es más que un punto luminoso y sin embargo parece adueñarse del tiempo. Hace algunos días no existía y dentro de poco no existirá; pero, mientras exista, derramará su luz tanto sobre la época que lo ha precedido como sobre la que le seguirá.

Aun así, aquella paz duró poco. Ellénore, perseguida por el recuerdo de sus faltas, estaba en guardia contra su debilidad, y mi imaginación, mis deseos y una fatuidad de la que yo mismo no me daba cuenta se rebelaban contra semejante amor. Siempre tímido, a menudo irritado, me lamentaba, me enfadaba, abrumaba a Ellénore con mis reproches. Más de una vez ella se propuso romper un vínculo que sólo aportaba a su vida inquietudes y malestar; más de una vez la tranquilicé con mis súplicas, mi arrepentimiento y mi llanto.

«Ellénore –le escribí un día–, no sabéis cuánto estoy sufriendo. A vuestro lado o lejos de vos soy igualmente desgraciado. Durante las horas que nos separan vago encorvado bajo el peso de una existencia que no sé cómo soportar. La gente me molesta, la soledad me agobia. Todas esas personas indiferentes que me observan, que no saben nada de lo que me preocupa, que me miran con una curiosidad sin interés, con un asombro sin compasión; esos hombres que se atreven a hablarme de cosas ajenas a vos me infligen un dolor mortal en el corazón. Huyo de ellos y, en mi soledad, busco en vano una corriente de aire que penetre en mi pecho oprimido. Me dejo caer en la tierra que debería abrirse para tragarme de una vez por todas; apoyo la cabeza sobre la piedra fría que debería calmar la ardiente fiebre que me devora. Me arrastro hacia la colina desde donde puede verse vuestra casa y permanezco allí con los ojos fijos sobre ese refugio que jamás habitaré con vos. ¡Ay! ¡Si os hubiera conocido antes hubierais podido ser mía! ¡Habría estrechado en mis brazos a la única criatura que la naturaleza ha creado para mi corazón, para este corazón que tanto ha sufrido porque os buscaba y os ha encontrado ya tarde! Cuando finalmente esas horas delirantes han transcurrido, cuando llega el momento en que puedo veros, me dirijo temblando a vuestra casa. Temo que todos aquellos con los que me cruzo adivinen mis sentimientos. Me detengo, camino lentamente: retraso el instante de la felicidad, de esa felicidad amenazada por todo y que siempre pienso que estoy a punto de perder, una felicidad imperfecta y enturbiada contra la cual tal vez conspiran a cada minuto los sucesos funestos, las miradas celosas, los caprichos tiránicos y vuestra propia voluntad. Cuando llego al umbral de vuestra puerta, cuando la entreabro, un nuevo

terror me sobrecoge: entro como un culpable, pidiendo perdón a todos los objetos con que tropieza mi vista, como si todos fueran enemigos, como si todos me envidiaran la hora de felicidad que voy a disfrutar una vez más. El menor ruido me aterra, el menor movimiento a mi alrededor me espanta; al oír mis propios pasos retrocedo. Cuando estoy cerca de vos, temo todavía que algún obstáculo se interponga entre nosotros. Finalmente os veo, os veo y respiro, y os contemplo y me detengo, como el fugitivo que llega a la tierra protectora que debe protegerle de la muerte. Pero incluso entonces, cuando todo mi ser se abalanza hacia vos, cuando tendría tanta necesidad de descansar de tantas angustias, de apoyar mi cabeza en vuestro regazo, de dar libre curso a mis lágrimas, tengo que refrenarme con furor, tengo que vivir una vida de contención incluso a vuestro lado: ¡ni un instante de desahogo, ni un instante de abandono! Me observáis. Estáis perpleja, casi ofendida por mi emoción. No sé qué malestar ha sustituido a aquellas deliciosas horas en que al menos confesabais vuestro amor. El tiempo huye, y nuevas ocupaciones os requieren: vos no las olvidáis jamás, las atendéis al instante y eso me aleja. Se acercan personas extrañas: no debo miraros; siento que he de marcharme para evitar las sospechas que sobre mí recaen. Os dejo más inquieto, más desgarrado, más aturdido que antes; os dejo y vuelvo a caer en ese aislamiento espantoso en que me debato, sin encontrar a una sola persona en quien apoyarme y descansar un momento.»

A Ellénore jamás la habían amado de esta manera. El señor de P*** sentía por ella un afecto auténtico, estaba muy agradecido por su abnegación y respetaba mucho su forma de ser, pero siempre había en su comportamiento un matiz de superioridad sobre una

mujer que se había entregado públicamente a él sin que la hubiera desposado. Habría podido contraer un vínculo más respetable, según la opinión pública, pero era un tema que no hablaba con ella y tal vez tampoco pensaba en ello; sin embargo, lo que no se dice no por eso existe menos, y todo se puede adivinar. Ellénore no había tenido hasta entonces ninguna noción de aquella pasión, de aquella existencia perdida en la suya, una pasión de la que mis arrebatos mismos, mis injusticias y mis reproches no eran más que otras tantas pruebas irrefutables. Su resistencia había avivado todas mis sensaciones, todas mis ideas: yo pasaba de unos arrebatos que la espantaban a una sumisión, a una ternura, a una veneración idólatra. La trataba como si fuera una criatura celestial. Mi amor era como un culto, y había en ese culto tanta fascinación que ella temía continuamente verse mortificada en el sentido contrario. Finalmente se entregó por completo.

¡Ay del hombre que en los primeros momentos de una relación amorosa no crea que esa relación deba ser eterna! ¡Ay de aquel que, en los brazos de la amante a la que acaba de rendir, conserve una funesta presciencia y prevea que pueda separarse de ella! Una mujer que entrega su corazón tiene, en ese instante, algo conmovedor y sagrado. No es el placer, no es la naturaleza, no son los sentidos los que corrompen: son los cálculos a los que la sociedad nos acostumbra y las reflexiones provocadas por la experiencia. Yo amaba y respetaba mil veces más a Ellénore después de que se me entregara. Andaba con orgullo entre los hombres: me sentía superior a ellos. El aire que respiraba era en sí mismo un placer. Me lanzaba al encuentro de la naturaleza para agradecerle

aquel favor inesperado, aquel favor inmenso que había tenido a bien concederme.

CAPÍTULO IV

¡Hechizo del amor, quién pudiera pintarte! Ese convencimiento de que hemos encontrado al ser que la naturaleza nos había destinado, ese repentino amanecer que ilumina nuestra vida y que parece explicarnos su misterio, ese valor desconocido que tienen las menores circunstancias, esas horas rápidas cuyos detalles escapan al recuerdo por su misma dulzura y que no dejan en nuestra alma más que una profunda huella de felicidad, esa alegría juguetona que se mezcla a veces sin motivo con una ternura familiar, tanto placer en la presencia y tanta esperanza en la ausencia, ese desentendimiento de todas las preocupaciones vulgares, esa superioridad sobre todo lo que nos rodea, esa certeza de que en adelante el mundo no podrá afectarnos, ese entendimiento mutuo que adivina cada pensamiento y que responde a cada emoción, ¡hechizo del amor, quien te ha conocido no puede describirte!

Unos asuntos urgentes obligaron al señor de P*** a ausentarse durante seis semanas. Pasé todo aquel tiempo en casa de Ellénore prácticamente sin interrupción. Su amor parecía haber aumentado

por el sacrificio que me había hecho. No me dejaba irme jamás sin tratar de retenerme. Cuando salía, me preguntaba cuándo volvería. Dos horas de separación se le hacían insoportables. Fijaba con una precisión ansiosa el instante de mi regreso. Yo lo aceptaba alegremente, estaba agradecido, estaba feliz por el afecto que me profesaba. Pero los asuntos de la vida corriente no se pliegan arbitrariamente a todos nuestros deseos. En ocasiones me resultaba incómodo tener programados por adelantado todos mis pasos y todo mi tiempo. Estaba obligado a acelerar todas mis gestiones y romper con la mayoría de mis relaciones. No sabía qué responder a mis amistades cuando me proponían alguna distracción que, en una situación normal, no habría tenido ningún motivo para rechazar. Cuando estaba con Ellénore, no echaba de menos aquellos placeres de la vida social, por los que nunca había mostrado demasiado interés, pero me habría gustado que ella me permitiera renunciar a ellos con más libertad. Habría sentido más alegría al volver junto a ella por mi propia voluntad, sin tener que decirme que había llegado la hora, que ella me esperaba con ansiedad, y sin que la idea de su tristeza viniera a mezclarse con la de la felicidad que disfrutaría al volver a verla. Ellénore representaba sin duda un vivo placer en mi existencia, pero ya no era un fin: se había convertido en un vínculo. Por lo demás, yo temía comprometerla. Mi continua presencia debía de extrañar a sus allegados, a sus hijos, que podían verme. Me espantaba la idea de perturbar su existencia. Me daba cuenta de que no podíamos permanecer unidos para siempre y de que para mí era un deber sagrado respetar su paz, así que, mientras le confesaba mi amor, le daba consejos para que fuera prudente. Pero, cuantos más consejos de ese género le daba, menos dispuesta

estaba ella a escucharme. Al mismo tiempo, yo temía horriblemente afligirla. Nada más ver en su rostro una expresión de dolor, su voluntad se convertía en la mía: yo no me encontraba bien más que cuando ella estaba contenta conmigo. Cuando, insistiendo en la necesidad de alejarme unos instantes, conseguía dejarla, la imagen del sufrimiento que le había provocado me seguía a todas partes. Me asaltaba una fiebre de remordimientos que aumentaba a cada minuto y que terminaba por ser insufrible; entonces volaba a su encuentro y me sentía feliz al ir a consolarla y tranquilizarla. Aun así, a medida que me acercaba a su casa, una sensación de repulsa contra aquel extraño dominio se mezclaba con mis otros sentimientos. Ellénore misma era impetuosa. Creo que sentía por mí lo que no había sentido por nadie. En sus relaciones anteriores, su corazón había resultado herido por una penosa dependencia; conmigo se sentía perfectamente cómoda porque estábamos en idéntico plano de igualdad; había descubierto en sí misma un amor exento de todo cálculo, de todo interés; sabía que yo estaba convencido de que me amaba por mí mismo. Pero la consecuencia de su completo abandono era que no podía disimular ninguno de sus estados de ánimo y, cuando yo entraba en su habitación, exasperado por hacerlo antes de lo que habría querido, la encontraba triste o irritada. Alejándome de ella dos horas, sufría al pensar en su dolor mientras estaba lejos de mí y luego sufría dos horas junto a ella antes de poder calmarla.

Pese a todo, yo no era infeliz; me decía que era agradable ser amado, incluso de una forma exigente; me daba cuenta de que yo le hacía bien a Ellénore: su felicidad me era necesaria y sabía que yo era necesario para la suya.

Por lo demás, la confusa idea de que, por la naturaleza de las cosas, aquella relación no podía durar, idea triste desde muchos puntos de vista, servía no obstante para apaciguar mis accesos de desánimo o de impaciencia. El lazo de Ellénore con el conde de P***, la desproporción de nuestras respectivas edades, la diferencia de nuestras situaciones, mi partida, que diversas circunstancias habían retrasado ya, pero cuyo momento estaba próximo, todas estas consideraciones me animaron a seguir disfrutando de toda la felicidad posible: tenía años por delante y no tenía intención de escatimar los días.

El conde de P*** volvió. No tardó mucho en sospechar de mis relaciones con Ellénore; cada día me recibía con un talante más duro y sombrío. Yo le insistía a Ellénore sobre los peligros que corría; le suplicaba que me permitiera interrumpir durante algunos días mis visitas; le hablaba de su reputación, de su fortuna, de sus hijos. Ella me escuchaba en silencio; estaba pálida como la muerte. «De una manera o de otra –me dijo finalmente–, os iréis pronto. No anticipemos el momento. No os preocupéis por mí. Ganemos algunos días, ganemos algunas horas: días, horas, son lo único que necesito. No sé qué presentimiento me dice, Adolphe, que moriré en vuestros brazos.»

Así pues, continuamos viviendo como hasta entonces: yo, siempre inquieto; Ellénore, siempre triste; el conde de P***, taciturno y receloso. Finalmente llegó la carta que esperaba: mi padre me ordenaba que me reuniera con él. Llevé aquella carta a Ellénore. «¡Ya! –me dijo después de haberla leído–. No pensaba que fuera tan pronto.» A continuación, rompiendo a llorar, me cogió la mano y me dijo: «Adolphe, ya veis que no puedo vivir sin vos. No sé

qué será de mí en el futuro, pero os ruego que no os vayáis todavía. Encontrad algún pretexto para quedaros. Pedid a vuestro padre que os deje prolongar vuestra estancia seis meses más. Seis meses, ¿acaso es tanto?». Quise discutir su proposición, pero lloraba tan amargamente, temblaba tanto, su semblante traslucía un sufrimiento tan desgarrador que no pude continuar. Me arrojé a sus pies, la estreché entre mis brazos, le prometí amor eterno y me fui para escribir a mi padre. Escribí sumido en el estado que el dolor de Ellénore me había suscitado. Pretexté mil motivos para retrasar el viaje; insistí en la conveniencia de continuar en D*** algunas clases a las que no había podido asistir en Gotinga y, cuando fui a enviar mi carta al correo, deseaba ardientemente obtener el consentimiento que solicitaba.

Por la tarde volví a casa de Ellénore. Estaba sentada en un sofá; el conde de P*** estaba junto a la chimenea, bastante lejos de ella; los dos niños estaban al fondo de la sala. No jugaban y sus rostros revelaban ese asombro de la infancia cuando intuye un problema cuya causa desconoce. Indiqué a Ellénore con un gesto que había hecho lo que me había pedido. Sus ojos se iluminaron, pero no tardaron en apagarse. Nadie hablaba. El silencio se estaba haciendo embarazoso. «Me han dicho, señor –me dijo finalmente el conde–, que está usted a punto de irse.» Le respondí que no lo sabía. «En mi opinión –repuso–, a su edad uno no debe demorarse mucho para hacer una carrera, aunque –añadió mirando a Ellénore– tal vez aquí no todo el mundo piense como yo.»

La respuesta de mi padre no se hizo esperar. Abrí la carta temblando por el sufrimiento que una negativa causaría a Ellénore. Estaba incluso convencido de que, con idéntica amargura, habría

compartido su dolor; pero, al leer el consentimiento que mi padre me otorgaba, todos los inconvenientes de una prolongación de la estancia se me hicieron patentes. «¡Seis meses más de tormento y de sometimiento! –me dije a mí mismo–. Seis meses durante los cuales seguiré ofendiendo a un hombre que me brindó su amistad y expondré a una mujer que me ama, quien por mi culpa correrá el riesgo de perder la única situación en que puede vivir tranquila y respetada, y engaño a mi padre ¿y todo esto por qué? ¡Por no afrontar durante un instante un mal que, tarde o temprano, será inevitable! ¿Acaso no estamos sufriendo cada día al por menor y gota a gota ese dolor? Sólo perjudico a Ellénore; dada la naturaleza de mi amor, éste no puede beneficiarla. Me sacrifico por ella sin hacerla feliz mientras vivo aquí sin hacer nada útil, sin independencia, sin tener un solo momento de libertad, sin poder respirar una hora en paz.» Llegué a casa de Ellénore dando vueltas a todas estas reflexiones. La encontré sola.

–Me quedo todavía seis meses –le dije.

–Me dais la noticia muy secamente.

–Es que temo mucho, lo confieso, las consecuencias de este aplazamiento tanto para vos como para mí.

–Me parece que para vos al menos no pueden ser muy malas.

–Sabéis perfectamente, Ellénore, que no es por mí por quien me preocupo más.

–Pues tampoco es por la felicidad de los demás.

La conversación había tomado un giro peligroso. Ellénore se sentía herida por mis lamentaciones en una tesitura en la que ella pensaba que yo debía compartir su alegría; yo estaba herido por el triunfo que ella había logrado sobre mi primera resolución. La escena

se estaba caldeando. Explotamos en reproches mutuos. Ellénore me acusó de haberla engañado, de no sentir por ella más que un amor pasajero, de haberla privado del amor del conde, de haberla puesto, a los ojos de la opinión pública, en la equívoca situación de la que había tratado de huir toda su vida. Yo me exasperé al ver que volvía contra mí lo que no había hecho más que por obedecerla y por temor a afligirla. Me quejé de mi vida de sometimiento, de mi juventud consumida en la inacción, del despotismo que ella ejercía sobre todos mis actos. Mientras le hablaba, vi que su rostro se cubría de lágrimas; me detuve, volví sobre mis pasos, me desdije, me expliqué. Nos abrazamos, pero se había asestado un primer golpe, se había cruzado la primera barrera. Ambos habíamos pronunciado palabras irreparables; podíamos callar, pero no olvidarlas. Hay cosas que no se dicen durante mucho tiempo, pero que una vez que se han dicho no dejan jamás de repetirse.

Así, vivimos cuatro meses atrapados en una relación forzada, en ocasiones dulce, jamás completamente libre. Todavía encontrábamos placer en ella, pero el encanto se había esfumado. Pese a todo, Ellénore no se separaba de mí. Después de nuestras discusiones más acaloradas necesitaba volver a verme enseguida: fijaba con tanto cuidado la hora de nuestros encuentros como si nuestra unión fuera la más apacible y la más tierna del mundo. A menudo he pensado que mi conducta también contribuía a que Ellénore conservara aquella disposición. Si la hubiera amado como ella me amaba, Ellénore habría mostrado más serenidad y también habría reflexionado sobre los peligros que corría. Pero cualquier prudencia le era odiosa, porque la prudencia venía de mí. Dejó de calcular sus sacrificios porque estaba ocupada en hacérmelos aceptar; no tenía

tiempo de enfriar su relación conmigo porque todo su tiempo y todas sus fuerzas las empleaba en conservarme. El momento fijado de nuevo para mi partida se acercaba, y yo sentía, al pensar en eso, una mezcla de placer y de pena, algo parecido a lo que siente un hombre que debe pasar por una operación dolorosa para recuperar la salud.

Una mañana Ellénore me escribió que pasara por su casa cuanto antes. «El conde –me dijo– me prohíbe recibiros, pero me niego a obedecer esta tiránica orden. Estuve a su lado cuando era un hombre proscrito, recuperé su fortuna; le he servido siempre que me ha necesitado. Ahora puede pasar si mí: yo no puedo pasar sin vos.» Es fácil adivinar cuáles fueron mis argumentos para hacerla desistir de una decisión que yo no compartía. Le hablé de la opinión pública: «Esa opinión –me respondió– nunca ha sido justa conmigo. Durante diez años he cumplido con mis deberes mejor que ninguna otra mujer, y esa opinión ha seguido negándome el rango que merecía.» Le recordé a sus hijos. «Mis hijos son del señor de P***. Los ha reconocido: él cuidará de ellos. Serán felices de poder olvidar a una madre que sólo puede avergonzarlos.» Insistí en mis ruegos.

–Escuchad –me dijo–, si rompo con el conde, ¿os negaréis a verme? ¿Os negaréis? –repitió cogiéndome del brazo con una violencia que me estremeció.

–No, por supuesto –le respondí–. Y, cuanto más desdichada seáis, más fiel os seré. Pero pensad…

–Está todo pensado –me interrumpió–. Está a punto de volver. Retiraos ahora y no volváis más aquí.

Pasé el resto del día presa de una angustia indecible. Transcurrieron dos días sin que oyera hablar de Ellénore. Sufría al

desconocer su suerte, sufría incluso por no verla, y estaba asombrado del dolor que aquella privación me causaba. Deseaba, no obstante, que hubiera renunciado a esa decisión que tanto temía por ella y estaba empezando a tranquilizarme cuando una mujer me entregó una nota en la que Ellénore me rogaba que me reuniera con ella en tal calle, tal casa, en el tercer piso. Corrí a verla, confiando todavía en que, al no poder recibirme en casa del señor de P***, había querido encontrarse conmigo en otro lugar una última vez. La hallé ocupada en instalarse. Me recibió con una expresión a la vez alegre y tímida, tratando de leer en mis ojos mi impresión. «He roto con todo –me dijo–. Soy completamente libre. Me quedan de mi fortuna particular setenta y cinco luises de renta: es suficiente para mí. Todavía estaréis aquí seis semanas. Cuando os vayáis, tal vez pueda acercarme adonde estéis o tal vez volváis para verme.» Y, como si temiera una respuesta, entró en un montón de detalles relativos a sus proyectos. Intentó de mil maneras convencerme de que estaría contenta, de que no había sacrificado nada por mí, de que la decisión que había tomado era la más conveniente para ella, independientemente de mí. A todas luces, estaba haciendo grandes esfuerzos y sólo se creía a medias lo que estaba diciendo. Se aturdía con sus palabras por miedo a escuchar las mías; hablaba atropelladamente para retrasar el momento en que mis objeciones la volverían a hundir en la desesperación. No pude encontrar en mi corazón ninguna objeción que hacerle. Acepté su sacrificio y se lo agradecí. Le dije que lo que había hecho me hacía feliz y muchas cosas más. Le aseguré que siempre había querido que una decisión irreparable me obligara a no abandonarla nunca y atribuí mis indecisiones a un sentimiento de delicadeza que me prohibía

consentir nada que perjudicara su situación. No tuve, en una palabra, más pensamiento que alejar de ella cualquier preocupación, cualquier temor, cualquier lamento, cualquier incertidumbre sobre mi amor. Mientras le hablaba, no pensaba en nada más allá de aquel objetivo y era sincero en mis promesas.

CAPÍTULO V

La separación de Ellénore y del conde de P*** produjo en la gente un efecto que no era difícil de prever. Ellénore perdió en un instante el fruto de diez años de abnegación y de constancia. Se la trató como a todas esas mujeres de su clase que se entregan sin escrúpulos a mil pasiones una tras otra. El abandono de sus hijos hizo que se la considerase una madre desnaturalizada, y las mujeres de reputación irreprochable repitieron con satisfacción que el olvido de la virtud más esencial de su sexo se extendería muy pronto a todas las demás. Al mismo tiempo se la compadecía para tener la satisfacción de censurarme. Se vio en mí la conducta de un seductor, de un ingrato que había violado la hospitalidad sacrificando, para satisfacer una fantasía momentánea, la paz de dos personas, a una de las cuales habría tenido que respetar y a la otra tratar con consideración. Algunos amigos de mi padre me hicieron severas amonestaciones; otros, que tenían menos confianza conmigo, me hicieron sentir su desaprobación mediante insinuaciones. Los jóvenes, por el contrario, se mostraron encantados por la habilidad

con la que había suplantado al conde y, por medio de mil bromas que yo trataba en vano de reprimir, me felicitaron por mi conquista y prometieron imitarme. Es indecible lo que sufrí por aquellas severas críticas y aquellos vergonzosos elogios. Estoy convencido de que, si hubiera sentido amor por Ellénore, habría cambiado la opinión que se habían formado de ella y de mí. Es tal la fuerza de un sentimiento auténtico que, cuando se expresa, las interpretaciones falsas y la decencia fingida se callan. Pero yo no era más que un hombre débil, agradecido y dominado: no me guiaba ningún impulso que partiera de mi corazón. Me expresaba, por tanto, con torpeza; trataba de acabar la conversación y, si se prolongaba, la terminaba con algunas palabras secas que daban a entender que estaba a punto de buscar pelea. Y, en efecto, habría preferido batirme con ellos que responderles.

Ellénore no tardó en darse cuenta de que la opinión pública estaba en su contra. Dos parientes del señor de P***, a las que había obligado con su influencia a tener trato con ella, montaron un gran escándalo con su ruptura, felices de poder entregarse a su malevolencia, largo tiempo reprimida al abrigo de los austeros principios de la moral. Los hombres continuaron yendo a ver a Ellénore, pero apareció en su tono una familiaridad que ponía en evidencia que ya no gozaba del respaldo de un poderoso protector ni de una unión casi consagrada. Unos iban a su casa porque, decían, la conocían desde siempre; otros, porque todavía era hermosa, y su reciente ligereza les hacía concebir unas esperanzas que no se tomaban la molestia de disimular. Cada cual buscaba una excusa para justificar su relación con ella; es decir, todo el mundo pensaba que aquella relación tenía necesidad de excusa. Así pues, la

desdichada Ellénore se veía en la situación de la que toda su vida había querido salir. Todo contribuía a compungir su alma y herir su orgullo. Veía el abandono de unos como una prueba de desprecio; la asiduidad de los otros, como el indicio de alguna insultante esperanza. Sufría cuando estaba sola y se avergonzaba cuando estaba en compañía. ¡Ay! Sin duda yo habría debido consolarla; debería haberla estrechado contra mi corazón diciéndole: «Vivamos el uno para el otro, olvidémonos de los hombres que no nos aprecian, seamos felices sólo con nuestro afecto y con nuestro amor». Traté de hacerlo, pero ¿qué puede hacer, para reanimar un sentimiento que se apaga, una decisión impuesta por el deber?

Ellénore y yo disimulábamos de cara al otro. Ella no se atrevía a confiarme sus penas, consecuencia de un sacrificio que yo no le había pedido, de lo que ella era consciente. Yo había aceptado aquel sacrificio: no me atrevía a quejarme de una desgracia que había previsto y que no había tenido fuerzas para evitar. Callábamos, pues, sobre lo único que ocupaba constantemente nuestros pensamientos. Nos prodigábamos caricias, hablábamos de amor, tema que tratábamos por miedo a hablar de otra cosa.

Desde el momento en que existe un secreto entre dos corazones que se aman, desde el momento en que uno de ellos ha decidido ocultar al otro una sola idea, el encanto se rompe, la felicidad se destruye. Los arrebatos, la injusticia, la infidelidad incluso, se reparan, pero el disimulo introduce en el amor un elemento extraño que lo desnaturaliza y lo marchita a sus propios ojos. Por una curiosa inconsecuencia, mientras respondía con la indignación más violenta a la menor insinuación contra Ellénore, yo mismo contribuía a hacerle daño en mis conversaciones con la gente. Me había

sometido a su voluntad, pero sentía horror por el dominio de las mujeres. No cesaba de meterme con la debilidad, las exigencias y el despotismo del dolor femeninos. Hacía gala de los principios más duros y aquel mismo hombre que no se resistía a las lágrimas, que cedía ante la muda tristeza, aquel hombre a quien cuando estaba solo lo perseguía la imagen del sufrimiento que había causado se mostraba, en todas sus conversaciones públicas, despreciativo y despiadado. Todos mis elogios directos a favor de Ellénore no destruían sin embargo la impresión que producían aquellas palabras. La gente me odiaba y compadecía a Ellénore, pero sin estimarla. Se le reprochaba que no hubiera sabido inspirar a su amante más consideración por su sexo y más respeto por los lazos del corazón.

Un hombre que acudía habitualmente a casa de Ellénore, a quien, después de su ruptura con el conde de P***, le había declarado la más viva pasión, habiéndola obligado, por sus indiscretas persecuciones, a no recibirlo más, se permitió hacer contra ella algunas bromas humillantes que me parecieron inadmisibles. Nos batimos en duelo; lo herí de gravedad y él a mí también. No puedo describir la mezcla de inquietud, de miedo, de agradecimiento y de amor que había en las facciones de Ellénore cuando volvió a verme después de aquel suceso. Se instaló en mi casa a pesar de mis protestas; no me dejó solo ni un instante durante mi convalecencia. Me leía durante el día, me velaba durante la mayor parte de las noches; observaba mis menores movimientos, se adelantaba a todos mis deseos. Su ingeniosa bondad multiplicaba sus facultades y redoblaba sus fuerzas. Continuamente me decía que no me habría sobrevivido; yo estaba lleno de afecto por ella y desgarrado por los remordimientos. Me habría gustado encontrar en

mí algo con lo que recompensar una devoción tan constante y tierna; recurría a los recuerdos, a la imaginación, a la razón incluso, al sentimiento del deber: ¡esfuerzos inútiles! La dificultad de la situación, la certidumbre de un futuro que debía separarnos, tal vez no sé qué reacción contra un vínculo que me era imposible romper, me devoraban por dentro. Yo me reprochaba la ingratitud que me esforzaba en ocultarle. Me afligía cuando parecía dudar de un amor que le era tan necesario y no me afligía menos cuando parecía creer en él. La consideraba mejor que yo; me despreciaba por ser indigno de ella. Es una terrible desgracia no ser amado cuando uno ama, pero también lo es ser amado con pasión cuando uno ya no ama. Aquella vida que acababa de poner en peligro por Ellénore la habría dado mil veces para que fuera feliz sin mí.

Los seis meses que me había concedido mi padre habían expirado: debía pensar en marcharme. Ellénore no se opuso a mi partida, ni siquiera trató de retrasarla, pero me hizo prometerle que, al cabo de dos meses, volvería a su lado o le permitiría reunirse conmigo, y yo se lo juré solemnemente. ¡Qué compromiso no habría suscrito en un momento en que la veía luchar contra sí misma y contener su dolor! Podría haberme exigido que no la abandonara, pues yo sabía en el fondo de mi alma que no podría haber desobedecido a sus lágrimas. Le estaba agradecido de que no ejerciera su poder y me parecía amarla más por esa razón. Yo mismo, por lo demás, no me separaba sino con pesadumbre de una persona que se me había entregado tan completamente. ¡Hay algo muy profundo en las relaciones que se prolongan! ¡Se convierten a nuestro pesar en una parte tan íntima de nuestra existencia! Un día tomamos tranquilamente la decisión de romperlas y creemos esperar

con impaciencia el momento de ponerles fin, pero, cuando llega dicho momento, nos embarga el terror; así de extraño es nuestro miserable corazón, que nos hace abandonar con un horrible desgarramiento a aquellos a cuyo lado seguíamos sin ningún placer.

Durante mi ausencia escribí regularmente a Ellénore. Me encontraba dividido entre el temor a que mis cartas le causaran pena y el deseo de no expresarle más que lo que sentía. Me habría gustado que me adivinara, pero que lo hiciera sin afligirse. Me felicitaba a mí mismo cuando podía sustituir las palabras de amor por las de afecto, amistad, abnegación, pero de repente me imaginaba a la pobre Ellénore triste y sola, con mis cartas como único consuelo, y, después de dos páginas frías y calculadas, añadía rápidamente algunas frases apasionadas o tiernas con las que conseguía engañarla de nuevo. Así pues, sin decir nunca lo suficiente para tranquilizarla, decía lo suficiente para confundirla. ¡Extraña clase de falsedad cuyo éxito mismo se volvía contra mí, prolongaba mi angustia y se me hacía insoportable!

Presa del desasosiego, contaba los días y las horas, rogaba para que el tiempo pasara más despacio y temblaba al ver acercarse el momento de cumplir mi promesa. No veía la manera de partir ni tampoco de que Ellénore se mudara la misma ciudad que yo. Tal vez, pues hay que ser sincero, tal vez no lo deseaba. Comparaba mi vida independiente y tranquila con la vida precipitada, nerviosa y atormentada a la que su pasión me condenaba. ¡Me encontraba tan bien siendo libre, yendo, viniendo, saliendo, entrando, sin dar explicaciones a nadie! Descansaba de la fatiga de su amor, por decirlo así, en la indiferencia de los demás.

Pese a todo, no dejaba que Ellénore sospechara que prefería renunciar a nuestros planes. Por mis cartas ella había comprendido que me sería difícil abandonar a mi padre y me escribió que, en consecuencia, comenzaría a hacer los preparativos para su viaje. Durante mucho tiempo no discutí su decisión; tampoco le respondí nada concreto sobre aquel asunto. Le decía vagamente que siempre estaría encantado de saberla, luego añadía de *hacerla*, feliz: ¡tristes equívocos!, ¡lenguaje confuso que lamentaba que fuera tan oscuro y que me hacía temblar al tratar de aclararlo! Finalmente me decidí a hablarle con franqueza, pues me dije a mí mismo que estaba en la obligación de hacerlo. Sublevé mi conciencia contra mi debilidad; me consolaba la idea de su descanso frente a la imagen de su dolor. Me paseaba a grandes zancadas por mi habitación, recitando en voz alta cuanto me proponía decirle. Pero, apenas había trazado algunas líneas, cambiaba de idea: no juzgaba mis palabras por el sentido que debían transmitir, sino por el efecto que no podían dejar de producir, y un poder sobrenatural dirigió, a mi pesar, mi mano y me limité a aconsejarle que retrasara el viaje unos meses. No le estaba diciendo lo que pensaba. Mi carta no contenía ninguna palabra sincera. Las razones que alegaba eran débiles porque no eran las verdaderas.

La respuesta de Ellénore fue impulsiva; estaba indignada porque no quisiera verla. ¿Qué es lo que me pedía? Vivir de incógnito conmigo. ¿Qué podía yo temer de su presencia en un retiro escondido, en medio de una gran ciudad donde nadie la conocía? Ella me lo había sacrificado todo, fortuna, hijos, reputación; no exigía otra cosa a cambio de sus sacrificios que poder esperarme como una humilde esclava, pasar cada día algunos minutos conmigo, gozar de los instantes que pudiera concederle. Se había resignado a

dos meses de ausencia no porque dicha ausencia le pareciera necesaria, sino porque yo parecía desearla, y, cuando, después de pasar penosamente día tras día, hubo expirado aquel plazo que yo mismo había fijado, ¡le proponía volver a empezar aquel largo suplicio! Podía haberse equivocado; podía haber entregado su vida a un hombre duro y cruel; yo era dueño de mis actos, mas no era dueño de obligarla a sufrir, abandonada por aquel a quien lo había sacrificado todo.

Ellénore llegó poco después de aquella carta y me informó de ello. Acudí a su casa con la firme resolución de demostrarle mucha alegría; estaba impaciente por tranquilizar su corazón y procurarle, momentáneamente al menos, paz y felicidad. Pero estaba ofendida y me miraba con desconfianza: pronto se dio cuenta de mis esfuerzos. Hirió mi orgullo con sus reproches y ofendió mi naturaleza. Me pintó tan miserable en mi debilidad que me sublevó contra ella todavía más que contra mí mismo. Un insensato furor se apoderó de nosotros: perdimos toda consideración, olvidamos toda delicadeza. Se habría dicho que unas furias nos empujaban al uno contra el otro. Todo aquello que el odio más implacable había inventado contra nosotros nos lo atribuíamos mutuamente, y aquellos dos desgraciados seres, que estando solos sobre la tierra eran los únicos que podían hacerse justicia, comprenderse y consolarse, parecían dos enemigos irreconciliables luchando encarnizadamente.

Nos separamos después de una escena de tres horas y, por primera vez, nos separamos sin explicaciones, sin reconciliación. Apenas me hube separado de Ellénore un profundo dolor sustituyó mi cólera. Me encontraba sumido en una especie de estupor, aturdido por lo que había pasado. Me repetía mis palabras

asombrado: no concebía mi comportamiento y buscaba en mi interior qué había podido enajenarme tanto.

Era muy tarde y no me atreví a regresar a casa de Ellénore. Me propuse ir a verla al día siguiente temprano y volví a casa de mi padre. Había en ella mucha gente, pero me fue fácil, entre tantas personas, quedarme apartado y disimular mi turbación. Cuando nos quedamos solos me dijo: «Me han dicho que la antigua amante del conde de P*** está en la ciudad. Te he dejado siempre una gran libertad y nunca he querido saber nada de tus relaciones, pero no te conviene, a tu edad, tener una amante confesada, y te advierto que he tomado mis medidas para alejarla de aquí». Dicho esto, se fue. Yo lo seguí hasta su habitación y me hizo una señal para que me retirara. «Padre, le dije, Dios es testigo de que yo no he hecho venir a Ellénore. Dios es testigo de que me gustaría que fuera feliz y de que consentiría a ese precio en no verla más, pero tenga cuidado con lo que hace: pretendiendo separarme de ella podría unirme a ella para siempre.»

A continuación, mandé llamar a un ayuda de cámara que me había acompañado en mis viajes y que conocía mi relación con Ellénore. Le encargué que descubriera inmediatamente, si era posible, cuáles eran las medidas de las que me había hablado mi padre. Regresó al cabo de dos horas. El secretario de mi padre le había confiado, bajo promesa de guardar el secreto, que Ellénore recibiría al día siguiente la orden de abandonar la ciudad. «¡Ellénore expulsada! –exclamé–. ¡Expulsada oprobiosamente! ¡Ella, que sólo ha venido aquí por mí! ¡Ella, a la que he destrozado el corazón! ¡Ella, a la que he hecho llorar sin compasión! ¿Dónde podrá descansar, infortunada, errante y sola, en un mundo cuya estima yo le he

arrebatado? ¿Quién la consolará?» Inmediatamente tomé una decisión. Alcancé al hombre que me servía y le prometí oro y favores. Encargué una silla de posta para las seis de la mañana a las puertas de la ciudad. Hacía mil planes para reunirme eternamente con Ellénore: la amaba más de lo que la había amado nunca; todo mi corazón le pertenecía y me sentía orgulloso de protegerla. Estaba impaciente por tenerla en mis brazos; mi corazón estaba completamente inflamado de amor; me ardía la cabeza, el corazón, los sentidos: toda mi existencia estaba trastornada. Si en aquel momento Ellénore hubiera querido separarse de mí, habría muerto a sus pies para retenerla.

Amaneció; corrí a casa de Ellénore. Estaba acostada, después de pasarse la noche llorando. Aún tenía los ojos húmedos y el pelo revuelto. Se sorprendió al verme entrar. «Vamos, le dije. Tenemos que irnos.» Intentó decir algo. «Tenemos que irnos –repetí–. ¿Tenéis en el mundo a otro protector, a otro amigo que no sea yo? ¿Acaso mis brazos no son vuestro único refugio?» Ella se resistía. «Tengo razones poderosas –añadí–, razones personales. En nombre del cielo, seguidme.» La llevé conmigo. Durante el camino la colmé de caricias, la estreché contra mi pecho y respondí a sus preguntas con besos. Finalmente le dije que, al adivinar la intención de mi padre de separarnos, me había dado cuenta de que no podía ser feliz sin ella; le dije que quería consagrarle mi vida y que nos uniéramos con toda clase de vínculos. Su agradecimiento fue enorme al principio, pero pronto descubrió contradicciones en mi relato. A fuerza de insistir, me arrancó la verdad: su alegría desapareció, su rostro se cubrió con una sombría nube.

«Adolphe –me dijo–, os equivocáis sobre vuestros sentimientos. Sois generoso y os sacrificáis por mí porque me persiguen. Creéis sentir amor, pero no sentís más que compasión.» ¿Por qué pronunció aquellas funestas palabras? ¿Por qué me reveló un secreto que yo quería ignorar? Me esforcé por tranquilizarla. Tal vez lo conseguí, pero la verdad me había atravesado el alma. El encanto estaba destruido: estaba decidido a hacer un sacrificio, pero ya no era feliz y se había vuelto a introducir en mí un pensamiento que una vez más no tenía otro remedio que ocultar.

CAPÍTULO VI

Cuando llegamos a la frontera, escribí a mi padre. Fue una carta respetuosa, pero con un fondo de amargura. Le reprochaba haber estrechado mis lazos al pretender romperlos. Le anunciaba que no abandonaría a Ellénore hasta que, decorosamente situada, ya no tuviera necesidad de mí. Le suplicaba que no me obligara, ensañándose con ella, a permanecer siempre a su lado. Esperé su respuesta antes de tomar una decisión sobre nuestra instalación. «Tienes veinticuatro años –me respondió–. No ejerceré contra ti una autoridad que toca a su fin y que nunca he empleado; ocultaré incluso, cuanto pueda, tu extraña reacción y sembraré el rumor de que te has ido por orden mía y para atender mis asuntos. Correré liberalmente con todos tus gastos. Pronto te darás cuenta de que la vida que llevas no es la que te conviene. Tu nacimiento, tu talento y tu fortuna te asignan en el mundo un lugar muy distinto al de compañero de una mujer sin patria ni ley. Tu misiva me indica que no estás muy satisfecho contigo mismo. Piensa que no se gana nada prolongando una situación de la que uno se avergüenza. Estás

consumiendo inútilmente los mejores años de tu juventud, y esa pérdida es irreparable.»

Al leer la carta de mi padre fue como si me dieran mil puñaladas. Yo me había dicho cien veces lo que él me decía; cien veces me había avergonzado de mi vida, que transcurría en la oscuridad y la ociosidad. Habría preferido mil veces los reproches, las amenazas: habría encontrado algún honor en resistir y habría sentido la necesidad de reunir mis fuerzas para defender a Ellénore de los peligros que habría tenido que afrontar. Pero no había ningún peligro: se me dejaba en entera libertad, y aquella libertad no me servía más que para llevar con más impaciencia el yugo que yo mismo parecía haber elegido.

Nos instalamos en Caden, una pequeña ciudad de Bohemia. Yo me repetía que, puesto que había asumido la responsabilidad de la suerte de Ellénore, no debía hacerla sufrir. Conseguí dominarme; ocultaba en mi interior hasta los menores indicios de descontento y empleé todos los recursos de mi ingenio en aparentar una alegría que pudiera ocultar mi profunda tristeza. Aquel esfuerzo tuvo sobre mí mismo un efecto inesperado. Somos criaturas tan volubles que los sentimientos que fingimos terminamos por experimentarlos. La tristeza que ocultaba la olvidaba en parte. Mis continuas bromas disipaban mi propia melancolía y las promesas de amor que le hacía a Ellénore infundían en mi corazón una emoción tan dulce que se parecía casi al amor.

De tiempo en tiempo, me asediaban algunos recuerdos inoportunos. Cuando estaba solo, me invadía el desasosiego y hacía mil planes extraños para salir cuanto antes del círculo vicioso en que me encontraba. Pero rechazaba aquellos planes como si fueran

malos sueños. Ellénore parecía feliz. ¿Podía yo acaso turbar su felicidad? Casi cinco meses transcurrieron de aquel modo.

Un día vi a Ellénore nerviosa tratando de ocultarme algo. Después de mucho insistir, me hizo prometer que no me opondría a la resolución que había tomado y me confesó que el señor de P*** le había escrito: había ganado su juicio; recordaba con agradecimiento la ayuda que ella le había prestado y su relación de diez años. Le ofrecía la mitad de su fortuna, no para que volviera con él, cosa que ya no era posible, sino con la condición de que abandonara al ingrato y pérfido hombre que los había separado. «He respondido –me dijo–, y ya imaginaréis que he rehusado.» Ya me lo imaginaba yo. Estaba conmovido pero desesperado por el nuevo sacrificio que por mí hacía Ellénore. Aun así, no me atreví a poner ninguna objeción: ¡mis tentativas en ese sentido habían sido siempre tan infructuosas! Salí para reflexionar sobre qué decisión tomar. Tenía claro que debíamos romper nuestros vínculos. Para mí eran dolorosos, y a ella la perjudicaban; yo era el único obstáculo para que recuperara una situación decorosa y el respeto que, en este mundo, sigue siempre tarde o temprano a la opulencia. Yo era la única barrera entre ella y sus hijos: no tenía ninguna excusa. Ceder ante ella en esta circunstancia ya no era generosidad, sino una debilidad culpable. Había prometido a mi padre que recuperaría la libertad tan pronto como ya no le fuera necesario a Ellénore. Había llegado el momento de iniciar una carrera, de comenzar una vida activa, de hacer algunos méritos estimados por los hombres, de hacer un noble uso de mis facultades. Volví a casa de Ellénore con la inquebrantable decisión de obligarla a no rechazar el ofrecimiento del conde de P*** y para confesarle, si era preciso, que ya no sentía

ningún amor por ella. «Querida amiga –le dije–, durante algún tiempo luchamos contra nuestro destino, pero siempre acabamos por ceder. Las leyes de la sociedad son más fuertes que las voluntades de los hombres; los sentimientos más imperiosos chocan con la fatalidad de las circunstancias. En vano nos obstinamos en no seguir más que los impulsos del corazón, pero tarde o temprano estamos condenados a escuchar la voz de la razón. No puedo reteneros más tiempo en una situación tan indigna para vos como para mí. No puedo hacerlo ni por vos ni por mí.» A medida que hablaba, sin mirar a Ellénore, sentía que mis ideas se volvían más vagas y que mi resolución se debilitaba. Reuní fuerzas y continué con una voz precipitada: «Siempre seré vuestro amigo, siempre sentiré por vos el más profundo afecto. Los dos años de nuestra relación no se borrarán nunca de mi memoria: siempre serán la época más bella de mi vida. Pero amor, ese arrebato de los sentidos, esa embriaguez involuntaria, ese olvido de todos los intereses y de todos los deberes, Ellénore, ya no siento». Apartando la vista de ella, esperé un buen rato su respuesta. Cuando finalmente la miré, estaba inmóvil; contemplaba todos los objetos como si no reconociera ninguno. Le cogí la mano y la encontré fría. Me rechazó. «¿Qué queréis de mí? –me dijo–. ¿Acaso no estoy sola, sola en todo el universo, sola sin nadie que me comprenda? ¿Qué más tenéis que decirme? ¿Todavía no me lo habéis dicho todo? ¿Acaso no se ha terminado todo irremisiblemente? Dejadme, abandonadme, ¿no es eso lo que queréis?» Hizo ademán de irse, se tambaleó. Traté de cogerla y cayó sin conocimiento a mis pies. La levanté, la besé, la reanimé. «Ellénore –exclamé–, volved en vos, volved a mí. Os amo, con el amor más tierno. Os he mentido para que pudierais ser más

libre a la hora de tomar una decisión.» ¡Inexplicables credulidades del corazón! Aquellas simples palabras desmentidas por tantas palabras precedentes devolvieron a Ellénore a la vida y a la esperanza. Me las hizo repetir varias veces: parecía respirar con ansiedad. Me creyó: se embriagó con su amor, que tomaba por el nuestro; confirmó su respuesta al conde de P***, y me encontré más comprometido que nunca.

Al cabo de tres meses, se presentó una nueva posibilidad de cambio en la situación de Ellénore. Una de esas vicisitudes habituales en las repúblicas agitadas por distintas facciones amnistió a su padre en Polonia y le restituyó sus bienes. A pesar de que apenas conocía a su hija, a quien su madre se había llevado a Francia a la edad de tres años, él deseó tenerla a su lado. Los rumores de las aventuras de Ellénore apenas le habían llegado vagamente a Rusia, donde, durante su exilio, había vivido siempre. Ellénore era su única hija. Tenía miedo a la soledad y quería que alguien cuidara de él. Por eso se propuso descubrir el paradero de su hija y, en cuanto lo descubrió, la invitó insistentemente a reunirse con él. Ella no podía tener ningún apego real por un padre al que no recordaba haber visto. No obstante, sentía que era su deber obedecer; de ese modo aseguraba a sus hijos una gran fortuna y recuperaba ella misma el rango que le habían arrebatado sus desgracias y su conducta, pero me aseguró tajantemente que sólo iría a Polonia si yo la acompañaba. «Ya no estoy –me dijo– en la edad en que se entablan nuevas relaciones. Mi padre es un desconocido para mí. Si me quedo aquí, otros le harán compañía de inmediato, y él será igualmente feliz. Mis hijos tendrán la fortuna del señor de P***. Ya sé que todo el mundo me censurará, me

considerará una hija ingrata y una madre poco sensible, pero ya he sufrido bastante. Ya no soy tan joven como para que la opinión de la gente tenga un gran predicamento sobre mí. Si hay en mi resolución alguna dureza, la culpa la tenéis vos, Adolphe. Si pudiera confiar en vos, consentiría tal vez en una ausencia cuya amargura sería menor por la perspectiva de un reencuentro dulce y duradero, pero os contentáis con imaginarme a doscientas leguas, feliz y tranquila, en el seno de mi familia y viviendo en la opulencia. Me escribiríais entonces unas cartas razonables que me puedo figurar: me desgarrarían el corazón y ya no quiero exponerme a eso. No me consuela pensar que por el sacrificio de toda mi vida he llegado a inspiraros el sentimiento que merecía, pero, al fin y al cabo, habéis aceptado ese sacrificio. Ya sufro de sobra por la aridez de vuestros modales y por la sequedad de nuestra relación. Soporto esos sufrimientos que me infligís, mas no quiero arrostrar otros voluntariamente».

Había en la voz y en el tono de Ellénore un no sé qué arisco y violento que anunciaba más una firme determinación que una emoción profunda o conmovedora. Desde hacía algún tiempo se irritaba por adelantado cuando me pedía algo, como si ya se lo hubiera negado. Ellénore disponía de mis actos, pero a la vez sabía que mi pensamiento los desmentía. Le habría gustado penetrar en el santuario íntimo de mi pensamiento para luchar contra una firme oposición que la rebelaba contra mí. Yo le hablaba de mi situación, del deseo de mi padre y del mío; le rogaba, me encolerizaba. Ellénore fue inconmovible. Me propuse despertar su generosidad, como si el amor no fuera, de todos los sentimientos, el más egoísta y, por consiguiente, cuando está herido, el menos generoso. Traté,

con denuedo, de enternecerla hablándole de lo infeliz que me sentía permaneciendo a su lado, y lo único que conseguí fue exasperarla. Le prometí ir a verla a Polonia, pero en mis promesas, sin efusión y sin naturalidad, ella no veía sino mi impaciencia por abandonarla.

El primer año de nuestra estancia en Caden había llegado a su término sin que nada cambiara en nuestra situación. Cuando Ellénore se encontraba triste o abatida, se afligía al principio, se ofendía a continuación y me arrancaba con reproches la confesión del desánimo que yo habría querido ocultar. Por mi parte, cuando Ellénore parecía contenta, viéndola gozar de una coyuntura que me costaba mi felicidad, me enfurecía y echaba a perder aquella breve alegría suya con insinuaciones que la hacían adivinar lo que yo sentía en mi fuero interno. Así pues, nos turnábamos en atacarnos con frases indirectas; a continuación, reculábamos mediante pretextos indefinidos y justificaciones vagas, y de nuevo nos encerrábamos en el silencio, pues, a sabiendas de lo que nos diríamos, preferíamos callarnos y así no tener que escucharlo. En ocasiones uno de nosotros estaba a punto de ceder, pero siempre dejábamos pasar el momento favorable para reconciliarnos. Nuestros desconfiados y heridos corazones ya no se encontraban.

A menudo me preguntaba por qué me hallaba todavía en aquel estado tan penoso y me respondía que, si me alejaba de Ellénore, ella me seguiría y yo provocaría un nuevo sacrificio. Finalmente me dije que debía satisfacerla una última vez y que no podría exigirme nada más en cuanto la hubiera devuelto a su familia. Iba a proponerle acompañarla a Polonia cuando recibió la noticia de que su padre había muerto súbitamente. La había nombrado su única heredera, pero su testamento se había impugnado a causa de

algunas cartas posteriores que unos parientes lejanos amenazaban con hacer valer. Ellénore, a pesar de la poca relación que había tenido con su padre, se sintió afectada en lo más hondo de su ser por aquella muerte: se reprochaba haberlo abandonado. Pronto me acusó de su pecado.

–Me habéis hecho faltar –me dijo– a un deber sagrado. Ahora lo único importante es mi fortuna: me costará aún menos sacrificarla por vos. Pero, como es natural, no iré sola a un país donde sólo puedo encontrar enemigos.

–No pretendía –repuse– que dejarais de cumplir ningún deber. Me habría gustado, lo confieso, que os dignarais reflexionar sobre que yo también encontraba doloroso faltar a los míos, pero no pude obtener de vos ese gesto de justicia. Me rindo, Ellénore. Vuestro interés está por encima de cualquier otra consideración. Iremos juntos cuando queráis.

Nos pusimos en marcha. Las distracciones del viaje, la novedad de todo lo que nos rodeaba y los esfuerzos que nosotros mismos hacíamos consiguieron que de cuando en cuando hubiera entre nosotros algunos momentos de intimidad. La larga familiaridad que teníamos y las variadas circunstancias que habíamos compartido habían ligado a cada palabra, casi a cada gesto, recuerdos que nos devolvían de repente al pasado y nos colmaban de una ternura involuntaria, igual que los relámpagos iluminan la noche sin disiparla. Vivíamos, digamos, de una especie de memoria del corazón lo bastante fuerte como para que la idea de separarnos nos resultara dolorosa, pero muy débil como para que nos sintiéramos felices por estar juntos. Yo me abandonaba a aquellas emociones para descansar de mi tensión habitual. Me habría gustado

proporcionar a Ellénore testimonios de ternura que la alegraran y en ocasiones retomaba con ella el lenguaje del amor, pero aquellas emociones y aquel lenguaje se parecían a las hojas pálidas y descoloridas que, como un fúnebre vestigio de vegetación, crecen lánguidas en las ramas de un árbol desarraigado.

CAPÍTULO VII

Ellénore obtuvo desde su llegada el derecho a disfrutar de los bienes que se le disputaban y se comprometió a no disponer de ellos hasta que el proceso se hubiera resuelto. Se instaló en una de las posesiones de su padre. El mío, que jamás abordaba conmigo ninguna cuestión directamente, se contentó con llenar de insinuaciones contra mi viaje las cartas que me escribía. Me decía:

> Me diste a entender que no harías el viaje. Me expusiste profusamente todas las razones que tenías para no partir y, en consecuencia, yo estaba convencido de que partirías. Lo único que te reprocho es que con tu espíritu de independencia haces siempre lo que no quieres hacer. Por lo demás, no quiero juzgar una situación que sólo conozco imperfectamente. Hasta ahora me habías parecido el protector de Ellénore y, en ese sentido, había en tu comportamiento algo noble que elevaba tu carácter, cualquiera que fuere el objeto con el que te encariñaras. Hoy en día la relación que tenéis ya no es la misma. Ya no eres tú quien la protege, sino ella quien lo hace: vives en su casa, eres un extranjero que ella introduce en su familia. No me voy a pronunciar sobre una situación que has elegido tú. Pero, como puede tener sus inconvenientes, me gustaría hacer cuanto esté en mi mano para minimizarlos. Escribo al barón de T***, nuestro ministro en el país en que te encuentras,

para recomendarte a él. Ignoro si te conviene hacer uso de esta recomendación, pero no veas en ello más que una prueba de mi celo, y no un menoscabo a la independencia que siempre has sabido defender con éxito contra tu padre.

Sofoqué las reflexiones que este estilo me provocaba. El lugar que habitaba con Ellénore estaba situado a poca distancia de Varsovia, adonde fui para presentarme en casa del barón de T***. Me recibió amistosamente y me preguntó los motivos de mi estancia en Polonia y sobre mis proyectos. Yo no sabía qué responderle. Después de algunos minutos de una conversación embarazosa, me dijo:

–Voy a hablaros con franqueza. Conozco los motivos que os han traído a este país: vuestro padre me los ha comunicado. Os diría incluso que los comprendo: no hay hombre que no se haya encontrado una vez en la vida dividido entre el deseo de romper una relación inconveniente y el temor a afligir a una mujer a la que ha amado. La inexperiencia de la juventud hace que uno exagere mucho las dificultades de semejante posición; uno se empeña en creer en la verdad de todas esas demostraciones de dolor, que sustituyen, en un sexo débil e impulsivo, a los recursos de la fuerza y de la razón. El corazón sufre por ello, pero el amor propio se envanece, y ese hombre que piensa de buena fe en inmolarse por la desesperación que ha provocado no se sacrifica, de hecho, sino a las ilusiones de su propia vanidad. No hay una sola de esas mujeres apasionadas, de las que el mundo está lleno, que no haya amenazado con matarse si se la abandonaba; no hay una sola que no siga viva y que no haya encontrado consuelo. –Iba a protestar, pero prosiguió–: Perdonadme, joven amigo, si me expreso con pocos miramientos, pero lo que me han dicho de vos, las cualidades que

tenéis, la carrera que pronto emprenderéis, todo ello no me permite ocultaros nada. Puedo leer en vuestra alma, a su pesar y mejor de lo que vos podéis hacerlo; no estáis ya enamorado de la mujer que os domina y os arrastra tras ella. Si la amarais todavía, no habríais venido a mi casa. Sabíais que vuestro padre me había escrito; os era fácil prever lo que os iba a decir: no os ha molestado escuchar de mi boca razonamientos que os repetís continuamente vos mismo, y siempre inútilmente. La reputación de Ellénore está lejos de estar intacta…

–Terminemos, se lo ruego –respondí–, esta inútil conversación. Es probable que algunas circunstancias desgraciadas determinaran los primeros años de Ellénore, y se la puede juzgar desfavorablemente basándose en apariencias engañosas, pero yo la conozco desde hace tres años, y no existe sobre la tierra un alma más elevada, un carácter más noble, un corazón más puro y generoso.

–Como queráis –respondió–, pero eso son matices que la opinión de la gente no tiene en cuenta. Los hechos son irrefutables, y son públicos. ¿Acaso impidiéndome que os los recuerde pensáis que desaparecerán? Escuchad –prosiguió–, en este mundo hay que saber lo que uno quiere. ¿No os iréis a casar con Ellénore?

–¡No, por supuesto! –exclamé–. Ella no lo ha deseado nunca.

–¿Qué pensáis hacer entonces? Tiene diez años más que vos; tenéis ahora veintiséis. Cuidareis de ella diez años todavía; entonces será vieja, mientras que vos habréis llegado a la mitad de vuestra vida sin haber empezado nada ni acabado nada que os satisfaga. El aburrimiento se apoderará de vos; el mal humor se apoderará de ella. Cada día os resultará más desagradable; cada día le seréis más

necesario, y el resultado de un nacimiento ilustre, de una gran fortuna, de un espíritu distinguido, será vegetar en un rincón de Polonia, olvidado por vuestros amigos, perdido para la gloria y atormentado por una mujer que, hagáis lo que hagáis, no estará jamás contenta con vos. No voy a añadir más que una cosa y no volveremos más sobre un tema que os incomoda. Tenéis todos los caminos abiertos: las letras, las armas, la administración. Podéis aspirar a las alianzas más ilustres; estáis hecho para conseguir cualquier cosa, pero recordad bien que entre vos y cualquier clase de éxito se levanta un obstáculo insuperable, y ese obstáculo es Ellénore.

–Señor –le respondí–, os he escuchado en silencio por respeto, pero debo también deciros que no me habéis convencido. Nadie como yo, repito, conoce mejor a Ellénore; nadie aprecia lo suficiente la franqueza de sus sentimientos y la profundidad de sus juicios. Mientras me necesite, seguiré a su lado. Ningún éxito me consolaría de hacerla desdichada y, aunque deba limitar mi carrera a servirle de apoyo, a acompañarla en sus penalidades, a rodearla de mi afecto contra la injusticia de una opinión pública que no la conoce bien, seguiré pensando que no he empleado mi vida inútilmente.

Dicho esto, me fui. ¡Pero quién me explicará a qué clase de volubilidad se debía que el sentimiento que me dictaban aquellas palabras se apagaba a medida que terminaba de pronunciarlas! Decidí, mientras regresaba a pie, retrasar el momento de encontrarme con aquella Ellénore a la que acababa de defender. Crucé precipitadamente la ciudad: estaba impaciente por estar solo.

Una vez que hube llegado al campo, disminuí el paso mientras me asaltaban mil pensamientos. Aquellas funestas palabras, «Entre

vos y cualquier clase de éxito se levanta un obstáculo insuperable, y ese obstáculo es Ellénore», resonaban a mi alrededor. Eché una larga y triste mirada al tiempo que acababa de pasar sin retorno; recordé las esperanzas de mi juventud, la confianza con la que, a la sazón, creía ser dueño del futuro, los elogios que había recibido por mis primeros logros, la aurora de una reputación que había visto despuntar y extinguirse. Atormentado por mi inactividad, me repetía los nombres de varios de mis compañeros de estudio a los que había tratado con un soberbio desdén, quienes, gracias a un trabajo obstinado y a una vida ordenada, me habían dejado atrás en el camino de la fortuna, de la fama y de la gloria. Al igual que los avaros se representan en los tesoros que acumulan todos los bienes que con ellos podrían comprar, yo veía en Ellénore la privación de todos los éxitos a los que habría podido aspirar. No era una sola carrera la que echaba de menos: como no había intentado ninguna, las echaba de menos todas. Al no haber empleado nunca mis talentos, me los imaginaba sin límites y los maldecía: habría preferido que la naturaleza me hubiera hecho débil y mediocre, para al menos no sentir remordimientos por degradarme voluntariamente. Cualquier elogio, cualquier signo de aprobación que despertaban mi ingenio o mis conocimientos, me parecía un reproche insoportable: era como si escuchara admirar los brazos vigorosos de un atleta cargado de cadenas en el fondo de un calabozo. Si quería recuperar mi valor y convencerme de que aún estaba yo en edad activa, la imagen de Ellénore aparecía ante mí como un fantasma y me arrojaba a la nada; sentía contra ella un acceso de ira, pero, por una extraña mezcla de pasiones, aquella ira no apaciguaba el temor que me inspiraba la idea de afligirla.

Mi alma, fatigada por aquellos amargos sentimientos, buscó de repente un refugio en sentimientos contrarios. Algunas palabras, pronunciadas al azar por el barón de T*** sobre la posibilidad de una alianza dulce y tranquila, me sirvieron para recrear el ideal de una compañera. Pensé en el descanso, en el respeto, en la independencia incluso que me ofrecería una suerte semejante, pues los vínculos que arrastraba desde hacía tanto tiempo me habían vuelto mil veces más dependiente de lo que habrían podido hacerlo una unión legítima y pública. Imaginaba la alegría de mi padre; estaba impaciente por recuperar en mi patria y entre mis iguales el lugar que me correspondía. Me imaginaba oponiendo una conducta austera e irreprochable a todos los juicios que una maldad fría y frívola había difundido sobre mí, a todos los reproches con que me abrumaba Ellénore.

«Me acusa continuamente –me decía yo– de ser duro, de ser ingrato, de no tener compasión. ¡Ay!, si el cielo me hubiera concedido a una mujer a la que las convenciones sociales me permitieran reconocer y a la que mi padre pudiera aceptar como hija sin avergonzarse, habría sido inmensamente feliz haciéndola feliz. Esta sensibilidad que nadie conoce porque está dolorida y lastimada, esta sensibilidad de la que se exigen imperiosamente pruebas que mi corazón niega al arrebato y a la amenaza, ¡qué dulce sería abandonarme a ella con mi amada, compañera de una vida ordenada y respetada! ¿Qué no he hecho por Ellénore? Por ella he abandonado mi país y a mi familia, por ella he afligido el corazón de un padre anciano que se lamenta todavía lejos de mí, por ella vivo en estas tierras donde mi juventud se pierde solitaria, sin gloria, sin honor y sin placer… ¿Acaso tantos sacrificios hechos sin amor y sin

que me los imponga el deber no prueban lo que sería capaz de hacer por deber y por amor? Si tanto temo el sufrimiento de una mujer que sólo me domina con su dolor, ¡con qué cuidado no apartaría toda aflicción, toda tristeza, de aquella a la que podría consagrarme por entero sin remordimientos y sin reservas! ¡Qué imagen tan diferente daría a todo el mundo! ¡Qué rápido huiría de mí esta amargura que me reprochan, porque desconocen su fuente! ¡Qué agradecido le estaría al cielo y qué benévolo me mostraría con los hombres!»

Me iba diciendo todo eso mientras los ojos se me empapaban de lágrimas y mil remembranzas inundaban mi alma: mi relación con Ellénore me había hecho odiar todos aquellos recuerdos. Todo lo que me recordaba mi infancia, los lugares en que habían transcurrido mis primeros años, los compañeros de mis primeros juegos, los familiares que me habían prodigado las primeras muestras de afecto, me hería y me hacía daño; no me quedaba más remedio que rechazar, como si fueran pensamientos culpables, las imágenes más atractivas y los deseos más naturales. La compañera que de repente había creado mi imaginación compartía, por el contrario, todas aquellas imágenes y aprobaba todos aquellos deseos; compartía todos mis deberes, todos mis placeres, todos mis gustos; ligaba mi vida actual con aquella época de mi juventud en que la esperanza abría ante mí un vasto porvenir, época de la que Ellénore me había separado por un abismo. Los menores detalles, los menores objetos regresaban a mi memoria. Volvía a ver el antiguo castillo en el que había vivido con mi padre, los bosques que lo rodeaban, el río que bañaba los pies de sus muros, las montañas que bordeaban su horizonte, y todas estas cosas me parecían tan presentes, tan llenas

de vida, que me provocaron un estremecimiento que apenas pude reprimir mientras mi imaginación colocaba a su lado a una criatura inocente y joven que las embellecía, que las animaba con la esperanza. Vagabundeé sumido en esta ensoñación, sin ningún plan fijo, sin reconocer que tenía que romper con Ellénore, con una idea vaga y confusa de la realidad, y en el estado de un hombre consternado por la pena, un hombre al que un sueño ha consolado y que presiente que ese sueño va a terminar. De pronto divisé el castillo de Ellénore, al que me había estado acercando sin darme cuenta. Me detuve y tomé otro camino: preferí retrasar el momento de escuchar de nuevo su voz.

El día tocaba a su fin: el cielo estaba sereno, el campo se había quedado desierto, los hombres habían dejado de trabajar y abandonaban la naturaleza a sí misma. Mis pensamientos adquirieron poco a poco un tono más grave y serio. Las sombras de la noche espesándose a cada instante y el vasto silencio que me rodeaba, interrumpido solamente por algunos ruidos extraños y lejanos, sustituyeron mi agitación por un sentimiento más tranquilo y solemne. Paseaba mi mirada por un horizonte grisáceo cuyos límites no podía ver, lo que me daba, en cierto modo, una sensación de inmensidad. No había sentido nada parecido desde hacía mucho tiempo: continuamente absorto en reflexiones personales, siempre pensando en mi situación, me había vuelto ajeno a cualquier otra impresión. Sólo me ocupaba de Ellénore y de mí: de Ellénore, que sólo me inspiraba una compasión mezclada de cansancio; de mí, por quien no sentía ya ningún aprecio. Me había degradado, por decirlo así, cayendo en un nuevo tipo de egoísmo, un egoísmo sin valor, insatisfecho y humillado, y me alegré por tener pensamientos de

otra clase y por reencontrar la facultad de olvidarme de mí mismo para abandonarme a meditaciones desinteresadas. Mi alma parecía estar recuperándose de una larga y vergonzosa degradación.

Casi toda la noche transcurrió así. Caminaba al azar. Recorrí campos, bosques, caseríos donde no había ningún movimiento. De cuando en cuando veía en alguna vivienda alejada una pálida luz que atravesaba la oscuridad. «Allí –me decía a mí mismo–, tal vez, algún infortunado se retuerce de dolor o lucha contra la muerte, misterio inexplicable del que la experiencia diaria parece no haber convencido todavía a los hombres, final cierto que ni nos consuela ni nos sosiega, ¡objeto de una indiferencia habitual y de un espanto pasajero! ¡Y yo también –proseguí–, me entrego a este delirio insensato! Me rebelo contra la vida, ¡como si la vida no debiera terminar un día! ¡Siembro la desgracia a mi alrededor para reconquistar algunos miserables años que el tiempo no tardará en arrancarme! ¡Ay!, renuncia a tantos inútiles esfuerzos, goza viendo el paso del tiempo, viendo tus días huir uno tras otro. Quédate quieto, espectador indiferente de una existencia cuya mitad ya ha transcurrido, pues podrás enseñorearte de ella, podrás dilapidarla, ¡pero no por eso se prolongará! ¿Merece, entonces, la pena disputarla?»

La idea de la muerte ha tenido siempre mucho predicamento en mí. En mis aflicciones más vivas, siempre ha bastado para calmarme al instante y en aquella ocasión también produjo en mi alma su efecto acostumbrado: mis sentimientos por Ellénore dejaron de ser tan amargos. Toda mi irritación desapareció y el único recuerdo que guardo de aquella delirante noche es una sensación dulce y casi

tranquila. Tal vez la lasitud física que sentía contribuía a aquella serenidad.

Estaba a punto de amanecer. Ya distinguía los objetos. Me di cuenta de que me encontraba bastante lejos de la residencia de Ellénore. Me imaginaba su inquietud y me daba prisa, tanta como el cansancio me permitía, por llegar a su lado cuando me topé con un hombre a caballo que ella había enviado para buscarme. El hombre me contó que desde hacía doce horas Ellénore se hallaba en un estado de agitación incontrolable; que después de haber ido a Varsovia y haber recorrido todos los alrededores, había vuelto a su casa en un inexpresable estado de angustia, y que todos los habitantes del pueblo habían salido al campo a buscarme. Aquel relato me hizo sentir al principio una impaciencia bastante penosa. Me irritaba verme sometido por Ellénore a una vigilancia inoportuna. En vano me repetía que sólo su amor era la causa, pero ¿acaso aquel amor no era también la fuente de todas mis desdichas? No obstante, logré vencer aquel sentimiento que me reprochaba. Sabía que estaba alarmada y que sufría. Me monté en el caballo. Cubrí rápidamente la distancia que nos separaba. Ellénore me recibió con grandes muestras de alegría. Me conmovió su emoción. Tuvimos una corta conversación porque enseguida pensó que seguramente necesitara descansar, y la dejé, esta vez al menos, sin haber dicho nada que pudiera afligir su corazón.

CAPÍTULO VIII

Al día siguiente me levanté perseguido por las mismas ideas que me habían agitado la víspera. Mi desasosiego aumentó en los días siguientes, y Ellénore quiso inútilmente conocer la causa. Yo respondía con monosílabos embarazosos a sus imperiosas preguntas. Me resistía contra su insistencia, a sabiendas de que a mi franqueza le seguiría su dolor y que éste me impondría un nuevo disimulo.

Inquieta y desconcertada, recurrió a una de sus amigas para descubrir el secreto de cuya ocultación me acusaba; ávida por engañarse a sí misma, buscaba un hecho donde no había más que un sentimiento. Aquella amiga habló conmigo de mi extraño humor, de mi insistencia en rechazar cualquier idea de un vínculo duradero, de mi inexplicable sed de ruptura y soledad. La escuché todo el tiempo en silencio, pues hasta aquel momento nunca había dicho a nadie que ya no amaba a Ellénore y mi boca sentía repugnancia por aquella confesión que me parecía una perfidia. Aun así, quise justificarme. Le conté mi versión con precaución, haciendo muchos

elogios de Ellénore, reconociendo las incongruencias de mi conducta, que atribuí a las dificultades de nuestra situación, y sin permitirme una palabra que diera a entender claramente que el verdadero obstáculo era por mi parte la ausencia de amor. La mujer que me escuchaba se conmovió con mi relato: vio generosidad en lo que yo llamaba *debilidad*, infortunio en lo que yo llamaba *dureza*. Las mismas explicaciones que hacían enfurecer a la apasionada Ellénore convencían a su imparcial amiga. ¡Somos tan justos cuando no nos mueve ningún interés! Quienquiera que seáis, no deleguéis jamás en otro los intereses de vuestro corazón; sólo el corazón puede defender su causa: sólo él conoce sus heridas y cualquier intermediario se convierte en un juez. El corazón analiza, transige, concibe la indiferencia y la admite como posible, la reconoce como inevitable; por eso mismo la excusa y la indiferencia se encuentran, para su sorpresa, legitimadas a sus propios ojos. Los reproches de Ellénore me habían convencido de que yo era culpable; pero aquella que pensaba defenderla me dijo que yo no era más que un desdichado. Aquello me movió a hacer una confesión completa de mis sentimientos: reconocí que sentía mucho afecto por Ellénore, cariño, compasión, pero añadí que el amor no entraba para nada en los deberes que yo mismo me había impuesto. Aquella verdad, hasta aquel momento encerrada en mi corazón, y sólo algunas veces revelada a Ellénore en medio de un enfado o de un arrebato, adquirió para mí una realidad y una fuerza mayores al habérsela confiado a otra persona. Uno da un gran paso, un paso irreparable, cuando desvela de repente a un tercero los entresijos de una relación íntima: la luz que penetra en ese santuario constata y acaba la destrucción que la noche rodeaba con sus sombras, del mismo

modo en que los cuerpos encerrados en sus tumbas conservan a menudo su forma original hasta que el aire del exterior los azota y los reduce a polvo.

La amiga de Ellénore me dejó. Ignoro lo que le dijo de nuestra conversación, pero, cuando me acerqué al salón, escuché a Ellénore hablar con una voz muy animada. Al notar mi presencia, se calló. Muy pronto empezó a exponer, en diversas formas, algunas ideas generales que no eran más que ataques particulares. «No hay nada más curioso –decía–, que el celo de ciertas amistades. Hay personas que se empeñan en defender tus intereses para luego abandonar mejor tu causa. A eso lo llaman a *fidelidad*, aunque yo lo llamaría más bien *odio*.» Enseguida me di cuenta de que la amiga había tomado partido por mí y de que a Ellénore le indignaba que aquélla no pareciera juzgarme lo suficientemente culpable. Así pues, me sentí cómplice de otra persona contra Ellénore, lo que significaba una barrera más entre nuestros corazones.

Unos días después, Ellénore fue más lejos todavía: era incapaz de cualquier control sobre sí misma; en cuanto creía tener un motivo de queja, pedía explicaciones directamente, sin consideración ni medida, y prefería correr el riesgo de romper a lo violento de disimular. Las dos amigas se separaron enfadadas para siempre.

–¿Por qué mezclar a personas extrañas en nuestras discusiones íntimas? –le dije a Ellénore–. ¿Necesitamos a un tercero para entendernos? Y, si ya no nos entendemos, ¿qué tercero podrá poner remedio?

–Tenéis razón –me respondió–, pero es por vuestra culpa: antes no necesitaba recurrir a nadie para llegar a vuestro corazón.

De repente Ellénore anunció su intención de cambiar su estilo de vida. Adiviné por sus palabras que atribuía a la soledad en que vivíamos la insatisfacción que me consumía: agotaba todas las explicaciones falsas antes de resignarse a la verdadera. Pasábamos frente a frente monótonas veladas entre el silencio y el mal humor: la fuente de las largas conversaciones se había secado.

Ellénore decidió invitar a su casa a las familias nobles que residían en los alrededores o en Varsovia. Enseguida reparé en los obstáculos y los peligros de su plan. Los parientes que le disputaban su herencia habían revelado sus errores pasados y difundido contra ella mil rumores y calumnias. Temblé ante las humillaciones que tendría que afrontar y traté de disuadirla de aquella empresa. Mis consejos fueron vanos: hería su orgullo con mis temores, a pesar de que sólo los expresaba con mucho tacto. Supuso que me sentía avergonzado de nuestro vínculo porque había llevado una vida sospechosa, lo que no hizo sino espolearla para reconquistar un lugar honorable en el mundo. Sus esfuerzos obtuvieron algún éxito. La fortuna de la que gozaba, su belleza, que el tiempo sólo había ajado ligeramente, los rumores incluso sobre sus aventuras, todo en ella suscitaba la curiosidad de la gente. Si bien pronto se vio rodeada de un nutrido círculo de personas, la embargaba un sentimiento secreto de vergüenza y de desasosiego. Yo estaba molesto con mi situación y Ellénore, imaginándose que lo estaba con la suya, se revolvía para salir de ella; su ardiente deseo no le permitía hacer ningún cálculo, su falsa posición le forzaba a tener una conducta incoherente y a precipitarse en sus actos. Era juiciosa, pero de pocas miras; la rectitud de su espíritu se desvirtuaba por los arrebatos de su temperamento, y sus cortas miras le impedían

percibir el buen camino y discernir los más delicados matices. Por primera vez tenía un objetivo, pero, como se precipitaba, lo echaba a perder. ¡Cuántos disgustos tuvo que pasar sin comunicármelos! ¡Cuántas veces pasé vergüenza por ella sin atreverme a decírselo! Tal es, entre los hombres, el poder de la reserva y de la mesura. Había visto que el respeto que, en calidad de amante, le profesaban los amigos del conde de P*** era mayor que el de sus vecinos actuales, pese a ser la heredera de una gran fortuna, rodeada de sus vasallos. Sucesivamente altiva y suplicante, una veces obsequiosa y otras susceptible, había en sus actos y en sus palabras un no sé qué de fogosidad que destruía la consideración, que sólo está compuesta de sosiego.

Al descubrir así los defectos de Ellénore, es a mí a quien acuso y condeno. Una palabra mía la habría tranquilizado: ¿por qué no pude pronunciar esa palabra?

Pese a todo, nuestra vida en común había mejorado: las distracciones nos hacían más llevaderos nuestros pensamientos habituales. Estábamos solos poco tiempo y, como nuestra confianza mutua era ilimitada, con excepción de nuestros sentimientos íntimos, las observaciones y los hechos sustituían a aquellos sentimientos y nuestras conversaciones habían recuperado cierto encanto. Pero pronto aquella renovada vida se convirtió para mí en fuente de un nuevo conflicto. Perdido entre la muchedumbre que rodeaba a Ellénore, me di cuenta de que era objeto de curiosidad y de crítica. Se acercaba el momento en que se dictaría sentencia. Sus adversarios argumentaban que había ablandado el corazón paterno con extrañas maniobras y mi presencia apoyaba sus afirmaciones. Sus amigos me reprochaban estar perjudicándola. Excusaban su

pasión por mí, pero me acusaban de indelicadeza: abusaba yo, decían, de un sentimiento que tendría que haber moderado. Sólo yo sabía que, si la abandonaba, ella me seguiría y que para eso se despreocuparía de su fortuna y de toda prudencia. Sin embargo, no podía confesar a nadie este secreto, de manera que en casa de Ellénore yo sólo parecía un extraño que estaba perjudicando el éxito de las gestiones que decidirían su suerte, y, por una curiosa inversión de la verdad, mientras yo era la víctima de su inquebrantable voluntad, la gente la compadecía a ella como víctima de mi ascendiente.

Una nueva circunstancia vino a complicar todavía más aquella dolorosa situación.

De pronto, en la conducta y los hábitos de Ellénore se produjo una curiosa revolución: si bien hasta aquel momento parecía haberse concentrado en mí, de repente la vi recibir y buscar los halagos de los hombres que la rodeaban. Era como si aquella mujer tan reservada, tan fría, tan recelosa, hubiera cambiado súbitamente de carácter. Alentaba los sentimientos e incluso las esperanzas de una muchedumbre de jóvenes, algunos de los cuales estaban seducidos por su belleza, y otros, a pesar de sus errores pasados, aspiraban seriamente a su mano. Ella les concedía largas entrevistas; tenía con ellos ese comportamiento dudoso pero atrayente de quien rechaza débilmente sólo para atrapar mejor, pues da a entender más indecisión que indiferencia y más dilación que rechazo. Más adelante supe por ella, y los hechos me lo demostraron, que actuaba así por un cálculo equivocado y deplorable. Pensaba reanimar mi amor provocando mis celos, pero aquello equivalía a remover cenizas que nada podía ya avivar. Tal vez

también se mezclaba en aquel cálculo, sin que ella fuera consciente de ello, algo de vanidad femenina: sintiéndose humillada por mi frialdad, quería demostrarse a sí misma que todavía podía agradar. En el abandono en que yo había dejado su corazón, quizá encontraba por fin una especie de consuelo escuchando expresiones de amor que hacía tiempo que yo no pronunciaba ya.

Sea como fuere, me equivoqué durante algún tiempo sobre sus motivos. Vislumbré la aurora de mi libertad futura y me felicitaba por ello. No queriendo interrumpir con ningún acto imprudente aquella gran crisis en la que yo cifraba mi libertad, me volví más dulce, más alegre. Ellénore tomó mi dulzura por ternura, mi esperanza de verla finalmente feliz sin mí por el deseo de hacerla feliz. Se felicitó por su estratagema. No obstante, en ocasiones se alarmaba al no verme preocupado; me reprochaba que no pusiera ningún impedimento a aquellas relaciones que, en apariencia, amenazaban con arrebatármela. Yo respondía a aquellas acusaciones con bromas, pero no siempre conseguían tranquilizarla: su temperamento aparecía de nuevo a pesar del disimulo que se había impuesto. Las escenas volvían a empezar en otro terreno, pero no menos tormentosas. Ellénore me acusaba de sus propios errores, me insinuaba que una sola palabra mía haría que regresara a mí para siempre; luego, ofendida por mi silencio, se entregaba de nuevo a la coquetería con una especie de furor.

Presiento que, sobre todo en este punto, se me acusará de debilidad. Yo quería ser libre y podía serlo con la aprobación general; es más, debía serlo tal vez: la conducta de Ellénore no sólo me autorizaba, sino que incluso parecía obligarme. Pero ¿acaso no sabía yo que aquella conducta era obra mía? ¿No sabía que Ellénore, en el

fondo de su corazón, no había dejado de amarme? ¿Podía castigarla por las imprudencias que yo mismo le hacía cometer y, fríamente hipócrita, buscar un pretexto en aquellas imprudencias para abandonarla sin piedad?

Ciertamente no quiero justificarme, pues me condeno con más severidad de lo que cualquier otro haría en mi lugar, pero puedo al menos hacer aquí este solemne juramento: jamás actué por cálculo y siempre lo hice guiado por sentimientos verdaderos y espontáneos. ¿Cómo es posible que con tales sentimientos sólo haya sembrado mi desgracia y la de los demás?

Los amigos de Ellénore me contemplaban con curiosidad. Mi estancia en su casa sólo podía explicarse por un gran afecto por ella, pero mi indiferencia por los vínculos que ella parecía estar siempre dispuesta a contraer desmentía aquel afecto. Se atribuyó mi inexplicable tolerancia a una ligereza de principios, a una indiferencia moral, que prefiguraba, se decía, a un hombre profundamente egoísta al que el mundo había corrompido. Aquellas conjeturas, tanto más propicias a causar algún efecto cuanto más se identificaban con las almas que las concebían, encontraron eco. El rumor llegó finalmente hasta mí, y aquel descubrimiento inesperado me indignó: como recompensa a mis prolongados favores se me estaba menospreciando y calumniando. Por una mujer había olvidado todos mis intereses y renunciado a todos los placeres de la vida, y era a mí a quien condenaban.

Tuve una acalorada explicación con Ellénore. Una palabra hizo desaparecer toda aquella turba de admiradores que ella había atraído para que yo temiera su pérdida. Limitó sus amistades a algunas mujeres y a un pequeño número de hombres mayores. Todo

volvió a adquirir una apariencia de normalidad, pero aquello sólo nos hizo más desdichados: Ellénore se arrogaba nuevos derechos; yo me sentía cargado de nuevas cadenas.

No sabría describir cuánta amargura y cuánto odio resultaron de aquella relación tan complicada. Nuestra vida fue una perpetua tormenta; la intimidad perdió todo su encanto, y el amor, toda su dulzura. Ni siquiera hubo ya entre nosotros esos encuentros pasajeros que durante unos instantes parecen curar heridas incurables. La verdad se mostró desnuda y yo utilizaba para hacerme entender las expresiones más duras y despiadadas. Sólo me detenía cuando veía a Ellénore bañada en lágrimas, lágrimas que no eran sino una lava ardiente que, cayendo gota a gota sobre mi corazón, me arrancaban gritos sin poderme arrancar una retractación. Fue entonces cuando más de una vez la vi ponerse en pie pálida y profética: «Adolphe –exclamaba–, no sabéis el daño que me estáis haciendo. Algún día lo sabréis, lo sabréis por mí, cuando me hayáis precipitado a la tumba». ¡Desdichado de mí por no haberme precipitado yo mismo antes que ella cuando me hablaba así!

CAPÍTULO IX

No había vuelto a casa del barón de T*** desde mi primera visita. Una mañana recibí de él la nota siguiente:

> Los consejos que os di no merecen una tan larga ausencia. Cualquiera que sea la decisión que toméis sobre vuestros asuntos, no por eso dejaréis de ser el hijo de mi amigo más querido, ni gozaré menos del placer de vuestra compañía, ni tendré menos placer en introduciros en un círculo del que, me atrevo a prometeros, os resultará agradable formar parte. Permitidme añadir que, cuanto más singular sea vuestro estilo de vida, que no quiero criticar en absoluto, más os interesará disipar los prejuicios, sin duda infundados, frecuentando la sociedad.

Estaba agradecido por el afecto que un hombre de edad me demostraba. Fui a verlo, mas no hablamos para nada de Ellénore. El barón me invitó a cenar: aquel día sólo había algunos hombres bastante espirituales y amables. De entrada, estuve incómodo, pero me sobrepuse: me animé, hablé, hice alarde, cuanto me fue posible, de mi ingenio y de mis conocimientos. Me di cuenta de que

conseguía captar la atención. Y volví a encontrar en aquella clase de éxito una satisfacción del amor propio de la que me había visto privado durante mucho tiempo, satisfacción que hizo que encontrara la amistad del barón de T*** más agradable todavía.

Mis visitas a su casa se multiplicaron. Me encargó algunos trabajos relativos a su misión que creía poder confiarme sin inconveniente. Ellénore se sorprendió al principio por aquel cambio en mi vida, pero le hablé del cariño del barón por mi padre y del gozo que representaba para mí consolar a este último de mi ausencia aparentando ocuparme en algo útil. La pobre Ellénore, escribo ahora con un sentimiento de remordimiento, se alegró de que yo pareciera más tranquilo y se resignó, sin quejarse demasiado, a pasar a menudo la mayor parte del día separada de mí. El barón, por su parte, cuando tuvimos un poco de confianza, volvió a hablarme de Ellénore. Mi intención era siempre hablar bien de ella, pero, sin darme cuenta, lo hacía en un tono más ligero y desenvuelto: unas veces daba a entender, pronunciando máximas impersonales, que reconocía la necesidad de separarme de ella; otras, las bromas venían en mi ayuda y hablaba riéndome de las mujeres y de la dificultad de romper con ellas. Aquellas palabras divertían a un viejo ministro con el alma cansada, un hombre que recordaba vagamente que, en su juventud, él también había estado atormentado por las intrigas del amor. Así pues, por el mero hecho de ocultar un sentimiento, engañaba más o menos a todo el mundo: engañaba a Ellénore, pues yo era consciente de que el barón quería alejarme de ella, pero se lo ocultaba; engañaba al señor de T***, ya que dejaba que pensara que estaba a punto de romper mis lazos. Esta duplicidad estaba muy alejada de mi natural forma de ser, pero

el hombre se corrompe desde el momento en que guarda en su corazón un solo pensamiento que está obligado a disimular constantemente.

Hasta entonces, en casa del barón de T***, no había conocido más que a algunos hombres que componían su círculo particular. Un día me propuso que asistiera a una gran fiesta que daba para celebrar el aniversario de su consejero. «Conoceréis –me dijo– a las mujeres más hermosas de Polonia: cierto es que no encontraréis a la que amáis, y lo lamento, pero hay mujeres a las que sólo se las puede ver en sus casas.» Esta frase me molestó mucho; guardé silencio, pero interiormente me reprochaba no haber defendido a Ellénore, pues, si alguien me hubiera atacado en su presencia, ella me habría defendido vivamente.

A la fiesta acudió un nutrido número de personas. La gente me observaba con atención. A mi alrededor oía repetir en voz baja el nombre de mi padre, el de Ellénore, el del conde de P***. En cuanto me acercaba a alguien, se callaba y volvía a tomar la palabra nada más alejarme. Estaba claro que hablaban de mi historia y cada cual, sin duda, la contaba a su manera; mi situación era insoportable; tenía la frente cubierta de un sudor frío. Me ruborizaba y me ponía pálido sucesivamente.

El barón se dio cuenta de mi apuro. Se acercó a mí, me colmó de atenciones y de elogios, no dejó pasar ocasión para alabar mis méritos, y el ascendiente de su consideración pronto forzó a los demás a tener conmigo las mismas deferencias.

Cuando todo el mundo se retiró, el señor de T*** me dijo: «Querría hablaros una vez más con el corazón en la mano. ¿Por qué queréis continuar en una situación que os hace desdichado? ¿A

quién beneficiáis? ¿Pensáis que no se sabe lo que ocurre entre usted y Ellénore? Todo el mundo conoce vuestra acritud y vuestra insatisfacción recíprocas. Vuestra debilidad os perjudica, pero no os perjudica menos vuestra dureza, pues, para colmo de contradicciones, no hacéis feliz a esa mujer que os hace tan desventurado».

Una vez más me dolieron sus palabras. El barón me mostró varias cartas de mi padre. Había en ellas una aflicción mucho más intensa que la que yo había imaginado. Me estremecí. La idea de que estaba prolongando el desasosiego de Ellénore vino a sumarse a mi indecisión. Finalmente, como si todo se hubiera confabulado contra ella, mientras yo dudaba, ella misma, con su vehemencia, acabó por decidirme. Había estado yo ausente todo el día: el barón me había retenido en su casa después de la fiesta y se me hizo tarde. Me entregaron, de parte de Ellénore, una carta en presencia del barón de T***, en cuya mirada percibí una suerte de compasión por mi dependencia. Las palabras de Ellénore estaban llenas de amargura. «¡Cómo! –me dije–. ¡Es que no puedo tener un día libre! ¡No puedo respirar una hora en paz! Me persigue adonde vaya como a un esclavo que debiera rendirse a sus pies.» Y, vehemente, tanto más cuanto que me sentía débil, exclamé: «Sí, me comprometo a romper con Ellénore y se lo diré yo mismo, así que podéis informar a mi padre por adelantado».

Acto seguido me alejé del barón. Me sentía atormentado por las palabras que acababa de pronunciar y sólo creía a medias en la promesa que había hecho.

Ellénore me esperaba impaciente. Por un extraño azar le habían hablado, por primera vez durante mi ausencia, de los esfuerzos del

barón de T*** para separarme de ella. Le habían contado mis conversaciones con él y las bromas que yo había hecho. Se habían despertado sus sospechas y había relacionado varias circunstancias que parecían confirmarlas. Mi súbita relación con un hombre al que no había visto hasta entonces, así como la intimidad que existía entre aquel hombre y mi padre, le parecía una prueba irrefutable. Su desasosiego había hecho tantos progresos en pocas horas que la encontré plenamente convencida de lo que ella calificaba en mí de *perfidia*.

Me había presentado ante ella decidido a contárselo todo. Pero, al verme acusado, ¡quién lo iba a creer!, lo negué en redondo. Negué incluso, sí, aquel día negué lo que estaba decidido a decirle al día siguiente.

Era tarde. Nos separamos. Yo tenía prisa por acostarme para poner fin a aquel largo día y, cuando estuve seguro de que había terminado, me sentí liberado, momentáneamente, de un enorme peso.

Al día siguiente no me levanté hasta el mediodía, como si, al retrasar nuestra conversación, estuviera aplazando el instante fatal.

Ellénore se había tranquilizado durante la noche, gracias tanto a sus propias reflexiones como a mis palabras de la víspera. Me habló de sus asuntos con una confianza que daba a entender a las claras que consideraba nuestras vidas indisolublemente unidas. ¿Dónde encontrar las palabras que la condenaran a la soledad?

El tiempo pasaba con una espantosa rapidez. Cada minuto aumentaba la necesidad de una explicación. De los tres días que me había dado, el segundo estaba a punto de terminar; a más tardar, el señor de T*** me esperaba dos días después. Su carta para mi

padre ya había salido y yo faltaría a mi promesa sin haber hecho nada por cumplirla. Salía, entraba, tomaba la mano de Ellénore, comenzaba una frase que interrumpía al instante, observaba el sol ocultarse en el horizonte. Llegó la noche, y aplacé de nuevo mi confesión. Me quedaba un día: con una hora sería suficiente.

Aquel día transcurrió como el anterior. Escribí al señor de T*** para pedirle más tiempo y, como suelen hacer los temperamentos débiles, atiborré mi carta de mil razonamientos para justificar mi retraso, para demostrar que éste no cambiaba en nada la resolución que había tomado y que, en aquel mismo instante, ya podía considerar mis lazos con Ellénore rotos para siempre.

CAPÍTULO X

Pasé los días siguientes más tranquilo. Había aplazado indefinidamente la necesidad de actuar, que ya no me perseguía como un fantasma. Pensaba que tenía todo el tiempo del mundo para preparar a Ellénore. Quería mostrarme con ella más dulce, más tierno, para al menos conservar algunos recuerdos de amistad. Mi desasosiego era muy diferente del que había conocido hasta entonces. Había rogado al cielo para que, de buenas a primeras, interpusiera entre Ellénore y yo un obstáculo que me fuera infranqueable. Aquel obstáculo había aparecido. Miraba a Ellénore como alguien a quien iba a perder. Sus exigencias, que me habían parecido tantas veces insoportables, ya no me asustaban; me sentía liberado de ella. Era más libre cuanto más le cedía, y ya no era presa de aquella rebelión interior que anteriormente me había llevado de continuo a echarlo todo a perder. Ya no había en mí ninguna impaciencia; al contrario, abrigaba un secreto deseo de retrasar el momento funesto.

Ellénore reparó en mi actitud, más afectuosa y sensible; ella misma se mostraba menos amargada. Yo buscaba la conversación que antes había evitado; disfrutaba con sus expresiones de amor, antes inoportunas y preciosas ahora, porque cada vez podían ser las últimas.

Una noche nos separamos después de una conversación más dulce que de costumbre. El secreto que yo guardaba en mi corazón me apesadumbraba, pero en mi tristeza no había furor. La incertidumbre sobre el momento de la separación que yo había decidido me servía para desterrar su idea. Por la noche oí en el castillo un ruido insólito que cesó de pronto, así que no le di más importancia. Por la mañana, sin embargo, volví a pensar en ello; me propuse averiguar la causa y me dirigí a la habitación de Ellénore. ¡Cuál no sería mi asombro cuando me dijeron que, desde las doce, Ellénore estaba con una fiebre muy alta, que un médico a quien habían llamado creía que su vida estaba en peligro y que ella misma había prohibido tajantemente que se me avisara o se me dejara entrar a verla!

Insistí. El médico salió para advertirme de la necesidad de no provocarle ninguna emoción. Él atribuía la prohibición, cuyo motivo ignoraba, al deseo de no preocuparme. Angustiado, interrogué a los criados de Ellénore sobre lo que había podido precipitarla de una forma tan súbita a un estado tan alarmante. La víspera, después de haber estado conmigo, había recibido una carta de Varsovia que le había entregado un hombre a caballo. Después de abrirla y leerla se había desmayado. Una vez que hubo recobrado el conocimiento, se echó en su cama sin pronunciar una palabra. Una de sus doncellas, inquieta al ver su agitación, decidió quedarse con ella en su

aposento; hacia medianoche aquella mujer la había visto presa de unos temblores que sacudían la cama en la que estaba acostada. Quiso llamarme, pero Ellénore se había opuesto de una manera tan violenta que no se había atrevido a desobedecer. Mandaron buscar a un médico, pese a la oposición de Ellénore, que se negaba a responderle y que se había pasado la noche pronunciando palabras inconexas e incomprensibles, tapándose a menudo la boca con el pañuelo, como para impedirse hablar.

Mientras me daban todos estos detalles, otra mujer, que se había quedado junto a Ellénore, acudió despavorida. Ellénore parecía haber perdido el juicio. No distinguía nada de cuanto la rodeaba. Gritaba de vez en cuando y pronunciaba mi nombre; luego, espantada, hacía movimientos con la mano como para que alejaran de ella algún objeto que le resultaba odioso.

Entré en su habitación. Al pie de la cama vi dos cartas. Una era la mía al barón de T***; la otra, de éste a Ellénore. Entonces comprendí la causa de aquel aterrador enigma. Todos mis esfuerzos para ganar el tiempo que quería consagrar todavía al último adiós se habían vuelto contra la infortunada a la que yo deseaba tratar con consideración. Ellénore había visto, escritas de mi puño y letra, mis promesas de abandonarla, promesas que habían sido dictadas por el solo deseo de permanecer más tiempo a su lado, y había sido precisamente la vehemencia de aquel deseo la que me había llevado a repetirlas, a presentarlas de mil maneras distintas. En aquellas protestas reiteradas a cada línea, la indiferente mirada del señor de T*** había descifrado fácilmente mi falta de decisión, que yo disfrazaba, y las trampas de mi propia incertidumbre, pero el muy cruel había calculado que Ellénore vería en ello una sentencia

irrevocable. Me acerqué a ella, que me miró sin reconocerme. Le hablé y se estremeció. «¿Qué ruido es ése? –exclamó–. Es la voz que me ha hecho daño.» El médico se percató de que mi presencia aumentaba su delirio y me pidió que me alejara. ¿Cómo contar lo que sentí durante tres largas horas? Finalmente, el médico salió. Aunque Ellénore había caído en un profundo sopor, él no perdía la esperanza de poder salvarla si, al despertar, la fiebre había remitido.

Ellénore durmió mucho tiempo. Cuando despertó, le escribí para pedirle que me recibiera. Pidió que me dejaran entrar. Iba a hablarle, pero me interrumpió: «No quiero oír de vuestra boca ninguna palabra cruel. Ya no pido nada, ya no me opongo a nada, salvo a que esa voz que tanto he amado, esa voz que resuena en el fondo de mi corazón, no penetré en él para desgarrarlo. Adolphe, Adolphe, he sido impetuosa, he podido ofenderos, pero no sabéis cuánto he sufrido. ¡Quiera Dios que no lo sepáis jamás!».

Su agitación aumentó. Apoyó la frente sobre mi mano: estaba ardiendo y una contracción terrible le desfiguraba las facciones.

–En nombre del cielo –exclamé–, querida Ellénore, escuchame. Sí, soy culpable: esa carta… –Se estremeció y trató de alejarse. La retuve–. Débil, atormentado, he podido ceder por un momento a una insistencia cruel, pero ¿acaso no tenéis vos misma mil pruebas de que no puedo querer lo que nos separa? He estado de mal humor, he sido cruel, injusto. Tal vez luchando con demasiada violencia contra una imaginación rebelde, habéis fortalecido algunas veleidades pasajeras que hoy lamento, pero ¿podéis dudar de mi profundo afecto? ¿No están nuestras almas encadenadas por mil lazos que nada puede romper? ¿No tenemos un pasado en común? ¿Podemos echar una mirada a los tres últimos años sin recordar las

sensaciones que hemos compartido, los placeres que hemos saboreado, las penas que hemos soportado juntos? Ellénore, empecemos hoy mismo una nueva época, volvamos a vivir horas de felicidad y de amor. –Me contempló un tiempo, dubitativa.

–¡Vuestro padre –contestó finalmente–, vuestras obligaciones, vuestra familia, lo que se espera de vos!…

–Sin duda –respondí–, algún día, tal vez… –Se dio cuenta de mi indecisión.

–Dios mío –exclamó–, ¿por qué me habéis dado esperanzas y me las habéis quitado a continuación? Adolphe, agradezco vuestros esfuerzos: me han hecho mucho bien, tanto bien que no os costarán, espero, ningún sacrificio, pero, os lo ruego, no hablemos más del futuro… No os reprochéis nada, pase lo que pase. Habéis sido bueno conmigo. Yo quería algo que no era posible. El amor era toda mi vida, y no tenía por qué ser la vuestra. Cuidad de mí ahora algunos días más. –Los ojos se le inundaron de lágrimas, su respiración se calmó, apoyó la cabeza sobre mi hombro–. Es aquí –prosiguió– donde siempre he deseado morir. –La estreché contra mi pecho, renegué de nuevo de mis planes, desmentí mis crueles arrebatos–. No –añadió–, tenéis que ser libre y feliz.

–¿Cómo podré serlo si vos sois desdichada?

–Pronto dejaré de ser desdichada; no tendréis que compadecedme mucho tiempo. –Yo no quería escuchar aquellos temores que prefería suponer injustificados–. No, no, querido Adolphe, cuando llevamos mucho tiempo invocando la muerte, al final el cielo nos envía una suerte de presentimiento infalible que nos advierte de que nuestra súplica ha sido escuchada. –Le juré que no

la abandonaría nunca–. Siempre he abrigado esa esperanza y ahora estoy segura de que así será.

Era uno de esos días de invierno en que el sol parece iluminar tristemente el plúmbeo campo, como si mirara con compasión la tierra que ha dejado de calentar. Ellénore me propuso dar una vuelta.

–Hace mucho frío –le dije.

–Da igual. Me gustaría dar un paseo con vos.

Me tomó del brazo y caminamos largo tiempo sin decir nada. Le costaba dar el menor paso y se apoyaba en mí casi completamente.

–Paremos un momento.

–No –me respondió–, me gusta sentirme sostenida todavía por vos.

Volvimos a guardar silencio. El cielo estaba sereno, pero los árboles estaban sin hojas, ninguna ráfaga agitaba el aire, ningún pájaro lo atravesaba: todo estaba en silencio, y lo único que se oía era el crujir de la hierba helada que se rompía bajo nuestras pisadas. «¡Qué tranquilo está todo! –me dijo Ellénore–. ¡Cómo se resigna la naturaleza! ¿No debería el corazón aprender también a resignarse?» Se sentó sobre una piedra. De repente se puso de rodillas y, agachando la cabeza, la apoyó sobre sus dos manos. La oí pronunciar en voz baja algunas palabras. Caí en la cuenta de que estaba rezando. Finalmente se puso en pie y dijo: «Volvamos. He cogido frío. Tengo miedo de ponerme enferma. No me digáis nada: no me encuentro en condiciones de escucharos».

A partir de aquel día, vi cómo Ellénore se debilitaba y se marchitaba. Llamé a médicos de todas partes: unos me hablaban de un mal sin remedio; otros me hicieron concebir vanas esperanzas.

Mientras, la sombría y silenciosa naturaleza proseguía con mano invisible su implacable trabajo. Por momentos Ellénore parecía recobrar la vida. A veces parecía que la mano de hierro que la atenazaba se había retirado. Levantaba su lánguida cabeza, sus mejillas se cubrían de colores un poco más vivos, sus ojos se reanimaban, pero, de repente, la cruel intervención de una fuerza desconocida hacía que aquella falsa mejoría desapareciera sin que la ciencia pudiera inferir la causa. De ese modo la vi avanzar poco a poco hacia la destrucción. Vi grabarse en aquel rostro tan noble y expresivo los signos precursores de la muerte. Vi, espectáculo humillante y deplorable, aquel carácter enérgico y valiente recibir del sufrimiento físico mil huellas confusas e incoherentes, como si, en aquellos terribles instantes, el alma, comprimida por el cuerpo, se metamorfoseara en todos los sentidos para plegarse más fácilmente a la degradación de los órganos.

Hubo un único sentimiento que jamás se modificó en el corazón de Ellénore: la ternura que me profesaba. Su debilidad rara vez le permitía hablarme, pero, en silencio, me clavaba los ojos y me parecía que aquellas miradas me pedían la vida que yo ya no podía darle. Temía provocarle una emoción violenta y me inventaba pretextos para salir: recorría al azar todos los lugares donde había estado con ella y regaba con mis lágrimas las piedras, el pie de los árboles, todos los objetos que me traían a la memoria su recuerdo.

No era añoranza del amor: era un sentimiento más sombrío y triste. El amor llega a identificarse tanto con el objeto amado que en su misma desesperación hay cierto encanto. El amor lucha contra la realidad, contra el destino; la violencia de su deseo lo engaña sobre sus fuerzas y lo arroba en medio de su dolor. El mío era un dolor

triste y solitario; ya no esperaba morir con Ellénore: viviría sin ella en este mundo desierto que tantas veces había deseado atravesar yo solo. Había destrozado al ser que me amaba; había destrozado aquel corazón, compañero del mío, que persistía en consagrarse a mí con su infatigable ternura. Ya comenzaba a sentirme solo. A pesar de que Ellénore respiraba todavía, ya no podía confiarle mis pensamientos. Estaba solo sobre la tierra. Ya no vivía en aquella atmósfera de amor que ella derramaba en torno mío; el aire que respiraba me parecía menos puro, y los rostros de los hombres con los que me encontraba, más indiferentes. Era como si la naturaleza entera me dijera que iba a dejar de ser amado para siempre.

El peligro que corría Ellénore se hizo de repente más inminente: algunos síntomas que no podían pasarse por alto anunciaron su cercano final, y un sacerdote de su religión la preparó. Ella me rogó que le acercara un cofrecito que contenía muchos papeles; hizo que quemaran algunos delante de ella, pero parecía estar buscando uno que no encontraba, y su desasosiego era extremo. Le supliqué que abandonara aquella empresa que tanto la alteraba y durante la cual se había desvanecido dos veces. «De acuerdo –me respondió–, pero, querido Adolphe, no me neguéis un favor. Encontraréis entre mis papeles, no sé dónde, una carta dirigida a vos: quemadla sin leerla, os lo ruego en nombre de nuestro amor, en nombre de estos últimos momentos que habéis dulcificado.» Se lo prometí y se quedó más tranquila. «Ahora dejad que cumpla –me dijo– con los deberes de mi religión: tengo muchos pecados que expiar. Mi amor por vos tal vez fue un pecado, cosa que no creería si ese amor hubiera logrado haceros feliz.»

La dejé sola. Sólo volví a entrar con todos sus criados para asistir a las últimas y solemnes oraciones. De rodillas en una esquina de su habitación, unas veces me perdía en mis pensamientos; otras, contemplaba con una curiosidad involuntaria a todos aquellos hombres allí reunidos, el miedo de unos, la distracción de otros, así como ese singular efecto de la costumbre que introduce la indiferencia en todas las prácticas prescritas y que hace que contemplemos las ceremonias más solemnes y terribles como si fueran algo convencional, pura fórmula. Escuchaba a aquellos hombres repetir mecánicamente palabras fúnebres, como si ellos no debieran ser un día actores en una escena parecida, como si ellos no debieran morir un día. No obstante, me hallaba lejos de menospreciar aquellos rituales; ¿acaso hay uno solo que el hombre, en su ignorancia, se atreva a considerar inútil? La observancia de aquellas ritos devolvían la paz a Ellénore; le ayudaban a franquear ese terrible paso hacia el que nos encaminamos todos sin que ninguno de nosotros pueda prever lo que sentirá en ese momento. Mi sorpresa no reside en que el hombre necesite una religión: lo que me extraña es que se crea alguna vez lo suficientemente fuerte, lo suficientemente al abrigo de la desgracia, para atreverse a no profesar ninguna: debería, a mi juicio, estar dispuesto, en su debilidad, a invocarlas todas, pues, en la espesa noche que nos rodea, ¿podemos rechazar alguna luz? En medio del torrente que nos arrastra, ¿hay alguna rama a la que despreciemos agarrarnos?

La impresión que había producido en Ellénore una solemnidad tan lúgubre pareció haberla fatigado. Se adormeció con un apacible sueño y luego se despertó menos inquieta. Yo estaba solo en su habitación; hablábamos de cuando en cuando a largos intervalos. El

médico que se había mostrado más acertado en sus conjeturas había predicho que no viviría más de veinticuatro horas. Yo miraba alternativamente el reloj de péndulo que marcaba las horas y el rostro de Ellénore, sobre el que no percibía ningún cambio. Cada minuto que pasaba reanimaba mi esperanza y me hacía dudar de los presagios de un arte tan falso. De repente Ellénore se incorporó con un súbito movimiento y yo la sostuve en mis brazos: un temblor convulsivo agitaba todo su cuerpo, y sus ojos me buscaban, pero irradiaban un vago terror, como si ella hubiera pedido gracia a algún objeto amenazador que yo no podía ver. Se incorporaba, volvía a caer: era visible que se esforzaba por salir de aquel estado. Se habría dicho que luchaba contra una fuerza física invisible que, cansada de esperar el funesto momento, la había agarrado y la retenía para terminar con ella en aquel lecho de muerte. Finalmente cedió al encarnizamiento de aquella naturaleza enemiga y sus miembros se aflojaron. Pareció recobrar algo el conocimiento y me apretó la mano. Quiso llorar, pero ya no tenía lágrimas; quiso hablar, pero ya no tenía voz. Dejó caer, como resignada, la cabeza sobre el brazo en que se apoyaba; su respiración se hizo más lenta. Unos instantes después, ya no estaba entre nosotros.

Me quedé mucho tiempo inmóvil junto a Ellénore sin vida. La evidencia de su muerte todavía no había penetrado en mi alma; mis ojos contemplaban con un estúpido asombro aquel cuerpo inanimado. Una de sus doncellas, tras salir del aposento, difundió por toda la casa la siniestra noticia. El ajetreo que se formó a mi alrededor me sacó del letargo en el que me encontraba sumido. Me levanté y fue entonces cuando sentí el desgarrador dolor y todo el espanto de aquel adiós sin retorno. Todo aquel movimiento, toda

aquella actividad de la vida cotidiana, todos aquellos cuidados y aquella agitación que ya no la afectaban disiparon la ilusión que yo prolongaba, la ilusión que me hacía creer todavía en mi vida con Ellénore. Sentí cómo se rompía el último lazo y cómo la espantosa realidad se interponía para siempre entre ella y yo. ¡Cuánto me pesaba aquella libertad que tanto había echado de menos! ¡Cuánto añoraba aquella dependencia que tantas veces me había sublevado! En el pasado todos mis actos habían tenido una finalidad; estaba seguro, con cada uno de ellos, de ahorrar una pena o de causar un placer. Entonces me quejaba. Me impacientaba que una mirada amiga observara mis actos y que la felicidad de otro ser dependiera de ellos. Ahora nadie los observaba; no interesaban a nadie. Nadie se disputaba mi tiempo ni mis horas, ninguna voz me reclamaba cuando salía. Era libre, en efecto, y ya no era amado: era un extraño para todo el mundo.

Me trajeron todos los papeles de Ellénore, como ella había ordenado. En cada línea descubría nuevas pruebas de su amor, nuevos sacrificios que había hecho por mí y que me había ocultado. Finalmente encontré aquella carta que había prometido quemar. Al principio no la reconocí, pues no llevaba dirección y estaba abierta. Algunas palabras llamaron mi atención a mi pesar y en vano traté de apartar de ellas los ojos, pero no pude resistir el deseo de leerla toda entera. No tengo fuerzas para transcribirla. Ellénore la había escrito después de una de aquellas violentas escenas que habían precedido a su enfermedad.

> Adolphe, ¿por qué os ensañáis conmigo? ¿Qué crimen he cometido? ¿Amaros, no poder vivir sin vos? ¿Por qué extraña compasión no os atrevéis a romper un vínculo que os pesa y lastimáis así al infeliz ser junto al que os retiene vuestra

compasión? ¿Por qué me negáis el triste placer de creeros al menos generoso? ¿Por qué os mostráis furioso y débil? La idea de mi dolor os persigue y el espectáculo de ese dolor no puede deteneros. ¿Qué exigís de mí? ¿Que os abandone? ¿No veis que no tengo fuerzas para hacerlo? ¡Ay!, sois vos, que no me amáis, quien tiene que encontrar esa fuerza en ese corazón cansado de mí y al que tanto amor es incapaz de conmover. Esa fuerza no me la vais a transmitir, me dejaréis languidecer en lágrimas, me haréis morir a vuestros pies.

En otra parte escribía lo siguiente:

Decidme, ¿existe un país al que yo no os seguiría? ¿Existe un escondite donde no me ocultaría para poder vivir a vuestro lado sin ser una carga para vos? Pero, no, no queréis eso. Todos los planes que propongo, tímida y temblorosa, pues habéis conseguido que esté asustada, los descartáis con impaciencia. Lo mejor que puedo obtener de vos es vuestro silencio. Tanta dureza no es propia de vuestro temperamento. Sois bueno, vuestras acciones son nobles y abnegadas, pero ¿qué actos podrán borrar vuestras palabras? Esas palabras afiladas resuenan a mi alrededor: las escucho por la noche, me persiguen, me devoran, desdoran cuanto hacéis. ¿Hace falta que me muera, Adolphe? Pues bien, estaréis contento: morirá esta pobre criatura a la que habéis protegido y a la que sin embargo golpeáis una y otra vez. Morirá esta inoportuna Ellénore a la que no podéis soportar junto a vos, a la que consideráis un obstáculo, para la que no encontráis en la tierra ningún lugar donde no os moleste. ¡Morirá y os quedaréis solo entre esa muchedumbre con la que os queréis mezclar con tanta impaciencia! Conoceréis a esos hombres cuya indiferencia hoy agradecéis y tal vez, un día, harto de esos corazones áridos, echaréis de menos aquel corazón que era vuestro, que vivía de vuestro amor, que habría arrostrado mil peligros para defenderos y al que no os dignáis recompensar con una mirada.

CARTA AL EDITOR

Os devuelvo, señor, el manuscrito que tuvisteis la bondad de confiarme. Os agradezco esa atención, a pesar de que ha despertado en mí algunos tristes recuerdos que el tiempo había borrado. Conocí a la mayoría de las personas que aparecen en este relato, pues es una historia verdadera. Vi a menudo a aquel curioso y desdichado Adolphe, que es a la vez el autor y el protagonista. Traté de arrancar con mis consejos a aquella encantadora Ellénore, digna de una suerte mejor y de un corazón más fiel, del ser malvado que, no menos miserable que ella, la dominaba gracias a su encanto y la torturaba por su debilidad. ¡Ay!, la última vez que la vi pensé que le había infundido ánimos, que había armado su razón contra su corazón. Después de una larga ausencia, volví a los lugares donde la había dejado y no encontré más que una tumba.

Deberíais, señor, publicar esta historia. Ya no puede ofender a nadie y tendría, desde mi punto de vista, alguna utilidad. El infortunio de Ellénore demuestra que el sentimiento más apasionado es incapaz de luchar contra la naturaleza de las cosas. La sociedad

es demasiado poderosa, se reproduce bajo muchas formas, añade demasiadas amarguras al amor que ella no ha consagrado. Favorece esa inclinación a la inconstancia y ese aturdimiento impaciente, enfermedades del alma que la asaltan en ocasiones súbitamente en la intimidad. Los indiferentes tienen un afán maravilloso por ser quisquillosos en nombre de la moral y dañinos a causa de su celo por la virtud. Diríase que el espectáculo del amor los importuna, pues son incapaces de sentirlo, y, cuando pueden valerse de un pretexto, gozan atacándolo y destruyéndolo. ¡Desdichada la mujer que se apoya en un sentimiento envenenado, envenenamiento para el que todo se confabula y contra el cual la sociedad, cuando no está obligada a respetarlo como legítimo, se arma con todo lo que hay de malo en el corazón humano para desalentar cuanto de bueno tiene!

El ejemplo de Adolphe no será menos instructivo si añadís que, después de haber rechazado a su amada, no ha seguido viviendo menos inquieto, menos agitado, menos insatisfecho; que no hizo ningún uso de una libertad reconquistada al precio de tanto dolor y tantas lágrimas, y que, siendo digno de censura, también lo es de compasión.

Si necesitáis pruebas, señor, leed estas cartas, ya que os informarán de la suerte de Adolphe. Lo encontraréis en circunstancias muy diversas y siempre víctima de esa mezcla de egoísmo y de sensibilidad que se combinaban en él para su desgracia y la de los demás. Lo veréis previendo el mal antes de hacerlo y retrocediendo con desesperación una vez infligido. Lo veréis más víctima de sus virtudes que de sus defectos, pues aquéllas tenían su fuente en sus emociones, y no en sus principios. Lo veréis siendo sucesivamente el más devoto y el más duro de los

hombres, y dejando, eso sí, sólo huellas de sus errores, pues siempre termina por la dureza tras haber comenzado por la devoción.

RESPUESTA

Sí, señor, publicaré el manuscrito que me devolvéis –no porque piense como vos sobre la utilidad que pueda tener; en este mundo, cada cual sólo se instruye a su costa, y las mujeres que lo leerán se imaginarán todas haber encontrado a alguien mejor que Adolphe y valer ellas más que Ellénore–, pero lo publicaré como una historia verdadera de la miseria del corazón humano. Si encierra alguna lección provechosa es a los hombres a los que se dirige dicha lección: demuestra que la inteligencia, de la que estamos tan orgullosos, no sirve ni para encontrar la felicidad ni para hacer feliz a nadie. Demuestra que el temperamento, la firmeza, la fidelidad y la bondad son dones que hay que pedir al cielo; y yo no llamo *bondad* a esa compasión pasajera que, incapaz de dominar la impaciencia, no impide reabrir las heridas que un momento de remordimiento había cerrado. La gran cuestión en esta vida es el dolor que causamos, y la metafísica más ingeniosa no justifica al hombre que ha desgarrado el corazón que lo amaba. Yo odio, además, la fatuidad de una inteligencia que cree excusar lo que explica; odio

esa vanidad que sólo piensa en sí misma contando el mal que ha hecho; que, describiéndose, pretende que se compadezcan de ella, y que, cerniéndose indestructible en medio de las ruinas, se analiza a sí misma en lugar de arrepentirse. Odio esa debilidad que acusa siempre a los demás de la propia impotencia y que no se da cuenta de que el mal no está a su alrededor, sino en ella misma. Habría adivinado que Adolphe sería castigado por su propio temperamento, que no seguiría ningún camino fijo, que no se emplearía en ninguna carrera útil, que consumiría sus facultades sin más rumbo que el capricho, sin más fuerza que la rabia; habría adivinado todo eso aunque no me hubierais informado de esos nuevos detalles de su destino, de los que ignoro todavía si haré algún uso. Las circunstancias significan poca cosa; el carácter lo es todo. En vano rompemos con los objetos y con las personas, pues no podemos romper con nosotros mismos. Cambiamos de situación, pero llevamos a cada una de ellas el tormento del que esperábamos librarnos y, como no nos enmendamos cambiando de lugar, nos encontramos con que sólo hemos añadido remordimientos a las penas, y pecados, a los sufrimientos.

Prólogo a la segunda edición (1816)

O ensayo sobre el carácter y el resultado moral de la obra

Necesitando el éxito de esta obrita una segunda edición, aprovecho la ocasión para añadir algunas reflexiones sobre el carácter y la moral de esta historia, a la que la atención del público ha dado un valor que yo estaba lejos de concederle.

He protestado ya contra las alusiones que una perversidad que aspira al mérito de la perspicacia ha creído encontrar en ella mediante absurdas conjeturas. Si realmente yo hubiera dado lugar a semejantes interpretaciones, si se encontrara en mi libro una sola frase que pudiera autorizarlas, me consideraría merecedor de la mayor reprobación.

Pero todas esas pretendidas similitudes son afortunadamente demasiado vagas y carecen de verosimilitud como para haber causado algún efecto, de manera que no tuvieron ningún predicamento entre el público. Eran la obra de esos hombres que, no siendo admitidos en la buena sociedad, la observan desde fuera, con

una curiosidad malsana y una vanidad herida, y tratan de encontrar o de causar algún escándalo en un mundo por encima de ellos.

Este escándalo se olvida tan rápidamente que quizá no merezca la pena hablar aquí de él. Pero, después de tan lamentable sorpresa, me he visto en la obligación de repetir que ninguno de los personajes que aparecen en *Adolphe* tiene la más mínima relación con alguno de los individuos que conozco, y que no he querido pintar el retrato de ninguno, amigo o indiferente, pues incluso con éstos me siento ligado por ese tácito compromiso de respeto y discreción recíprocos sobre el que descansa la sociedad.

Por lo demás, escritores más célebres que yo han sufrido la misma suerte. Se ha pretendido que el señor de Chateaubriand se había descrito a sí mismo en *René*, y a la mujer más espiritual de nuestro siglo, al mismo tiempo que la mejor, madame de Staël, se le ha atribuido, no sólo el haberse retratado a sí misma en *Delphine* y en *Corinne*, sino haber hecho retratos crueles de algunas de sus amistades, imputaciones muy poco merecidas, porque seguramente el genio que creó *Corinne* no necesitaba recurrir a la perversidad, y toda perfidia social es incompatible con el temperamento de madame de Staël, ese temperamento tan noble, tan valiente en la persecución, tan fiel en la amistad, tan generoso en la abnegación.

Esta afición a buscar en las obras de la imaginación a individuos que uno conoce es una verdadera calamidad para dichas obras. Las degrada, les imprime una intención falsa, destruye su interés y arruina su utilidad. Buscar alusiones en una novela significa preferir las malas artes a la naturalidad, así como sustituir la observación del corazón humano por el comadreo.

Pienso, lo confieso, que se puede encontrar en *Adolphe* un fin más útil y, me atrevo a decir, más elevado.

No solamente he querido demostrar el peligro de esos vínculos desiguales que generalmente cuanto más libres nos creemos más nos encadenan. Esto ya de por sí habría tenido su utilidad, pero no era, sin embargo, mi principal intención.

Independientemente de estas relaciones normales que la sociedad tolera y condena, en la simple costumbre de utilizar el lenguaje del amor, y atribuirse o provocar en los demás sentimientos pasajeros, hay un peligro que hasta ahora no se ha valorado suficientemente. Uno inicia un camino cuyo final desconoce: no sabe ni lo que puede provocar ni lo que está expuesto a experimentar. Jugando, uno puede asestar golpes cuya fuerza y efectos no calcula, y la herida que parece superficial puede ser incurable.

Las mujeres coquetas hacen ya mucho daño, aunque los hombres, más fuertes, más ajenos a los sentimientos por ocupaciones imperiosas y destinados a servir de centro de atención, no tengan en la misma medida que las mujeres la noble y peligrosa facultad de vivir en otro y para otro. Pero esa maniobra, que a primera vista uno juzgaría frívola, qué cruel parece cuando se ejerce sobre seres débiles que sólo viven por los sentimientos y a quienes sólo les interesa el amor, sin nada que los ocupe y sin oficio que los requiera, confiados por naturaleza, crédulos por una excusable vanidad, seres que cifran toda su existencia en entregarse sin reserva a un protector, expuestos continuamente a confundir la necesidad de ayuda con la necesidad de amor.

No hablo de las desgracias que acarrean las relaciones entabladas y rotas, ni del desorden de las situaciones, ni de la

severidad de la opinión pública, ni de la mala voluntad de esta sociedad implacable, que parece haber encontrado placer en situar a las mujeres al borde de un abismo para condenarlas si caen en él. Esto no son más que males vulgares. Yo hablo de los sufrimientos del corazón, del doloroso aturdimiento de un alma engañada, de la sorpresa con la que descubre que el abandono se convierte en un agravio, y los sacrificios, en crímenes a los ojos mismos de quien se beneficia de ellos. Yo hablo del espanto que sobrecoge a esa alma cuando se ve abandonada por aquel que juraba protegerla, de la desconfianza que sustituye a una confianza plena y que, obligada a dirigirse contra el ser al que poníamos por encima de todo, hacemos extensiva al resto del mundo. Yo hablo de ese amor ensimismado que no sabe a quién dirigirse.

Incluso para los hombres no es indiferente provocar ese daño. Casi todos se creen más malvados, más viles de lo que en realidad son. Piensan poder romper con facilidad los vínculos que contraen despreocupadamente. En la lejanía, la imagen del dolor parece vaga y confusa, como si fuera una nube que pudieran atravesar sin esfuerzo. Una doctrina de fatuidad, funesta tradición, que lega a la vanidad de la nueva generación la corrupción de la antigua, una ironía que, no siendo sino trivial, seduce a la inteligencia con sus escritos mordaces, como si éstos cambiaran el fondo de las cosas, de cuanto oyen, en una palabra, y todo lo que dicen parece protegerlos contra las lágrimas que no brotan todavía. Pero esas lágrimas, cuando brotan, recobran su estado natural, a pesar de la atmósfera artificial de la que se habían rodeado. Se dan cuenta de que un ser que sufre porque ama es sagrado. Se dan cuenta de que incluso en su corazón, que no creían haber comprometido, han

arraigado las raíces del sentimiento que ellos han inspirado y, si quieren dominar aquello que por costumbre denominan *debilidad*, no tienen más remedio que descender a ese corazón miserable, aplastar cuanto de generoso tiene, romper cuanto de fiel posee y matar cuanto de bueno hay en él. Lo conseguirán, pero asestando un golpe mortal a una porción de su alma, y saldrán del empeño habiendo traicionado la confianza, burlado la simpatía, abusado de la debilidad, insultado la moral poniéndola por excusa de la dureza, profanado todas las expresiones y pisoteado todos los sentimientos. Así sobrevivirán a su mejor naturaleza, pervertidos por su victoria o avergonzados de ésta, si es que dicha victoria no los ha pervertido antes.

Algunas personas me han preguntado qué habría tenido que hacer Adolphe para sentir y causar menos daño. La situación en la que Ellénore y él se encontraban no tenía otra salida, y eso es precisamente lo que yo quería. Lo he mostrado atormentado porque sólo amaba débilmente a Ellénore, pero no lo habría estado menos si la hubiera amado más. Sufría *por su causa*, a falta de otro sentimiento: con un sentimiento más apasionado habría sufrido *por ella*. La sociedad, condenatoria y desdeñosa, habría vertido todos sus venenos sobre una pasión que su aprobación no habría confirmado. Para ser feliz en la vida no hay que entablar ese tipo de relaciones: cuando uno se deja arrastrar a este camino, todas las opciones son malas.

Prólogo a la tercera edición (1824)

No sin algunas vacilaciones he consentido en la reimpresión de esta obrita, publicada hace diez años. Si no hubiera tenido prácticamente la certeza de que se quería hacer una falsificación en Bélgica, y que esa tergiversación, como la mayoría de las que circulan en Alemania y que introducen en Francia los falsarios belgas, se vería engrosada con añadidos e interpolaciones de los que yo no sería responsable, jamás me habría ocupado de esta historia, escrita con la única intención de convencer a dos o tres amigos, con quienes pasaba una temporada en el campo, de la posibilidad de suscitar interés con una novela cuyos personajes se redujeran a dos y las circunstancias fueran siempre las mismas.

Una vez que me hube puesto manos a la obra, me propuse desarrollar algunas otras ideas que me surgieron y que me parecían de cierta utilidad. Quise pintar el daño que pueden causar incluso a los corazones duros los sufrimientos que ellos mismos provocan y esa ilusión que los lleva a creerse más puros o corrompidos de lo que lo son en realidad. En la distancia, la imagen del dolor que

causamos parece vaga y confusa, como una nube fácil de atravesar; nos alienta la aprobación de una sociedad falsa que sustituye los principios morales por las reglas y las emociones por los intereses, y que odia el escándalo porque es inoportuno, no porque sea algo inmoral, ya que acepta de buena gana el vicio cuando no va acompañado de ningún escándalo. Pensamos que los vínculos establecidos sin reflexión se romperán sin dolor. Pero, cuando vemos la angustia que provocan esos vínculos rotos, el doloroso estupor de un alma engañada, la desconfianza que sustituye a una confianza tan plena, y que, debiendo dirigirse contra ese ser concreto, se extiende sin embargo a todo el mundo, la estima reconcentrada que no sabe ya a quién dirigirse, sentimos entonces que hay algo sagrado en el corazón que sufre porque ama, descubrimos lo profundas que son las raíces del amor que creíamos inspirar sin sentirlo, y, si conseguimos superar eso que llaman *debilidad*, lo hacemos destruyendo en nosotros mismos cuanto de generosidad tenemos, cuanto de fidelidad poseemos, y sacrificando cuanto de noble y bueno hay en nosotros. Nos reponemos de esta victoria aplaudida por los indiferentes y los amigos habiendo asestado un golpe mortal a una parte de nuestra alma, desafiado la benevolencia, abusado de la debilidad, ultrajado la moral tomándola como pretexto de la dureza, y sobrevivimos a nuestra bondad natural avergonzados o perturbados por el triste suceso.

Éste ha sido el cuadro que he querido pintar en *Adolphe*. No sé si lo he conseguido, pero al menos creo que tengo el mérito de la verdad, pues casi todos los lectores de esta obra a quienes he conocido me han hablado de sí mismos como si estuvieran en la piel de mi personaje. Es cierto que, a través de sus lamentaciones por el

dolor que habían causado, afloraba cierta fatua satisfacción: les gustaba hablar de sí mismos, lo mismo que a Adolphe, perseguidos por el obstinado amor que habían inspirado y víctimas del inmenso amor que alguien había abrigado por ellos. Pienso que la mayoría mentían y que, si su vanidad los hubiera dejado tranquilos, su conciencia habría podido descansar.

Sea como fuere, todo lo concerniente a *Adolphe* ha llegado a serme completamente indiferente; no concedo ningún valor a esta novela y repito que mi única intención al dejarla que aparezca ante un público que probablemente la había olvidado, si es que alguna vez la conoció, ha sido dejar constancia de que cualquier edición que contenga algo distinto a lo que pongo aquí no será mía y yo no seré responsable de ella.

CÉCILE

Italiam, italiam[1]

PRIMERA ÉPOCA

(11 de enero-31 de mayo de 1793)

Fue el 11 de enero de 1793 cuando conocí a Cécile de Walterbourg, hoy mi mujer. Llevaba casada alrededor de dos años con un tal conde de Barnhelm, mucho mayor que ella. Fue la hermana mayor de Cécile quien concertó aquella boda. La baronesa de Salzdorf –ése era su nombre–, que había estado unida durante veinte años al señor de Barnhelm, tuvo la idea de convertirlo en su cuñado para que no dejara de ser su amante. Víctima de aquella odiosa intriga, Cécile no tardó en descubrir las relaciones entre su hermana mayor y su marido, y, sin revelar los motivos a su familia, pues no quería afligir a su anciano padre, tuvo la valentía de romper todo tipo de trato íntimo con un hombre al que consideraba indigno de ella. Esta resolución, tras haberla expuesto a numerosas consideraciones internas, le dio ante la gente una fama de extravagancia a la que se resignó sin intentar justificarse.

Vivía sola en la casa del señor de Barnhelm, a quien casi nunca veía, y sólo en muy contadas ocasiones se presentaba en la corte de Brunswick, donde su marido tenía asignado un cargo.

Yo mismo estaba al servicio del duque de Brunswick y vivía con una mujer con quien me había casado por debilidad, a la que había amado más por bondad que por atracción desde que me casé y cuya mentalidad y carácter no eran muy de mi agrado. Hallándome ausente con motivo de un viaje a Suiza, mi mujer se prendó de un príncipe ruso de dieciocho años. Aquella pasión, que a mi regreso encontré en su apogeo, me disgustó más por su despropósito que por lo que me dolía. Siendo muy joven, impaciente y por lo demás bastante indeciso, no tenía ninguna autoridad sobre mi esposa. Sólo le había tomado afecto por una especie de complacencia, de manera que dicho afecto acabó cuando advertí que ella había dejado de necesitarlo. No intenté, pues, recuperarla con modales cariñosos o suaves. De cuando en cuando, mi condición de marido provocaba en mí veleidades de mando, pero aquel esfuerzo me acababa aburriendo. La relación entre mi mujer y el príncipe, en ocasiones empañada por violentas aunque cortas disputas que sólo iniciaba yo de mala gana, prosiguió así ante mis ojos, y, a veces, olvidándome de mi situación, me quedaba mirando a aquellas dos personas molestas con mi presencia y no podía dejar de envidiar a aquellos dos corazones ebrios de amor.

Un día pasamos la velada los tres solos en medio de un silencio bastante profundo. Pero las miradas de ambos amantes, su compenetración, que afloraba en los menores detalles, la felicidad que sentían por encontrarse juntos aunque no pudieran decirse una palabra sin que los oyera, me sumieron en una profunda meditación.

«¡Qué felices son! –me dije al regresar a mi habitación–. ¿Y por qué tendría yo que verme privado de semejante felicidad? ¿Por qué, con tan sólo veintiséis años, no podría volver a enamorarme?» Pasé la noche absorto en estos pensamientos y por la mañana reconté mentalmente todas las mujeres a las que conocía en Brunswick, sin que ninguna me llamara la atención como para creer poder enamorarme de ella.

El servicio de la corte requirió mi presencia en casa de una vieja duquesa, madre del duque reinante. Tras el almuerzo se puso a charlar conmigo y me preguntó de repente si conocía a la señora de Barnhelm. No había reparado en ella, dada la soledad en que vivía, ni se me había ocurrido tenerla en cuenta durante mis consideraciones mañaneras. Pero al oírla nombrar me dije de improviso que quizá colmara mis propósitos mejor que ninguna de las mujeres cuya imagen había intentado recordar.

Fui a verla al salir de casa de la duquesa. El señor de Barnhelm estaba allí, en bata, tocando el violín. Su esposa estaba sentada en un sofá con un más que evidente aspecto de aburrimiento. Le encontré un rostro agradable, una piel muy blanca, un tono de voz suave, un bonito pelo, unos brazos y unos pechos espléndidos. Aquella noche le escribí una carta declarándome. No estaba en absoluto enamorado de ella al enviársela, pero ante su respuesta, que era decorosa, ingeniosa, fría, educada y que finalizaba con una negativa rotunda a volver a recibirme, sentí o creí sentir una violentísima pasión. Volví a escribirle, le pedí perdón por mi osadía, me limité a suplicar que tolerara un sentimiento al que ya sólo quería llamar *sincera y profunda amistad*. Negociamos durante varios días. Acabé consiguiendo que me volviera a recibir. Fui a

visitarla repetidas veces y le propuse algunas lecturas. Nuestra vida se organizó de modo que pasáramos juntos aproximadamente una hora al día.

Así transcurrió un mes durante el cual me limité a intentar ser feliz en compañía de Cécile, quien cada día me recibía con mayor afecto y me iba tomando apego por la costumbre. No sé cuánto tiempo habría durado la cosa en estas condiciones si al señor de Barnhelm no le hubiera dado por ponerse celoso, a pesar de su relación con la hermana de Cécile y de la barrera que lo separaba desde hacía tanto tiempo de su mujer. Me vi obligado a interrumpir mis visitas. Cécile se sintió casi tan triste como yo. Mi desesperación le hizo a veces eludir la orden que, a su parecer, el señor de Barnhelm le había dado sin tener demasiado derecho a ello. Nos vimos en horas de paseo, en el teatro, en algunas reuniones, jamás en su casa ni solos.

Sin embargo, el señor de Barnhelm incrementaba su impetuosidad y sus exigencias, a la vez que proseguía con su pública y escandalosa relación con la señora de Salzdorf. De ello resultaron trastornos, disputas y, sobre todo, una profunda tristeza por parte de Cécile. Su marido, que sólo había sentido celos a causa de una vanidad que no podía eternizarse en un carácter indolente y egoísta como el suyo, se cansó de ver su hogar tan alterado y melancólico. Más que duro, era muy suyo. Lo apenaba y fastidiaba el repetido espectáculo de una mujer joven llorando. Se le ocurrió finalmente proponer a Cécile, según las leyes y las costumbres alemanas, un divorcio que le devolviera su independencia. Cécile, que de hecho ya no era su mujer, se apresuró a aceptar la propuesta, y las primeras gestiones se llevaron a cabo sin que ni ella ni yo previésemos que su

libertad pudiera proporcionarle un medio de unir nuestros destinos. En efecto, yo estaba casado, y ni la pasión que mi mujer manifestaba por el principito de marras ni mi amor por Cécile me habían llevado a desear romper unos lazos que en modo alguno me molestaban.

Pero sucedió de repente en mi matrimonio un acontecimiento cuyo resultado fue devolverme a mí también una libertad de la que en absoluto pensaba disponer. La señora de Salzdorf daba una gran fiesta, a la cual toda la corte quedó convidada. El príncipe Narishkin, así se llamaba el joven amante de mi mujer, estaba invitado. Mi esposa también recibió una invitación. Sólo yo quedé excluido, al suponer la señora de Salzdorf que el señor de Barnhelm no deseaba toparse conmigo. Ella desconocía sus proyectos de divorcio, que él le había ocultado por temor a que se los desbaratara y que Cécile, que le guardaba rencor por haber amañado su infausta boda, se había cuidado mucho de no contarle.

La víspera del día en que debía celebrarse la fiesta, estuve almorzando en la corte, sentado junto a una dama de honor vieja y fea. Le comenté mi sorpresa por el hecho de que la señora de Salzdorf me hubiera excluido. No le daba, al decírselo, una gran importancia. Pero, cuando se enteró de que a mi mujer la habían convidado sin mí me habló, al principio con tacto, de mi situación doméstica. Su edad parecía otorgarle el derecho de inmiscuirse en los asuntos de un joven que gobernaba bastante mal su vida y que para nada parecía contento con ella. Desde luego, jamás he sabido cómo impedir que los demás me digan lo que no quiero escuchar. La gente se ha creído siempre con derecho a darme consejos. Me valoro poco porque no siento el menor interés por mí mismo.

Escucho tranquilamente a los demás porque no me interesan y a fuerza de indiferencia aparento una docilidad y una campechanía que animan a los aficionados a hacerme recomendaciones. Además, la persona con la que estaba charlando era, como he dicho, fea y vieja. Mi esposa no era bonita, pero tenía a su favor la edad y la figura. Entre todas las mujeres existe una secreta enemistad, sobre todo, entre las de distinta edad. La conversación fue subiendo de tono y, tras los habituales preámbulos en que el odio se disfraza de amistad y la calumnia de benevolencia, acabamos hablando con franqueza. Me reveló mil detalles que me sorprendieron, mil observaciones que me hirieron. Me describió con crudeza la desconsideración a que se expone todo marido tolerante, la ridiculez del esposo engañado. Regresé a mi casa fingiendo un gran enfado y dándole vueltas para que no se me pasara. Encontré a mi mujer sola e inicié una conversación que pronto se hizo tanto más áspera cuanto menos sentimiento había por ambas partes. Ella quiso retirarse. Le ordené que se sentara y me escuchara. Obedeció. Estaba tan poco acostumbrado a mandar que su acatamiento me dejó algo desconcertado. Sin embargo, se reavivó mi enojo. Hablé de mis derechos como esposo, de mi voluntad, de mi poder. Ni siquiera sabía bien lo que quería. Siempre ha habido en el fondo de mí una especie de bondad que me impide exigir a los demás aquello que les produce auténtica pena. Parecía que el efecto de cada una de mis palabras debía ser prohibir a mi mujer toda relación ulterior con el hombre del que aparentemente sentía celos, y sin embargo no me decidía a pronunciar esa orden porque la veía injusta, y quizá también porque mi afecto por Cécile me privaba, a mi entender, del derecho a exigir un sacrificio que no estaba dispuesto a premiar. Si

mi mujer hubiera sido lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de qué me estaba ocurriendo, habría dejado que nos sosegara el cansancio y las cosas siguieran como estaban. Pero creyó que su amor estaba en peligro y, suponiendo lo que aún no había dicho yo, afirmó que inmolaría, para salvar su honra, el afecto que yo le reprochaba, pero que no quería volver a ver en su vida al hombre que, sin amarla, le producía semejante daño. Me irritaron algunas expresiones hirientes que añadió, por lo que acepté una propuesta que no se me había ocurrido hasta entonces. Acordamos no contar a nadie nuestro secreto.

No se trataba de divorcio. Prometimos no volver a entrar en los aposentos del otro, separar lo más posible nuestros intereses, estar juntos sólo en público y actuar siempre, en cualquier circunstancia imprevista, del modo que menos nos perjudicara y menos nos obligara a vernos. Firmamos aquella especie de convenio. Al día siguiente llevamos a cabo las disposiciones oportunas. Me quedé con los muebles que necesitaba para instalarme aparte, entre los cuales había un viejo pianoforte regalo de mi padre que para mí tenía un gran valor.

Vivimos así durante unos días. Mi esposa no se sintió muy obligada por su promesa de no volver a recibir al príncipe Narishkin, y yo estaba tan cansado de atormentarme que no se me ocurrió protestar por aquel incumplimiento de su palabra. Aquella especie de ruptura, aunque para nada fuera ostensible, se convirtió en obligada comidilla en una pequeña corte ociosa y fisgona. Cécile, que era mi confidente aunque no tuviera nada que ver con lo sucedido, temió verse acusada de ser el motivo de los agravios que yo pudiera hacerle a mi mujer y me rogó que fuera más discreto en mis visitas,

por lo que hice cuanto estuvo en mis manos para que se disiparan los cotilleos que habrían podido complicar su situación.

Una noche me encontraba en mi casa, solo y bastante triste por estarlo. Abrí el piano que mi mujer me había devuelto. Encontré una carta. Era del príncipe, para ella. No dejaba ninguna duda sobre su relación y sobre las consecuencias que ésta podía tener, acerca de las cuales el príncipe intentaba tranquilizarla. Al leer esto, mi adormecido honor se despertó. Hay cosas que sospechamos, que queremos ignorar, pero cuya prueba nos resulta intolerable. Fui a ver a mi esposa. Le enseñé la carta. «Podría perderos –le dije–, pero no quiero. Rompamos una unión que ya no puede sostenerse. Pedid el divorcio. Acusadme de todas las culpas que no mancillen la fama de un hombre. No os reprocharé nada, pero quiero ser libre y no dar mi nombre a un hijo que me obligue a despreciar para siempre a su madre.» Mi mujer me quiso dar algunas explicaciones. Me negué a escucharla. Le di hasta el día siguiente para que se decidiera y me fui, quedándome con la carta. Al día siguiente, un pariente de ella vino para acordar conmigo el procedimiento de separación. Lo acepté todo, me desprendí de parte de mi fortuna. Pedimos el divorcio por mutuo acuerdo. Me culparon de muchas cosas. Compadecieron mucho a mi esposa. Hablaron muy mal de mí. Callé y me resigné.

Ya casi libres Cécile y yo, era bastante natural que pensáramos en hacer uso de aquella libertad haciéndonos mutuamente felices. Pero la experiencia que yo había tenido del matrimonio me había producido un fuerte rechazo a ese tipo de unión. Es costumbre en Alemania que los maridos se preocupen por el destino de las mujeres de las que se separan, y la bonhomía alemana simplifica en

aquel país lo que en otra parte resultaría escandaloso. Cécile, feliz de verme a menudo, y con quien tenía una relación muy pura, quizá jamás habría pensado en casarse conmigo. Pero el señor de Barnhelm le metió esa idea en la cabeza. Desde la petición de divorcio se había creado entre Cécile y el señor de Barnhelm una especie de amistad. Ella, por un sentimiento de venganza bastante natural, lo había puesto al corriente del carácter y el comportamiento de la señora de Salzdorf, que no le era muy fiel, y de ahí resultó que éste dejara a su amante casi al tiempo que se separaba de su mujer. Así pues, fue él quien, pensando en Cécile, creyó deber esforzarse en unirnos y fue él contra quien tuve que defenderme en los primeros momentos de sorpresa que aquel proyecto me produjo.

Pero no me defendí mucho tiempo. La dulzura de Cécile, el hecho de que me gustara y esa especie de simpatía mutua que siempre nos ha unido, que aún nos une, y hace que jamás pase dos horas junto a ella sin sentirme más feliz, pronto me indujeron a desear lo que al principio estaba, para mis adentros, más bien dispuesto a temer. Sin embargo, como tenía gran interés en que no se sospechara que había roto mi anterior relación con el único fin de iniciar otra, quise irme de Brunswick. Cécile y yo nos prometimos amor y fidelidad.

Le pedí que guardara secreto sobre nuestros proyectos hasta que nuestros divorcios se hubieran hecho efectivos y me marché al balneario de Pyrmont, donde me dediqué a darle vueltas ociosamente a las incertidumbres que seguían atormentando mi veleidosa imaginación y mi indeciso carácter. El juego, la soledad entre tanto gentío, el reposo y la libertad de costumbres propia de

las estaciones termales me parecieron, tras aquella triste y agitada vida, grandes placeres y, aunque seguía considerándome comprometido con Cécile, aunque sentía que se merecía mi afecto, a veces no me planteaba sino con temor el momento en que me vería de nuevo haciéndome cargo de la vida y el destino de otra mujer. Seguía, no obstante, escribiéndole con una ternura que sentía realmente, y sus cartas me producían un gran contento cuando me describían el sentimiento que yo le había inspirado. Pero no esperaba con impaciencia el momento de cambiar de situación.

Apenas había pasado un mes cuando Cécile me escribió para citarme un día determinado en Kassel: tenía que hablarme de asuntos importantes. Monté mi caballo y fui allí, pero había en mi estado de ánimo menos prisa por verla que temor a apenarla, y recuerdo que durante el camino me llegó a fastidiar la idea de aquel encuentro. Una vez en Kassel, no encontré a Cécile y la estuve esperando un día entero.

Como aquel retraso me resultaba extraño y me hacía temer que un acontecimiento imprevisto hubiera echado por tierra nuestros proyectos, el miedo a perderla reavivó mi afecto y en las tres últimas horas padecí todas las inquietudes que produce el amor. Vi por fin a Cécile bajar de su carruaje y, ya tranquilizado por su presencia, volví en parte a mis primeras impresiones. Me hizo saber que estaba a punto de recuperar su libertad. La mía no andaba lejos. Me pareció, pues, que se aproximaba el momento en que iba a establecer nuevos lazos. Esta idea no dejó de incomodarme algo. Cécile no lo notó porque a ella misma le molestaba el secreto que tenía que decirme, y no reparé en su apuro, ya que estaba totalmente pendiente del mío.

Así pasamos tres días, queriéndonos mucho pero hablando de todo menos de nuestro porvenir. Por más que Cécile fuera muy atractiva, no se me ocurrió aprovecharme de nuestros ratos a solas en una ciudad donde éramos unos desconocidos. Veía en Cécile a la mujer que probablemente sería mi esposa y, desde este punto de vista, quería respetarla. Quizá también temiera ofenderla con pretensiones inoportunas, así como quedar más estrechamente comprometido si acaso lo conseguía.

Cécile tenía que regresar al cuarto día, y estábamos agotando el tercero sin que yo supiera aún por qué habíamos recorrido entre veinte y treinta leguas para reunirnos. Por fin me dijo que sería libre, pero que su padre, que muy a regañadientes había permitido que se divorciara y que no tenía una buena opinión de mí, había puesto como condición para que su enojo se aplacara que dejara pasar unos años antes de casarse conmigo. Aquél era, pues, el obstáculo inesperado, insuperable porque Cécile no era mayor de edad y, aunque lo hubiera sido, jamás se le habría ocurrido desobedecer a su padre. No necesité más para sentir una desesperación infinita. Pasé la noche llorando a sus pies mientras ella intentaba consolarme por aquel dolor que no imaginaba tan impetuoso ni tan poco acorde con mi anterior disposición.

La acompañé hasta la propiedad de su hermano mayor, donde me encontré con una familia que me acogió con bastante frialdad, y su cuñada le exigió que me fuera al día siguiente. Tales dificultades acrecentaron mi enojo y, por consiguiente, mi amor. Le propuse a Cécile raptarla. Se negó. Tomé tristemente el camino de regreso a Pyrmont y, con la congoja de un amante absolutamente desconsolado, volví a ver los mismos lugares que había recorrido

cinco días atrás, entonces casi irritado por la cita con Cécile. Mi pena era tan desgarradora que apenas podía sostenerme a caballo, y acabé varias veces tendido en el suelo dando gritos y prorrumpiendo en sollozos.

Una vez en Pyrmont, supe por cartas procedentes de Suiza de una bancarrota en la que casi toda mi fortuna estaba comprometida y que requería mi presencia inmediata. Regresé junto a Cécile, pero sólo pude verla un instante y en secreto. Su cuñada la vigilaba y ella temía irritar a su padre. Nos afligimos juntos. Nos prodigamos mil promesas de amor y tomé a toda prisa una silla de posta para ir a salvar mi fortuna, si podía, prometiéndome sobre todo que, ocurriera lo que ocurriera, no tardaría en regresar para instalarme en algún lugar cercano a la casa donde se encontraba Cécile, aunque se me prohibiera verla a menudo.

SEGUNDA ÉPOCA

(31 de mayo de 1793-18 de agosto de 1794)

Llegué a Lausana el 31 de mayo de 1793. Resultó que la bancarrota que me había asustado no era tan alarmante para mi fortuna. En efecto, no me costó más de dos mil escudos. Una vez cumplidas las formalidades que mis intereses requerían, salí de Lausana para visitar a una antigua amiga, la señora de Chenevière, una mujer muy inteligente, autora de varias obras bastante apreciadas, por lo demás algo rara y ya vieja, pero por la que había sentido en París algo muy parecido al amor.

Aquella mujer, que tras una vida de lo más agitada y un matrimonio por amor que su familia había desaprobado, vivía prácticamente sola en un pueblo de los alrededores de Neuchâtel, con un marido que la colmaba de atenciones, pero cuya frialdad e indolentes costumbres no satisfacían su imaginación ni su corazón, había ideado más de una vez retenerme a su lado pese a la desproporción de nuestras edades. Había censurado mucho mi

primer matrimonio y, aunque se impusiera el deber de desaconsejarme el divorcio cuando le escribí sobre el asunto, me vio llegar libre o poco menos, ya que los tribunales estaban a punto de fallar; me vio llegar, digo, con una enorme alegría pronto ensombrecida al enterarse de mi nuevo amor.

La pasión por la independencia se había vuelto a adueñar de mí durante el camino, y a la señora de Chenevière no le costó mucho reforzar mi disposición en este sentido. La decisión del padre de Cécile relegaba nuestra unión a un futuro indeterminado. Por tanto, me hice fácilmente a la idea de que aquello que se presentaba lejano e inseguro podría muy bien no ocurrir. Escribí, sin embargo, a la buena de Cécile, a quien a pesar de mis indecisiones quería con ternura, y, mientras me estuvo contestando con regularidad, no dejé languidecer un solo instante aquella correspondencia que siempre me resultaba encantadora. Pero Cécile dejó de repente de escribirme. La compañía de la señora de Chenevière me resultaba cada día más agradable. Su mente, original, atrevida y amplia, me tenía totalmente cautivado en un tiempo en que necesitaba esto más que hoy. La imagen de Cécile se fue borrando paulatinamente de mi pensamiento, y, cuando la necesidad de cumplimentar unas formalidades relacionadas con mi divorcio me hizo regresar a Brunswick, apenas me acordaba de nuestros antiguos proyectos, que consideraba abandonados tanto por Cécile como por mí, y sólo me quedaba de ella un recuerdo vago aunque bastante grato.

Regresé a Brunswick el 28 de abril de 1794. La familia de mi mujer se había afanado en perjudicarme durante mi ausencia. Sobre mí pesaba una suerte de proscripción social, y sólo era admitido en la corte porque no podían prohibirme la entrada debido a mi rango y

al cargo que ocupaba en ella. Me recibieron con tanta frialdad que ya el primer día decidí no volver a aparecer por allí. Cumplí mi palabra. Pero, en vista del aislamiento en que aquella resolución me dejaba, busqué distracciones. Había en Brunswick una mujer de cuarenta años, viuda de un literato que había sido íntimo amigo mío y había muerto mientras yo viajaba por Suiza. El afecto que yo conservaba por su marido hizo que nos uniera una amistad muy estrecha. Obtuve de aquella mujer información sobre Cécile. Me dijo que estaba muy despegada de mí, que llevaba una vida muy retirada, como era costumbre en ella, pero que no parecía entristecida por nuestra separación ni impaciente por volver a verme. El silencio de Cécile corroboraba lo que me estaba diciendo.

No obstante, quise hacerle una visita y sentí una gran emoción al acercarme a su casa. No me recibió. Regresé junto a la señora Marcillon, mi nueva amiga. Estaba algo resentido con Cécile, a la que me había parecido ver tras su ventana. Por supuesto, volvimos a conversar sobre ella y la señora Marcillon me describió con tanta vehemencia la desdicha que arrojaría sobre mi vida una relación que me hiciera nuevamente depender de una mujer –exaltó tanto mi imaginación sobre la felicidad que suponía verse completamente libre– que de pronto decidí no reanudar mi relación con Cécile y evitar a toda costa encontrarme con ella. Cécile me escribió al día siguiente lamentando no haber podido recibirme la víspera y proponiéndome una cita aquel mismo día. Le contesté con una nota cortés pero fría que acababa con una negativa. Insistió. Seguí negándome. Me pidió encarecidamente que nos viéramos un cuarto de hora para que escuchara su justificación. Con una obstinación que aún sigo sin explicarme, persistí en la decisión que había

tomado y le hice saber que los rumores relativos a mi divorcio suscitados por mi relación con ella –y mi interés en que tales rumores se disiparan– y, sobre todo, su silencio de varios meses me habían determinado a romper definitivamente con ella. Me creía muy fuerte resistiéndome a Cécile, pero lo que en verdad estaba haciendo era ceder al influjo de otra dama que, sin motivo particular y sólo por efecto del odio secreto que las mujeres se profesan, disfrutaba viendo cómo hacía sufrir, y quizá humillaba, a una persona a quien ella no conocía.

Cécile salió hacia Hamburgo dos días después. No tardé en recibir una larga carta suya. Me daba explicaciones sobre el silencio que me había herido; pero, ofendida a su vez por mi extraña negativa a verla ni siquiera una vez, renunciaba a todo tipo de relación y de correspondencia ulterior. Una especie de tristeza que emanaba de su carta hizo que me arrepintiera de haber rechazado su afecto. Le contesté con ternura y achaqué mi extraña conducta a un impulso irreflexivo y a la importancia que había dado al hecho de sentirme olvidado. Le pedí permiso para ir a Hamburgo y se lo solicité como si fuera un favor. Cécile me lo concedió con sencillez, con franqueza y con alegría.

Pero un trabajo que había iniciado, algunos asuntos pendientes, y mi indolencia, me impidieron realizarlo de inmediato y pronto, ya tranquilizado sobre los sentimientos de Cécile, me avergüenza confesarlo, subestimé lo que ya no temía perder. Volví a ensalzar en mis cartas la independencia a la vez que añadía mil manifestaciones de amor. Cécile, que no acababa de entender mis extrañas vacilaciones, no discutía en sus respuestas, pero insistía en su deseo de que un encuentro nos permitiera entendernos. Yo iba

posponiéndolo una y otra vez. El tiempo corrió. Un decreto de la Convención que obligaba a los poseedores de rentas vitalicias a presentar sus títulos debidamente legalizados por un embajador neutral me hizo creer que debía regresar a Suiza para hacer lo que habría podido llevar a cabo en Hamburgo. Le indiqué a Cécile que no la volvería a ver hasta un próximo, y supuesto, regreso, y viajé de nuevo a Suiza, adonde llegué el 18 de agosto de 1794. Cécile, si bien algo sorprendida por tanto cambio en nuestros proyectos, intentó justificarme para sus adentros. Creyó que mis asuntos eran importantes.

Sus cartas, siempre cariñosas y dulces, me habrían hecho sin duda regresar a su lado, y ya estaba pensando en acercarme, aunque sin excesiva prisa, cuando, por una casualidad que ha tenido un prolongado influjo en mi vida, conocí a la señora de Malbée, la persona más famosa de nuestro siglo tanto por sus escritos como por su conversación. Jamás había visto nada igual. Me enamoré perdidamente de ella. Por vez primera, Cécile quedó por completo borrada de mi memoria. Dejé de contestarle. Acabó por no escribirme. Y aquí se genera en nuestra historia un amplio vacío, sólo interrumpido de vez en cuando por circunstancias en apariencia insignificantes pero que parecían avisarnos, de un extremo a otro de Europa, de que estábamos destinados a unirnos.

TERCERA ÉPOCA

(3 de junio de 1795-4 de agosto de 1796)

Aunque no tengo por qué referir aquí lo que ocurrió durante quince años entre la señora de Malbée y yo, no puedo dejar de hablar con detalle de una mujer cuyo carácter y pasiones, encanto y defectos, imperfecciones y cualidades tuvieron tanta importancia en el destino de Cécile y en el mío.

La señora de Malbée tenía veintisiete años cuando la conocí. Más baja que alta, demasiado fornida para ser esbelta, unos rasgos irregulares y en exceso marcados, una tez poco agradable, los ojos más bonitos del mundo, unos brazos muy hermosos, manos demasiado grandes pero de una blancura deslumbrante, un pecho magnífico, unos movimientos muy rápidos y unas actitudes de sobra masculinas, un tono de voz muy suave que, cuando estaba emocionada, se quebraba de un modo singularmente conmovedor, formaban un conjunto poco favorecedor a primera vista, pero

irresistiblemente seductor cuando la señora de Malbée hablaba y se animaba.

Su inteligencia, la mayor que jamás haya tenido mujer alguna, y quizá también cualquier hombre, tenía más fuerza que gracia en todo lo que era serio, y un toque de solemnidad y afectación en cuanto a sensibilidad se refería. Pero había en su alegría cierto encanto indefinible, algo infantil y sencillo que embargaba el corazón a la vez que establecía entre ella y los que la escuchaban una intimidad completa que suprimía todo tipo de comedimiento, toda desconfianza, todas esas restricciones secretas, esas barreras invisibles que la naturaleza ha puesto entre los hombres y que ni siquiera la amistad hace desaparecer del todo.

La señora de Malbée vivía desde hacía aproximadamente un año en Suiza, donde la Revolución la había forzado a retirarse. Educada en los ambientes más brillantes de Francia, había adoptado una parte de los elegantes modales de aquella sociedad y tenía, sobre todo, esa costumbre del halago que caracteriza a los franceses de gran categoría. Su ingenio me deslumbró, su alegría me encandiló, sus alabanzas me embriagaron. Al cabo de una hora, tenía sobre mí el ascendiente probablemente más ilimitado que una mujer haya podido ejercer jamás. Me fui a vivir primero cerca de ella y luego a su casa. Pasé todo el invierno declarándole mi amor.

En la primavera de 1795 la seguí a Francia. Me entregué a las ideas revolucionarias con el ímpetu de mi carácter y con una cabeza aún más joven que mis años. La ambición se apoderó de mí y ya sólo me parecieron deseables dos cosas en el mundo: ser ciudadano de una república y estar a la cabeza de un partido. Sin embargo, dicha ambición no redujo el influjo que sobre mí tenía la señora de

Malbée, aunque a veces ésta se entrometiera en aquélla. No es que la señora de Malbée no compartiera mis opiniones ni se solidarizara con mis esperanzas, pero su imprudencia, su necesidad de llamar la atención, su fama, sus numerosas y contradictorias relaciones suscitaban todo tipo de recelos. Los jefes de la Francia republicana, hombres violentos y groseros, no podían creer que se pudieran adoptar sus principios si no se adoptaban sus odios con idéntica ferocidad. De carácter receloso, y desconfiados por su situación, sólo consideraban aliados a quienes se convertían en sus cómplices, y la señora de Malbée, a pesar de sus esfuerzos por cautivarlos, y debido a aquellos mismos esfuerzos, les resultaba sospechosa, unas sospechas que recaían sobre mí. Aquello me afectaba mucho. Habría dado la mitad de mi fortuna y diez años de mi vida para que fuera evidente mi entrega a una causa cuyo único partidario de buena fe era acaso yo. Sin embargo, la señora de Malbée conservó siempre su autoridad sobre mí. Regresé con ella a Suiza, a pesar de que aquel viaje interrumpiera el trabajo que había iniciado para desempeñar un papel en Francia.

Fue a mi regreso cuando, tras un paréntesis de más de un año durante el cual no había pronunciado ni oído el nombre de Cécile, recibí una carta suya, aunque muy antigua, pues no llegué a Suiza hasta el 25 de diciembre de 1795 y dicha carta era del 3 de junio. Cécile me la había escrito desde Constanza, donde había pasado unos días con motivo de un viaje por Suiza. Me suponía en Lausana y me proponía que fuera a verla. Aquella imagen de Cécile presentándose tan inesperadamente ante mí me produjo una emoción extrema. Daba por supuesto que se habría marchado; sin embargo, me apresuré a contestarle y lo hice con amor. Ya no

estaba cuando llegó mi carta. No se la hicieron llegar. La conmoción que había sentido al reconocer su letra se fue aplacando y volví a perder el rastro de Cécile, a quien podría haber encontrado en Alemania, aunque ni siquiera intenté dar con ella.

CUARTA ÉPOCA

(7 de agosto de 1803-27 de diciembre de 1804)

Varios años transcurrieron sin que se presentara circunstancia que me recordara a Cécile, y las tormentas políticas, la agitación de mi vida, metido en la Revolución, en la que había insistido en participar y en la que había obtenido algunos éxitos literarios a costa de muchos enemigos, la habían borrado prácticamente de mi recuerdo cuando el azar me trajo la noticia de su boda con un tal conde de Saint-Elme, francés emigrado con el que se había casado en Alemania. Me extrañó la especie de irritación que me produjo un acontecimiento que debía resultarme del todo ajeno. Me sentí triste e incómodo durante unos días. Pero era por entonces miembro de aquel tribunado que intentó, durante varios meses, poner coto al poder despótico que las convulsiones de una república vergonzosamente gobernada habían permitido que se estableciera, y los peligros que acechaban a los tribunos opuestos a la dictadura que se avecinaba eran tan inminentes que no podía entretenerme

con un asunto tan ajeno a mis sentimientos. La lucha que sosteníamos contra un inmenso poder era demasiado desigual para no acabar en desventaja nuestra. Quedé, junto con diecinueve colegas, excluido de una asamblea que no tardó en dejarse destruir tras haberse dejado mutilar y regresé a la vida privada.

Mis lazos con la señora de Malbée se habían estrechado sin hacernos felices. Estaba pensando en romperlos y así se lo escribía desde una pequeña propiedad campestre donde estaba pasando el verano de 1803, cuando el 7 de agosto recibí inesperadamente una carta de Cécile. El corazón me dio un vuelco al reconocer aquella letra que no había visto desde hacía tanto tiempo. Cécile me escribía desde París, donde llevaba viviendo tres meses. Había oído decir que, despojado de mis cargos y enfadado con la señora de Malbée, vivía solo y pobre en un oscuro retiro. Me suplicaba que aceptara parte de su fortuna y, no pudiendo ocultarme su boda, me lo contaba con una especie de timidez que daba a toda su carta un tono de melancolía bastante conmovedor. Me halagó que se acordara de mí y me emocionó su ofrecimiento, pero sentí que no podría verla en poder de otro sin irritarme.

Al día siguiente salí hacia París. Fui de inmediato a casa de Cécile. Se había ido la víspera a Ginebra. Le escribí y le expresé efusivamente mi gratitud, pero una involuntaria coquetería me hizo exagerar el disgusto que me producían los nuevos lazos que había contraído. Me justifiqué por no aceptar su ofrecimiento, que en absoluto necesitaba, y, suplicándole que me hiciera al menos el triste favor de contarme toda su historia, le dije que intentaría ir a verla en cuanto supiera donde estaba residiendo.

Cécile no me hizo esperar el relato que le había pedido. Separada de mí desde hacía diez años, sin noticias sobre mi vida desde hacía nueve, había vivido casi siempre en casa de su padre. Me había escrito varias veces sin llegar a saber si sus cartas me estaban llegando. Su padre, que mientras vivió se había opuesto a nuestra unión y se había valido de mi silencio para convencerla de que renunciara a un hombre que ya no tenía interés por ella, acogió en su castillo a toda una familia emigrada compuesta por el viejo conde de Saint-Elme, sus tres hijos y una hija. El conde de Saint-Elme y el señor de Walterbourg murieron casi al mismo tiempo. Cécile se encontró sola en una casa llena de imágenes fúnebres. Wenceslao de Saint-Elme, el mayor de los hijos del conde, la cuidó en su dolor y la distrajo en su soledad. Se había enamorado apasionadamente de ella, que se resistió a sus requerimientos matrimoniales.

Había vuelto a escribirme: le había entregado su carta a una francesa que, tal vez asustada al verme en el partido republicano cuando llegó a Francia y temiendo comprometerse al presentarse ante mí, no se había atrevido a cumplir su encargo, pero, para ocultar su desidia, contó a Cécile que me había enviado su carta. Dicha mujer había añadido que estaba íntima y públicamente unido a la señora de Malbée. Cécile me volvió a escribir para decirme que su soledad, sus obligaciones para con el señor de Saint-Elme, el agradecimiento ineludible por el afecto que éste le tenía y por las atenciones que le había prodigado en los momentos más crueles de su vida, y, así como la idea de dedicar su fortuna a sacar a un hombre y a su estimable familia de una desastrosa situación de exilio y pobreza, habían logrado que se decidiera por aquel matrimonio, aunque no estuviera enamorada; sin embargo, no se

consideraba libre y la haría más feliz consagrarse a quien había amado durante tanto tiempo; aún no se había comprometido, y su destino dependía de mi respuesta. Aquella carta corrió la misma suerte que la anterior. Dolida, abandonada a sí misma, acosada por la pasión de un enamorado por cuya desgracia sentía interés y lástima, Cécile se casó con el señor de Saint-Elme el 14 de junio de 1798.

Tras aquellos detalles, Cécile se deshacía en elogios sobre el carácter de su marido, pero era evidente que lo hacía por deber. Sus alabanzas dejaban claro que era un hombre sin ingenio y sin gracia, y el afán que ponía en asegurarme que jamás se había arrepentido de aquella unión me convenció enseguida de que no tardó en arrepentirse. En su carta se podían entrever otros indicios de malestar y de desdicha. Me rogaba que le escribiera a una lista de correo. Intuí que el señor de Saint-Elme era no sólo aburrido, sino también tiránico y celoso.

Mientras iba reanudando mi relación con Cécile, la que tenía con la señora de Malbée se volvió más tormentosa que nunca y, como no podía prever que Cécile sería un día el instrumento de la ruptura, las agitaciones de mi vida, en vez de detener mi pensamiento en ella, no hicieron sino apartarme más. No dejaba por ello de contestarle, y cada una de sus cartas me interesaba más, al describírmela, a su pesar, doliente y oprimida, pero con tan pobre resultado que cuando la señora de Malbée me anunció su decisión de venir a Francia, de donde estaba exiliada, decidí esperarla y renuncié al viaje a Ginebra, y, por consiguiente, a toda posibilidad de volver a ver a Cécile. Su recuerdo me era grato. Pensaba en ella con ternura y, cuando la señora de Malbée me abrumaba con sus reproches, me gustaba

decirme que había en el mundo un ser que me juzgaba con menos acritud.

Por fin llegó la señora de Malbée. Nuestros primeros encuentros fueron bastante poco amistosos y desde entonces nuestra ruptura habría sido inevitable si, doce días después de haberse instalado en una casa de campo cercana a la mía, no le hubiera llegado una segunda orden de exilio. Ni por carácter ni por ánimo podía yo abandonar a una mujer proscrita, así que me reconcilié con ella y nos fuimos a Alemania. Permanecí aproximadamente tres meses en aquel país. La señora de Malbée decidió visitar Berlín. Habiendo salido yo de Francia sin el pasaporte en regla y en malas relaciones con el Gobierno consular, no quise exponerme a padecer su malevolencia presentándome en una corte donde había un embajador francés. Así pues, dejé a la señora de Malbée en Leipzig. Exigió de mí la promesa de que nunca me casaría con otra mujer que no fuera ella y me encaminé hacia París. Mientras estuve en distintas ciudades de Alemania, escribí varias veces a Cécile y siempre obtuve por su parte muestras de confianza y amistad. Me alegraba mucho la idea de volver a verla y pensé detenerme en Ginebra sólo para averiguar si seguía allí. Pero el destino, que tan a menudo se había burlado de mis esperanzas, me preparaba una cruel sorpresa.

Me hallaba a media legua de Ginebra cuando me enteré de que el padre de la señora de Malbée acababa de morir allí. Ella lo quería con fervor y quizá sea el único ser en el mundo al que haya querido de manera absoluta. Imaginé su desesperación, rodeada de extraños, sin un solo amigo capaz de concebir o de compartir su dolor. Creí que debía acudir en su ayuda y, tras nueve días y nueve

noches de camino, llegué junto a ella. La llevé a Suiza y allí pasé el resto del año.

Cécile, enterada de lo que había alterado mis proyectos y creyendo, además, no tener ningún derecho sobre mí, comprendió y aprobó mi amistosa abnegación. La señora de Malbée, cuyo dolor, aunque sincero, la importunaba, quiso buscar distracciones en Italia. Pretexté unos asuntos pendientes en París, adonde Cécile había regresado, y yo acabé llegando el 27 de diciembre de 1804.

QUINTA ÉPOCA

(28 de diciembre de 1804-11 de octubre de 1806)

Volví a ver a Cécile el 28 de diciembre de 1804, once años, siete meses y nueve días después de habernos separado. Me recibió muy amistosamente. Me emocioné menos de lo que esperaba. Sin embargo, me pareció todavía bonita y, sobre todo, tocada por una especie de dulzura y armonía en todos sus movimientos que me agradaba. Conocí a su marido, que parecía ser lo que yo ya había supuesto por las cartas de ella, un francés cuya ligereza de carácter y frivolidad en los gustos no impedían ser aburrido. Cécile se entregó al placer de verme abandonándose a su naturaleza franca y afectuosa. De haber sido por ella no me habría movido de su lado. No tardé mucho en advertir que, por un lado, estaba volviendo a sentirse fuertemente atraída por mí y que, por otro, su marido se estaba poniendo celoso. Yo le recordaba a Cécile la época de su primera juventud, una época que va cobrando mayor encanto a medida que se aleja. Le recordaba su primer amor. El señor de

Saint-Elme sabía que su mujer me había amado, que yo habría podido impedir que se unieran, y no podía evitar que lo asaltara un inquietante presentimiento, que por entonces se me antojaba pura quimera, acerca de unas miras que yo no tenía.

Como a menudo ocurre en la vida, las precauciones que tomó para que aquel presentimiento no se cumpliera produjeron el efecto contrario. Al principio no intentó impedir que su esposa me recibiera, pero algunas observaciones de pésimo gusto, un mal humor permanente, disputas que llevaban inevitablemente a su mujer a estar aún más pendiente de mí, un comportamiento caprichoso, una mezcla de debilidad y de dureza, de severidad y de dejadez, a veces unos modales descorteses conmigo, que me daban a ojos de Cécile la ventaja de la moderación y el mérito de soportarlos por ella, todo aquello acabaría estableciendo entre nosotros una intimidad que no habría yo sabido evitar aunque hubiera querido y que, de hecho, a menudo deseaba con sinceridad.

Me decía a mí mismo que ya había trastornado una vez la vida de Cécile. Me reprochaba su infelicidad, debida a un matrimonio involuntariamente provocado por mí. Habría sido mucho menos desdichada con su primer marido, junto a su familia y en su patria, que casada como ahora con un extranjero, llevada a un país que detestaba y sin apoyos, amistades o familiares en una sociedad opuesta a sus opiniones, a sus costumbres y a sus gustos. La idea de un segundo divorcio no me cabía en la cabeza. Por ello, no me parecía que tuviera otro remedio, ciertamente triste pero único, que resignarse al destino que se había buscado, y me prometí que, al menos por mi parte, no habría intento alguno de volver a alterarlo. Me alejaba a propósito, iba al campo, pasaba a veces semanas

enteras sin verla. Pero entonces me escribía unas cartas tan tristes que me dejaba convencer, y, una vez ante ella, volvía a adoptar un tono de ternura, un discurso amoroso que jamás he sabido prohibirme con las mujeres, de modo que echaba a perder con una sola visita todo el bien que mi ausencia había podido producirle.

Mis temores se acabaron confirmando. Vi cómo Cécile se volvía a enamorar del todo, y, aunque mis actos aparentaran indiferencia, mis palabras y mis cartas estaban repletas de expresiones amorosas. Los celos del señor de Saint-Elme alcanzaron su punto culminante. Cécile me lo contó con espanto. Le di los mejores consejos del mundo y, por más que me conmoviera aquel sentimiento que ya no me podía ocultar, le declaré más de una vez que la única opción decorosa era dejar de vernos. Pero yo era su único amigo en París, el único hombre a quien podía confiar sus penas, y le horrorizaba verse privada de ese flaco y postrer consuelo. Me pareció que no era yo quien debía arrebatárselo, así que me dejé llevar por los acontecimientos, diciéndome que al fin y al cabo nada debía al señor de Saint-Elme y que tenía que consolar a Cécile como mejor podía mientras tuviera aquella posibilidad que, sin duda, pronto se me negaría, pues no tardaría en hacer valer sus derechos para llevarse a su mujer o para prohibir mis visitas.

Fue, en efecto, lo que ocurrió. Cécile me recibió una noche totalmente desconsolada y, tras intentar en vano contenerse y decirme que me escribiría, prorrumpió en llanto. Confesó que era la última vez que me recibiría. Su dolor me conmovió, pero sin hacerme vacilar en mi determinación de no comprometerla. Le expuse la necesidad de obedecer, le prometí tiempos mejores y, dejándola desesperada, quedé yo mismo muy emocionado. Me contó

en sus cartas los enfados del señor de Saint-Elme, a quien su obediencia no había aplacado. Mis afectuosas aunque razonables respuestas sólo pretendieron expresarle una perenne amistad y consolarla instándole a que buscara un modo de regresar junto a su familia y de sustraerse a las persecuciones de un marido injusto.

Un día Cécile me escribió que el señor de Saint-Elme le había dado libertad para elegir su destino, que ella quería poner en mis manos, y me pidió una cita. Adiviné que iba a proponerme separarse de su marido. Empecé aceptando la cita y reflexioné sobre lo demás. Por un lado, nada me parecía más azaroso que un matrimonio apoyado en dos divorcios y conocía lo bastante a Cécile y las ideas alemanas para saber que no pretendía sino desposarme al decirme que me entregaba su destino. La opinión pública francesa me asustaba mucho, esa opinión que perdona todos los vicios siendo a la vez inexorable en cuanto a convencionalismos y que agradece la hipocresía como si se tratara de un cumplido. Siendo aún blanco de la inquina gubernamental, casi un proscrito por mis opiniones republicanas, no me sentía con fuerzas para proteger a una mujer de los prejuicios y de un divorcio desacreditado por el abuso que se hizo de él durante aquella desastrosa e insensata revolución. Por otra parte, mi corazón se alegraba ante la idea de hacer por fin feliz a Cécile y de reparar tanto mis errores pasados como la tontería que ella había cometido por culpa de dichos errores.

A esa buena intención había que añadir unas consideraciones menos puras y más egoístas. La señora de Malbée, que había pasado el invierno en Italia, estaba a punto de regresar y, según su costumbre, exigía imperiosamente mi presencia para una fecha determinada. Al observar que yo no me explicaba con claridad sobre

el tema, volvió a adoptar en sus cartas el tono violento y amenazador que tan a menudo me había sublevado contra su dominio y mi debilidad. Entreveía en los proyectos de Cécile tantas dificultades, y en cualquier caso debía transcurrir tanto tiempo antes de que se cumplieran, que una decisión tomada de antemano apenas me parecía una decisión. Además, me decía a mí mismo que Cécile sólo podía salir ganando al romper sus relaciones con un marido extraño, mediocre y celoso, y que aunque no me casara con ella siempre se encontraría mejor si recuperaba su libertad. Por añadidura, no estaba del todo seguro de que fuera a proponerme matrimonio, y mi indecisión se refugió en la especie de incertidumbre que, al respecto, podía quedarme.

Así pues, la esperé sin haber tomado una resolución. Llegó y me preguntó si me casaría con ella en caso de que, sacrificando parte de su fortuna, lograra zafarse del yugo que la tenía oprimida. Aplazar mi respuesta era renunciar a ella para siempre. Aceptar era casi no comprometerme a nada, al haber tantas posibilidades de que su proyecto fracasara. Además, su dulzura, ese largo amor que me había guardado, la pena que mi indecisión le habría causado, todo me impulsó sin remedio a optar por el sí. Entonces me contó que, tras enojos y discusiones diarios, el señor de Saint-Elme le había dicho que, ya que para ella el hecho de no poder encontrarse conmigo suponía una desgracia tan grande, prefería separarse antes que verla pensando en otro. Su matrimonio, celebrado en Alemania, nunca había sido válido en Francia. Era contrario a la religión católica, que proscribe el divorcio, y ningún sacerdote se había prestado a bendecirlo. Por ello, el señor de Saint-Elme le propuso

que se declarara la nulidad o que se interpusiera un recurso de casación ante los tribunales alemanes.

Nos citamos repetidas veces. Aunque Cécile viniera sola a mi casa, jamás intenté obtener nada de ella. No quería ocasiornarle remordimientos si seguía siendo la mujer de otro ni crearnos recuerdos molestos si se convertía en la mía. El señor de Saint-Elme le entregó todos los papeles que creyó necesarios. Ella fijó la fecha de su partida. La vi la víspera. Sus muestras de afecto me emocionaron vivamente. Acordamos lo que haríamos, pero aquellos planes me seguían pareciendo quiméricos. Cécile no quería hacer nada sin el consentimiento de su familia, e ignorábamos por completo si sus parientes aceptarían sus resoluciones.

Partió. Me escribió durante el viaje y desde Alemania, alterando a veces sus decisiones y su estilo. El consentimiento dado por el señor de Saint-Elme no era válido, y sus cartas a Cécile contenían tales expresiones de pesar por haber dado ese consentimiento que ella parecía a veces vacilar. Me obligué siempre a aconsejarla para que se interrogara bien a sí misma. No le oculté ninguno de los inconvenientes de su ruptura matrimonial. Me hallaba en casa de la señora de Malbée, que había recuperado todo su ascendiente sobre mí. Pero, cada vez que discutíamos con amargura, algo nada raro, la furia de la señora de Malbée me devolvía la idea de casarme con Cécile, y entonces le escribía en ese sentido. En la primavera de 1806 acompañé muy a mi pesar a la señora de Malbée durante la larga y triste expedición que emprendió de regreso a París. Algunas cartas de Cécile se perdieron. Tras haberle escrito y al no recibir respuesta, creí que me había olvidado. La echaba de menos, pero me había impuesto como ley no presionarla en un asunto que podía

convertirse en fuente permanente de arrepentimiento y de desdicha si no lo hacía por voluntad propia. Pasaron seis meses sin que oyéramos hablar el uno del otro, y una vez más creí que Cécile, que permanecía en Alemania, quedaba por siempre separada de mí.

SEXTA ÉPOCA

(12 de octubre de 1806-3 de diciembre de 1807)

Estaba en Ruan, siguiendo, como siempre, a la señora de Malbée en su peregrinación, haciendo todo lo que podía para servirla pero lamentando pasarme la vida en los caminos reales y echando a perder mis actos de abnegación con palabras amargas y reproches poco generosos, cuando, el 12 de octubre de 1806, me llegó inesperadamente una carta de Cécile, que se encontraba en París. Me anunciaba que había regresado al no explicarse mi silencio, que me había escrito varias veces sin recibir una sola respuesta y que deseaba verme para saber si debía dar por separados dos destinos que no conseguía desunir en su mente.

Aquella inesperada invitación me pareció una señal del hado para liberarme de unas ataduras que me resultaban insufribles. Contesté con entusiasmo y prometí estar en París ocho días después. Allí llegué el 20 de octubre. Vi a Cécile el 21 por la mañana. El señor de Saint-Elme se encontraba en una provincia lejana y aún ignoraba el

regreso de Cécile, de modo que estaba completamente libre. Me pidió que almorzara con ella. Desprevenido, viendo que debería tomar una decisión y sintiendo renacer mis dudas, pretexté un compromiso y prometí regresar por la noche.

Fui a almorzar con un amigo, y la agitación que me producía tanto el encuentro con Cécile como el porvenir que se me volvía a presentar se prolongó y se acrecentó durante el almuerzo. La conversación, como es habitual entre hombres, acabó por centrarse en las mujeres. Experimenté una suerte de fatuo remordimiento. Me reproché haber sido amado durante trece años por Cécile sin haber exigido de su amor pruebas irrefutables, por lo que regresé a su casa decidido a jugarme el todo por el todo y a ponerme en manos del azar.

Ella me esperaba con impaciencia, me recibió con alegría. Su puerta quedó cerrada; todavía era temprano: tenía toda la noche por delante. Cécile estaba desprevenida. Mi conducta desde tanto tiempo atrás le había infundido un dulce hábito de confianza. Cien veces, durante nuestras largas charlas y en los lugares más apartados, había estado en mis brazos sin tener que defenderse de ningún intento que hubiera podido alarmarla. Dejé primero que se explicara sobre todo lo que había hecho o intentado hacer en Alemania para liberarse. Examinamos lo que quedaba por hacer y, estando pronto de acuerdo sobre nuestra conducta presente, nos entregamos a nuestras esperanzas de futuro. La imagen de nuestra venidera felicidad conmovió a Cécile. Vi cómo se embriagaba con sus palabras y las mías, y mis caricias acabaron de turbarla. Por fin la hice mía, tanto por sorpresa como por incitación, sin que se le ocurriera oponer resistencia, pues no había sospechado el ataque.

Experimenté al conseguirla de ese modo un sentimiento muy singular, un arrepentimiento y una vergüenza que me acosaban incluso en medio del placer. No era muy escrupuloso en mis asuntos de faldas, y jamás un éxito de aquel tipo me había parecido algo que hubiera que prohibirse o que pudiera uno reprocharse. Pero había en Cécile tanta lealtad, tanta buena fe y estaba tan lejos de pensar que yo pudiera abusar de ella desprevenidamente que tenía la sensación de haber robado a un ciego que me hubiera pedido que lo guiara o matado a un niño que hubiese confiado en mí.

Al volver de su asombro, Cécile cayó en una profunda postración. No me hizo ningún reproche. Se quedó callada e inmóvil mientras se le caían las lágrimas. Cuando le dirigí la palabra y la obligué a contestar, vi que todas sus ideas habían cambiado. Ya no creía tener ningún derecho sobre mí. Hablaba de sí misma con humildad, desaliento, abnegación, y me costó un rato que volviese a formular alguna idea sobre el porvenir. Su estado me conmovió mucho, mucho más que si, como habrían hecho tantas mujeres, se hubiera valido de aquella nueva situación entre nosotros para considerarme más comprometido con ella. Sentí que tenía obligaciones precisamente porque no le parecía que las tuviera. Pasé toda la noche convenciéndola de que aquel momento nos había unido para siempre, de que sólo se había entregado al hombre que, ante Dios y tras tantos proyectos anteriores, era su esposo, y de que, como el señor de Saint-Elme había consentido el divorcio, poco importaba que ello no conllevara algunas formalidades de fácil cumplimiento, y cuya ausencia para nada alteraba la intención de las partes ni la validez moral de dicho consentimiento.

Cécile me escuchó, me creyó y dijo tomándome la mano: «Si me engaña usted, me matará. Pero quiero creer que no lo hará. Lo considero, pues, para siempre mi marido, mi dueño. Es a usted a quien corresponde en adelante decidir por mí. Le obedeceré en todo. Haré cuanto me ordene. Es usted el único responsable de mi vida y no me quedan más deberes que la fidelidad y la sumisión». Cécile ha cumplido lo que me dijo con un escrúpulo que las palabras no pueden describir, y ni los acontecimientos, ni las penas, ni mis defectos de carácter, ni mi perpetuo cambio de parecer, ni mis eternas vacilaciones, ni el ascendiente de la señora de Malbée, del que Cécile ha sido tan a menudo víctima, la han hecho desviarse una sola vez de la línea de obediencia que se impuso. Me ha seguido cuando he querido; se ha alejado de mí cuando se lo he dicho. Ha vivido sola cuando se lo he pedido para que yo pudiera estar más libremente con su rival. Jamás se ha quejado. He visto sus lágrimas sin jamás oír sus quejas. Siempre se ha acomodado a mis menores deseos y, pese a haber sido tanto tiempo sacrificada, ha incrementado su ternura, su paciencia y su resignación.

Después de pasar unos días con Cécile, durante los cuales nuestras nuevas relaciones y el modo en que puso su destino en mis manos me unieron cada vez más a ella, regresé a Ruan junto a la señora de Malbée. Tenía el corazón tan lleno de Cécile que todo el mundo advirtió mi agitación. La señora de Malbée se desvivió para descubrir el motivo, y a menudo tuve la tentación de revelárselo con la esperanza de que lo tomara por una barrera entre nosotros y de que accediera a una ruptura que, siempre deseable dada nuestra mutua disposición, se había convertido en una necesidad absoluta tras mi compromiso con Cécile.

Un día en que estaba escribiendo a Cécile, la señora de Malbée entró en mi habitación. Ésta tenía la costumbre de leer mis cartas, pero, como jamás se lo había negado, no les daba mayor importancia y eso me permitía no enseñarle las que pretendía ocultarle, por lo que jamás se me había ocurrido negarle un derecho que compartíamos aunque no lo ejerciéramos desde mucho tiempo atrás. Aquella vez picaron su curiosidad cierta turbación que me notó en la mirada, la precipitación con que escondí el escrito, mi extraño comportamiento por aquel entonces y la oscuridad de algunas palabras que se me habían escapado. Me pidió con un tono bastante imperativo que le enseñara la carta. Me negué y, para abreviar aquella lucha, la quemé delante de ella. Eso la irritó aún más, pero, mientras nos peleábamos, se me ocurrió pensar que contándoselo todo me liberaría de un penoso disimulo y también de una pesada carga. Tal decisión, que adopté como medida de fuerza, quizá sólo se debiera a aquella habitual debilidad que me impedía resistirme mucho tiempo a la señora de Malbée. La puse, pues, al tanto de mis relaciones con Cécile y de mi compromiso con ella, y se levantó una tormenta que duró interrumpidamente todo el día y toda la noche.

Muerto de cansancio y temiendo que la señora de Malbée llevara su ira a los extremos con que me amenazaba, intenté aplacar la disputa con vagas reconsideraciones sobre lo que había dicho al principio. La señora de Malbée, no menos agotada que yo, se agarró a la primera ambigüedad para creer que me retractaba de mis anteriores declaraciones, y, aunque en su inquietud a veces me interrogara con aspereza, no prosiguió unas investigaciones que yo eludía apartándome demasiado a menudo de mi compromiso de lealtad y franqueza.

Mientras tanto, Cécile había enfermado por la emoción que le produjo mi partida. Parecerá extraño, y sin embargo es cierto, que el ascendiente de la señora de Malbée sobre mí fuera tal que, a pesar de que jamás hubiera sentido un amor tan intenso, y a despecho de los requerimientos de Cécile, que, sola y enferma, me daba a entender que se sentía desgraciada por no verme, no intentara yo una sola vez adelantar el viaje a París, que la señora de Malbée había fijado para mediados de noviembre. Entretanto, el señor de Saint-Elme regresó. Cécile le contó prácticamente todo lo que había ocurrido entre nosotros. Accedió de nuevo al divorcio, pero con la condición de que Cécile lo solicitara al cabo de un año y de que durante ese tiempo no me viera. A ella le costó mucho resignarse a aceptar esto último. La exhorté a que lo hiciera porque confieso que no me pareció sino un capricho del señor de Saint-Elme difícil de cumplir. Sin duda me equivocaba, ya que una promesa es una promesa, pero preveía tantas desgracias para Cécile si el señor de Saint-Elme se retractaba que prefería plegarme al rigor de aquella separación antes que enfrentarme a tal posibilidad.

¡Ay, quién le iba a decir a la pobre Cécile, cuando un solo año le parecía un plazo insoportable, que pasarían cerca de tres antes de que acabáramos juntos y en paz! Cécile llegó a un acuerdo con el señor de Saint-Elme por el que ella le cedía una parte de su fortuna, y convinieron en que ella regresaría en primavera a Alemania. La señora de Malbée obtuvo permiso para acercarse a ocho leguas de París. Le serví en aquellas negociaciones como si no hubiéramos consumido nuestra vida en continuos altercados, pues estaba cada vez más irritada no por mis proyectos, sobre los cuales yo me había expresado con mucha vaguedad, sino porque seguía escribiendo a

Cécile y porque iba a menudo a París para intentar verla. Temía que la señora de Malbée, tan vehemente, divulgara esta relación, ofendiera la vanidad del señor de Saint-Elme, lo cual era fácil, y llamara la atención de la gente sobre nosotros; en fin, temía perder a Cécile. El apuro no hizo sino agudizar cada vez más mi astucia y logré, a expensas de mi lealtad, poner tanta incertidumbre en la mente de la señora de Malbée que ya no sabía qué pensar. El invierno transcurrió en medio de tremendas disputas tras las cuales ambos caíamos exhaustos, aunque quedaban entre nosotros y no derivaban en escándalo.

Al principio, Cécile no quiso faltar a la promesa que había hecho al señor de Saint-Elme, pero, siendo necesario que nos viéramos de cuando en cuando, le pidió permiso para hacerlo. Cada vez que se lo pedía reñían, y luego el señor de Saint-Elme, quien estaba mucho más pendiente de la gente, el baile y todas las frivolidades de París que de Cécile, le concedía como un favor algo a lo que no daba gran importancia.

Al cabo de un tiempo, Cécile se cansó de afrontar su cólera. Él le había dicho en cierta ocasión que prefería que hiciera lo que quisiera antes que darle continuamente malos ratos. Ella le tomó la palabra y nos vimos a diario siempre que me encontraba en París, porque la señora de Malbée me retenía a menudo en el campo. Ésta seguía teniendo la misma autoridad sobre mí, aunque sólo la utilizara para apenarme, sin por ello sentirse más feliz.

Cécile, fiel a la resolución que había tomado de complacerme en todo, estaba, por decirlo así, a mis órdenes. Cuando yo me ausentaba no se quejaba para nada e intentaba distraerse. Cuando regresaba, renunciaba a frecuentar a la gente y sólo vivía para mí,

esperando a veces todo el día hasta que llegara el momento de vernos.

En cuanto a mí, sólo pensaba en ella. Todos mis actos estaban organizados en función del modo de vernos, y cuando se presentaba una oportunidad rompía cualquier otro compromiso y vencía todos los obstáculos. El teatro, los paseos y el baile en la Ópera eran nuestros lugares de cita. Una de aquellas noches nos quedamos en el baile, ambos con antifaz, hasta las ocho de la mañana, y aquella noche me ha dejado una impresión de felicidad tan fuerte que aún persiste hoy como si no hubiera pasado el tiempo. La sensación de estar solos en medio de aquel gentío sin ser reconocidos por nadie, a salvo de los curiosos, rodeados de gente de la que nos convenía ocultarnos y separados de ella por una barrera tan frágil como invencible, aquella manera de existir el uno para el otro entre la muchedumbre, hacía que nos sintiéramos más unidos y colmaba nuestros corazones de placer y de amor.

Por la tarde escribí, en un diario que por entonces llevaba, que horas así podían consolar de los males de toda una vida. Quedamos tan encantados de lo que habíamos sentido que quisimos volver a disfrutarlo. Regresamos al mismo baile la semana siguiente, pero nuestra expectativa quedó defraudada, probablemente por la intensidad de lo que habíamos vivido. La especie de inquietud que añadió encanto a nuestra misteriosa reunión se había atenuado. El gentío nos importunó porque ya no lo temíamos, y aquella experiencia nos enseñó que no es posible organizar con premeditación los placeres inesperados.

Pasó el invierno. Había conseguido orientar bastante bien a la señora de Malbée en sus gestiones para mitigar el rigor de su exilio,

y ya pensaba yo haber obtenido su total revocación cuando su imprudencia y el poco caso que hizo de mis consejos le acarrearon nuevas persecuciones. La exiliaron a cuarenta leguas de París. No escatimé ningún medio para desviar aquel golpe que me producía una enorme pena. Había puesto todas mis esperanzas en hacerle un favor señalado para que me permitiera buscar mi felicidad con otra relación. Ahora estoy seguro de que ni siquiera la habrían ablandado el éxito ni el agradecimiento que me hubiese podido deber. Pero al menos me habría quedado más tranquilo y el exceso mismo de la injusticia me habría consolado.

Todos mis esfuerzos fueron inútiles. Hubo que obedecer. Durante los quince días que más o menos duraron mis infructuosas negociaciones, la señora de Malbée se comportó como una chiquilla, sin gratitud ni coraje. No me agradeció para nada mi celo, que había sobrevivido a mis sentimientos. Se expuso sin tener en cuenta que ponía en peligro a sus amigos tanto como a sí misma. Pero resultaba tan encantadora en su dolor, así como en la alegría que, dada la inestabilidad de su carácter, a veces se mezclaba con ese dolor, que, por muy irritado que me hallara y por muy enamorado que estuviera de Cécile, no podía dejar de compartir sus impresiones y de sentirme momentáneamente unido a una mujer que había dispuesto de mi vida durante trece años. Por fin se fue, tras conseguir de mí la promesa de regresar junto a ella al cabo de unas semanas.

Dediqué a Cécile la libertad que me dejó la ausencia de la señora de Malbée. Nos vimos casi a diario. El señor de Saint-Elme ya no se oponía. La idea de que una mujer pudiese preferir a otro hombre antes que a él hería a ratos su amor propio, pero su frivolidad, que siempre lo acababa zambullendo en los placeres de la vida social,

disipaba pronto aquellos repuntes de dignidad, y sus prejuicios religiosos, que como exiliado francés unía a la frivolidad, a ratos lo inclinaban a desear por sí mismo la ruptura de un matrimonio que su religión condenaba.

No hubo, por tanto, alteraciones en nuestros proyectos. La víspera del día que, con esforzada resignación y con el consentimiento de Cécile, debía ponerme en camino para presentarme ante la señora de Malbée, un exceso de trabajo y de lectura, motivado por mi deseo de acabar una obra que había empezado hacía mucho tiempo, me produjo un percance en los ojos que me alarmó profundamente. Suspendí mi viaje y consulté a varios oculistas, cuyas respuestas incrementaron mis inquietudes. Me puse en sus manos con mucha docilidad y escasa confianza. La señora de Malbée, informada de mi accidente mediante cartas que yo dictaba, pues no estaba en condiciones de escribir, sólo vio en lo que le contaba un pretexto para incumplir mi palabra. Una especie de criado que utilizaba para todo me acosaba de continuo para obligarme a partir. Toleraba sus impertinencias por la costumbre de soportar todo lo que venía de la señora de Malbée. Ella, por su parte, dando rienda suelta a la impaciencia y al ímpetu de su carácter, y debido al sentimiento y al amor propio herido, me escribía con un estilo enfurecido, despectivo y rencoroso. Aunque cansado tras tantos años de relación en los que era siempre la impetuosidad la que abogaba, puñal en mano, por la causa del amor, el temor de que llegara a un extremo desastroso me alteraba el juicio y sobrecogía el corazón. Recuerdo el día en que acababa de pasar por una operación de ojos bastante dolorosa. Estaba tumbado en mi cama, casi desvanecido por la conmoción que había sufrido y

por la sangre que había perdido, cuando recibí una carta de la señora de Malbée en que me abrumaba con los mayores ultrajes que se hayan acumulado jamás sobre un criminal.

Sólo hallaba tranquilidad junto a Cécile, siempre dulce y tierna, quien me escuchaba, me compadecía, me comprendía aun cuando mis impresiones pudieran afligirla, y me consolaba con admirable paciencia y delicada sensibilidad de las congojas que padecía por culpa de otra, algo que podía haber tomado por agravio. Mis ojos se restablecieron y, aunque indignado por las exigencias de la señora de Malbée y ofendido porque pretendiera doblegarme a su voluntad, a riesgo de privarme de los auxilios médicos que me eran necesarios, me consideré obligado por mi palabra y dejé a Cécile, quien a su vez debía viajar poco tiempo después a Alemania.

Pero apenas iniciado el camino, mi amor por una y mi irritación con la otra se impusieron a cualquier otra razón. Volví bruscamente sobre mis pasos tras haber recorrido algunas leguas. Estaba llegando a París cuando la imagen del dolor de la señora de Malbée me asedió de nuevo. No sé lo que habría sido de mí de no haberme ayudado el azar. Un amigo mío, que también lo era de la señora de Malbée, había recibido una carta de ella repleta de acusaciones contra mí. Creyó que debía dármela a conocer, y, por las explicaciones que resultaron de aquella confidencia, me enteré de que unos meses atrás la señora de Malbée había usado, con un joven que le había gustado bastante, según sabía yo, las mismas tretas de reproches y amenazas que le daban tan funesto ascendiente sobre mí. Al enterarme, aquellas tretas perdieron gran parte de su fuerza. Me parecían en cierto modo profanados al ser utilizados por partida doble, y recobré algo la calma cuando dejé de

considerarme el único motivo de las desdichas de la señora de Malbée. Quizá se piense que tamaño descubrimiento habría debido apartarme totalmente de ella, pero no fue así. La conocía como a mí mismo. Sabía que en su conducta había inconsecuencia y egoísmo, pero no mala fe y que, debido a su carácter apasionado y extraño, no por el hecho de hacer cosas que parecían desmentir su afecto por mí –y que demostraban que ese afecto no era exclusivo– dejaba de sentir un tremendo dolor ante la idea de que podía perderme.

Para evitarle a Cécile la pena de una segunda despedida, hice que adelantara su partida, proponiéndole acompañarla durante unos cuantos días. Fuimos juntos hasta Châlons. Cécile esperaba que los tribunales de Alemania no pusieran ninguna dificultad en concederle el divorcio. Yo, por mi parte, presumía de sentirme más fuerte en presencia de la señora de Malbée y de poder por fin declararle mi firme voluntad de romper con ella. Me separé de Cécile más enamorado que nunca.

Después de tantas conmociones, quise descansar un tiempo y, antes de regresar al castillo de la señora de Malbée, me detuve en casa de mi padre. Llevaba allí unos quince días, aplazando continuamente el viaje que debía volver a ponerme bajo su férula y muy presionado por mi padre para que me desembarazara de ésta para siempre. Incapaz de tomar la decisión que destrozaría una relación tan larga sin sentir una especie de estremecimiento, de repente se presentó en mi habitación un amigo de la señora de Malbée, preceptor de sus hijos, con el encargo de convencerme para que lo acompañara junto a ella. Tuvimos al respecto algunas palabras bastante fuertes, sobre todo por mi parte, pero aquel hombre puso por la suya mucha

paciencia, suavidad y habilidad. Me volvió a poner ante los ojos unas imágenes que había intentado apartar de mi vista. Despertó recuerdos ya borrados. Me sedujo con la idea de que, con suavidad, podría conseguir de la señora de Malbée lo que quisiera, a la vez que le daría una última muestra de amistad. Me ofreció su ayuda para lograrlo. Me aseguró por fin que ella estaba decidida a irse a Viena antes del invierno. Era la época en que Cécile había decidido a su vez regresar. Mi corazón necesitaba ceder. Pensé que en ausencia de Cécile mi presencia en casa de la señora de Malbée no podía dañar a nadie. Llegué allí veinticuatro horas después. Me estaba esperando en el patio de su castillo. Apenas bajé del coche, masculló unas palabras, me agarró por los brazos y me arrastró hasta el parque. Resonaron por doquier los ecos de los gritos e insultos contra Cécile y los reproches contra mí. Tras dejarme llevar por una furia casi igual de desordenada, sentí, como siempre, un incontenible cansancio. Ya sólo pretendía que la señora de Malbée se calmara, y para ello guardé un silencio que interpretó como quiso. Me creyó conmovido porque estaba agotado, y volvimos en los días siguientes a nuestra vida acostumbrada. Nuestra connivencia intelectual era tan perfecta que debíamos, siempre que estábamos juntos, pelearnos o llevarnos bien y, cuando habíamos agotado nuestras fuerzas físicas en la discusión, de repente la intimidad sucedía a las más espantosas tormentas. Como la señora de Malbée no tenía otro propósito que el de conservar nuestra relación tal como estaba, se quedaba tan contenta como sosegada. Yo, que ya no quería aquella relación, le daba vueltas calladamente a mil maneras de sortearla. Pero, una vez amansada por fuera, permanecía así bastante tiempo.

Tras una estancia de varias semanas junto a la señora de Malbée, estancia durante la cual continué anunciando a Cécile que recuperaría mi libertad para dedicársela, fui a ver a mi familia. Nadie sospechaba mis proyectos, pero todos mis parientes estaban consternados por mi evidente dependencia de la señora de Malbée. Los que estimaban tener algún derecho sobre mí trataban de hacerlo valer para obligarme a una ruptura. Aquellos de quienes podía tener alguna esperanza de heredar intentaban influir en mi ánimo por dicho interés. Finalmente, los que no tenían otro título que la amistad se desvivían en consejos y ruegos. Lo que todos me suplicaban que hiciera era lo que yo más deseaba, y, por una extraña fatalidad, me defendía de todos a expensas de mis deseos más secretos y de mi felicidad.

Apenas me encontré entre ellos, me vi acosado por todas partes. Algunos, creyéndome unido a la señora de Malbée por solemnes promesas, me exhortaron a que me casara con ella, y así me enteré de que, durante mi ausencia, la señora de Malbée había basado sus muy públicas quejas contra mí en mi compromiso de Leipzig. Aquel compromiso, que tenía más de tres años, se me había olvidado por completo. La señora de Malbée no había hecho desde entonces sino demostrarme que, a la vez que quería disponer de mi vida, no tenía la menor intención de que nos uniéramos y, en la mayoría de sus cartas, durante mi última estancia en París había reconocido mi libertad sin dejar de pretender que, por sensibilidad, por deferencia, por delicadeza, debía sacrificársela. Fue, pues, con extrañeza, e incluso con preocupación, como oí hablar de una promesa que consideraba anulada y quise aclarar aquel asunto tan importante para Cécile como para mí.

Cuando regresé a casa de la señora de Malbée, le pregunté al respecto. Me pareció entender, en efecto, que yo únicamente podía entablar relaciones con ella, pero el compromiso era recíproco. No vacilé, irritado como estaba por la idea de que se cuestionara mi libertad, en declararle que si, considerando que nuestro compromiso era legal, pretendía que se cumpliera sin demora. No estaba ni preparada para una resolución tan repentina ni acostumbrada a verme adoptar un tono decidido. Quedó tan irritada como sorprendida. Llamó. Sus hijos entraron.

–Aquí tenéis al hombre que quiere perder a vuestra madre obligándola a casarse con él –les dijo señalándome.

–Consideradme el peor de los hombres si alguna vez me caso con vuestra madre», exclamé cogiendo de la mano al mayor de sus hijos.

Me fui al amanecer del día siguiente, tras dejar a la señora de Malbée una carta en la que me despedía para siempre. ¿Quién habría podido creer que una relación que sufría tamaño vapuleo pudiera prolongarse? Recorrí ocho leguas sobre el mismo caballo en dos horas: la rapidez de la carrera me protegía del tumulto interior que, más que sentir, me tenía embargada el alma. Temía, sobre todo, estar solo y, al llegar, fui a buscar consuelo, o más bien ruido y palabras que me aturdieran, en casa de una pariente que más de una vez se había manifestado contra la señora de Malbée. Se alegró al enterarse de la decisión que había tomado y daba por definitivo dicho paso. «No se engañe usted –le dije–; si la señora de Malbée no me sigue, resistiré a sus cartas, pero si viene hasta aquí me resultará imposible resistir.» Tenía los ojos fijos en un reloj de pared, contaba los minutos que transcurrían y trataba de sofocar las

emociones que se atropellaban en mi corazón cuando de repente oí la voz de la señora de Malbée. Se precipitó en la habitación y se desvaneció delante de mí. Cuando volvió en sí, me pidió que le concediera dos meses más, prometiendo que tras ese plazo me devolvería la libertad si se la reclamaba. Emprendí con ella el camino de regreso a su casa y me volví a encontrar en el lugar que había abandonado doce horas antes dejando a mi familia boquiabierta y desconcertada.

Debo dar cuenta aquí de algo que empezó por entonces a ejercer una gran influencia en mi conducta. Este detalle es necesario para explicar algunos de mis actos, que parecen inexplicables y que, en efecto, deben de serlo.

Existe en Lausana una secta religiosa compuesta por un grupo bastante numeroso de personas de distinta condición conocidas con el nombre de *pietistas* y muy calumniadas. Profesan las opiniones de Fénelon y de la señora Guyon. Algunos parientes míos pertenecientes a dicha secta habían intentado, en distintas épocas, hacerme ingresar en ella. Yo había sido muy poco religioso en mi juventud, más por simular principios filosóficos que por inclinación personal. Pero, desde hacía algún tiempo, sentía en el fondo de mí mismo la necesidad de creer, ya por ser inclinación natural de todos los hombres, ya porque mi situación, tanto más dolorosa cuanto que sólo podía reprocharme a mí mismo lo que tenía de desagradable y extraña, me dispusiera gradualmente a buscar en la religión recursos contra mi agitación interior.

En consencuencia, durante un viaje anterior a Lausana había más bien aceptado que rechazado la invitación de aquella secta. Había tenido algunas conversaciones con uno de sus miembros más

destacados. Aun sin confiarle mis pensamientos íntimos, no le había ocultado que era muy desgraciado y me había puesto en sus manos no como creyente, sino para dejarle realizar con mi espíritu y mi alma todos los experimentos que quisiera.

Aquel hombre, de cuya inteligencia no puedo dudar y cuya buena fe, aún hoy, no me ofrece la menor duda, me había hablado precisamente en el idioma que convenía a mis vacilantes opiniones y difíciles circunstancias. Había apartado de su discurso todo aquello que se refiriera a dogmas que pudieran exigir un examen peligroso. Ni siquiera se pronunció la palabra *Dios*.

«No puede negar –me dijo– que hay fuera de usted un poder más fuerte que usted mismo. Pues yo le digo que la única manera de ser feliz en este mundo consiste en estar en armonía con ese poder, sea cual fuere, y que para estar en armonía con ese poder sólo son necesarias dos cosas: rezar y renunciar a la propia voluntad.

»¿Cómo rezar, objetará usted, cuando uno no cree? Sólo le puedo dar una respuesta: inténtelo y verá, pida y obtendrá. Pero no es pidiendo cosas concretas como se le concederán sus deseos, sino pidiendo querer lo que ya existe. El cambio no se dará en las circunstancias externas, sino en la disposición de su alma.

»¿Qué más le da? ¿Acaso no es lo mismo que ocurra lo que usted quiere o que usted quiera lo que ocurre? Lo que necesita es que su voluntad y los acontecimientos coincidan.»

Estas reflexiones me impresionaron. La lectura de varias obras de la señora Guyon me produjo una calma inusitada que me sentó muy bien. Intenté rezar, en la medida en que se puede hacer sin previa convicción. Dejé de lado toda indagación sobre la naturaleza de

aquel ignoto poder que sentía más allá de mí. Sólo me dirigí a su bondad pidiéndole que me diera fuerzas para someterme a sus decretos. Sentí un alivio manifiesto. Lo que me había parecido duro de soportar mientras me había arrogado el derecho a la resistencia y a la queja perdió la mayor parte de su amargura cuando me impuse someterme. Aquel primer alivio para mis muchos sufrimientos me animó. Fui ahondando en aquella dirección. Me dije que, habiendo sido ya recompensado por renunciar a mi propia voluntad, esa renuncia era la mejor manera de complacer al poder que presidía nuestro destino y procuré llevar esa renuncia a su extremo. Pronto dejé de hacer proyectos, consideré el porvenir como algo extraño a la prudencia y la prudencia misma como una intrusión en el camino hacia Dios, adopté la regla de vivir al día sin preocuparme por lo ya ocurrido, al no tener remedio, ni por lo que iba a ocurrir, pues debía dejarse sin reserva en manos de aquel que todo lo dispone.

Fue entonces cuando por vez primera respiré sin dolor. Me sentí como liberado del peso de la vida. Lo que me había tenido atormentado durante tantos años era el continuo esfuerzo que había hecho para gobernarme a mí mismo.

¡Cuántas horas había pasado repitiéndome que acerca de tal o cual asunto tenía que tomar una decisión, detallándome todas aquellas entre las que debía elegir, debatiéndome entre incertidumbres, temiendo a veces que mi razón no fuera lo suficientemente ilustrada para apreciar los diversos inconvenientes, a veces con el triste presentimiento de que mis fuerzas no bastarían para seguir los consejos de mi razón! Me sentí libre de todas aquellas cuitas y de la fiebre que me había devorado. Me consideré un niño llevado por un guía invisible. Aislé cada acontecimiento,

cada hora, cada minuto, convencido de que una voluntad superior e inescrutable, que no podíamos combatir ni adivinar, lo arreglaba todo de la mejor forma posible. Todas mis oraciones acababan con estas palabras: «Renuncio por completo a toda facultad, a todo conocimiento, a toda razón, a todo juicio». A veces, en medio de aquellas oraciones, se apoderaba de mí un profundo sentimiento de confianza, una íntima convicción de que estaba protegido y de que no tenía ninguna necesidad de inmiscuirme en mi destino, y me despreocupaba de todos los problemas que me rodeaban contando con un milagro para librarme de ellos y extraviándome en una meditación muy grata.

Como era natural, aquella revolución se extendió pronto desde mi alma hasta la mente. La mayor parte de los dogmas que había desechado, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, me parecieron si no demostrados por la lógica, sí probados por una especie de experiencia interior. No aplicaba a tales dogmas el instrumento siempre inexacto del razonamiento, sino que los sentía como verdaderos e irrefutables. No me planteaba si imponían deberes de culto, ya que no cumplía con ninguno. «Si Dios quiere ese tipo de devociones –me decía–, me lo hará saber, ya que sólo quiero lo que él quiere, y lo que no me hace querer es porque no lo quiere.» Dormía así en una especie de letargo moral, amparado por un ser infinito que velaba por mí. El súbito esfuerzo que hice para liberarme del yugo de la señora de Malbée fue el último de mis actos no acorde con aquel sistema, y, como su resultado había sido el opuesto al deseado, renuncié, tanto de hecho como de intención, a todo propósito de dirigir mi destino.

Dejé en manos de Dios mis compromisos con Cécile. Le rogué que me insuflara lo que fuera conforme a su voluntad y me prometí no dar un solo paso que no estuviera dictado por la inspiración del momento. Unos días antes de mi inútil viaje a Lausana había escrito a Cécile, como si previera una ruptura inmediata con la señora de Malbée, rogándole que me diera una cita en cualquier ciudad.

De vuelta junto a su rival, le conté por escrito parte de lo que había ocurrido, diciéndome que lo que no le contaba era lo que Dios no quería que supiera. Le dije que había aceptado quedarme junto a la señora de Malbée dos meses más y terminé con un ofrecimiento y un compromiso solemne de reunirme con ella, allá donde estuviera, una vez vencido dicho plazo. No tenía ninguna prueba de que pudiese hacerlo. Había renunciado a hacer uso de mi voluntad, de modo que la señora de Malbée podía dictarme su ley tanto dos meses después como en aquel momento. Pero me calmaba diciéndome que, si Dios quería que volviera a ver a Cécile, procuraría proporcionarme los medios.

A partir de aquel día, no volví a luchar contra ninguna exigencia de la señora de Malbée. Me quedé en su casa, sin visitar una sola vez a mi familia, sin entrar en ninguna explicación respecto a mis proyectos. A veces la señora de Malbée, sorprendida por mi tan repentina dulzura, hablaba de nuestro porvenir para ver lo que yo le contestaba. Me refugiaba entonces en el silencio o intentaba eludir una conversación que me resultaba a la vez penosa e insostenible: penosa porque me hacía sentir con mayor amargura los obstáculos que me separaban de Cécile; insostenible porque, al haberme desentendido de buena fe de mi destino y de toda responsabilidad

sobre mi vida, nada tenía que decir acerca de un porvenir del que ya no pretendía en absoluto disponer.

No ocultaba a la señora de Malbée la influencia que mis nuevas ideas religiosas ejercían sobre mí, y, aunque nada repugnara más a su carácter que aquella resignación pasiva y ciega que yo adoptaba, a menudo se sentía tentada de imitarme para hallar algún sosiego, hastiada como estaba de sí misma y de la actividad que la consumía. Pero su naturaleza no tardaba en imponerse. Su voluntad resurgía impaciente y rebelde. Su razón se rebelaba contra su propia renuncia, y lo único que ganábamos con aquellas discusiones teológicas era que el tiempo transcurría y que, ocupados con ideas generales, suspendíamos las disputas que nuestra recíproca situación habría provocado y no nos devorábamos mutuamente.

Cécile, quien, por mis cartas anteriores, había esperado con entera confianza en casa de su familia a que le anunciara mi libertad, se extrañó mucho cuando le hice saber que prolongaba dos meses mi estancia en casa de la señora de Malbée y me escribió: «Jamás separaré mi destino del vuestro sin su consentimiento, pero os suplico que miréis dentro de vos y os conozcáis de una vez por todas. Si no os sentís lo bastante fuerte, si creéis tener obligaciones o sentís remordimientos, decídmelo con franqueza. No me hagáis abandonar el último refugio que me queda. No me llevéis a Francia ante los ojos del señor de Saint-Elme, un país donde carezco de protector si no podéis serlo vos mismo. Viviré sola, no dejaré de amaros, seré vuestra cuando me digáis que os resulta grato y fácil pertenecerme, pero ahorradme la incertidumbre, el escándalo, las angustias y la vergüenza».

Vi en aquella carta de Cécile que me estaba arriesgando a perderla. Dicho temor acrecentó mi pasión por ella sin darme la fuerza de intentar, para conservarla, otra cosa que no fuera suplicarle que se acercara lo más posible a mí, jurándole que no la abandonaría. Interpreté el deseo que tenía de volver a verla como una inspiración divina, y, cuando me alarmaban las dificultades que para nuestra unión suponían el influjo de la señora de Malbée y mi debilidad, me encomendaba a Dios para que disipara aquellas dificultades con algún milagro. Cécile prometió someterse a mi voluntad y fijó la fecha en que llegaría a alguna ciudad fronteriza con Francia. Faltaban, desde el momento en que me escribía, unas seis semanas para que llegara aquella fecha. Me calmé. Un trabajo que por entonces empecé me entretuvo bastante eficazmente. La señora de Malbée, la persona más fácil de tratar en los pequeños detalles una vez que había triunfado en los grandes, se interesó mucho por mi trabajo. Nuestra compenetración intelectual eclipsó nuestra desavenencia sentimental, y nuestra vida volvió a ser por fuera apacible y hasta agradable.

Hacia la mitad del otoño, la señora de Malbée, que hasta conmigo se aburría en el campo, y se habría aburrido aún más durante el invierno, proyectó ir a Viena. Esta decisión, que facilitaba mi encuentro con Cécile, me afirmó en la idea de que el cielo venía en ayuda de quien sabía resignarse. Me hice más sumiso y me propuse más que nunca conservar aquella cómoda imprevisión que había convertido en deber religioso. ¿Estaba en un error? Algunos lo pensarán. Pero incluso hoy, no sé si este completo abandono en manos de la Providencia no es, en medio de la oscuridad que nos

rodea y considerando las limitaciones de una dudosa y vanidosa razón, el recurso más seguro del hombre.

Sea lo que fuere, los días siguientes fueron cayendo en un irrevocable pasado. Sólo quedaba un mes para que se fuera la señora de Malbée, y me alegraba de los retrasos que había sufrido el viaje de Cécile, cuando recibí una inesperada carta de ésta fechada en Besançon, donde me estaba esperando. Al principio, me sentí muy emocionado y confuso. Le estaba agradecido por la sumisión con que, a pesar de tantas apariencias que debían desanimarla y hacerla desconfiar, volvía a ponerse en manos de un hombre aún dependiente de una rival.

Me resultaba imposible dejarla sola durante un mes en una hostería y en una ciudad completamente extrañas. No lo era menos irme. ¿Con qué pretexto y, sobre todo, con qué fuerza? Escribí a Cécile que me reuniría con ella de un momento a otro. Le pedí ocho o diez días para resolver unos asuntos de familia. Me las arreglé para que pareciera que mis cartas y sus respuestas se retrasaban. En efecto, las dificultades que el inicio del invierno traía a las comunicaciones hicieron que Cécile no se extrañara demasiado de mis aplazamientos. Su propio aislamiento y sus incertidumbres la obligaron a esperarme. Aquel intervalo de cuatro semanas, que previamente anunciado le habría resultado insoportable, transcurrió sin hacerse sentir al dividirse en pequeñas porciones, al final de las cuales se encontraba la esperanza.

Cuando llegó el momento decidido por la señora de Malbée para iniciar su viaje, la acompañé hasta Lausana. Pasamos allí cuatro días despidiéndonos. Al dejar a aquella mujer que a veces parecía abrumar mi existencia, volví a sentir lo mismo que en otras

ocasiones: la proximidad de mi libertad amenguaba la amargura de mi esclavitud. Los inconvenientes iban perdiendo su fuerza al dejar de ser tales, y ya estaba echando de menos el encanto del que iba a dejar de gozar. Por una extraña amalgama de impresiones, lamentaba la partida de la señora de Malbée precisamente porque le agradecía que se fuera. Si de repente se hubiera decidido a quedarse, me habría vuelto a irritar con ella. Pero, seguro de que pronto volvería a disponer de mí mismo, me dejaba llevar sin temor por unos arrebatos de ternura auténticos porque no podían tener consecuencias.

Quien me hubiera observado en los momentos anteriores a nuestras separaciones se habría convencido, y la señora de Malbée así lo debía de creer, de que la amaba como nunca. Era cierto en buena medida y, así, si la engañaba era cediendo a lo que realmente sentía. Mi falsedad no consistía en fingir una sensibilidad mayor de la que tenía, sino en dejar creer que esa sensibilidad daría un fruto que en realidad no podía producir. Así pues, la señora de Malbée me dejó el 4 de diciembre de 1807 creyendo todavía mandar en mi destino, y yo mismo me puse de camino dos días después hacia Besançon.

SÉPTIMA ÉPOCA

(6 de diciembre de 1807-2 de febrero de 1808)

Aún recuerdo la profunda tristeza que me tuvo abrumado durante el viaje de Lausana a Besançon. Hacía un tiempo terrible, era una noche cerrada y la nieve, que caía espesa sobre la tierra, daba a las propias tinieblas un tono blanquecino que las volvía aún más lúgubres. El viento bramaba alrededor de mi coche y amenazaba con volcarlo. Los caballos avanzaban con dificultad, apartándose a menudo del camino y dando a veces la impresión de hundirse repentinamente en el abismo. El postillón se detenía a cada instante para anunciarme que los obstáculos se irían multiplicando cuanto más nos acercáramos a las montañas y el camino se haría más peligroso.

Pero todo aquel desorden exterior y toda aquella hostilidad de la naturaleza circundante no eran nada comparados con el dolor y las luchas que sentía en el fondo de mi alma. Cécile me esperaba; la señora de Malbée se había ido. Su ausencia, que debía durar seis

meses, y la distancia de trescientas leguas que nos separaba me dejaban entera libertad para llevar a cabo todos mis proyectos. Una relación de trece años iba, pues, a romperse. Iba a renunciar a una mujer a quien había dado, de quien había recibido, tantas muestras de afecto. Había sido una tirana, pero también la meta de mi vida. Mil recuerdos se enlazaban en mi corazón, lo que había hecho por ella y el afecto que le había tenido iban a perderse. Iba a arrojar lejos de mí todo lo bueno que pude hacer durante más de un tercio de mi existencia.

Inmóvil en el fondo del carruaje, veía cómo se alzaban y crecían todos los espectros del pasado. Las dificultades del trayecto me parecían un aviso del cielo. Casi deseaba que me obligaran a retroceder. Sin embargo, Cécile me estaba esperando, la buena, la dulce, la angelical Cécile, que había sufrido tanto, que se había sometido a tantos padecimientos, a quien había importunado con tantas vacilaciones y finalmente arrastrado hasta una tierra extraña prometiendo protegerla.

En un fuerte repecho, a escasas leguas de Besançon, los arneses se rompieron, el coche se precipitó sobre los caballos, que ya no podían retenerlo, y el postillón no tuvo más remedio que lanzarlos a toda velocidad para evitar ser arrollado. Aunque peligroso, era el único recurso posible y, sin dejar de conducir a la velocidad del rayo, el postillón gritó que estábamos perdidos y que daríamos con nuestros huesos en el Doubs, que discurría doscientos pies más abajo del camino, uno de cuyos lados era un precipicio. Creí que, en efecto, moriríamos y me alegré mucho por ello. Necesitaba morir para librarme de las incertidumbres de la vida, y la eternidad no me parecía un tiempo suficiente para descansar. Pero nuestro conductor,

que no compartía mis deseos, vio a la derecha de la senda un hueco lo bastante hondo, en el que consiguió que volcáramos. El coche quedó destrozado, pero los caballos se detuvieron.

Fuimos a pie hasta Ornans, desde donde escribí a Cécile para expresarle, en la medida en que me era posible, mi alegría por estar a punto de volver a verla, una alegría que tenía que ser pura y que sin embargo era tan turbia. Repararon mi coche. Volví a salir. La tormenta seguía y los caminos estaban cubiertos de nieve.

A una legua de Besançon vi, de repente, a dos mujeres que avanzaban a duras penas en medio de la tormenta, que las obligaba a detenerse a cada instante. Eran Cécile y su doncella. Aquella visión me produjo un sentimiento indefinible. Lejos de agradecerle su afán por acudir a mi encuentro, aquel modo de desafiar la intemperie, de caminar en medio de un lodazal y de exponerse a las miradas de los campesinos, asombrados de ver a una mujer bien vestida en tal situación, me pareció indecoroso y disparatado. Así y todo, me apeé del coche. Pero lo primero que se me ocurrió, al coger a Cécile de la mano, fue decirle: «Habéis perdido la cabeza; al menos podríais haber elegido otra manera de venir». Me miró sorprendida y, sin contestarme, dijo: «Siga usted su camino; lo alcanzaré por mi cuenta». Insistí en vano para que se sentara a mi lado o me dejara caminar junto a ella. Se negó a mi doble súplica. Y tan trastornado me sentía por todo mi padecimiento que, ante su negativa, volví a subir al coche. La dejé regresar a pie y proseguí rumbo a Besançon.

Mi criado, un viejo francés confianzudo, como lo son todos con sus amos, me dijo riendo: «¡Vaya con el señor! ¿Y la señora de Malbée?». Este nombre pronunciado en tal circunstancia, la risa sarcástica de aquel hombre tosco, su manera de aprobar mi perfidia,

la ofensa hecha a la mujer a la que había engañado, todo ello incrementó mi íntima aflicción. En aquel estado de ánimo llegué a Besançon. Estuve más de una hora esperando a que regresara Cécile y dediqué esa hora a escribir a la señora de Malbée la carta más apasionada que jamás recibió de mí. Por fin llegó Cécile, pero tan muerta de cansancio y empapada de lluvia que se vio obligada a encerrarse un largo rato antes de recibirme. Reflexioné mientras tanto sobre lo que tenía que hacer. La conclusión de mis reflexiones fue que estaba comprometido con Cécile y que, si estaba libre, debía casarme con ella. La impresión de tristeza que había notado en su rostro, y que sólo podía atribuir al extraño recibimiento que le había hecho, me tenía lleno de remordimientos. Mi carta a la señora de Malbée, aquella carta pródiga en todo tipo de manifestaciones de añoranza, de amor y de afecto, en la que me retractaba de todas las quejas que pude tener de ella, aún seguía en la oficina de correos cuando ya mi corazón sentía todo lo contrario. Cómo no se me iba a acusar de falsedad siendo tan funestamente voluble.

Entré en el alojamiento de Cécile. Nos besamos. No por estar decidido a unirme a ella me sentía menos triste o, mejor dicho, más triste me sentía cuanto más decidido estaba. Cécile, por su parte, había abrigado desde el primer momento una desconfianza muy natural. Nos hicimos preguntas sobre lo que había ocurrido durante nuestra separación. Cécile me dijo que sus familiares de Alemania le habían aconsejado que anulara su matrimonio en Francia, pues los tribunales alemanes no podían dejar de reconocer lo que dispusieran las leyes francesas acerca de un matrimonio con un francés. Regresaba, pues, para acordar con el señor de Saint-Elme la manera más sencilla y discreta de hacerlo. Él se había comprometido a pedir

él mismo el divorcio convenido por ambos. Por tanto, era evidente que su libertad estaba próxima.

Tras haberme contado cuanto le concernía, calló, como esperando lo que tenía que decirle yo. La idea de que Cécile todavía no era libre me sugirió la de un aplazamiento, y mi imaginación se asió a ella, así que sólo le hablé en ese sentido. Toda mi respuesta era justa, razonable, la única posible con respecto a la situación real, pues faltaba algún tiempo para que su matrimonio quedara anulado, y más aún para que pudiéramos casarnos tras la anulación o el divorcio. La situación habría sido la misma aun siendo yo el más apasionado, el más impaciente de los hombres. Pero mi manera de hablar delataba mi pensamiento oculto, y Cécile leyó con facilidad en el fondo de mi alma. Me preguntó por la señora de Malbée. Notó mi incertidumbre y los remordimientos que me reconcomían de nuevo. Cayó en la más profunda melancolía, y aquel encuentro que durante cinco meses había pedido a Dios, para el que había recurrido a tanto disimulo y tantas argucias, al cabo de una hora no era sino una fuente de desdichas para ambos.

Guardamos silencio durante el resto de la velada. No pegué ojo en toda la noche. Sacudido por una tormenta de pensamientos contradictorios, repasé en mi memoria la larga lista de inconsecuencias de las que era culpable; me reproché la desdicha de dos mujeres que, cada una a su manera, me amaban sinceramente y, no pudiendo sino elegir entre dos males inevitables, invoqué al cielo para que me orientara. Mi voluntad era el motivo de todo mi sufrimiento. Había querido separarme de la señora de Malbée, había querido unirme a Cécile y había tomado senderos a menudo torcidos para alcanzar la meta que tantas circunstancias hacían tan difícil de

alcanzar. Creí sentir que era por aquella voluntad rebelde a sus dictámenes por lo que Dios me castigaba.

Las palabras del primer hombre que me había inspirado ideas religiosas volvieron a mi memoria. En más de una ocasión, sospechando mis proyectos de ruptura y no figurándose las nuevas relaciones que quería contraer, me había dicho: «Es inútil que pretendáis romper unas ataduras escritas en el cielo. Ni la distancia ni las barreras que levante entre la señora de Malbée y vos conseguirían separarlos. Por más que huyera usted al fin del mundo, el alma de esa mujer gritaría desde el fondo de su alma. Aunque se casara con otra mujer, resultaría que esa mujer no se habría casado con usted, sino con su rival. La señora de Malbée tiene defectos. Esa relación es una desgracia para usted, pero cada cual tiene su cruz en este mundo y la señora de Malbée es la cruz con la que usted debe cargar». Todo lo que yo sufría, la turbación que se había apoderado de mí en el momento en que todos los obstáculos externos estaban superados y la imposibilidad en cierto modo mágica al no tener causa externa –la imposibilidad, digo, que de pronto sentí para dar un solo paso hacia la meta que me había propuesto–, me parecieron confirmar esas funestas verdades que me habían sido declaradas con autoridad y en tono profético.

La total convicción de que aquélla era en efecto la sentencia celestial pesó enormemente sobre mí. Me sentí sin fuerza alguna para resistir. Pedí perdón al poder que me dominaba por haberme atrevido a desafiar su mandato. Le encomendé a Cécile y renuncié a ella en el fondo de mi corazón. Con este acto de resignación conseguí recuperar algo la calma, pero las circunstancias no dejaban de ser graves y embarazosas. Cécile estaba sola, turbada,

compungida, enferma, a doscientas leguas de cualquier protector, en una hostería. Era incapaz de dejarla, y en absoluto podían tranquilizarme las consecuencias que tendría mi abandono para aquella alma ya quebrantada. Concebí el siguiente proyecto: pedí a Cécile seis meses para volver a ver a la señora de Malbée, para expurgar un disimulo que me avergonzaba y para recobrar el derecho de disponer de mí mismo. Le aconsejé que se fuera a Suiza, que esperara allí la primavera y que regresara a Alemania. Estaba tan descorazonada que no puso ningún reparo. Silenciosa, cabizbaja, lo aceptó todo; pero su mirada fija, la especie de estupor en que había caído, la alteración de sus facciones y de su voz, todo me hizo temer que su salud se quebrantara del todo o que se le alterara la razón.

Partimos juntos hacia Dole. Pensaba detenerme en casa de mi padre mientras Cécile proseguiría su viaje hasta Lausana. Durante el trayecto hizo algún intento de charlar sobre banalidades. Yo trataba de contestarle. Nuestra situación era horrorosa y, mientras hablábamos de asuntos ajenos a nosotros, sentíamos cómo se nos escapaban lágrimas que procurábamos ocultarnos el uno al otro. De pronto, Cécile sufrió un desmayo tan profundo que todos mis esfuerzos por reanimarla resultaron inútiles. Me vi obligado a proseguir el camino sosteniéndola entre mis brazos. Estaba inmóvil, demacrada y sin sentido, y yo dudaba a ratos de que siguiera viva. Así llegamos a Dole. Mandé llamar a un médico. Cécile volvió en sí al cabo de unas horas. Parecía estar fuera de peligro.

Pero al día siguiente sintió unos dolores de estómago tan fuertes que, a los pocos minutos, se pensó que la aquejaba una inflamación sin remedio. Los médicos, pues había juntado a cuantos había en

aquella ciudad, me dieron muy pocas esperanzas. Con todo, repetidas sangrías hicieron que disminuyeran los síntomas más alarmantes. Cayó la noche. Cécile, agotada por todo lo padecido y por la sangre que había perdido, volvió a desmayarse.

Permaneció en aquel estado hasta por la mañana. Sus facciones llevaban la señal de la muerte, y el cirujano que la había estado velando conmigo me señaló en la contracción de su boca, en sus ojos, donde sólo se veía un poco de blanco, en la rigidez de sus miembros y en sus extremidades ya gélidas, los signos precursores de un desenlace fatal. Sin embargo, aunque sin volver en sí, abrió los ojos. Tras la insensibilidad vino el delirio. Hablaba con sus familiares, como si la estuvieran rodeando. Creía tener a su lado objetos fúnebres. Me miraba sin reconocerme. Sólo mi voz la impresionaba, y esa impresión parecía dolorosa. Aquel delirio duró un largo rato, y tras él siguió un sueño letárgico. Cuando despertó, a la tarde siguiente, estaba tan débil que los médicos me aseguraron que sucumbiría a la menor crisis. No podía pronunciar una palabra ni levantar la cabeza, y sólo con mucho esfuerzo conseguimos que tragara unas gotas de leche.

AMÉLIE Y GERMAINE

¿QUÉ VOY A HACER?

1

6 de enero de 1803

Me siento en una de esas crisis del corazón y la imaginación que más de una vez han trastocado toda mi existencia al romper todas mis relaciones, al transportarme a un mundo nuevo en el que no me quedaban más que algunos recuerdos bastante borrosos, y más bien tristes, de los enemigos que necesitaban engorrosas explicaciones y, en general, un vivo sentimiento de libertad, así como la convicción de que había hecho bien cambiando mi plan de vida. Sin embargo, no hay que actuar a la ligera. Tengo treinta y cinco años cumplidos. No tengo mucho tiempo por delante. Ya no puedo achacar a la juventud mis incongruencias y, sobre todo, ya no tengo esa fuerza defensiva y ese amor propio que me ayudaban a justificarme y a darme a conocer. Mi sangre circula hoy con bastante fluidez, pero la indiferencia sobre mi suerte y la desconfianza del mundo han infundido un desaliento más apático que doloroso al estado habitual de mi alma. El miedo al aburrimiento es mi estado dominante, y el gran peligro al cambiar de situación es, precisamente, el aburrimiento. Mi situación actual es, a todas luces, delicada, pero tiene sus lados buenos. Si bien soporto todos los inconvenientes de una relación tempestuosa en la que no tengo sino un papel secundario, encuentro en ella más afinidades de las que podría encontrar en cualquier otra parte. El ajetreo del mundo me arrastra

sin que yo tenga necesidad de hacer nada. Puedo saltar hacia atrás sin dejar de ir hacia delante y al menos estoy dispensado de remar. Si rompiera estos lazos, todo cambiaría. Me sería más fácil resistir al torbellino que me arrastra, a la fatiga de encontrarme inmerso en una celebridad que no me conviene, a la carga de muchas imprudencias y de esa especie de descrédito que rodea a una mujer célebre y que recae sobre su amante, pero echaría de menos muchas relaciones en Francia, donde me gustaría vivir, y perdería el disfrute de ese ingenio tan rápido y vasto, de ese excelente corazón en el fondo y de esa abnegación ejemplar de la que hoy puedo disponer. No obstante, plateémonos el futuro. Hace tiempo que no siento ningún amor por Germaine. Mi volubilidad me ayuda a suplir el amor sin mala fe. Tenemos muchas afinidades espirituales que nos unen. Pero ¿acaso esto puede durar? Mi corazón, mi imaginación y sobre todo mis sentidos requieren amor. Necesito a un ser al que proteger, que me siga, al que pueda abrazar, al que sea fácil hacer feliz, un ser cuya inofensiva existencia se someta sin esfuerzo a la mía; necesito a una mujer, en una palabra, que pase casi desapercibida, excepto para mi cariño, y que sea una parte agradable, íntima y ligera de mi vida. Pero ¿dónde encontrar a esta mujer? La mediocridad no garantiza nada de esto. El ingenio puede producir el efecto contrario. Aun así, continuemos con el examen. Germaine precisa del lenguaje del amor, ese lenguaje que cada día me es más imposible hablar con ella. Nos enfadaremos, nos separaremos inevitablemente. Cuanto más dure nuestra relación, más viejos nos encontraremos al final, solos, insatisfechos y sin amigos en quien apoyarnos. Esas cosas que vuelven penosa cualquier relación lo son doblemente en nuestras respectivas

ocupaciones. Nos dominan las mismas opiniones, pero, como esas opiniones las sostienen dos temperamentos diferentes, nos hacemos daño en vez de apoyarnos. Yo puedo callarme sobre el despotismo, pero no quiero reconciliarme con él. Ella querría reconciliarse, pero no puede callarse. Por lo demás, repito, necesito a una mujer a la que pueda abrazar, que por las noches me proporcione placer y por el día bienestar. Si quiero conservar a Germaine, tendré que tomar a una amante insignificante y sumisa cuya sumisión resultará molesta, una amante que no esté moderada por la educación, que me avergüence si me ven en su compañía y que me haga tener remordimientos si la oculto. Todos estos inconvenientes aumentarán con la edad y, dentro de diez años, me encontraré o solo, si he repudiado a ese ser inferior y exigente, o, si lo he conservado a mi lado, me sentiré sometido, engañado, desgraciado. Quiero casarme: sólo eso puede proporcionarme las ventajas que deseo sufriendo los menores inconvenientes. Casado súbitamente, podré reconquistar la amistad de Germaine, y ya no será cuestión ni de vínculos ni de amor. Casado en Ginebra, tendré allí un refugio natural. Mi matrimonio borrará el recuerdo de un divorcio que debería honrarme, pues me he comportado de forma delicada, humana, generosa, aunque que fácilmente se puede malinterpretar. Tal vez me arrepienta, pero ¿soy feliz ahora? ¡Continuamente perseguido por los reproches, continuamente expuesto por la situación de Germaine y sin tener nunca en mis manos las riendas de mi vida! A los veintiún años no supe dominar a una mujer. Empecé mal. Hoy sabré hacerlo. Si mis esperanzas acaban decepcionadas, mi vida al menos será ordenada, cómoda, reposada. Veré solo, y sin esa influencia que los persistentes recuerdos hacen imposible destruir,

cuáles son mis posibilidades, cuáles son mis recursos y, sobre todo, cuál es mi voluntad. Entonces sabré lo que tengo que hacer por la libertad y por mi gloria. Y ya no estaré nunca más ni debilitado por las imprudencias políticas de Germaine ni importunado por una exigencia que perturba mi razón y trastoca mis planes. Ella misma se encontrará mejor. Ya no será responsable de una opinión menos pública pero más inquebrantable que la suya. Necesito casarme. Pero ¿con quién?

2

8 de enero

Aquí me casan con Amélie. No es precisamente la persona más idónea para vivir un gran amor. Sospecho que no es muy inteligente. No tiene ninguna instrucción, ninguna dedicación seria; ha crecido en la sociedad de Ginebra, acostumbrada a veladas insípidas y frívolas. Es un poco más interesante que las demás porque dice cuanto se le pasa por la cabeza. Las mujeres de Ginebra se quedan tan al margen por miedo al ridículo, tan iguales unas a otras para no distinguirse por nada, ya sea bueno o malo, que la vivacidad, incluso sin agudeza, es una pequeña ventaja para ellas. ¿Lo será también para un marido? Lo único que sé es que, en cuanto contraigo una relación con alguien, tengo la sensación de que todo lo que esa persona pueda tener de descortés, de superficial o de ridículo recae sobre mí y me hace sufrir horriblemente. Por tanto, ¿qué no sufriría con una persona educada en Ginebra que carece de gusto, como

todos los ginebrinos, y que se ha pasado la vida respondiendo con bromas a otras bromas sin gracia y sin mesura? Amélie por lo demás tiene unos bonitos ojos, y le atribuyo el sentido común suficiente como para estar bastante harta de la vida que lleva a pesar de su aspecto y sus réplicas ingeniosas. Podría ser que esas impertinencias suyas que a veces me ofenden provinieran de una situación que la agobia y de su deseo de distraerse. Sea como fuere, la gente piensa muy a la ligera que quiero casarme con ella.

3

9 de enero

Ayer hablé bastante con Amélie en el baile. No encontré nada, absolutamente nada ni en su cabeza ni en su corazón. Una perpetua cháchara estúpida o plagada de frases inconexas, a la que es imposible que ella conceda algún sentido. Creo que su mayor aspiración es que yo la ame, o cualquier otro, pues estoy seguro de que no me encuentra en nada diferente de todo lo que ve todos los días. Jamás nadie valorará mi inteligencia como Germaine; jamás nadie pondrá tanta distancia entre los demás y mi persona. ¡Pero cómo se entrega Germaine a sus asuntos!, ¡con qué dedicación!, ¡con qué inteligencia masculina mezclada con el deseo de ser amada como mujer! Cualquiera estaría tentado de pensar que una gran conformidad de pareceres entre un hombre y una mujer amantes, incluso sobre temas de simple opinión, debería constituir un lazo más, pero se equivoca. Esa conformidad no sirve más que para

impedir que el amor arraigue en ellos y los consuele. Con opiniones opuestas la situación sería más insoportable, lo que demuestra que lo mejor es una mujer que no tenga ninguna opinión.

4

15 de enero

Aquí hay cuatro jovencitas casaderas, todas bastante ricas, tres de ellas bastante bonitas. Estas tres últimas dependen de un padre, están acostumbradas a la alta sociedad, a los espectáculos, y dudo de que soportaran fácilmente un lugar más retirado, menos verborrea social, relaciones más serias y profundas. Se casarían de buena gana para tener una casa y un marido, así como para estar a la cabeza de la elegancia de París o de Ginebra. Por lo que respecta a París, ni mi fortuna ni mi carrera política lo permiten. En cuanto a Ginebra, con toda seguridad no quiero establecerme allí. Mi finalidad, al casarme, es encontrar el amor y que mi mujer me ame mucho más que yo a ella. Mi corazón, mi temperamento y mis sentidos tienen sus costumbres. Necesito, pues, una mujer que tenga sentimientos, que me ame y que tenga un carácter dulce. Mi inteligencia se basta a sí misma. No es, por lo tanto, necesario que mi mujer tenga inteligencia: lo único que hace falta es que no haga el ridículo. Me preocupa bastante que Amélie lo haga. Su situación me convendría perfectamente. Su fortuna, poco más o menos las dos terceras partes de la mía, haría que, una vez casado, no fuera más pobre que ahora. Ella es completamente independiente. Ya no

es tan joven como para que el celibato la atraiga. Que la amaran la haría feliz. Me seguiría a París o a mi residencia cerca de allí. Pero ¿cómo es ella en el fondo? Hoy ha dado un baile. Estaba indispuesta, pero tenía bastante encanto. Sin embargo, apostaría a que es frívola. ¡Hablaba con tanto entusiasmo de un baile de ciento cincuenta personas que dio el año pasado! Después de los primeros momentos del matrimonio, dulce tanto por ser desconocido como por significar una liberación de un estado casi ridículo, ¿no echaría ella de menos esa vida de cenas, de tertulias, de cháchara y de frivolidades? Sin duda está un poco interesada en mí, pero ¿puede considerarse eso una esperanza imprevisible, un afecto? Probablemente ella misma no lo sepa. Y, además, ¡cuántas impertinencias, cuántas bromas sin gracia, qué falta de tacto, qué costumbre de responder a todo al azar y sin pensar! ¡Qué tono burlón adoptan con ella los hombres! ¡Y con toda naturalidad! Seguramente esto se deba en parte a su educación provinciana, a lo embarazoso de su situación, a su soledad. La gente le ríe todas sus gracias igual que se ríe del lenguaje de un niño de diez años en una boca bastante menos joven, y esas risas la envalentonan. Pero ¿quién me dice que en Amélie haya algo más, que conozca la pasión o la necesidad de amar? ¿Quién me dice que el matrimonio no sea para ella un acomodo parecido a lo que tiene? En ese caso, yo haría una gran tontería, pues, si tengo que forzar su inclinación y unirme a un ser frívolo, aburrido, caprichoso y charlatán, seré mucho más desgraciado y estaré mucho más solo que hoy.

19 de enero

La gente sigue hablando de mi próximo matrimonio con Amélie. Ella misma toma parte. Ayer por la tarde me hablaba con bastante afecto. En su conversación se percibían esas insinuaciones que el amor enseña a las mujeres. Casi todas tienen agudeza para el amor.* ¡Para el amor! ¿Hay alguna sombra de amor en Amélie? ¿No se trata acaso del mero placer de ser preferida, placer raro para ella? ¿No se trata de la esperanza de tener un marido? Si algún otro se ofreciera, ¿no repartiría entre él y yo sus carantoñas y sus preferencias? Estaba bastante guapa: el rosa le sienta bien. A todas luces, no me gusta, pues tengo propensión a que las bondades que en ella observo me hagan feliz, y los defectos, desdichado. Si al menos pudiera encontrarle sensatez, sentido común, me encariñaría con ella. Y, si viera que siente un amor algo más profundo por mí, no lo dudaría más. Presa de la inquietud, pregunto a los demás indirectamente por ella y no puedo decir que, hasta el momento, pese a no haber escuchado nada malo de ella, haya escuchado un solo elogio.

* 2 de marzo
Bueno, esto no es así en el caso de Amélie. Ni siquiera en lo que respecta al amor, ni siquiera para insinuar que está empezando a quererme, encuentra inteligencia. Lo que le falta precisamente es eso, comprensión. No hay manera de hacerle entender nada si no se le habla en primera persona y de la forma más clara posible: su falta de sutileza es tal que, ante la primera frase impersonal, ya no sabe lo que se le quiere decir.[2]

6

20 de enero

Esta noche he estado en un gran baile y, por una extravagancia bastante extraña, temía de continuo que la gente no me creyera interesado en Amélie. Me he reservado, por tanto, el derecho a interesarme en ella. Germaine, siempre acompañada de su irlandés, me dejaba completamente libre. No se me ha ocurrido nada que decir a Amélie. Suelta disparates a los demás con tanta vehemencia como a mí. Sólo ha tenido un gesto algo natural para que nos encontráramos a solas. Pero, como ese gesto no ha tenido éxito, ha seguido conversando con otro como si tal cosa. Sin embargo, no he dejado de perseguirla, a su pesar y al mío.

7

22 de enero

Sólo he visto a Amélie un instante esta tarde. Llegué a su casa tarde. Me recibió efusiva, pero de nuevo con esa efusividad banal que reside en el tono de voz y en los gestos, y no en los sentimientos. Me es imposible adivinar si esa efusividad es real y si me prefiere a mí. Es probable que, si no apareciera ningún otro pretendiente, podría casarme con ella si yo quisiera, pero casarme con ella sin estar seguro de que su amor por mí es auténtico, de que tendré sobre ella la autoridad del cariño, de que moderaré su

cháchara, de que me considerará su guía, su apoyo y un ser superior a ella, no, sin duda.

8

23 de enero

He estado jugando con Amélie. Ha estado fuera de sí de contento y muy distraída mientras jugábamos. Mas no estoy seguro de que la esperanza de un matrimonio, del tipo que fuera, la haría tan distraída y alborozada. Esta ruidosa alegría tiene muchos inconvenientes: le hace decir cien cosas sin sentido y sin comedimiento, y, de cuantos la escuchan, yo soy el que en el fondo experimenta menos placer. No obstante, me han llamado la atención dos cosas. La primera es que sería fácil de dirigir. No hay en ella nada oculto. Huérfana y sola a una temprana edad, nadie se preocupó por educarla. Se ha hecho a sí misma a imagen de la sociedad en la que vive, con menos mesura que cualquier otra persona, ya que las demás tenían padres. Algunas palabras que me ha dicho demuestran que le gustaría que alguien la guiara, pero nadie se interesa en ello; al contrario, todos le siguen la corriente, pues, cuantas más cosas extrañas dice, más se divierten. En segundo lugar, para mí sería preferible tener una mujer desconsiderada y excesiva que una mujer envarada como Victoire.[3] Ésta me plantaría cara, diría lo que le viniera en gana, tendría amigos en quien apoyarse. A Amélie tendría que dominarla un hombre más moderado que ella, un hombre que, aun

considerándola un ser inferior y tratándola como tal, fuera amable con ella y se granjeara la aprobación general.

9

24 de enero

El azar o el instinto me llevaron hoy a una casa donde se encontraba Amélie. Iba mal arreglada y estaba casi fea. No había contado con esta circunstancia que se reproducirá continuamente entre los inconvenientes del matrimonio. Por lo demás, su conversación se me ha antojado mejor que habitualmente. Hemos hablado de las costumbres y los casamientos ingleses, del sometimiento de las mujeres, etcétera. Se ha expresado con moderación, discernimiento y sumisión sobre este asunto. ¿Fingía? En ese caso habría que reconocerle perspicacia. ¿Carece de perspicacia? En ese caso es sincera.

10

25 de enero

Hoy, en cambio, Amélie me ha decepcionado mucho. A todas luces tenía deseos de cautivarme, pero no sé si ese deseo ha aumentado su atolondramiento o si el jaleo del baile la ha puesto fuera de sí, pues me pareció menos comedida que nunca; nunca nuestros fatuos

jóvenes le habían hablado en un tono más burlón y nunca ella había respondido de forma más inapropiada. Y, en cuanto a lo que pudiera pensar en el fondo, suponiendo que pensara algo, no puedo decir nada. No hay manera de verla a solas. No quiero vincularme exclusivamente a ella para no dar el espectáculo delante de la gente y para que Germaine, ya inquieta, no me persiga. Es más, Amélie no me dice nada en nuestros cortos apartes que tenga algún sentido, finalidad o consecuencias. Por lo demás, ¿cómo hablan las otras mujeres? Dicen menos cosas inapropiadas, pero nada más. Amélie es menos conveniente, pero no más frívola, quizás incluso menos. No obstante, presiento que tomaría aversión a una mujer de la que fuera responsable y que no inspirara ninguna consideración, ni siquiera negativa.

11

26 de enero

Apenas la he visto. No hemos jugado juntos, y se ha ido precipitadamente. ¿Ha sido por despecho, capricho o simplemente cansancio o sueño? La historia de la corteza de pastel me viene continuamente a la memoria. Un hombre había demostrado cierto interés por una mujer sin pensar que ella se lo tomaría en serio. Se dio cuenta de su error y dejó de interesarse por ella. Al cabo de unos días, la vio triste, pálida y sufriente. Se le acercó y ella respondió amable y lánguidamente. Entonces le propuso matrimonio y se casó con ella. Al día siguiente la tenía sentada en su regazo con

el cariño de un hombre que se cree amado. Quiso que ella le hablara de los temores que le había provocado su abandono y del dolor que había percibido en ella.

–Tal día –le dijo– parecíais sufrir mucho. Os veo mucho más alegre, mucho mejor hoy.

–Sí –respondió ella–, aquel día me había comido en la cena la corteza de un pastel que me sentó horriblemente mal en el estómago.

Aquel hombre ya estaba casado. No puedo ocultarme, sin embargo, que pienso sin cesar en Amélie. La amo mucho más cuando no la veo que cuando la veo. Cuando está ausente, mi imaginación reduce lo que la afea, añade algo de lo que le falta, inventa lo que le conviene. Lo he pensado a menudo: el sentimiento del amor no tiene nada que ver con el objeto amado. Es una necesidad del corazón que sentimos periódicamente con mucha menos frecuencia que las necesidades de los sentidos, pero de un modo muy similar, y, como la atracción de los sexos hace que busquemos a una mujer de la que podamos gozar, no importa cuál, la necesidad del corazón busca un objeto que le atraiga o por su dulzura, o por su belleza, o por cualquier otra cualidad que acaba convirtiéndose en el pretexto que el corazón alega a la imaginación para justificar su elección. En mi caso, esa necesidad del corazón está aumentada por una necesidad más imperiosa todavía, la de reposo. Desde hace ocho años, Germaine me hace vivir en una perpetua tempestad o, mejor aún, en un barullo de tempestades. La política, la exigencia de un amor como si tuviéramos dieciocho años, la necesidad de compañía, la sed de gloria, la melancolía como si se estuviera en un desierto, el anhelo de crédito, el deseo de brillar,

cosas todas que se contradicen y se complican. Germaine reúne lo necesario con lo que hacer a diez o doce hombres distinguidos. Reúne todas las cualidades más eminentes de la inteligencia y del corazón, pero exaspera a todos sus amigos. ¿Qué no será del hombre con quien comparte su vida? Su vida, que quiere vivir a su modo y que no quiere vivir sola. Todo el que la conoce, todo el que se acerca a ella, experimenta en grados diferentes lo mismo que yo. Hay en su padre, en sus amigas, como hubo en su marido, una continua tensión para desligar sus vidas de la suya, y desde que, después de haberme cautivado, me dominó por la vehemencia de sus demostraciones de dolor, no he pasado un solo día sin estar furioso con ella y conmigo. Amélie es casi el polo opuesto. Tengo sobre ella tal superioridad que sólo puede ser para mí una diversión. Su vida siempre será ligera como una pluma. Si descubro que me profesa un sentimiento distinto al afecto de una muchacha casadera por un probable marido, creo que me abandonaré al placer imaginario que me inspira. Seamos prudentes, no obstante: si detrás de esta jovialidad sin ideas se ocultara una mediocridad hosca y voluntaria, si su corazón estuviera seco, si sus provincianas costumbres fueran una necesidad para ella, si lo que tiene de dulce y en ocasiones de tierno fuera fruto del aburrimiento del celibato, entonces sería necesario verla a solas, verla una y otra vez a solas, hablar con ella y averiguar finalmente si hay algo consistente y serio en su persona.

27 de enero

Anoche cené con Amélie; estuve sentado a su lado y le hice hablar mucho. Puedo afirmar que no encontré en una conversación de una hora ni una sola idea ni un solo sentimiento. En parte, tal vez fue por mi culpa. El temor a que me observen hace que bromee casi siempre con ella y que no quiera provocarle impresiones duraderas. Las miradas y las burlas del público me resultan insoportables. Sin embargo, si ella tuviera sentido común o ingenio, eso saldría por alguna parte. Por lo demás, vuelvo a decir que la vida de Ginebra la ha echado a perder y que sigue siendo como una niña de diez años, animada a decir todo lo que le viene a la cabeza por algunos hombres que se divierten con ello. Tengo la sensación de que hay que rehacer su educación por completo, algo que podría haberse hecho si alguien le hubiera inspirado afecto. Es la prueba de este afecto lo que resulta equívoco. Me doy cuenta de que se casará conmigo, de que tiene ganas de casarse conmigo, pero probablemente sea para dejar de ser soltera.

13

29 de enero

Hablé ayer tarde con Amélie una media hora. Me gustó más. ¿Por qué?, pues porque no dijo nada inapropiado y le estoy agradecido cuando no me causa ningún embarazo y no dice más que cosas

normales. Curioso ánimo con la especie de necesidad que tengo de verla.

14

30 de enero

Vi a Amélie tarde. Yo había jugado y había perdido, por lo que estaba en una disposición de ánimo bastante sensible. Me pareció que estaba contenta de verme y estoy casi seguro de que ha confiado a alguna de sus amigas o su amor por mí o la esperanza de mi amor por ella. Jugamos; estuvo alegre y distraída, como de costumbre. Hay entre nosotros esa complicidad que es el resultado de una predilección mutua. Pero entre eso y un afecto concreto hay todavía un trecho.

15

1 de febrero

Es evidente que Amélie tiene predilección por mí, que no desea otra cosa que confesármelo, que está triste cuando la ocasión de verme no se presenta. Pero ni una palabra todavía que no demuestre sino un mero deseo de matrimonio, ni un sentimiento que se dirija a mí en concreto. Esta tarde ha estado bastante contenta y en su alegría ha dicho algunas cosas bastante graciosas, pero, como siempre, las

de una niña de diez años. Si yo no sintiera ningún afecto por ella, tal vez sería menos exigente. Un montón de mujeres que pasan por ser inteligentes dicen cosas no menos inoportunas. Otras, que no las dicen, tienen otros defectos que me molestarían todavía más. No obstante, lo que demuestra que Amélie es al menos una persona corriente es que nadie habla de ella, nadie la nombra y, cuanto más se pone en evidencia, más desapercibida pasa. Todos mis amigos consideran ridícula la idea de que me guste y me evitan la molestia de combatirla. Si algo me decide en su favor, será Germaine. Germaine, cada vez más inquieta, más irritable, más exigente.

16

2 de febrero

No me equivocaba con la frase anterior. ¡Qué escena me ha hecho Germaine! No lo niego, reconozco su valía, pero es imposible vivir así, y la triste certeza de que esta relación se romperá, al menos el amor, es una razón de peso para romperla con un matrimonio. Cualquier otra forma parecería una ingratitud: un matrimonio tiene a su favor la pasión o la razón, y en ambos casos quedaría excusado. Por lo demás, por mucho que quisiera recuperar mi independencia, no podría hacerlo más que con escenas y sólo por momentos. Cedería un día, luego otro, y finalmente todos esos días juntos serían mi vida. Bueno, si, como deseo ardientemente, la amistad puede reemplazar el amor entre Germaine y yo, sólo será posible si, tras haber roto nuestros vínculos, nos unimos por la afinidad de

nuestra inteligencia y los recuerdos compartidos. Me casaré con Amélie. Sin embargo, hoy me han dicho que es voluble, caprichosa, impulsiva y que suele utilizar el infalible recurso de los ataques de nervios. Podría ser. Esta muchacha tan dulce, alegre, dócil, como dice ella, podría ser muy distinta de lo que parece. La observaré desde este ángulo. Pero, sea lo que sea, y como podría escapar a mi vigilancia, me fijaré como regla que, si me caso con ella, es imprescindible que su vida dependa completamente de mí. Mañana por la mañana quiero trazar un plan de vida.

17

3 de febrero

He dicho que quería casarme, que quería desposar a Amélie y que hoy quería trazarme un plan para conseguir esas dos cosas y sacar el mejor partido de ellas. Recapitulemos antes lo que una vez más he observado hoy en Amélie. Me ha hablado, como de costumbre, en un lenguaje mezcla de bromas banales y de palabras sin sentido, de su soledad, de su profunda tristeza, de su pesar por no tener ninguna obligación, de su sentimiento de inutilidad en la vida. Todo esto estaba relacionado directamente con el matrimonio, pero no había en ello nada que yo pudiera considerar personal, nada que tuviera que ver conmigo más que con cualquier otro. Elude a la perfección, no sé si a propósito o porque en el fondo no siente nada, todo aquello que a mis ojos constataría un compromiso. Me he encontrado menos seguro hoy que hace quince días, cuando,

hablando del *whist*, Amélie me decía: «Vayamos alegremente juntos». Es cierto que yo evito las ocasiones de hacer que se explique para no provocar ninguna crisis antes de que Germaine se haya ido. Planteemos el problema. Si ella no me ama apasionadamente, no ejerceré ningún ascendiente sobre ella; si no ejerzo ningún ascendiente sobre ella, seré como todos los maridos de Ginebra y eso es algo que no quiero. Lo que hace falta, por tanto, es hacer que se declare: mañana tendré una buena ocasión para ello. Si no acude a casa de madame Pictet, será porque habrá preferido ir al teatro o molestarme. Entonces yo no iré a su casa el sábado. No le hablaré tampoco el domingo. Cambiaré completamente de actitud durante algunos días. Si ella se acerca a mí, le preguntaré si tiene algún interés en mí y le confesaré mi inclinación por ella, posponiendo cualquier otro proyecto. Pero veamos ahora el plan general. Yo quiero conseguir a Amélie, pero la quiero con mis condiciones, la quiero como parte de mí mismo, disponible a mi voluntad. Para eso necesito conseguir que me ame, hacerle ver que quiero casarme con ella y, a la vez, con qué condiciones la desposaría: residencia en mis propiedades, costumbres inglesas, sumisión. Dicho esto, dejar fermentar el asunto y dejar que mis sentimientos se enfríen. Todo eso mañana, si está presente, y si Germaine no está. Tal vez lo mejor sería, continuando con el asunto para no echarlo a perder, permanecer en el punto en que estamos hasta la partida de Germaine; luego, escribir a Amélie una carta en la que parezca que me haya visto forzado a ello casi a mi pesar y en la que le ofrezca matrimonio, añadiendo, en un tono mezcla de ternura y de buen humor, mis irrenunciables condiciones. Ésta sería más o menos la carta que tendría que escribir:

Os amo, señorita; seguramente hace tiempo que os habéis dado cuenta de ello. He luchado durante tres meses contra vuestro inexplicable influjo. He luchado de buena fe. Independiente gracias a mi fortuna, mi situación y mi carácter, deseaba seguir así, tanto por mis opiniones como por mis relaciones en Francia. Pero he batallado en vano, y confieso que me siento subyugado por vos. Veros es una necesidad que no puedo vencer; no veros, un castigo que no puedo soportar. Os ruego, por tanto, que me concedáis la dicha de veros cada instante de mi vida. Pero vuestro influjo sobre mí, aun dominando mi corazón, no ha turbado mi razón y, suponiendo que mi sentimiento pueda conmoveros, es mi deber, tanto para vuestra felicidad como para la mía, exponeros mi situación, así como mi temperamento y mis principios sobre el matrimonio. Preferiría perderos a engañaros, incluso a mi pesar. Habéis podido ver varias veces, en las pocas conversaciones que hemos tenido, que yo considero la independencia de las mujeres una cosa funesta tanto para su felicidad como para la nuestra. Sobre este asunto suscribo plenamente las costumbres inglesas. Únicamente extiendo al corazón y a la mente la intimidad que los ingleses sólo admiten en las relaciones materiales. Las relaciones más intensas deben unir en todo a los dos esposos a cualquier hora y sin que se produzca ninguna separación, por pequeña que sea. Una mujer debe ser la parte dulce, amable, graciosa, consoladora, acogedora, pero, por eso mismo, ha de ser la parte subordinada de la existencia común. Cualquier diferencia de ocupaciones, de proyectos y, por consiguiente, cualquier tipo de independencia de una mujer permite que las distracciones, los afectos y las insinuaciones ajenas se introduzcan y lo corrompan todo. Hay pocas mujeres con las que esta unión constante, completa, me parezca posible. Vos sois tal vez la única que me parece apropiada, la única que merece ser gobernada, es decir, guiada en la vida para hacer su felicidad y la mía. Vos sois susceptible de ser mil veces mejor de lo que sois, ya que nunca habéis estado dirigida por nadie que se interesara profundamente en vos. Los demás hombres han preferido divertirse con vuestras salidas ingeniosas y alegres en vez de formar con perseverancia vuestra mente. El resultado es una conversación siempre animada, a menudo aguda, y en ocasiones indiscreta. Todo lo que vos tenéis de excelente y de natural os lo debéis a vos misma; todo lo que todavía os falta se lo debéis a la costumbre adquirida de la frivolidad y al aislamiento en que vuestro corazón se

ha encontrado. No creo equivocarme al afirmar que una mano amiga haría de vos, mediante una educación dulce y sensata, un ser lleno de encanto y de cualidades. Eso es lo que a mí me gustaría intentar. Eso es a lo que me gustaría consagrar mi vida. Si al hablar de aquello que puede faltaros todavía he herido vuestro amor propio es que os conozco mal. Entonces no tenéis más que quemar mi carta y rechazarme. Mi situación favorece, e incluso exige, este proyecto de unión íntima y exclusiva. Mis propiedades y mis medios de fortuna hacen que tenga que residir en Francia y probablemente en una propiedad en el campo cerca de París. El campo os desagrada, según me habéis dicho. Prefiero creer que es porque nunca habéis vivido una temporada larga en una propiedad rústica vuestra. Habéis sacrificado a relaciones de conveniencia algunos días en que estabais fuera de vuestra casa, sin un interés ni un afecto profundos, soportando el peso de la ociosidad, los recuerdos y la agitación en los que transcurre vuestra vida. No podéis juzgar, creo yo, lo que un sentimiento íntegro, las ocupaciones, una vida más seria, el amor, la maternidad y la naturaleza producirían en vos. Y eso tendría que ser, pues, en el campo, lo bastante cerca de París, adonde iríamos juntos para disfrutar de algunas diversiones públicas, pero lo bastante lejos como para que nadie viniera a molestarnos a nuestro pesar y, sobre todo, para que el mundanal ruido no llegara hasta nosotros. Sería allí donde yo os propondría llevar una vida de afecto y de soledad interrumpida en ocasiones por algunos viajes para ver a nuestros amigos. Pero todavía tengo algo que decir sobre cómo llevarlo a cabo y la duración de este plan. Lo más importante en el matrimonio son mayormente los primeros momentos. Es entonces cuando los temperamentos, que todavía no han podido conocerse, empiezan a hacerlo, se estudian, se separan o se unen, y el tono de esas primeras relaciones decide todo el futuro. La plaga de estos primeros momentos son las miradas ajenas. Se ofrecen, desinteresadamente en apariencia, a mediar y prometen una ayuda que sería un error aceptar. En lugar de analizarse a sí mismo y a la persona con la que va a vivir, analiza la opinión de los demás. En lugar de esperar la felicidad únicamente del amor conyugal, la espera de mil nimiedades que desunen los corazones y endurecen el alma. Antes de que nada parecido se insinuara entre nosotros, yo os propondría seis meses de estancia en el campo a solas los dos. Seis meses de aprendizaje no son demasiado a cambio de toda una vida de

entendimiento. Y sería en el instante mismo en que os convirtierais en mi mujer cuando me gustaría encontrarme a solas con vos en este mundo. Al cabo de seis meses, nos conoceríamos perfectamente y habríamos evitado el gran escollo del matrimonio: las confidencias a los amigos sobre nuestros problemas íntimos. Sabríamos si somos merecedores de la mayor felicidad sobre la tierra, si podemos bastarnos a nosotros mismos o si tendríamos que resignarnos a llevar una vida soportable recurriendo a los amigos y a las distracciones, y renunciando a cualquier pretensión de valer más que los demás. Habríamos tenido siempre la gran ventaja de haber aprendido a conocernos, a tratarnos, a sacar partido de nuestras cualidades, a disimular nuestros defectos, y, en vez de como sucede en los matrimonios ordinarios –en los que es en presencia al menos de algunos amigos como se tienen experiencias y se hacen descubrimientos que uno quisiera ocultar–, todas nuestras experiencias y nuestras ideas sobre nosotros mismos y nuestra conducta posterior estarían aseguradas para siempre. Insisto sobre esta última suposición porque no quisiera abandonarme demasiado a los encantos de la primera. Si permitiera a mi imaginación detallarme la felicidad que creo poder llegar a gozar con vos, representaros como creo que llegaréis a ser, ya no tendría fuerzas para imponerme reglas concretas y condiciones severas. Trataría, pues, de conseguiros a cualquier precio y os ocultaría un temperamento que en realidad siente la necesidad de ser feliz haciendo feliz a otro, un temperamento extravagante tal vez, cansado del mundo, del ruido, de la agitación y sediento de tranquilidad, de una vida ordenada, de soledad y de reposo. Este temperamento se reproduciría y pensaríais que os he engañado, cuando lo único que habría hecho es amaros en exceso. Os lo he dicho al principio, señorita: me rindo a vuestro ascendiente sobre mí, a la necesidad que tengo de veros, pero recurro a mi razón para que podáis juzgar si puedo haceros feliz o proporcionaros armas contra mí; para que juzguéis si mi temperamento, que el amor podría disimular pero no cambiar, si mis opiniones sobre el estado natural de las mujeres, si mi plan de vida, en definitiva, os prometen felicidad o no. No diré más que una palabra sobre mi situación económica. Dispongo de algo más de diez mil libras de renta. Mi fortuna puede aumentar con la herencia de algunos parientes. Diez mil libras de renta no son suficientes para vivir en ninguna ciudad, pero sí lo serían para vivir en el

campo, como es mi deseo. Ignoro cuánto aumentaría nuestra fortuna al sumarle la vuestra, pero, si ésta cambiara algo en unas relaciones domésticas que me parecen la base de la felicidad en el matrimonio, la vería más como un mal que como un bien y, demostrándoos la poca importancia que le concedo, aceptaría sin dudar cualquier medio con tal de evitar entre nosotros una división de intereses y una independencia que considero *contra natura* y una desgracia. Os he hablado, señorita, con mucha franqueza. Casi he exagerado esta franqueza porque me sentía demasiado inclinado a deciros únicamente aquello que pudiera seros agradable. Creo que es raro inspirar un sentimiento como el que vos me inspiráis. Creo que también es raro expresar los sentimientos con más escrúpulos y en un lenguaje más imparcial de lo que yo he hecho. Os amo mucho tal y como sois. Os amo todavía más tal y como creo que podríais llegar a ser. Pienso que la única felicidad en esta vida consiste en consagrarse a la felicidad de otro. Pero pienso que, para hacer la felicidad de otro, hay que ser amado profunda y exclusivamente, hay que ser su único pensamiento. Es mucho más necesario el amor que una mujer profesa a su marido que el que un marido profesa a su mujer, ya que una mujer, al ser siempre débil y dependiente, precisa amar para que su dependencia le procure felicidad. Por tanto, no le digo, señorita, que se case conmigo porque la amo, sino que se case conmigo si me ama. Si no me ama lo suficiente como para no querer vivir más que para mí, recháceme, pues yo no valgo para los afectos mediocres. No sé si seré más desgraciado haciéndola desgraciada de lo que lo sería al perderla, pero esta última desgracia sólo recaerá sobre mí, y la prefiero. Me parece que esta carta, cualquiera que sea su decisión, debe permanecer en secreto entre usted y yo. De nada sirve que nos ofrezcamos en sacrificio a las habladurías de Ginebra. Si no me rechaza, le pido que me reciba. Ya comprenderá que no he podido decírselo todo en una carta. Si me rechaza, no volveré a verla y rogaré fervientemente por su felicidad.*

* 2 de marzo

Toda esta carta es absurda. Amélie no entenderá ni una palabra. Por lo demás, no se ponen condiciones por adelantado a una mujer para evitar que a la larga se queje. Lo prometerá todo, pero no se

quejará menos por ello. Si quiero casarme con ella, tengo que delinear un plan más sencillo, con la única precaución de dejar claro que quiero que mi única residencia habitual sea Francia y el campo.

18

5 de febrero

La gran cuestión respecto a Amélie es saber si quiero vivir en París o si no quiero. Si quiero vivir en París, es evidente que no podré hacerlo con desahogo si me caso con ella. Pero, si quiero vivir en el campo, este matrimonio consolida un retiro cómodo y seguro. Ahora bien, es imposible que la vida en París me convenga mucho tiempo. Incluso para una carrera política, vivir en un lugar donde tenga relaciones, y donde me encontraré entre los propietarios que cultivan sus posesiones, es mucho mejor que emplear todavía diez años de mi vida pateando las calles de París, trabajando poco, perdiendo la vista y la salud, y aparentando siempre, ya sea por mí mismo o por Germaine, ser un aventurero o alguien ávido de hacerse notar. En cualquier situación, la constancia tendrá grandes ventajas y dictará la ley. En cualquier tesitura, el amigo de Germaine tendrá una apariencia de desorden y de inconstancia que le perjudicará. Podrá, con continuas maniobras, alcanzar un puesto ventajoso, pero jamás conseguirá conservarlo ni la consideración que se le debe. La situación de Amélie me conviene desde cualquier punto de vista. Tal vez valga incluso más, en cualquier caso, no menos, de lo que parece. Y, tal como parece ser, me conviene. La

desposaré sin ilusiones, dispuesto a una conversación a menudo vulgar y al aburrimiento recíproco en varios momentos de la vida, y teniendo que observar con ella una sencilla regla, la de ser siempre superior a ella en inteligencia, en temperamento, en sangre fría y en voluntad. Está claro que el celibato la asusta más que la idea de vivir en el campo y dejar Ginebra. Es indudable que, ofreciéndole la vaga perspectiva de volver a Ginebra cada dos o tres años y la de ir a menudo a París, estará bien dispuesta a aceptar. El problema más difícil es la manera de celebrar este matrimonio sin que, por un lado, Germaine y sus amigos, y por el otro, algunos enemigos que tengo murmuren a los cuatro vientos. Con toda su frivolidad, con todo su deseo de casarse, a Amélie le falta preparación. Está haciendo una jugada bastante prudente. Encuentro siempre en ella el pensamiento del matrimonio, pero esquiva hábilmente cualquier referencia a mi persona. Sabré mejor lo que puedo esperar de ella cuando, una vez que Germaine haya partido, tema menos las habladurías, pero, por el momento, ya sea por su naturaleza o porque la hayan puesto en guardia contra mí, su decisión es inquebrantable. Mi deseo sería llevármela. De ese modo ella dependería más de mí y yo no tendría problemas para poner mis propias condiciones. Pero, como ella es completamente libre y nada puede hacerla cambiar de opinión, ¿qué motivos podría alegar yo para llevar a cabo mi plan? ¿El miedo a los rumores? Ella sopesó ayer este temor en líneas generales, pero, para evitarlo, está muy lejos de decidirse a partir sin estar casada, a espaldas de sus amigos, para ir a casarse en otro lugar. Y yo no puedo confesarle ninguno de mis verdaderos motivos. No puedo decirle que, como ella no es bonita, todo el mundo pensará que me caso con ella por su fortuna y que esta opinión, que se difundiría a

pesar de aquellos que la aprecian, sería difícil de soportar en presencia de ella. No puedo decirle que temo a Germaine y a sus amigos. Me respondería que la amo muy poco o que estoy extrañamente dominado. Tampoco puedo decirle que a menudo se pone en ridículo, que no podría soportar ser su acompañante y verla de ese modo después de haberla elegido libremente. Si me resignara a todo esto, acabaría encontrándome muy mal. Uno: la disposición natural de mi carácter me llevaría, si me creyera acusado de cálculos poco nobles, a demostrar lo contrario y admitiría estipulaciones en virtud de las cuales yo no tocaría su fortuna, algo que perjudicaría todos mis planes de vida y todas mis ideas sobre el matrimonio. Antes preferiría casarme con una mujer sin fortuna que casarme con una mujer rica que conservara su independencia. Dos: me vería obligado a enfrentarme a Germaine y a sus amigos, lo que supondría una deplorable ruptura. Tres: finalmente no sé si, una vez reconocido como amante de Amélie, podré tolerar uno solo de esos inconvenientes y, no obstante, al no tener ningún derecho a imponérselos, pareceré un hombre duro y extraño. Resultado: si, como quiero intentar todavía, puedo convencer a Amélie de que parta conmigo para casarnos lejos de aquí, mejor que mejor. Si no puedo lograrlo, será menester, después de haberla vinculado a mí tanto como sea posible, pretextar negocios, firmar el contrato, partir a Francia prometiendo volver y encontrar a continuación la manera de hacerla ir a ella, adonde sea, para casarse conmigo. Esta solución tendría al menos la ventaja de alejarnos de Ginebra.

N. B.: La carta que lleva el número 17 no vale nada: es demasiado novelesca y apasionada. Para esta última solución, primer pretexto:

después de haberlo acordado todo con Amélie, recurrir a la enfermedad de mi padre. Segundo pretexto para hacerla venir: algún peligroso accidente que me hubiera ocurrido en el camino.

19

Mismo día

En la medida de lo posible es preciso descartar las soluciones extravagantes. Yo creo, después de una madura reflexión, que los planes deben de ser, cuanto más sencillos, mejor. Una vez que Germaine se haya marchado, hablaré sinceramente con Amélie. Obtendré su consentimiento. Argumentaré la necesidad del secreto para evitar las habladurías y trataré de inculcarle la idea de comprometernos antes de mi partida. Le haré saber el estado de mi fortuna. Le mostraré los cambios que nuestro matrimonio debería aportar a mis planes y, si no he conseguido que ella misma me proponga un compromiso previo, se lo propongo yo. Una vez firmado este acuerdo, partiré a los Herbages.[4] Escribiré a Cambacérès[5] una sencilla carta contándole mi intención de no mezclarme en nada que esté relacionado con el Gobierno y mi deseo de vivir con la mujer con la que voy a casarme en las propiedades que poseo. Añadiré que le debo a esta mujer la seguridad de poder ofrecerle al desposarla una vida tranquila y que, si no puedo estar seguro de ello, renunciaría a mis planes y abandonaría mi país, pero que espero que la palabra de honor que doy voluntariamente me recompense con el único bien al que aspiro, la tranquilidad. Tras la

respuesta de Cambacérès, o tras su silencio, después de zanjar mis negocios con Fourcault[6] y de resolver mi estancia ya sea en Herbages o en cualquier otro lugar, regresaré para casarme con Amélie.

20

8 de febrero

Llevo tres días sin escribir nada. He tenido, sin embargo, una violenta escena con Germaine. Me he dejado llevar por mi mal genio. Volví a la mañana siguiente y me encuentro más o menos en la misma situación que antes. Únicamente tengo que repetir que Germaine es la mejor criatura de la tierra, pero tiene tanta necesidad de acción y en el fondo está tan dolida que me es imposible vivir feliz dejando mi vida en sus manos. Por otro lado, Amélie no es nada y ni siquiera tiene bastante inteligencia como para interesarse por mí. Aun así, no renuncio a ella, pero hay que suprimir de mis planes cualquier idea que hiciera de ella algo más que un medio de recuperar una situación normal y corriente de la que poder partir para ejercer mis reconquistadas facultades. Hay que reconocer los hechos. Si no me caso, siempre se me considerará el amante de Germaine, seguiré siendo siempre cómplice de sus imprudencias y cargaré con sus penas. Si busco en una mujer una relación distinta a la que puedo tener con Amélie, únicamente la obtendré renunciando a otras ventajas. Mi matrimonio con Amélie me proporcionará los medios para vivir casado y seguir siendo tan

rico como ahora, y la situación y el carácter de Amélie, al no procurarle ningún vínculo estrecho con nadie ni otorgarle autoridad moral, la hacen más dependiente de mí que a cualquier otra mujer que tuviera padres y que pudiera inspirar algún interés. No quiero, por supuesto, abusar de ella; uno no gana nada haciendo infelices a sus allegados, ni siquiera cuando dependen de uno. Pero la situación de Amélie favorece totalmente mi deseo de estar casado de cara al mundo y sin embargo libre para mis proyectos. Amélie carece de cualquier idea y jamás podrá influir ni en mis decisiones ni en mi vida.

21

19 de febrero

Otra larga interrupción. He pasado un tiempo sin ver a Amélie. Pensé que me rehuía. Pensé que la habían aconsejado que me evitara. Pensé que quería obligarme a que le confesara cuáles eran mis planes para con ella. Nada de esto era cierto. Amélie no tiene ninguna prisa, no piensa en mí más que en cualquier otro y le ha parecido de lo más natural que, por motivos de invitaciones, de familiares o de lo que fuera, no nos viéramos en cuatro días. Ni siquiera ha imaginado que me estuviera causando alguna pena. Yo necesitaba este ejemplo para comprender que la perfecta estupidez es una excelente garantía para una mujer. A menos que le gritara a la cara «Estoy enamorado de usted», no lo comprendería jamás y no vería en todo lo que le digo más que una manera de pasar el

tiempo. Es una persona que tiene en la mente el defecto que otras tienen en la vista: no se da cuenta de lo que tiene a su lado y sólo ve lo que tiene literalmente delante de sus narices. Lo absurdo es que yo he sufrido de veras en estos cuatro días. Mi imaginación se disparaba y, sin mi excelente sistema de contención, habría hecho alguna tontería. Algo fastidioso pero evidente es que mi matrimonio con Amélie me desacreditará en mayor o menor medida. Los demás encuentran mi inclinación por ella medio ridícula medio cruel, pues piensan que es por divertirme, pero, cuando comprendan que mis intenciones son serias, la crueldad desaparecerá, sólo que el ridículo se multiplicará por dos. Llego siempre a la conclusión de que lo mejor sería llevármela de aquí. Así parecería que no he podido resistirme a su pasión o a algún secreto motivo. Lo que pasa es que eso sería terriblemente difícil de llevar a cabo.

22

Mismo día

Vuelvo a pensar que Amélie me ama. Me ha dicho varias cosas que habría podido tomar por insinuaciones bastante directas, pero en boca de ella nunca se sabe si las generalidades que dice no son más que simples lugares comunes. Sin embargo, ha evitado ostensiblemente a su ridículo adorador, el señor de Faverge, me buscaba a mí para hablar en vez de a él y ha criticado la maldad de las personas que trataban de impedir los encuentros entre aquellos a los que les gusta conversar. Es casi imposible que esto no me

estuviera dedicado. He reflexionado mucho sobre la simpleza de Amélie. Es cierto que no es muy brillante. Carece de educación, pero la creo bastante dispuesta a entregarse a aquel que quiera ocuparse de ella. Si se la tratara con dulzura, podría convertirse en un animal fiel. Jamás la amaré lo suficiente como para estar de mal humor con ella, pues nunca le permitiré influir en mi conducta, ni siquiera en las cosas más pequeñas, y, si se aburriera de la vida que le haría llevar, si se enfurruñara a causa de mis relaciones o de mis negligencias, la sangre fría, la dureza, una reprimenda seria y severa, expresada de manera que se comprenda, unida, acto seguido, a la indulgencia, a las caricias y al placer, me harían de nuevo completamente dueño de la situación. ¿Puedo abrigar esperanzas, a mis treinta y seis años, divorciado, casi proscrito por mis opiniones, de tener una mujer francesa (tengo mil motivos para no querer desposar a una extranjera) hermosa, rica e inteligente? ¿Puedo esperarlo dada mi relación pública con Germaine, quien, alarmada, montará un escándalo capaz de dar al traste con todos mis planes? Y, si pudiera, ¿podría estar seguro de que, una vez que mis planes y mi amor de independencia estén a salvo, una mujer hermosa, rica e inteligente no se convertirá en un gran problema? ¿Acaso no es una bendición una mujer destinada por la naturaleza a un papel subalterno, una mujer que no está en condiciones de interesar a nadie en su causa en el caso de que quisiera abandonar ese papel, no haciendo más que el ridículo si lo pretendiera y debiendo siempre acabar por someterse y recurrir a su marido como su protector natural, siempre que él tenga buenas maneras y sangre fría? Hay doscientas mil mujeres que valen más que Amélie. Pero no sé si habrá alguna que me convenga más.

23

2 de marzo

He sufrido mucho, luchado mucho, llevado una vida muy agitada desde que no escribo nada en este cuaderno. Germaine no se va, y eso la hace terriblemente desdichada. Mis vacilaciones respecto a Amélie han hecho creer a Germaine que siento un deseo más vivo por aquélla del que en realidad siento y ahora está celosa. Por otra parte, mi indecisión es mayor que nunca. Germaine tiene mil buenas cualidades. Amélie es una nulidad completa. ¿Y si esta nulidad escondiera un carácter desabrido y cargante? Me digo a mí mismo que me las apañaría, que dominaría esa personalidad. Pero ¿acaso he dominado alguna vez a alguien? Seamos sinceros y no escribamos para nosotros como si lo hiciéramos para el público. Tengo mucho ingenio cuando se trata de ideas, pero tengo muy poca entereza. La inoportunidad me abruma, el descontento me aflige. Cuando regaño a mi criado, siempre tengo la sensación de cometer una injusticia. ¡Qué no será con una mujer con la que seré, si no injusto, al menos desdichado por no sentir por ella ninguna ilusión! Este estado de ánimo es muy penoso porque, al no estar justificado por ninguna fuerza interior, pese a que la razón está de mi parte, soy incapaz de contenerme cuando estoy equivocado porque no sé si lo estoy realmente o si es mi debilidad la que hace que me sienta así. Por este motivo mis actos son débiles y mis reacciones agrias, algo que acrecienta las desventajas. Obedezco como un esclavo mientras parezco un déspota. Con dulzura conseguiría que me amaran; con dureza, que me obedecieran. Yo no

sé fingir ni la una ni la otra. Germaine me decía ayer, con bastante buen sentido, que apenas me haya vinculado a Amélie mi inteligencia se revelará; que, en lugar de ver, como ahora, los inconvenientes de una mujer inteligente y demasiado celebrada, veré los de una mujer mediocre que no será menos exigente ni menos quejumbrosa. No obstante, repito, y lo hago con pesar, pues sigo sintiendo afecto por Germaine, no puedo vivir como estamos viviendo. No puedo por mil razones, una de ellas insuperable: yo necesito a las mujeres, Germaine carece de sensatez, y yo detesto una relación secundaria. No puedo tomar a una amante sin prever un posible futuro de innoble dominación que me repugna. No puedo, a mis treinta y seis años, relacionarme sucesivamente con mujeres casadas. Primero, porque perdería un tiempo infinito en ese oficio indigno de mí; segundo, porque Germaine no estaría menos celosa de esas mujeres que de Amélie y nos pelearíamos no menos inevitablemente. A todas luces, pues, necesito a una mujer. La necesito para la política. Sólo así podré llevar en Francia una existencia apacible y equilibrada. ¡Qué cosa tan cruel la indecisión!

Anotemos aquí una anécdota, de paso. Ayer me invitaron a un baile donde se encontraba toda la sociedad a la que suelo frecuentar, y uno de los hombres más brillantes y respetados de Ginebra, que al mismo tiempo es el tutor de la fortuna de Amélie, se dirigió a mí en un tono particularmente afectuoso, me rogó que prolongara mi estancia aquí, me dijo que todos los hombres y todas las mujeres me querían, y terminó diciendo que cualquiera estaría orgulloso de relacionarse conmigo y que cualquier mujer se me rendiría. Está claro que conseguiré a Amélie cuando y como quiera.

24

Mismo día

No está tan claro como yo pensaba. Los rumores de matrimonio de Amélie con ese pequeño necio de Faverge se difunden por todas partes. Puesto que se propagaron las mismas habladurías sobre mí, que todavía no he dicho una palabra a Amélie que pueda justificarlos, sin duda eso no prueba nada. Pero podría suceder que en la incertidumbre en que la he dejado, el deseo de casarse se impusiera a cualquier preferencia a mi favor, suponiendo que tuviera preferencias. Yo no creo que Amélie tenga el suficiente discernimiento para establecer una gran diferencia entre mi persona y la de los otros hombres. En el fondo, si es capaz de casarse con el señor de Faverge sin hacer nada por mí, no voy a echar de menos sus sentimientos. Otra cosa es que me convenga para regularizar mi vida. Germaine hoy está bien, pero he observado algunos detalles y no dudo que nuestras escenas volverán a comenzar pronto. Es casi imposible que podamos vivir tranquilos en esta situación. Si los numeritos se reanudan, estoy seguro de que acabaremos rompiendo y lo sentiría mucho. Al menos habría que haber tomado partido por Amélie, y, cuanto más lo pienso, más indeciso me encuentro, más que nunca.

25

4 de marzo

Atendiendo a los rumores, cada vez es más probable el matrimonio entre Amélie y el señor de Faverge, y soy tan estúpido que eso me hace sufrir. Germaine se ha empeñado tanto en convencer a la gente de que yo no tengo ninguna intención de casarme con Amélie y mi temor a las escenas ha retraído tanto mi comportamiento con esta última que nada le resulta más fácil que convencer a la gente de que yo sólo quería divertirme y de que Amélie se sentía atraída por un jovencito bastante ridículo, aunque bastante alegre, con quien tiene más afinidades y quien la apremia con más decisión. Noté que en dos ocasiones volvía a mí con la intención, y con la poca sutileza que la caracteriza, de ofrecerme la oportunidad de hablarle de mis planes. Pero yo no la aproveché. El resultado fue una tercera retirada, pero es muy probable que esta incertidumbre le proporcione bastantes ventajas a un hombre más decidido en sus intenciones y que tiene, evidentemente, un mayor interés en casarse con ella. Todas las circunstancias externas están a mi favor: no tengo, creo, más que pronunciar una palabra, pero, si no pronuncio esa palabra, pronto será ya tarde. No obstante, es muy arriesgado desafiar a la vez a la gente, que encontrará ese matrimonio ridículo, y a Germaine, que me encontrará a mí pérfido.

26

8 de marzo

Escenas y más escenas, tormentos y más tormentos. Desde hace tres días Germaine está furiosa y me persigue con tantas invectivas,

lágrimas y reproches que paso alternativamente de la indiferencia a la cólera y de la cólera a la indiferencia. Es una relación terrible la de un hombre que ya no ama y una mujer que no quiere dejar de ser amada. Hay en las explicaciones tal dureza, o algo tan superficial y vago, que uno siente vergüenza por no ser más sensible al dolor o por hacer como quien oye llover. Como siempre sucede, la idea de perderme hace que Germaine me valore más. Una larga costumbre de disponer de toda mi existencia le hace pensar en todo momento que me recuperará. La menor palabra equívoca la desengaña, y, puesto que yo aún la amo de veras, la pena que siente cuando no encuentra en mí el sentimiento que necesitaría me resulta dolorosa en exceso. Por otra parte, su injusticia me rebela. Cuando me dice que la abandono porque es desdichada, me indigno todavía más, pues, si se encontrara en unas circunstancias más prósperas, insistiría mucho más en mi deseo de recuperar mi independencia. De este modo, mi vida se consume sin felicidad, ni para mí ni para los demás. Por lo que respecta a Amélie, quiere casarse conmigo, eso está claro, no hay nada más claro que eso. Mis conjeturas sobre el señor de Faverge eran absurdas. Pero ¿siente alguna inclinación por mí independientemente de ese proyecto de matrimonio? De momento no tengo ninguna prueba. Ella no puede dejar de experimentar algún placer creyéndose amada por mí, pero nada en su comportamiento, nada en sus miradas, anuncia el deseo de abandonarse a sus sensaciones y sentimientos. Si yo no viviera bajo el yugo de Germaine, no permanecería mucho tiempo en esta incertidumbre. Tampoco lo estaría si supiera a ciencia cierta qué es lo que quiero. Pero, desde que mi inclinación por Amélie me ha enseñado a evitar la cólera de Germaine o a soportarla sin ceder a

ella de inmediato, me digo que lo mejor, tal vez, sería conquistar la libertad sin contraer nuevos lazos, unos lazos mucho más indisolubles que aquellos de los que me quejo ahora. Una estancia forzada en el campo, si tengo fuerzas para ello, o, si temo ceder, un viaje al mediodía francés, o a Italia o a Alemania harán que conquiste mi independencia y que me case con Amélie. Cuando me imagino a Amélie convertida en mi mujer viviendo en una residencia campestre cerca de París, donde mis amigos vendrían a visitarme, la frente se me cubre de sudor. Ese parloteo incesante, la extrañeza de los hombres más preclaros de Francia ante el sorprendente matrimonio que finalmente habría contraído, mi impaciencia, la dureza con la que tal vez trataría a una persona a la que habría sacado de una situación bastante agradable y con la que habría cometido la equivocación de desposarme sin ilusiones, los reproches que yo mismo me haría y que agravarían mis evidentes errores, todo eso da una idea de una situación parecida al infierno. Si Amélie fuera muy joven o muy bella, todo estaría justificado. Dado mi temperamento, me es de todo punto necesario que aquellos que me rodean me comprendan, pero ser el objeto de su incomprensión y de sus burlas me resultaría insoportable. Es absolutamente necesario que suspenda mis planes y proseguir con la idea de regresar a Francia antes de tomar ninguna decisión. No creo que Amélie se me escape si persisto en mi empeño, y tal vez el aire de Francia, el espíritu de Francia y el volver a mis antiguas relaciones me harán renunciar a cualquier proyecto de atarme a nadie.

14 de marzo

Germaine ha conseguido hacerme perder la sangre fría, hacerme decir muchas cosas desagradables, hacerme confesar mi inclinación por Amélie, en una palabra: ha conseguido volverme loco. ¡Extraño ascendiente el que tiene esta mujer sobre mí! Con las demás nunca perdí mi compostura. Con todo el mundo soy prudente, amable y sólo digo lo que quiero decir. Pero con ella el recuerdo de las emociones que me ha provocado y de la perpetua agitación en que me ha hecho vivir, así como sus injurias, la injusticia de sus acusaciones, la insistencia de sus demandas y, sobre todo, el horror que me inspira permanecer bajo su yugo, me saca de quicio. Cuanto más se prolonga esta lucha, cuantos más errores cometo, más motivos le doy para hablar mal de mi carácter. Antes me hacía daño por su desordenada vida, por la indiferencia con que me trataba, por los enemigos que descargaban en mí su odio por ella. Ahora me hará daño por el ímpetu de su resentimiento. Dirigirá contra mí a sus amigos y a aquellos que yo le he proporcionado. Ha hecho que Francia sea un lugar peligroso para mí y hará que sea un lugar difícil. Sin embargo, me es imposible prolongar esta situación, seguir siendo cómplice de sus extravagancias y de su celebridad, sufrir el peso de su ligereza en las cosas importantes y plegarme a todas sus exigencias en los asuntos más insignificantes de la vida. Me moriría de agotamiento y de inquietud. He tenido mil ocasiones de abandonarla con decoro. Habría dado media vida por hacerlo. Temí siempre el dolor que le causaría y lo aplacé día tras día hasta que nuestra situación se ha complicado tanto que cualquier ruptura sería un escándalo, y la continuación de nuestro vínculo, un tormento.

Sin embargo, debo desconfiar de mi imaginación, que exagera siempre cualquier dificultad. Romper con una mujer cuya inconstancia es notoria y que no quiere casarse conmigo no tiene porqué provocar ninguna acusación seria contra mí. No hay que olvidar que, en el fondo, su vanidad tiene interés en no confesar hasta qué punto le he dado a entender mi desinterés por ella. Esta vanidad la llevará a decir que me he enfadado con ella porque quería desposarla. En fin, aunque me acarreara la animadversión de alguna parte de la sociedad, cualquier cosa es preferible a la prolongación de mi esclavitud. Recuperemos, por tanto, la calma y veamos qué es lo mejor que se puede hacer en esta tesitura. Es evidente que, cuanto más dure esta situación, peor terminará. Envejezco y dispongo, pues, de menos tiempo para lograr una situación favorable. A los cuarenta años tendré menos probabilidades de casarme que ahora. A los cuarenta y cinco, la soledad será casi inevitable. Si una ruptura después de ocho años de relación es algo penoso, después de diez, después de quince, será peor todavía. En consecuencia, está claro que, conservando todas las formas y aliviando el dolor de Germaine, aunque tuviera que rebajarme ante ella, debemos desvincularnos y reducir nuestra relación a la simple amistad. Pero, al mismo tiempo, tendré que aceptar sacrificios para evitar escenas en las que siempre cometo errores y digo cosas inconvenientes. Estos sacrificios no durarán mucho tiempo, ya que estoy decidido a partir en cuanto vuelva Eugène[7] y, sin importarme el giro que tomen los asuntos de Germaine, haré algún viaje y no volveré a verla hasta que mi suerte se haya decidido. Así pues, como primera medida, ver a Amélie cuando pueda, pero no sacrificarme nunca a este interés de manera

que pudiera renovar las iras de Germaine; permanecer aquí hasta el regreso de Eugène y, una vez que lo haya hecho, con independencia de las noticias que traiga, poner rumbo a los Herbages ocho días después, aunque tenga que irme sin decir adiós. Ya veremos si entonces me conviene hablar con mayor claridad a Amélie, o bien dejarlo todo en vaguedades.

28

17 de marzo

Lo más seguro, lo más probable […] [Varias hojas arrancadas en el manuscrito.]

29

[…] en los distintos países de Europa su desordenada actividad, y eso en un momento en que, dependiendo sólo de sí misma, piensa que no puede casarse conmigo. Todo esto es absurdo; por mucho que ella quiera confundir mi deseo de recuperar una situación cómoda con el temor a la proscripción, por mucho que afirme que traiciono nuestra desgraciada amistad al no consentir en acompañarla en su viaje por toda Alemania e Italia. El retiro y el silencio responderán suficientemente a estas acusaciones y, en una época más tranquila, su propio corazón las desmentirá.

30

21 de marzo

¿Estoy equivocado? ¿Tengo razón? Retomo el asunto de Amélie: no es gran cosa, pero es buena. Tiene, como me decían hace poco, y era una persona que no le era precisamente favorable, bastante simpleza, pero también cierta dosis de ingenio. Es como un niño de diez años, pero un niño al que se puede educar. No creo que sea muy sensible, pero se encariñará con su marido. Por lo demás, es tan frágil, tiene tan pocos apoyos, que dominarla será una cosa fácil. No es en absoluto coqueta y ha apartado al señor de Faverge a la primera palabra que le he dicho. Si continúa siendo bastante reservada conmigo es porque yo también parezco poco decidido. Mis ostensibles vínculos, mis frecuentes retiradas, todo ha debido de asustarla. Su familia no tiene ninguna gana de que se case. La aristocracia de sus padres está poco dispuesta a favor de mis opiniones, y, aunque yo he vencido sus reservas sociales, éstas siguen siendo un obstáculo para el matrimonio en muchas viejas cabezas. Así las cosas, Amélie no ha tenido más remedio que seguir la línea que ha seguido. La habría amado más si, por impulso, se hubiera desviado de ésta, pero, dadas la reserva y la vaguedad de mi lenguaje, no podía esperar una cosa así. Ha dicho que yo le era muy agradable. Se encariñaría conmigo fácilmente, si el deber viniera a fortalecer su inclinación. Por lo demás, todo debe aplazarse hasta que hagamos una excursión a Francia.

31

10 de abril

Finalmente he partido. Hace diez días que no veo a Amélie. Su recuerdo sólo pervive muy débilmente en mí. He vuelto a otros asuntos que antes agitaban mi alma y ya siento la influencia del mundo en el que voy a entrar. He pasado ocho días solo con Germaine. ¡Qué desenvoltura!, ¡qué amor!, ¡qué abnegación!, ¡qué ingenio! Sin embargo, ¿puedo conservar un vínculo que en ocasiones me zarandea tan cruelmente? Me case o no me case con Amélie, ¿mi vida puede permanecer así? No, sin duda. Persisto en mis planes: quiero conservar la amistad de Germaine, ayudarla, contribuir a su felicidad, pero aparecer siempre en público acompañándola ya no me conviene. Es necesario que consiga una vida estable y tranquila. Voy a intentarlo en mi propiedad del campo. Es ahí donde debo vivir, si se me concede el descanso. Si no, viajaré, y la mala voluntad que se me habrá mostrado será una buena razón que alegar a Germaine para justificar una separación que le evitará compartir los inconvenientes que pueda acarrear dicha mala voluntad.

EL CUADERNO ROJO

Nací el 25 de octubre de 1767, en Lausana, Suiza, hijo de Henriette de Chandieu, de una antigua familia francesa, refugiada en el país de Vaud a causa de su religión, y de Juste Constant de Rebecque, coronel en un regimiento suizo de servicio en Holanda. Mi madre murió a causa del parto, ocho días después de mi nacimiento.

El primer preceptor del que conservo algún recuerdo fue un alemán llamado Stroelin que me molía a palos y luego me colmaba de caricias para que no me quejase a mi padre. Le guardé siempre el secreto, pero, al descubrirse el asunto a mi pesar, lo despidieron. Había tenido, por lo demás, una idea bastante ingeniosa que consistía en hacerme inventar el griego para enseñármelo, es decir, que me propuso que inventáramos entre los dos un idioma que sólo conoceríamos nosotros: esta idea me apasionó. Para empezar formamos un alfabeto en el que él iba introduciendo las letras griegas. Después comenzamos un diccionario en el que traducíamos cada palabra francesa por una griega. Todo aquello se grababa maravillosamente en mi cabeza porque creía yo que era su inventor. Sabía ya un montón de voces griegas y estaba ocupado en dar a estos vocablos de mi creación unas reglas generales, es decir, que estaba aprendiendo la gramática griega, cuando despidieron a mi preceptor. Tenía entonces cinco años.

Tenía siete cuando mi padre me mandó a Bruselas, donde se había propuesto hacerse cargo él mismo de mi educación. Pronto renunció y me puso de preceptor a un francés, el señor de La Grange, que había entrado como cirujano mayor en su regimiento. Este señor de La Grange decía ser ateo. Por lo demás, y por lo que puedo recordar, era un hombre bastante mediocre, muy ignorante y de una vanidad exagerada. Se propuso seducir a la hija de un maestro de música con el que yo tomaba lecciones. Tuvo varias aventuras de lo más escandalosas. En fin, se alojaba conmigo en una casa sospechosa para que no lo molestaran en sus juergas. Mi padre llegó un día furioso de su regimiento, y despidió al señor de La Grange.

Mientras esperaba encontrar otro mentor, mi padre me alojó en casa de mi maestro de música. Allí permanecí durante algunos meses. Aquella familia, a la que el talento del padre había sacado de la clase más humilde, me alimentó y me cuidó muy bien, pero no podía hacer nada por mi educación. Yo tenía algunos profesores cuyas clases evitaba, y habían puesto a mi disposición un gabinete literario vecino en el que podía encontrar todas las novelas del mundo y todas las obras irreligiosas entonces a la moda. Leía de ocho a diez horas al día todo lo que caía en mis manos, desde las obras de La Mettrie hasta las novelas de Crébillon. Mi cabeza y mis ojos se resintieron para el resto de mi vida.

Mi padre, que de cuando en cuando venía a verme, conoció a un antiguo jesuita al que propuso encargarse de mí. Pero no sé por qué aquello no cuajó. Sin embargo, por la misma época, un exabogado francés, que había abandonado su país por algunos asuntos turbios y que se encontraba en Bruselas con una mujer a la que hacía pasar

por su gobernanta, quería abrir un establecimiento educativo; se ofreció y habló tan bien que mi padre creyó haber encontrado a un hombre admirable. El señor Gobert aceptó tomarme en su casa por un elevado precio. Sólo me daba lecciones de latín, que sabía mal, y de historia, que sólo me enseñaba para tener un motivo por el que hacerme copiar una obra que había compuesto sobre esta materia y de la que quería tener varias copias. Pero mi letra era tan mala y mi falta de atención tan grande que tenía que volver a empezar cada copia, y durante el año largo que trabajé en ello no pasé nunca del prólogo.

Mientras tanto, el señor Gobert y su amante se habían convertido en objeto de murmuraciones que llegaron a oídos de mi padre. Hubo algunas escenas de las que fui testigo y salí de casa de aquel tercer preceptor, convencido por tercera vez de que aquellos que estaban encargados de instruirme y de corregirme eran ellos mismos unos hombre muy ignorantes e inmorales.

Mi padre me llevó a Suiza, donde pasé algún tiempo en su finca bajo su única tutela. Uno de sus amigos le había hablado de un francés de cierta edad que vivía retirado en Chaux-de-Fonds, cerca de Neuchâtel, y que tenía fama de ser inteligente y culto. Mi padre se informó, y el resultado fue que el señor Duplessis, éste era el nombre del francés, era un monje que había colgado los hábitos y se había escapado de su convento, había cambiado de religión y se escondía, incluso en Suiza, para evitar que Francia lo persiguiera.

A pesar de que tales referencias no fueran muy favorables, mi padre llamó al señor Duplessis, que resultó valer más que su reputación. Se convirtió, por tanto, en mi cuarto preceptor. Era un hombre de un carácter débil, pero bueno y espiritual. Mi padre

rápidamente lo despreció y no lo ocultaba delante de mí, lo que era un mal principio para la relación entre tutor y alumno. El señor Duplessis cumplió con su deber lo mejor que pudo y consiguió que hiciera bastantes progresos. Pasé poco más de un año con él entre Suiza, Bruselas y Holanda. Al cabo de ese tiempo, mi padre se hartó de él y decidió mandarme a una universidad de Inglaterra.

El señor Duplessis nos dejó para convertirse en preceptor de un joven conde de Aumale. Desgraciadamente, este joven tenía una hermana bastante hermosa y de costumbres algo ligeras. Ésta encontró divertido hacer perder la cabeza al pobre monje, que se enamoró apasionadamente de ella. Ocultaba su amor porque su estado, sus cincuenta años y su físico le daban pocas esperanzas, cuando descubrió que un peluquero menos viejo y menos feo había tenido más suerte que él. Cometió mil locuras que se juzgaron con una severidad despiadada. Perdió la cabeza y terminó por saltarse la tapa de los sesos.

Entonces mi padre partió conmigo para Inglaterra y, después de una corta estancia en Londres, me condujo a Oxford. Se dio cuenta enseguida de que esta universidad, donde los ingleses no acababan los estudios hasta los veinte años, no podía convenir a un niño de trece. Se limitó, por tanto, a hacerme aprender inglés y a llevarme de excursión por los alrededores para entretenerse, y nos volvimos al cabo de dos meses con un joven inglés que habían recomendado a mi padre para darme lecciones, sin tener ni el título ni las pretensiones de un preceptor, cosas de las que mi padre, después de cuatro experiencias sucesivas, abominaba. Pero con esta quinta tentativa pasó como con las precedentes. Apenas el señor May se puso en camino con nosotros, mi padre lo encontró ridículo e

insoportable. Me puso al corriente de sus impresiones, de manera que mi nuevo camarada no fue ya para mí más que un objeto de burla y de chanzas continuo.

El señor May pasó un año y medio en nuestra compañía en Suiza y Holanda. Estuvimos una temporada bastante larga en el pequeño pueblo de Geertruidenberg. Y, allí, me enamoré por primera vez. Era la hija del comandante, viejo oficial amigo de mi padre. Me pasaba todo el día escribiéndole larga cartas que no le enviaba, y nos fuimos sin que le hubiera declarado mi pasión, que me duró sus buenos dos meses todavía.

Volví a verla más adelante, y la idea de que había estado enamorado de ella pareció interesarle, o tal vez no fuera más que curiosidad por lo que me había ocurrido. En una ocasión me preguntó qué había sentido por ella, pero nos interrumpieron. Poco tiempo después se casó y murió en el parto. Mi padre, que estaba deseando desembarazarse del señor May, aprovechó la primera ocasión para devolverlo a Inglaterra.

Regresamos a Suiza, donde recurrió, para que tomara algunas lecciones, a un tal señor Bridel, hombre bastante instruido pero muy pedante y aburrido. Mi padre se dio cuenta enseguida de la arrogancia, de las familiaridades que se tomaba y del poco estilo del nuevo mentor que me había escogido, y, hastiado, después de tantas inútiles tentativas, de cualquier tipo de educación privada, tomó la decisión de inscribirme, a la edad de catorce años, en una universidad de Alemania.

El margrave de Anspach, que se encontraba entonces en Suiza, le aconsejó Erlangen. Mi padre me acompañó y me presentó él mismo en la pequeña corte de la margravina de Bayreuth, que

residía allí. Nos recibió con toda la solicitud que suelen tener los príncipes que se aburren con los extranjeros que los entretienen y me tomó mucho cariño. Como yo decía todo lo que me pasaba por la cabeza, me burlaba de todo el mundo y defendía con bastante gracia las opiniones más estrafalarias, debía de ser, para una corte alemana, un personaje bastante divertido. El margrave de Anspach me trataba también con la misma cordialidad. Me concedió un título en su corte, donde yo iba a jugar al faraón y a contraer deudas de juego que mi padre tuvo la torpeza y la bondad de pagar.

Durante el primer año de mi estancia en aquella universidad, estudié mucho, pero hice al mismo tiempo mil perrerías. La anciana margravina me las perdonaba todas y cada vez me quería más. En aquella pequeña ciudad, el favor de que era objeto en la corte, acallaba a todos aquellos que me juzgaban más severamente. Pero yo quería poder presumir de tener una amante. Escogí a una muchacha de bastante mala reputación cuya madre, en no sé qué ocasión, había hecho a la margravina ciertos desaires. Lo curioso del caso era que, por un lado, yo no amaba a aquella muchacha y que, por el otro, ella no quería saber nada de mí. Yo era, con toda seguridad, el único hombre al que se había resistido. Pero el placer de dar que hablar y oír que yo mantenía a una amante me consolaba, por una parte, de pasar mi vida con una persona a la que no amaba en absoluto y, por otra, de no poseer a la persona a la que mantenía.

La margravina se sintió muy ofendida por mi relación, a la que, a causa de sus escenas, me aferré todavía más. Aquellas escenas consiguieron lo que yo quería, que no era otra cosa que se hablara de mí. Al mismo tiempo, la madre de mi supuesta amante, todavía

cargada de odio contra la margravina y halagada por la especie de rivalidad que se había establecido entre una princesa y su hija, no paraba de empujarme a cometer toda suerte de ofensas contra la corte. Finalmente, la margravina perdió la paciencia y me prohibió aparecer por su casa. Al principió me afligió mucho mi desgracia y traté de reconquistar el favor que tanto empeño había puesto en perder. No lo conseguí. Y todos aquellos a los que aquel trato de favor había impedido hablar mal de mí se resarcieron. Fui objeto de un linchamiento y una burla generales.

La rabia y el despecho me hicieron cometer algunas tonterías más. Finalmente, mi padre, enterado por la margravina de cuanto pasaba, me ordenó que me reuniera con él en Bruselas, y partimos juntos para Edimburgo. Llegamos a esta ciudad el 8 de julio de 1783. Mi padre tenía allí antiguos conocidos que nos recibieron con todas las atenciones de la amistad y la hospitalidad que caracteriza a la nación escocesa. Me llevaron a casa de un profesor de medicina que daba alojamiento a sus alumnos.

Mi padre sólo se quedó tres semanas en Escocia. Después de su partida me entregué al estudio con fervor, y entonces comenzó el año más agradable de mi vida. El trabajo estaba de moda entre los jóvenes de Edimburgo. Habían creado varias asociaciones literarias y filosóficas a algunas de las cuales pertenecí y en las que me distinguí como escritor y como orador, pese a tratarse de una lengua extranjera. Contraje algunas relaciones muy estrechas con hombres que, en su mayoría, se hicieron famosos más tarde; entre ellos se encuentran Mackintosh, actual juez supremo en Bombay; Laïng, uno de los mejores discípulos de Robertson, etcétera.

Entre todos aquellos jóvenes, el que parecía prometer más era John Wilde, el hijo de un comerciante de tabaco. Gozaba, entre todos sus amigos, de una autoridad casi absoluta, a pesar de que la mayoría fueran muy superiores a él por nacimiento o fortuna: sus conocimientos eran inmensos, su afán de estudio infatigable, su conversación brillante, su carácter excelente. Después de haber conseguido por méritos propios una plaza de profesor y haber publicado un libro que empezaba a darle celebridad, se volvió loco y actualmente, si no está muerto, estará tirado en un jergón en algún calabozo. ¡Triste especie humana, qué haces con nosotros y con nuestras esperanzas!

Viví alrededor de dieciocho meses en Edimburgo, divirtiéndome mucho, trabajando mucho y no dando que hablar más que cosas buenas de mí. La mala suerte quiso que un joven italiano que me daba lecciones de música me llevara a una casa de juego que tenía su hermano. Jugué, perdí, contraje deudas a diestro y siniestro, y eché a perder mi estancia allí.

La fecha que mi padre había fijado para mi partida llegó, y me marché prometiendo a mis acreedores que les pagaría, pero dejándolos muy descontentos y dando yo mismo una impresión muy desfavorable. Pasé por Londres, donde anduve perdiendo el tiempo tres semanas, y llegué a París en mayo de 1785.

Mi padre había hecho un arreglo para mí que me habría proporcionado toda clase de ventajas si hubiera sabido y querido aprovecharlo. Debía alojarme en casa del señor Suard, que solía reunir a gentes de letras y que había prometido introducirme en la mejor sociedad de París. Pero mi habitación no estaba lista y desembarqué en un hotel donde trabé amistad con un inglés muy

rico y libertino; quise imitar sus locuras y todavía no llevaba un mes en París cuando estaba hasta el cuello a causa de las deudas. Pero mi padre tenía parte de culpa por enviarme a los dieciocho años, confiando en mi buena fe, a un lugar donde yo no podía evitar cometer un error detrás de otro. Finalmente fui a alojarme a casa del señor Suard y mi conducta fue menos extravagante.

Pero los líos en los que me había metido nada más llegar tuvieron consecuencias que influyeron en toda mi estancia. Para colmo de males, mi padre creyó que debía ponerme bajo la tutela de alguien y consultó este asunto con un ministro protestante, capellán del embajador de Holanda. Éste creyó hacer maravillas al recomendarle a un tal Baumier que se había presentado ante él como un protestante perseguido por su familia por motivos religiosos. El tal Baumier era un hombre sin moral, sin oficio ni beneficio, un auténtico estafador de la peor especie. Trató de compincharse conmigo compartiendo todas las tonterías que yo quería hacer y no comprendía que yo no llevara una vida más disoluta y abyecta. Como independientemente de todos sus vicios carecía de ingenio, era aburrido e insolente, me cansé pronto de un hombre que lo único que hacía era acompañarme a buscar mujeres y pedirme dinero prestado, y nos peleamos. Escribió, me imagino, a mi padre y exageró, supongo, todo lo malo que tenía que decir de mí, a pesar de que con la verdad habría sido más que suficiente.

Mi padre vino en persona a París y me llevó a Bruselas, donde me dejó para volver con su regimiento. Permanecí en Bruselas desde agosto hasta finales de noviembre, repartiendo mi tiempo entre las casas de Ussel y de Aremberg, viejas relaciones de mi padre que, en

calidad de tales, me acogieron muy bien, y una camarilla ginebrina, algo más turbia pero mucho más agradable.

En esta camarilla había una mujer de unos veintiséis o veintiocho años, con un porte muy seductor y un ingenio muy agudo. Yo me sentía atraído por ella, sin querer confesármelo abiertamente, cuando, por algunas palabras que me sorprendieron al principio más de lo que me encantaron, ella me insinuó que me amaba. En el momento en que escribo esto, han transcurrido veinticinco años desde aquel descubrimiento, y todavía experimento una sensación de gratitud recordando el placer que sentí.

Madame Johannot, éste era su nombre, tiene un lugar en mis recuerdos muy diferente al de las demás mujeres a las que he conocido: mi relación con ella fue muy corta y se redujo a muy poca cosa. Pero no me hizo pagar las dulces sensaciones que me proporcionó con ninguna mezcla de ansiedad o de tristeza, y a mis cuarenta y cuatro años le estoy todavía agradecido por la felicidad que me procuró cuando tenía dieciocho.

La pobre mujer tuvo un triste final. Casada con un hombre de carácter despreciable y costumbres corrompidas, la llevó consigo, primero, a París, donde se puso al servicio del partido dominante y se convirtió, a pesar de ser extranjero, en miembro de la convención, condenó a muerte al rey y continuó hasta el final de aquella asamblea tristemente célebre desempeñando un papel cobarde y equívoco. Ella fue pronto confinada en un pueblo de Alsacia y sustituida por una amante a la que su marido mantenía en su casa. Finalmente fue devuelta a París para vivir con aquella amante a la que su marido quería obligarle a servir, y los tratos vejatorios a los que la sometió la llevaron a envenenarse. Yo estaba

entonces en París y vivía cerca de ella, pero ignoraba que ella estuviera allí, y murió a algunos pasos de un hombre al que había amado y que nunca oyó pronunciar su nombre sin conmoverse hasta lo más profundo de su alma; murió, como digo, creyéndose olvidada y abandonada por todo el mundo.

Apenas había pasado un mes desde que gozaba de su amor cuando mi padre vino a buscarme para llevarme a Suiza. Madame Johannot y yo nos escribimos tristes y tiernas cartas en el momento de mi partida. Me dio una dirección a la que me dijo que podía escribirle, pero no me respondió nunca. Me consolé sin olvidarla, y muy pronto, como se verá, alguien ocupó su lugar. La volví a ver dos años después una única vez en París, algunos años antes de su desgracia. Nuevamente me quedé prendado de ella. Le hice una segunda visita, pero se había ido. Cuando me lo dijeron se apoderó de mí un sentimiento de una tristeza y una fiereza extraordinarias. Era una especie de funesto presentimiento que su desdichado final no hizo más que ratificar.

De vuelta a Suiza, pasé de nuevo algún tiempo en el campo, estudiando sin ningún orden y ocupándome de una obra cuya primera idea se me había ocurrido en Bruselas y que en lo sucesivo nunca dejó de ejercer una gran atracción en mí: se trataba de una historia del politeísmo. Yo no tenía entonces ninguno de los conocimientos necesarios para escribir cuatro líneas razonables sobre semejante tema. Alimentado por los principios de la filosofía del siglo XVIII y, sobre todo, por las obras de Helvetius, no tenía otro pensamiento que contribuir yo también a la destrucción de lo que llamaba *los prejuicios*. Me había aprendido una frase del autor de *Sobre el espíritu*, quien sostenía que la religión pagana era con

mucho preferible al cristianismo; y yo quería apoyar esta afirmación, en la que no había ni profundizado ni había examinado, con algunos hechos tomados al azar y unos cuantos epigramas y declamaciones que yo imaginaba originales.

Si hubiera sido menos perezoso y me hubiese abandonado menos a mis emociones, tal vez habría acabado en dos años un pésimo libro que me habría procurado una pequeña y efímera reputación de la que me habría sentido muy satisfecho. Una vez comprometido por amor propio, no habría podido cambiar de opinión, y aquella primera paradoja me habría encadenado de por vida.

Pero, si la pereza tiene inconvenientes, también tiene sus ventajas. Yo no pasaba mucho tiempo llevando una vida apacible y estudiosa, nuevos amores venían a distraerme y, como tenía tres años más que en Erlangen, cometí también tres veces más locuras. El objeto de mi pasión era una inglesa de entre treinta y treinta y cinco años, mujer del embajador de Inglaterra en Turín. Había sido una beldad y aún tenía una hermosa mirada, unos dientes soberbios y una sonrisa encantadora. Su casa era muy agradable, se jugaba mucho en ella, de manera que yo encontraba allí un placer todavía mayor que el que la dama me inspiraba.

Madame Trevor era extremadamente coqueta y tenía el ingenio fino y rebuscado con que la coquetería favorece a las mujeres que no tienen otro. Se llevaba muy mal con su marido, del que por lo habitual estaba separada, y había siempre a su alrededor cinco o seis jóvenes ingleses. Al principio me introduje en su círculo porque era más brillante y animado que cualquier otro de Lausana. Pero luego, al ver que la mayoría de los jóvenes que la rodeaban le

hacían la corte, se me metió en la cabeza gustarle. Le escribí una preciosa carta para declararle que estaba enamorado de ella. Se la envié una tarde y volví al día siguiente para recibir su respuesta. El nerviosismo que me producía la incertidumbre sobre el resultado de mi gestión me había dado una especie de fiebre que se parecía bastante a la pasión que al principio sólo quería fingir. Madame Trevor me respondió por escrito, como aconsejaban las circunstancias. Me hablaba de sus vínculos y me ofrecía la más tierna amistad. No tendría que haberme fijado en aquella palabra y esperar hasta dónde nos habría conducido tal amistad. En lugar de eso, creí más oportuno hacer ostentación de la más arrebatada desesperación, porque no me ofrecía más que amistad a cambio de mi amor, y allí estaba yo revolcándome y golpeándome la cabeza contra el muro de aquella desgraciada palabra. La pobre mujer, que probablemente había tenido asuntos con personas más sensatas, no sabía cómo reaccionar ante aquella escena, tanto más embarazosa para ella cuanto que yo no hacía nada por ponerle fin de una manera decorosa para los dos.

Me quedaba a diez pasos se ella y, cuando se acercaba para calmarme o consolarme, me alejaba repitiéndole que, puesto que no sentía por mí más que amistad, sólo me quedaba morir. No pudo sacar de mí nada más durante cuatro horas, y me fui. La dejé, creo, bastante molesta, con un amante que se empeñaba en discutir sobre un sinónimo.

Pasé de este modo tres o cuatro meses, estando cada vez más enamorado, porque cada día chocaba más contra un obstáculo que me había creado yo mismo. Seguí yendo, por lo demás, a casa de madame Trevor, tanto por mi afición al juego como por mi ridículo

amor; madame Trevor soportaba mis extrañas maniobras con una paciencia admirable. Respondía a todas mis cartas, me recibía en su casa sola y me permitía estar con ella hasta las tres de la madrugada. Pero no consiguió nada ni yo tampoco. Yo era de una timidez excesiva y de un apasionamiento frenético; no sabía todavía que había que tomar en vez de pedir y yo estaba pidiendo continuamente y no tomaba nunca. A madame Trevor debí de parecerle un amante de una extraña especie. Pero, como las mujeres aman siempre todo aquello que prueba que son capaces de inspirar una gran pasión, se acostumbró a mis rarezas y nunca me recibió mal.

Incluso estuve celoso de un inglés a quien madame Trevor le traía sin cuidado y quise obligarlo a batirse conmigo. Él pensó que podía aplacarme confesándome que, lejos de seguir mis pasos, ni siquiera encontraba agradable a madame Trevor. Entonces quise batirme con él porque no hacía justicia a la mujer a la que yo amaba. Nuestras pistolas ya estaban cargadas cuando mi inglés, que no tenía ningunas ganas de un duelo tan ridículo, tuvo una salida airosa. Requirió a los padrinos y me anunció que iba a decirles por qué nos batíamos. Traté de convencerlo de que debía guardar el secreto, pero se burló de mí, y no tuve más remedio que renunciar a mi brillante empresa para no comprometer a la dama de mis pensamientos.

Cuando llegó el invierno, mi padre me anunció que me preparara para reunirme con él en París. Mi desesperación no tuvo límites. Madame Trevor parecía muy afectada. A menudo la tomaba en mis brazos, empapaba sus manos con mis lágrimas, me pasaba las noches llorando en un banco donde la había visto sentada; ella

lloraba conmigo y, si me hubiera olvidado de discutir sobre el significado de las palabras, tal vez habría tenido más éxito. Pero todo se redujo a un casto beso sobre unos labios ligeramente ajados. Finalmente partí en un estado de sufrimiento inexpresable. Madame Trevor prometió escribirme, y me arrancaron de su lado.

Mi dolor era tan evidente que, incluso dos días después, uno de mis primos, que viajaba con nosotros, intentó persuadir a mi padre para que me mandara a Suiza, convencido como estaba de que yo no resistiría el viaje. En fin, lo resistí y llegamos. Me encontré con una carta de madame Trevor. Su tono era frío, pero le agradecí que hubiera cumplido su promesa. Le respondí utilizando el lenguaje del amor más apasionado. Obtuve una segunda carta todavía más insignificante que la primera. Por mi parte, yo me iba enfriando a medida que nuestras cartas se las llevaba el correo. No le escribí más, y nuestra relación se acabó.

No obstante, volví a ver a madame Trevor en París, tres meses después: no experimenté ninguna emoción y creo que la suya sólo fue provocada por la sorpresa de ver en mí una indiferencia tan absoluta. La pobre mujer continuó todavía algunos años con su oficio de coqueta e hizo bastante el ridículo. Luego regresó a Inglaterra, donde, según me han dicho, se volvió casi loca a causa de ataques nerviosos.

Aquellos primeros meses de mi estancia en París fueron muy agradables. Fui gratamente recibido por el círculo del señor Suard, en cuya casa iba a alojarme de nuevo. Mi espíritu, que entonces carecía por completo de sobriedad y de rectitud, pero que tenía un carácter epigramático muy divertido, mis conocimientos, que, aunque muy deshilvanados, eran superiores a los de la mayoría de

las personas de letras de la generación que surgía, la originalidad de mi personalidad, todo ello se consideraba excitante. Fui festejado por todas las mujeres de la camarilla de madame Suard, y los hombres atribuyeron a mi edad una impertinencia que, al no residir en los modales sino en las opiniones, resultaba menos patente y menos ofensiva. Sin embargo, cuando recuerdo lo que decía entonces y el desprecio que manifestaba por todo el mundo, todavía no comprendo cómo se me pudo tolerar. Recuerdo que un día, habiéndome encontrado con uno de los hombres de nuestro círculo que tenía treinta años más que yo, me puse a hablar con él, y mi conversación giró, como de costumbre, sobre lo ridículas que eran las personas que veíamos a diario. Después de haberme burlado de todo el mundo, le cogí repentinamente de la mano y le dije:

–Os he hecho reír a costa de todos nuestros amigos, pero no vayáis a pensar que, porque me he burlado de ellos con vos, no me voy a burlar de vuestra merced con ellos; le advierto que no hemos hecho ese pacto.

El juego, que ya me había creado tantos problemas y que me los seguiría creando después, vino a enturbiar mi vida y a echar a perder todo lo que la bondad de mi padre había hecho por mí.

En Suiza había conocido, en casa de madame Trevor, a una francesa anciana, madame de Bourbonne, jugadora compulsiva, por lo demás, buena mujer y bastante original: jugaba cuando iba en coche, jugaba en la cama, jugaba en el baño, por la mañana, por la noche, por la tarde, jugaba a todas horas y en cualquier lugar siempre que podía. Yo iba a verla a París donde todos los días organizaba un quince[8] en el que yo procuraba estar. Perdía generalmente cuanto llevaba, que era todo lo que me tenía asignado

mi padre y todo lo que yo conseguía que me prestaran, lo que afortunadamente no era muy considerable, a pesar de que no subestimaba ningún medio de contraer deudas.

A propósito de esto tuve una aventura bastante divertida con una de las mujeres más ancianas del círculo de madame Suard. Se trataba de madame Saurin, señora de Saurin, el filósofo y autor de *Espartaco*. Había sido muy hermosa, cosa que sólo recordaba ella, pues tenía sesenta y cinco años. Me había distinguido con su amistad, y, aunque yo había cometido la equivocación de burlarme un poco de ella, tenía más confianza en madame Saurin que en cualquier otra persona de París. Un día había perdido en casa de madame de Bourbonne todo el dinero que tenía y el que me había podido jugar a crédito. Presionado para que pagara, se me ocurrió recurrir a madame Saurin para que me prestara lo que me faltaba. Pero, como yo mismo desaprobaba aquella acción, le escribí, en lugar de hablarle, diciéndole que iría a recoger su respuesta durante la velada. Y en efecto fui. La encontré sola. Mi timidez natural, aumentada por la circunstancia, hizo que esperase bastante tiempo a que ella me hablara de mi nota. Finalmente, como ella no decía palabra, me decidí a romper el silencio y empecé ruborizándome, bajando la mirada, y con una voz trémula dije:

–Os extrañará, tal vez, mi atrevimiento. Me entristecería que os formarais de mí una impresión desfavorable por algo que no me habría atrevido a pediros nunca, si vuestra amistad, tan grata para mí, no me hubiera animado a ello; la confesión que acabo de haceros, que vuestro silencio me hace temer que os haya ofendido, me ha sido arrancada por un irresistible impulso de confianza en vos.

Todo esto lo decía deteniéndome en cada palabra y sin mirar a madame Saurin. Viendo que no respondía nada, levanté la mirada y vi en su expresión de sorpresa que no daba crédito a mi sermón.

Le pregunté si no había recibido mi carta, y resultó que no. Desconcertado, de buena gana habría retirado mis palabras, si hubiera encontrado otros medios para salir del atolladero en que me encontraba. Pero no tenía más recursos. Tenía que continuar. Y continué:

–Habéis sido tan buena conmigo, me habéis demostrado tanto cariño. Tal vez me haya hecho demasiadas ilusiones. Pero hay momentos en que un hombre pierde la cabeza. Nunca me perdonaré si he traicionado vuestra amistad. Por favor, permitidme que no hable más de esa desafortunada carta. Permitidme que os oculte lo que escapó de mí en un momento de obnubilación.

–No –me contestó–, confiad en mí. Quiero saberlo todo, acabad, acabad.

Y se cubrió el rostro con las manos mientras todo su cuerpo temblaba. Comprendí claramente que había tomado lo que acababa de decirle por una declaración de amor. Aquella equivocación, su emoción y una gran cama de damasco rojo que había a dos pasos de nosotros me sumieron en un inexpresable terror. Pero reaccioné como un cobarde indignado y me apresuré a deshacer el equívoco.

–En el fondo –le dije–, no sé por qué os molesto con algo tan insignificante. He cometido la torpeza de jugar, perdí más dinero del que dispongo en este momento y os escribí para saber si podríais hacerme el favor de prestarme lo que me falta para salir del paso.

Madame Saurin permaneció inmóvil. Apartó las manos de su rostro, que ya no necesitaba ocultar. Se levantó sin decir una palabra

y me entregó el dinero que le había pedido. Estábamos tan turbados que todo transcurrió en silencio. Ni siquiera abrí la boca para darle las gracias.

Fue en aquella misma época (1787) cuando me encontré con la primera mujer con una inteligencia superior que he conocido y una de las mayores a las que traté nunca. Se llamaba madame de Charrière. Era una holandesa de una de las mejores familias de aquel país y en su juventud había dado mucho que hablar por su inteligencia y la extravagancia de su carácter. Con treinta años cumplidos, y después de muchas pasiones, algunas de las cuales habían sido desdichadas, se había casado, a pesar de la oposición de su familia, con el preceptor de sus hermanos, hombre inteligente y de maneras delicadas y nobles, pero el más frío y flemático que pueda imaginarse. Durante los primeros años de su matrimonio, su mujer lo había atormentado mucho tratando de hacerle compartir sus inquietudes, y la decepción de no conseguirlo más que rara vez pronto destruyó la felicidad que ella se había prometido con aquella unión en ciertos aspectos desproporcionada. Un hombre mucho más joven que ella, con una inteligencia mediocre pero una hermosa figura, le causó una profunda impresión. Nunca supe todos los detalles de aquella pasión, pero lo que ella me dijo y lo que me contaron otros me bastó para comprender que había sido una relación muy intensa y desgraciada, que el enfado de su marido había turbado su paz interior y que finalmente el joven, motivo de todo, la había abandonado por otra mujer con la que se había casado, y ella había pasado algún tiempo sumida en la más negra desesperación. Esta desesperación favoreció su reputación literaria, pues le inspiró la más hermosa de las obras que escribió: se titula

Calixto y forma parte de una novela publicada con el título de *Cartas escritas desde Lausana*.

Cuando la conocí estaba haciendo gestiones para imprimir el libro. Su inteligencia me sedujo. Nos pasábamos días y noches hablando. Ella era muy severa en sus juicios sobre las personas a las que conocía. Yo, por naturaleza, era bastante burlón. Congeniamos inmediatamente. Pero enseguida descubrimos en el otro aspectos más íntimos y esenciales. Madame de Charrière tenía una manera tan original y animada de considerar la vida, tal desprecio por los prejuicios, tanta vehemencia en sus pensamientos, y una superioridad tan grande y desdeñosa sobre el común de los hombres que, en mi ánimo, a mis veinte años, extravagante y desdeñoso yo también, su conversación representaba un placer hasta entonces desconocido. Me entregaba a ella en un estado de éxtasis. Su marido, que era un hombre honrado y que sentía cariño y admiración por ella, la había llevado a París para distraerla de la tristeza en que la había sumido el abandono del hombre al que había amado. Ella tenía veintisiete años más que yo, de manera que nuestra relación no podía preocuparlo. Estaba encantado y la animaba con todas sus fuerzas. Todavía recuerdo con emoción los días y las noches que pasamos juntos bebiendo té y hablando de cualquier cosa con una pasión inagotable. Pero aquella nueva pasión no absorbía, sin embargo, todo mi tiempo. Desgraciadamente, me sobraba el suficiente como para hacer muchas tonterías y contraer nuevas deudas. Una mujer que desde París tenía correspondencia con mi padre, lo puso al corriente de mi conducta, pero le escribió al mismo tiempo que yo podría solucionarlo todo si conseguía casarme con una joven del círculo en el que me movía habitualmente y que

debía de disponer de ochocientos mil francos de renta. Esta idea sedujo mucho a mi padre, cosa muy natural. Me la comunicó en una carta que contenía, por lo demás, muchos y justos reproches, y que terminaba diciéndome que no consentiría en prolongar mi estancia en París más que si intentaba poner en práctica aquel interesante proyecto, si es que creía tener alguna posibilidad de éxito.

La joven en cuestión tenía dieciséis años y era muy hermosa. Su madre me había recibido muy amistosamente a mi llegada. Me veía entre la necesidad de intentar, al menos, algo cuyo resultado me habría convenido mucho o de abandonar una ciudad en la que me divertía enormemente para reunirme con un padre que me esperaba indignado. No dudé en intentarlo. Empecé, según la costumbre, por escribir a la madre para pedirle la mano de su hija. Me respondió muy cariñosamente, pero negándomela porque su hija ya estaba prometida con un hombre con quien se iba a casar en pocos meses. Sin embargo, no creo que ni siquiera ella considerara su rechazo como irrevocable, porque, por un lado, como me enteré más tarde, había solicitado en Suiza informaciones sobre mi fortuna y, por otro, me facilitaba todas las ocasiones para estar a solas con su hija. Pero me comporté como un auténtico loco. En lugar de aprovecharme de la amabilidad de la madre, que, a la vez que me rechazaba, me daba pruebas de amistad, me propuse iniciar un romance con la hija, y lo hice de la manera más absurda. No traté en absoluto de agradarla; ni siquiera le dije una palabra acerca de mis sentimientos. Cuando me la encontraba sola, continuaba hablando con ella, de la manera más tímida del mundo, sobre asuntos insignificantes. Pero le escribí una hermosa carta, tratándola como alguien a quien sus padres querían casar contra su voluntad con un hombre al que no amaba, y

le propuse que se fugara. Su madre, a quien sin duda mostró aquella extraña carta, tuvo conmigo la delicadeza de dejar que su hija me respondiera como si ella no la hubiera instruido al respecto.

Mademoiselle Pourras –así se llamaba– me escribió que era cosa de sus padres decidir su futuro y que no le agradaba recibir cartas de un hombre. No me di por aludido y volví a la carga con mis proposiciones de fuga, de rapto, de protección contra el matrimonio que querían obligarla a contraer. Se diría que escribía a una víctima que hubiera implorado mi ayuda, a una persona que sentía por mí toda la pasión que yo creía sentir por ella, pero, en realidad, todas mis caballerescas cartas estaban dirigidas a una jovencita muy razonable que no me amaba en absoluto, que no sentía ninguna repugnancia por el hombre que le habían destinado y que no me había dado ni motivo ni derecho para escribirle de aquella manera. Pero yo había tomado aquel camino y por nada del mundo quería abandonarlo.

Lo más inexplicable de todo era que, cuando veía a mademoiselle Pourras, yo no decía ni una palabra que tuviera que ver con mis cartas. Su madre continuaba dejándome a solas con ella, a pesar de mis extravagantes proposiciones, de las que seguramente tenía conocimiento, y eso es lo que me confirma en la idea de que todavía habría podido tener éxito. Pero, lejos de aprovechar aquellas ocasiones, en cuanto me encontraba a solas con mademoiselle Pourras, me volvía de una timidez extrema. No le hablaba más que de cosas insignificantes y no hacía ni una sola alusión a las cartas que le escribía cada día ni al sentimiento que me las dictaba.

Finalmente, una circunstancia que no tenía nada que ver conmigo provocó una crisis que terminó con todo. Madame Pourras,

que había sido una mujer galante toda su vida, tenía todavía un amante en activo. Después de haberle pedido la mano de su hija, continuó tratándome con amistad, como si ignorara mi absurda correspondencia, y, mientras escribía todos los días a la hija proponiéndole la fuga, hacía a la madre confidente de mi amor y de mi desgracia, todo ello, debo confesar, sin ninguna intención ni mala fe. Sencillamente aquél era el camino que había tomado con la una y con la otra. Tenía, pues, largas conversaciones a solas con madame Pourras. Su amante se sintió celoso. Hubo escenas violentas, y madame Pourras, que, estando a punto de cumplir cincuenta años, no quería perder a aquel amante que podía ser el último, decidió tranquilizarlo. Yo no sospechaba nada y, estando un día con mis habituales lamentaciones ante madame Pourras, apareció de repente el señor de Sainte-Croix –éste era el nombre del amante– de muy buen humor. Madame Pourras me cogió de la mano, me llevó hacia él y me pidió que le confesara solemnemente que era de su hija de quien estaba yo enamorado, que era a su hija a quien había pedido yo en matrimonio y que ella era completamente ajena a mis visitas a su casa. Ella no veía en la confesión que me exigía más que un medio de acabar con los celos del señor de Sainte-Croix. Pero yo veía el asunto desde otro punto de vista: me veía arrastrado ante un extranjero para confesarle que era un amante desgraciado, un hombre rechazado por la madre y por la hija. Mi amor propio herido me sumió en un auténtico delirio. Por casualidad tenía aquel día en mi bolsillo un frasquito de opio que llevaba conmigo desde hacía algún tiempo. La idea de tener opio había surgido como consecuencia de mi relación con madame de Charrière, que tomaba mucho durante su enfermedad y cuya conversación, siempre

brillante e ingeniosa pero muy extravagante, me tenía en una especie de ebriedad espiritual que no contribuyó poco a todas las tonterías que cometí en aquella época.

Empecé a decir que quería matarme y, a fuerza de decirlo, llegué casi a creérmelo yo mismo, a pesar de que en el fondo no tuviese ninguna gana de ello. Con mi opio en el bolsillo y, mientras daba un espectáculo al señor de Sainte-Croix, experimenté una especie de apuro del que me pareció más fácil salir mediante una escena que mediante una tranquila conversación. Preveía que el señor de Sainte-Croix me haría preguntas, me demostraría afecto, pero, como me sentía humillado, las preguntas, el afecto y todo lo que pudiera prolongar aquella situación me resultaban insoportables. Estaba seguro de que si me tragaba el opio acabaría con todo aquello. Además, hacía tiempo que se me había metido en la cabeza que querer matarse por una mujer era un medio de gustarle.

Esta idea no es exactamente cierta. Cuando se gusta ya a una mujer y ella desea entregarse, es bueno amenazarla con matarse porque se le da un pretexto decisivo, rápido y honorable. Pero, cuando uno no es amado en absoluto, ni la amenaza ni el acto producen el menor efecto. En toda mi aventura con mademoiselle Pourras había un error de raíz, y es que el romance sólo lo vivía yo. Así, cuando madame Pourras terminó su interrogatorio, le dije que le agradecía que me hubiera puesto en una coyuntura que no me dejaba más que una solución, saqué el frasquito y me lo llevé a la boca. Recuerdo que, en el corto instante transcurrido durante aquella operación, un dilema acabó de decidirme.

«Si muero –me dije–, habrá acabado todo y, si me salvan, es imposible que mademoiselle Pourras no se enternezca por un

hombre que ha querido matarse por ella.»

Así pues, me tragué mi opio. No creo que hubiera bastante como para perjudicarme y, como además el señor de Sainte-Croix se abalanzó sobre mí, más de la mitad se cayó al suelo. Todo el mundo se asustó. Me hicieron tomar ácidos para contrarrestar el efecto del opio. Hice cuanto me pidieron con docilidad no porque tuviese miedo, sino porque habrían insistido y me habría resultado molesto resistirme. Cuando digo que no tenía miedo no es porque supiera que corría poco peligro. Yo no conocía en absoluto los efectos que producía el opio y me los imaginaba mucho más terribles. Pero, de acuerdo con mi dilema, me era completamente indiferente el resultado. No obstante, mi docilidad en dejarme suministrar todo aquello que podía impedir la consecuencia de lo que acababa de hacer debió de persuadir a los espectadores de que aquella tragedia no tenía nada de serio.

No ha sido la única vez en mi vida que, después de un acto grandioso, me ha fastidiado de repente la solemnidad que habría sido necesaria para apuntalarlo y, por puro aburrimiento, he deshecho mi propia obra. Tras administrarme todos los remedios que se pensaron útiles, se me soltó un pequeño sermón medio compasivo, medio doctoral, que escuché con aire compungido; mademoiselle Pourras apareció, pues no estaba presente mientras yo hacía todas aquellas locuras por ella, y tuve la inconsecuente delicadeza de secundar a su madre en sus esfuerzos para que la hija no se diera cuenta de nada. Mademoiselle Pourras iba arreglada para la ópera, donde estrenaban *Tarare*, de Beaumarchais. Madame Pourras me propuso acompañarlas y acepté, de modo que mi envenenamiento desembocó, para que todo acabara siendo

tragicómico en aquel asunto, en una velada en la ópera. Estuve incluso muy alegre, ya fuera porque el opio había producido en mí aquel efecto, o, cosa que me parece más probable, porque quería olvidar la lobreguez de lo ocurrido y necesitaba divertirme.

Al día siguiente, madame Pourras, que vio la necesidad de poner término a mis extravagancias, tomó como excusa mis cartas a su hija, que fingió no conocer hasta aquel día, y me escribió que había abusado de su confianza al proponer a su hija que se fugase mientras yo era recibido en su casa. Por consiguiente, me anunciaba que no me recibiría más y, para quitarme toda esperanza y todo medio de continuar con mis tentativas, hizo llamar al señor de Charrière, a quien rogó que preguntara a su hija lo que sentía por mí. Mademoiselle Pourras respondió con toda sinceridad al señor de Charrière que yo jamás le había hablado de amor, que le habían sorprendido mucho mis cartas, que jamás había hecho nada ni había dicho nada que pudiera autorizarme a semejantes proposiciones, que no me amaba en absoluto, que estaba muy contenta con el matrimonio que sus padres proyectaban para ella y que aprobaba encantada todas las decisiones de su madre a mi respecto. El señor de Charrière me contó aquella conversación añadiendo que, si él hubiera notado en la joven el menor interés por mí, habría intentado inclinar a la madre a mi favor.

Y así terminó la aventura, aunque no puedo decir que sintiese una gran pena. Había estado obnubilado durante algunos momentos; la irritación ante el obstáculo me había inspirado una especie de obstinación; el miedo a ser obligado a volver con mi padre me había hecho perseverar en una empresa desesperada; mi mala cabeza me había hecho elegir los medios más absurdos a los

que mi timidez había vuelto todavía más absurdos. Pero creo que nunca hubo amor en el fondo de mi corazón. Lo único que sé es que al día siguiente de renunciar a aquel proyecto estaba completamente consolado.

La persona que, incluso mientras llevaba a cabo todos aquellos disparates, ocupaba verdaderamente mi cabeza y mi corazón era madame de Charrière. En medio de toda la agitación de mis románticas cartas, de mis proposiciones de rapto, de mis amenazas de suicidio y de mi teatral envenenamiento, pasaba horas, noches enteras hablando con Madame de Charrière y, durante aquellas conversaciones, me olvidaba de mis preocupaciones por mi padre, de mis deudas, de mademoiselle Pourras y del mundo entero. Estoy convencido de que sin aquellas conversaciones mi conducta habría sido menos alocada. Todas las opiniones de madame de Charrière se basaban en el desdén de cualquier convencionalismo y costumbre. Nos burlábamos a cuál más de todos nuestros conocidos: nos embriagábamos con nuestras bromas y nuestro desprecio por la especie humana, y el resultado de todo aquello era que yo actuase como he dicho, riéndome, en ocasiones, como un loco, media hora después de lo que había hecho de buena fe y desesperado media hora antes. El final de todos mis proyectos con mademoiselle Pourras me unió más estrechamente todavía a madame de Charrière: ella era la única persona con la que yo charlaba libremente porque era la única persona que no me aburría con consejos y reconvenciones sobre mi conducta.

De las demás mujeres del círculo en el que me movía, unas se interesaban por mí por amistad y me reconvenían a la menor ocasión. A otras les habría gustado, imagino, encargarse de la

educación de un joven que parecía tan apasionado y me lo daban a entender de una manera bastante clara. Madame Suard se había empeñado en casarme. Quería que desposara a una joven de dieciséis años muy espiritual, muy amanerada, nada bonita y que sería rica cuando muriera un tío anciano. Por cierto, en el momento en que escribo esto, 1811, el tío vive todavía. La joven, que se casó después con el señor Pastoret, célebre durante la revolución por su necedad, tuvo algunas aventuras, quiso divorciarse para casarse con un hombre al que yo conocía bien y del que hablaré más tarde, tuvo un hijo con él, hizo algunas locuras para conseguirlo y después de perderlo se convirtió con mucho arte en una mojigata y hoy en día es una de las mujeres más consideradas de París. En la época en que madame Suard me la propuso, tenía unas ganas enormes de tener un marido y se lo contaba a todo el mundo inocentemente. Pero ni los proyectos de madame Suard, ni los manejos de algunas señoras mayores, ni los sermones de otras produjeron ningún efecto en mí. En cuanto a matrimonio, sólo me interesaba mademoiselle Pourras. En cuanto a físico, también prefería a mademoiselle Pourras. En cuanto a inteligencia, no veía, no escuchaba, no quería más que a madame de Charrière. Y no es que no aprovechara las pocas horas que estábamos separados para hacer otras tonterías.

No sé quién me presentó en casa de una joven que se hacía llamar condesa de Linières. Ésta procedía de Lausana, donde su padre era carnicero. Un joven inglés la había raptado, incendiando la casa donde vivía, y la había llevado a París, donde ella había continuado, después de que la abandonara aquel primer amante, ejerciendo un oficio que su hermosa figura hacía lucrativo. Tras haber reunido algún dinero, desposó a un tal señor de Linières,

muerto al poco tiempo, y, convertida en viuda y condesa, regentaba una casa de juego. Tenía ya los cuarenta y cinco años bien cumplidos, pero, para no renunciar por completo a su primer estado, se había agenciado una hermana joven, de unos veinte años, alta, lozana, bien hecha y tonta a rabiar. A su casa acudían hombres decentes y muchos estafadores. Se ensañaron conmigo, a cuál más. Me pasaba allí la mitad de las noches perdiendo mi dinero y luego me iba a charlar con madame de Charrière, que no se acostaba antes de las seis de la mañana, y me pasaba durmiendo la mitad del día. No sé si mi disipado estilo de vida llegó a oídos de mi padre o si bastó la noticia de mi poco éxito con mademoiselle Pourras para decidirlo a hacerme abandonar París. Pero, cuando menos me lo esperaba, se presentó en mi casa un tal señor Benay, lugarteniente de su regimiento, encargado de conducirme junto a él a Bois-le-Duc.

Estaba convencido de que merecía todos los reproches, y la especie de caos de ideas en que la conversación de madame de Charrière me había sumido me hacía insoportable por adelantado todo lo que pensaba que escucharía. Me resigné, sin embargo, y la idea de no obedecer a mi padre ni se me ocurrió. Pero un percance con el coche retrasó mi partida. Mi padre me había dejado en París un viejo coche en el que habíamos viajado y, en mis apuros monetarios, se me había ocurrido venderlo. El señor Benay, contando con aquel coche, había venido en un pequeño cabriolé de una plaza. Tratamos de encontrar una silla de posta en el guarnicionero que me había comprado la de mi padre, pero no tenía ninguna o no quería alquilárnosla. Este contratiempo nos retraso un día entero. Durante aquel día mi cabeza continuó cavilando, y la conversación de madame de Charrière no contribuyó poco a aquel

cavilar. Ella seguro que no imaginaba el efecto que producía en mí. Pero, al hablarme continuamente de la estupidez del género humano, del absurdo de los prejuicios, al compartir mi admiración por cuanto era extravagante, extraordinario, original, terminó por inculcarme el deseo de encontrarme también yo fuera de la senda habitual. No tenía, sin embargo, ningún proyecto, pero, con no sé qué idea confusa, tomé prestado por si acaso de madame de Charrière una treintena de luises.

Al día siguiente, el señor Benay vino a deliberar conmigo sobre la manera en que viajaríamos, y convenimos en que nos serviríamos de su coche de una plaza, apañándonoslas como mejor pudiéramos. Puesto que él no había visto nunca París, le sugerí que no partiésemos hasta la noche, a lo que consintió fácilmente. Yo no tenía ningún motivo concreto para aquella proposición, pero retrasaba un poco más el momento temido. Tenía mis treinta luises en el bolsillo y experimentaba una especie de placer diciéndome que todavía era dueño de hacer lo que quisiera. Fuimos a cenar al Palais-Royal. El azar quiso que a mi lado se encontrara un hombre al que había visto en ocasiones en casa de madame de Bourbonne y con quien había charlado agradablemente, ya que tenía bastante ingenio. Recuerdo todavía su nombre, que la circunstancia en que lo vi por última vez (aquel día era el 24 de junio de 1787) grabó en mi memoria: caballero de La Roche Saint-André. Gran químico, hombre de talento que jugaba fuerte y siempre era bien recibido. Me dirigí a él y, obsesionado como estaba con mi situación, me lo llevé aparte y le hablé con el corazón en la mano. Me escuchó probablemente con bastante indiferencia, como yo habría hecho en su lugar.

En el transcurso de mi sermón le dije que por momentos tenía ganas de acabar con todo aquello fugándome:

–¿Y adónde iría? –me dijo distraído.

–Pues a Inglaterra –respondí yo.

–Me parece bien –respondió–, es un hermoso país, y bastante libre.

–Todo se habrá arreglado –le dije– cuando regrese.

–Seguramente –replicó–. Con el tiempo todo se arregla.

El señor Benay se acercó, y volví con él a terminar la cena que habíamos comenzado. Pero la conversación con el señor de La Roche Saint-André había actuado sobre mí de dos maneras: 1) mostrándome que los demás concederían muy poca importancia a una fuga que hasta entonces me había parecido la cosa más terrible; 2) haciéndome pensar en Inglaterra, lo que daba una dirección a mi aventura, si me decidía a escapar. Indudablemente, aquello no significaba que tuviera el menor motivo para ir a Inglaterra más que a otra parte ni que esperara encontrar en ella la menor acogida; pero, en fin, mi imaginación estaba dirigida hacia un país más que hacia otro. Sin embargo, en principio no experimenté más que una especie de impaciencia provocada por la sensación de que el momento en que la decisión estaba todavía en mis manos iba a expirar o incluso de que aquel momento ya había pasado, ya que debíamos tomar el coche nada más cenar, y era probable que el señor de Benay ya no me dejara solo hasta entonces. Al abandonar la mesa, volví a encontrarme con el caballero de La Roche, que me dijo riendo:

–Pero ¡cómo! ¿Todavía no se ha ido?

Aquella frase redobló mi lamento por no ser libre ya para hacerlo. Regresamos a casa, hicimos las maletas, llegó el coche, nos subimos. Yo suspiraba diciéndome que por esta vez todo estaba decidido ya y apretaba malhumorado mis inútiles treinta luises en el bolsillo. Íbamos horriblemente apretados en el pequeño cabriolé de una plaza. Yo iba en el fondo, y el señor Benay, que era bastante alto y sobre todo muy gordo, iba sentado en una pequeña silla, entre mis piernas, sacudido y perdiendo el equilibrio a cada bache, golpeándose la cabeza a derecha o a izquierda. Apenas habíamos dado diez pasos cuando comenzó a quejarse. Yo lo acompañé en sus quejas, con la idea de que si volvíamos a casa me encontraría de nuevo en libertad de hacer lo que quisiera. Efectivamente, no habíamos abandonado todavía París cuando dijo que le era imposible continuar así y me pidió que lo dejáramos para el día siguiente y buscáramos otra manera de viajar. Consentí en ello, lo acompañé a su hotel y de nuevo estaba en mi casa a las once de la noche, con diez o doce horas por delante para deliberar.

No necesité tantas para decidirme por una locura mucho más grave, y con mucha más culpa, que ninguna de las que había cometido hasta entonces. Pero yo no lo consideraba así. La cabeza me daba vueltas tanto por el miedo a volver a ver a mi padre como por todos los sofismas que había repetido y escuchado repetir sobre la independencia. Estuve paseándome durante una media hora por mi habitación; luego, cogiendo una camisa y mis treinta luises, bajé por la escalera, giré la manivela, la puerta se abrió y salí a la calle. Todavía no sabía qué quería hacer. En general, lo que más me ha ayudado en mi vida a tomar decisiones absurdas, en teoría dictadas por un temperamento decidido, era precisamente la ausencia

completa de tal decisión y el presentimiento que siempre he tenido de que hiciese lo que hiciese nunca era irrevocable. De este modo, tranquilizado por la misma incertidumbre sobre las consecuencias de una locura que me decía que tal vez no cometería, di un paso tras otro y la cometí.

Aquella vez, fue exactamente así como me dejé arrastrar a mi ridícula huida. Pensé durante algunos instantes dónde pasaría la noche y fui a pedir hospitalidad a una persona de una virtud sospechosa que había conocido a principios del invierno. Me recibió con todo el cariño propio de su condición. Pero le dije que no se trataba ahora de sus encantos, que tenía que hacer un viaje de algunos días a unas cincuenta leguas de París y que necesitaba que me facilitara una silla de posta de alquiler para el día siguiente, tan temprano como pudiera. Mientras esperaba, como estaba muy nervioso, me propuse tomar fuerzas y pedí vino de Champaña, del que bastaron algunos vasos para que perdiera las pocas facultades que me quedaban para reflexionar. A continuación me dormí con un sueño bastante agitado y cuando desperté me topé con un guarnicionero que me alquiló una silla a tanto por día, sin interesarse por mi ruta y limitándose a hacerme firmar un contrato que firmé con un nombre falso, decidido a devolverle su coche desde Calais. Mi dama me había conseguido también caballos de posta. Le pagué con largueza y me encontré huyendo a uña de caballo hacia Inglaterra con veintisiete luises en el bolsillo, sin haber tenido tiempo de reflexionar ni un solo instante. En veintidós horas ya estaba en Calais. Encargué al señor Dessin que devolviera la silla a París y fui en busca de algún barco. Había uno que salía en aquel momento. Yo no tenía pasaporte, pero en aquellos felices tiempos,

desde que los franceses, tratando de ser libres, instauraron la esclavitud entre ellos y entre los demás, habían desaparecido los obstáculos que conlleva cualquier trámite. Un mozo de alquiler se encargó, por seis francos, de llenar todos los formularios necesarios, y, tres cuartos de hora después de mi llegada a Calais, me encontraba embarcado.

Llegué por la noche a Douvres, conocí a un compañero de viaje que quería ir a Londres, y a la mañana del día siguiente me hallaba en aquella inmensa ciudad, sin nadie que me conociera, sin nada que hacer y con quince luises por todo capital. Lo primero que quería era buscar alojamiento en una casa en la que había estado algunos días en mi última visita a Londres. Necesitaba ver un rostro conocido. No había sitio, pero me facilitaron hospedaje cerca. Mi primera preocupación, una vez alojado, fue escribir a mi padre. Le pedía perdón por mi extraña huida, que trataba de justificar lo mejor que podía; le dije que había sufrido horriblemente en París, que estaba, sobre todo, harto de los hombres y deslicé algunas frases filosóficas sobre lo agotadora que resultaba la sociedad y sobre la necesidad de soledad. Le pedía permiso para pasar tres meses en Inglaterra en un retiro absoluto y terminé con un giro verdaderamente cómico, sin darme cuenta de ello, hablándole de mi deseo de casarme y vivir tranquilo con mi mujer junto a él.

La realidad es que no sabía qué escribir, que tenía realmente necesidad de descansar de los seis meses de agitación moral y física, y que, encontrándome por primera vez completamente solo y libre, ardía en deseos de gozar de aquella situación desconocida a la que aspiraba desde hacía tanto tiempo. No me preocupaba para nada el dinero, pues de mis quince luises empleé dos rápidamente

en comprar dos perros y un mono. Me llevé a mi alojamiento aquellas hermosas compras. Sin embargo, me peleé enseguida con el mono. Quise pegarle para corregirlo. Pero se enfureció de tal manera que, a pesar de ser muy pequeño, no pude hacerme con él y lo devolví a la tienda de animales donde lo había comprado y donde me dieron un tercer perro a cambio. Pero pronto me harté de tanto animal y revendí dos de los perros por la cuarta parte de lo que me habían costado. El tercer perro me cogió mucho cariño y fue mi fiel compañero en todas las peregrinaciones que emprendería muy pronto.

Mi vida en Londres, si prescindo de la inquietud que me producía la ignorancia del estado de ánimo de mi padre, no era ni dispendiosa ni desagradable. Pagaba media guinea a la semana por mi alojamiento, gastaba unos tres chelines al día en mi manutención y otros tres más en extras, de manera que contaba con mis trece luises para subsistir casi un mes. Pero, al cabo de dos días, se me ocurrió recorrer Inglaterra y empecé a pensar en cómo costearlo. Recordaba la dirección del banquero de mi padre, que me prestó veinticinco luises. Descubrí también la residencia de un hombre joven al que había conocido y al que había hecho muchos favores en Lausana, cuando me movía en el círculo de madame Trevor. Fui a verlo. Era un hermoso joven, el más pagado de sí mismo que viera jamás; se pasaba tres horas en el peluquero, con un espejo en la mano, para dirigir él mismo la colocación de cada cabello. Por lo demás, no carecía de ingenio y tenía bastantes conocimientos de literatura antigua, como casi todos los jóvenes ingleses de alto rango. Su fortuna era muy considerable, y era de cuna distinguida.

Se llamaba Edmund Lascelles; fue miembro, aunque bastante oscuro, del Parlamento. Así pues, fui a verlo; me recibió con educación, pero sin que pareciese recordar nada de nuestra anterior relación. No obstante, como en el transcurso de nuestra conversación me preguntó si podía serme útil en algo y yo seguía teniendo en la cabeza mi viaje por las provincias de Inglaterra, le pedí que me prestara cincuenta luises. Me los negó excusándose torpemente en la ausencia de su banquero y en no sé que otros pretextos. Su ayuda de cámara, honrado suizo que conocía a mi familia, me escribió para ofrecerme cuarenta guineas. Pero su carta, enviada a mi casa durante una excursión que hice fuera de Londres, me llegó mucho tiempo después y cuando él ya había dispuesto de su dinero de otra manera. Coincidió que en la casa al lado de la mía se alojaba uno de mis antiguos amigos de Edimburgo, llamado John Mackay, quien tenía no sé qué empleo subalterno en Londres. Estuvimos encantados de volver a vernos. Y yo lo estuve al no encontrarme ya en una soledad tan absoluta: pasaba varias horas del día con él, aunque no tuviera un ingenio muy brillante. Pero me traía agradables recuerdos y le tenía afecto, además, por nuestra común amistad con el hombre del que hablé cuando conté mi vida en Edimburgo, aquel John Wilde, tan extraordinario por su talento y su carácter, que terminó de forma tan lamentable. John Mackay me produjo un segundo placer del mismo género al facilitarme la dirección de uno de nuestros camaradas, que había conocido en la misma época. Aquello me procuró algunas agradables veladas, pero no hacía progresar mis proyectos. Sin embargo, era para mí un nuevo motivo para llevarlos a cabo, porque aquellos encuentros me habían recordado vivamente mi estancia en Escocia. Escribí a John

Wilde y recibí una respuesta tan amistosa que me prometí no abandonar Inglaterra sin verlo de nuevo.

Mientras tanto, continuaba viviendo en Londres, cenando frugalmente, yendo de cuando en cuando a algún espectáculo e incluso a alguna casa de citas, gastando de ese modo el dinero de mi viaje, no haciendo nada, aburriéndome algunas veces, otras preocupándome por mi padre y haciéndome graves reproches, pero, a pesar de todo ello, con un indecible sentimiento de bienestar por mi completa libertad. Un día, al doblar una esquina, me tropecé de narices con otro estudiante de Edimburgo convertido en doctor en medicina y con una situación envidiable en Londres. Se llamaba Richard Kentish y sería conocido más tarde por algunas obras muy apreciadas. No habíamos tenido en Edimburgo una relación demasiado estrecha, pero en ocasiones nos habíamos emborrachado juntos. Se alegró mucho de volverme a encontrar y me llevó inmediatamente a casa de su mujer, a la que yo conocía desde hacía tiempo, porque, mientras yo acababa mis estudios, él se la había traído para casarse en Gretna Green, como se suele hacer cuando los padres no consienten en un matrimonio. Una vez casado con ella, la había llevado a Edimburgo para presentarle a sus antiguos conocidos.

Era una mujer pequeña y delgada, seca, nada guapa, y yo creo que bastante autoritaria. Me recibió con mucha amabilidad. Salían al día siguiente para Brighthelmstone e insistieron en que fuera con ellos prometiéndome toda clase de diversiones. Era precisamente la ruta opuesta a la que yo quería tomar. Por consiguiente, rechacé el ofrecimiento. Pero dos días después reflexioné que lo mismo daba divertirse en un lugar que en otro y tomé una diligencia que me

llevó en un día, junto a una tortuga destinada a la mesa del príncipe de Gales. Una vez allí, me instalé en una pequeña y fea habitación, y salí a continuación a buscar a Kentish, imaginándome que me esperaba la vida más divertida del mundo. Pero Kentish no conocía ni a un gato, no era recibido en sociedad y empleaba su tiempo en curar a algunos enfermos por dinero y en observar a otros en un hospital para aprender. Todo aquello era sin duda muy práctico, pero no respondía a mis expectativas.

Pasé, no obstante, de ocho a diez días en Brighthelmstone, pues no tenía motivos para esperar nada mejor en otra parte y porque aquella primera decepción me desanimaba, aunque equivocadamente, como se verá luego, de mis proyectos sobre Edimburgo. En fin, como me aburría cada vez más, partí súbitamente un día, después de cenar. Lo que decidió mi partida fue el encuentro con un hombre que me propuso hacer el viaje a mitad de precio hasta Londres. Dejé una nota de despedida a Kentish y llegamos a Londres a medianoche. Yo tenía miedo de que nos robasen, ya que llevaba conmigo todo mi dinero y no habría sabido qué hacer. Por eso tenía entre las piernas un pequeño bastón de estoque con la firme resolución de defenderme y dejarme matar antes que entregar mi tesoro. Mi compañero de viaje, que seguramente no llevaba, como yo, toda su fortuna encima, encontraba mi precaución absurda. En fin, nuestro viaje se acabó sin que yo tuviera ocasión de demostrar mi coraje. De vuelta a Londres, dejé una vez más que transcurrieran varios días sin hacer nada. Y, con gran asombro por mi parte, la independencia empezaba a pesarme. Cansado de recorrer las calles de aquella gran ciudad donde nada me interesaba y viendo disminuir mis recursos, tomé

finalmente unos caballos de posta y me fui primero a Newmarket. No sé lo que me decidió por aquel lugar, a menos que fuera el nombre, que me recordaba las carreras de caballos, las apuestas y el juego de los que había oído hablar mucho, pero no era la temporada. Allí no había un alma. Me pasé dos días pensando en lo que quería hacer.

Escribí una cariñosa carta a mi padre para asegurarle que no tardaría en regresar junto a él; conté mi dinero, que vi reducido a dieciséis guineas, y luego, después de haber pagado mi alojamiento, me fui a pie camino adelante, con la resolución de llegar a Northampton, en cuyas cercanías vivía un tal señor Bridges a quien había conocido en Oxford. El primer día recorrí veintiocho millas bajo una lluvia torrencial. La noche me sorprendió de camino entre los desiertos y tristes brezales del condado de Norfolk, y empecé de nuevo a temer que los ladrones no viniesen a poner término a mis aventuras y mis peregrinajes despojándome de todas mis pertenencias. Llegué, no obstante, sin contratiempos a un pequeño pueblo llamado Stokes. Me recibieron con bastantes malos modos en la posada porque me habían visto llegar a pie, y en Inglaterra sólo viajan de esta manera los mendigos y la peor especie de ladrones, conocidos como *footpads*. Me dieron una cama espantosa y me costó mucho trabajo conseguir sábanas blancas; sin embargo, dormí en ella muy bien y, a fuerza de quejarme y darme aires de importancia, conseguí que por la mañana me tratasen como un *gentleman* y que me cobrasen como a tal.

Aquello no era más que una cuestión de honor, pues volví a partir a pie después del desayuno y, tras haber recorrido catorce millas llegué a comer a Lynn, pequeña ciudad comercial, en la que me

detuve de nuevo porque mi manera de viajar empezaba a cansarme. Había caminado toda la mañana bajo un sol de justicia y cuando llegué estaba agotado por el cansancio y por el calor. Empecé por beberme una gran jarra de negus[9] que encontré nada más entrar en la posada y a continuación quise hacer algunas gestiones para continuar mi viaje. Pero me vi de repente completamente ebrio, hasta el punto de no darme cuenta de lo que hacía y no poder responder de mí mismo. Tuve, no obstante, el suficiente sentido común como para sentir terror al verme en aquel estado en una ciudad desconocida, completamente solo y con muy poco dinero en el bolsillo. Era una sensación muy extraña para mí hallarme a merced del primero que llegara y privado de cualquier medio de responder, de defenderme y de actuar. Cerré mi puerta con llave y, al abrigo de los demás, me acosté en el suelo para esperar a que las ideas volviesen.

Pasé de aquella manera cinco o seis horas, y la extravagancia de la situación, unida al efecto del vino, me provocó unas sensaciones tan violentas y extrañas que no las he olvidado nunca. Me veía a trescientas leguas de mi casa, sin bienes ni apoyo alguno, ignorando si mi padre me reconocería o renegaría de mí para siempre, no teniendo de qué vivir más allá de quince días y habiéndome puesto yo mismo en aquella situación sin ninguna necesidad y sin ningún fin. Mis reflexiones en aquel estado de ebriedad eran mucho más sensatas y razonables que las que me había hecho cuando gozaba del pleno dominio de mi razón, porque entonces había hecho proyectos y me sentía con fuerzas, y ahora el vino me las había quitado, y tenía la cabeza demasiado nublada como para ocuparme de cualquier proyecto. Poco a poco se restablecieron mis ideas, y me

vi lo bastante dueño de mis facultades como para recabar información sobre la manera de continuar mi viaje más cómodamente. Mis pesquisas no fueron satisfactorias. No poseía suficiente dinero para comprar un viejo caballo, por el que me pedían doce luises. Volví a tomar una silla de posta, decidiéndome así por el método más caro de viajar precisamente porque no tenía casi nada, y fui a pasar la noche en una pequeña villa llamada Wisbeach.

En el camino me encontré con un hermoso coche que había volcado. A su lado había un caballero y una dama a los que ofrecí llevar en el mío. Aceptaron. Me congratulé pensando que aquel encuentro me haría pasar una velada menos solitaria. Pero, para mi gran sorpresa, poniendo pie a tierra, el caballero y la dama me hicieron una reverencia y se fueron sin decir palabra. Al día siguiente me enteré de que había llegado una mala compañía de comediantes ambulante que actuaría en una granja, y, puesto que allí me sentía tan bien como en cualquier otra parte, decidí quedarme para ir al espectáculo. Ya no recuerdo qué obra se representaba. En fin, al día siguiente volví a tomar una silla de posta y llegué hasta Thrapston, el lugar más cercano a la parroquia de Wadenhoe, donde contaba con encontrar al señor Bridges. Tomé un caballo en la posada y llegué enseguida a Wadenhoe.

El señor Bridges era, efectivamente, el párroco de aquel pueblo, pero acababa de salir de viaje y no estaría de vuelta hasta dentro de tres semanas. Esta noticia daba al traste con todos mis planes. Sin medios para obtener el dinero necesario para ir a Escocia, sin ningún conocido en los alrededores, con apenas lo suficiente para regresar a Londres y pasar quince días, lo que ni siquiera era suficiente para

esperar allí la respuesta de mi padre. No tenía que perder tiempo en deliberaciones, pues cada cena y cada cama me ponían en una situación más embarazosa. Tomé una decisión. Calculando meticulosamente vi que podía llegar hasta Edimburgo si iba a caballo o en cabriolé, solo, y, una vez allí, contaba con mis amigos. ¡Lo que hace la juventud! Si hoy tuviese que hacer cien leguas para ponerme a merced de personas que no me debían nada, y sin ninguna necesidad que excusara semejante acción, si tuviese que exponerme a que me preguntaran qué iba a hacer yo allí y me negaran lo que necesitaba o me apetecía, nada en el mundo podría decidirme a ello. Pero, con veinte años, nada me parecía más natural que decir a mis amigos de colegio: «He hecho trescientas leguas para cenar contigo; llego sin un céntimo, invítame, agasájame, bebamos juntos, agradécemelo y préstame dinero para volver».

Estaba convencido de que les encantaría este lenguaje. Hice llamar a mi hospedero y le dije que quería aprovechar la ausencia de mi amigo Bridges para ir a pasar algunos días a unas millas de allí, y que debía conseguirme un cabriolé. Me mandó a un hombre que tenía uno, con un buen caballo. Desgraciadamente el cabriolé estaba en Stamford, pequeño pueblo a diez millas. No puso ningún inconveniente para alquilármelo. Me prestó su caballo y a su hijo para acompañarme a retirar el cabriolé del guarnicionero que debía haberlo reparado, y convinimos que saldría de Stamford para viajar. Me alegré de que mi asunto se hubiera resuelto tan fácilmente y al día siguiente estaba montado sobre su caballo. El hijo del hombre a quien pertenecía montó un viejo rocín que el hospedero de la posada le prestó, y llegamos sin contratiempos a Stamford. Pero allí me esperaba uno grande. El cabriolé no estaba reparado todavía.

Busqué otro inútilmente. Intenté convencer a mi joven acompañante para que me dejase partir a caballo, pero se negó. Tal vez habría cedido, pero a la primera palabra monté en cólera y lo cubrí de insultos. Se burló de mí. Entonces quise intentarlo por las buenas, pero me dijo que lo había tratado mal, montó su caballo y me dejó allí plantado. Mis problemas aumentaban así a cada minuto. Me fui a dormir, en Stamford, en un estado de completa desesperación.

Al día siguiente tomé la determinación de volver a Thrapston, con la esperanza de convencer a mi hospedero para que me consiguiera otro vehículo. Pero, cuando volví a hablarle de ello, no me pareció muy dispuesto. Una circunstancia bastante extraña que yo no habría adivinado nunca le había hecho formarse una mala opinión de mí. Desde mi borrachera de Lynn, sentía una especie de repugnancia por el vino por miedo al estado en el que me había encontrado durante algunas horas. En consecuencia, durante todo el tiempo que había pasado en la posada de Thrapston, no había bebido más que agua. Aquella abstinencia, tan poco frecuente en Inglaterra, le había parecido a mi hospedero un verdadero escándalo. No fue él quien me habló de la mala impresión que le había causado: fue el hombre que me había alquilado anteriormente el cabriolé, al que había hecho venir para tratar de reanudar con él la negociación. Al quejarme de la conducta de su hijo, me respondió:

–¡Ah! ¡Señor, se cuentan de usted cosas tan extrañas!

Aquello me asombró y pedí una explicación.

–No ha bebido usted una gota de vino desde que está aquí –replicó.

Me quedé estupefacto. Hice que me trajeran al instante una botella de vino, pero el daño ya estaba hecho y no pude conseguir

nada. Por una vez, tenía que tomar una decisión. Alquilé de nuevo un caballo para el día siguiente, con el pretexto de ir a Wadenhoe a ver si el señor Bridges había llegado ya. La mala suerte quiso que, de los dos caballos que tenía mi hospedero, sólo el peor se encontrara allí, así que tuve por montura un raquítico caballo blanco, horriblemente feo y muy viejo.

Partí al día siguiente de madrugada y, a diez o doce millas de allí, escribí a mi hospedero que me había topado con uno de mis amigos que iba a ver las carreras de caballos a Nottingham y me había invitado a que le acompañase. Ignoraba el riesgo al que me exponía. En Inglaterra la ley considera como un robo el uso de un caballo alquilado para un fin distinto al que se ha convenido. El propietario del animal no tenía más que denunciarme o hacer que aparecieran mis señas en los periódicos. Habría sido arrestado sin ninguna duda, llevado ante la justicia y tal vez incluso condenado y deportado a las islas, o, como mínimo, habría sufrido un proceso por robo, lo que, aun en el caso de ser absuelto, no habría sido menos desagradable y, teniendo en cuenta mi huida, habría producido un efecto desastroso en todos aquellos lugares en los que se estuviera al tanto. En fin, aquello no ocurrió. Al principio, el dueño del caballo se extrañó un poco. Fue a Wadenhoe, donde por suerte se encontró con el señor Bridges, quien acababa de llegar y quien, gracias a una carta que yo le había dirigido, respondió de mi vuelta.

Por lo que a mí respecta, no sospechando nada, recorrí el primer día una veintena de millas e hice noche en Kettering, un pueblecito de Leicestershire, si no recuerdo mal. Fue entonces cuando comenzó verdaderamente y por primera vez el placer de la independencia y la soledad que me había prometido tan a menudo. Hasta aquel

momento no había hecho otra cosa que errar sin rumbo fijo, insatisfecho con un vagabundeo que me parecía con razón ridículo y sin fin alguno. Ahora tenía un objetivo, poco importante si se quiere, pues no se trataba más que de ir a hacer una visita de quince días a mis amigos del colegio. Pero, en fin, era un objetivo claro, y respiraba tranquilo sabiendo que aquello era lo que quería.

He olvidado las diferentes paradas que hice en el camino a lomos de mi triste caballito blanco; lo único que recuerdo es que todo el viaje fue delicioso. El país que atravesaba era un jardín. Pasé por Leicester, por Derby, por Buxton, por Chorley, por Kendall, por Carliste. De allí pasé a Escocia y llegué a Edimburgo. Fue un trayecto tan placentero que no puedo dejar de describir los menores detalles. Hacía de treinta a cincuenta millas a diario. Los dos primeros días me mostré un poco tímido en las posadas. Mi montura estaba tan enclenque que me parecía que no tenía un aire más rico ni más *gentlemanlike* que cuando viajaba a pie, y recordaba la mala acogida que había tenido cuando me desplazaba de aquel modo. Pero pronto descubrí que había una inmensa diferencia entre un viajero a pie y un viajero a caballo. En Inglaterra las casas de comercio tienen viajantes que recorren de este modo todo el reino para visitar a sus clientes. Estos viajantes viven muy bien y hacen mucho gasto en las posadas, de manera que siempre son recibidos con muchas atenciones. El precio de la cena y de la cama es fijo porque los posaderos se resarcen con el vino. En todas partes yo era considerado uno de esos viajantes y, en consecuencia, recibido de maravilla. Siempre encontraba a siete u ocho con los que charlar y, cuando descubrían que yo era de una clase superior a la suya, me trataban todavía mejor.

Inglaterra es un país en el que, por una parte, los derechos de todos están garantizados y, por la otra, las diferencias de rango son muy respetadas, de manera que viajaba casi gratis. Todo mi gasto y el de mi caballo no superaban la media guinea al día. La belleza del país, la de la estación, la de los caminos, la limpieza de las posadas, la expresión de felicidad, de sentido común y de sensatez de los habitantes son, para cualquier viajero observador, una continua fuente de placer. Conocía el idioma hasta el punto de que me tomaran por un inglés o, mejor aún, por un escocés, ya que había conservado el acento escocés desde mis primeros estudios en Escocia.

Llegué finalmente a Edimburgo el 12 de agosto de 1787, a las seis de la tarde, con alrededor de nueve o diez chelines en el bolsillo. Me apresuré a buscar a mi amigo Wilde y, dos horas después de mi llegada, estaba con todos aquellos amigos que se encontraban todavía en la ciudad, pues la temporada había alejado a los más ricos, que estaban en sus propiedades. Quedaban todavía, sin embargo, bastantes como para que nuestra reunión fuera numerosa, y todos me recibieron con verdaderas muestras de alegría. Estaban agradecidos por la extravagancia de mi expedición, algo que tiene siempre atractivo para los ingleses.

Nuestra vida en común durante los quince días que pasé en Edimburgo fue un continuo festín. Mis amigos me agasajaron a cuál más y mejor, y todas las tardes y las noches las pasábamos juntos. El pobre Wilde, sobre todo, ponía en agradarme un empeño que demostraba de la manera más ingenua y conmovedora. ¡Quién me hubiera dicho que siete años después estaría atado a un camastro! Finalmente, tuve que pensar en la vuelta. Fue a Wilde a quien me

dirigí. Me consiguió con dificultad, pero con la mejor voluntad del mundo, diez guineas. Volví a montar en mi animal, y partí. Había ido a Niddrie para ver a aquellos Wauchope que tan bien me habían acogido cuando era estudiante, y me habían dicho que la hermana mayor se encontraba en un pueblecito, un balneario, si no me equivoco, llamado Moffat. Aunque no tenía motivos para dar un rodeo, quise sin embargo ir a verla, no sé por qué, pues era una persona muy poco agradable, de treinta a treinta y cinco años, fea, pelirroja, agria y caprichosa a más no poder. Pero yo estaba tan contento y satisfecho con el recibimiento que me habían hecho que no quería dejar pasar una ocasión de ver todavía a algunos de aquellos buenos escoceses que iba a abandonar por un tiempo indefinido. Efectivamente, no he vuelto a verlos después.

Me encontré a la señorita Wauchope, instalada sola, como convenía a su temperamento. Me agradeció la visita y me aconsejó que volviese a Londres por los condados de Cumberland y de Westmoreland. Un pobre hombre protegido suyo se unió a nosotros, e hicimos un recorrido bastante agradable. Me alegré de ver aquella parte de Inglaterra, que no habría visto de no ser por ella, pues soy tan perezoso y carezco a tal punto de curiosidad que por propia voluntad no he ido nunca a visitar ni un monumento, ni una región, ni a un hombre célebre. Permanezco donde la suerte me arroja hasta que doy un salto que me sitúa de nuevo en un lugar completamente distinto. Pero no es ni la afición por las diversiones, ni el aburrimiento, ni ninguno de los motivos que, de ordinario, deciden a los hombres normalmente en la vida lo que me motiva. Es necesario que me sacuda una pasión o que una idea fija se apodere de mí y se convierta en pasión. Esto es lo que me da un aspecto

bastante razonable a los ojos de los demás, que ven, en los intervalos de las pasiones que me agitan, cómo me conformo con la vida menos atractiva que cabe imaginar y no busco ninguna distracción.

Las partes más bellas del Westmoreland y del Cumberland, pues hay otras que son horribles, se parecen en miniatura a Suiza. Son unas montañas bastante altas cuyas cimas están rodeadas de brumas en lugar de estar cubiertas de nieve; hay lagos con islas verdes, hermosos árboles, bellas aldeas, dos o tres pueblecitos limpios y cuidados. Añadid a eso una completa libertad de ir y venir sin que un alma os moleste y sin que nada recuerde a esa policía para la que los culpables son los sospechosos y los inocentes su objetivo. Todo esto convierte cualquier recorrido por Inglaterra en un verdadero placer. En Keswick, en una especie de museo, vi una copia de la sentencia de Carlos I, con las firmas perfectamente reproducidas de todos sus jueces, y observé con curiosidad la de Cromwell, que, hasta principios de este siglo, ha pasado por un audaz y hábil usurpador, pero que hoy día no merece el honor de que se lo nombre.

Después de haberme acompañado, creo que hasta Carlisle, la señorita Wauchope me dejó, dándome como último consejo la recomendación de no volver a hacer locuras parecidas a la huida que le había valido el placer de volver a verme. Desde allí continué mi viaje con recursos suficientes para llegar a casa del señor Bridges, donde esperaba hallar nuevos medios, y cada vez más satisfecho con mi estilo de vida, del cual recuerdo que no lamentaba más que una cosa, y era que llegara el momento en que la vejez me impidiese viajar de aquel modo, completamente solo y a caballo.

Pero me consolaba prometiéndome continuar con aquella vida todo el tiempo que pudiese. Finalmente, llegué a Wadenhoe, donde encontré todo dispuesto para mi recibimiento. El señor Bridges estaba ausente, pero llegó al día siguiente. Era un hombre excelente, de una devoción casi fanática, pero todo corazón conmigo, hasta el punto de que estaba convencido, sin que yo se lo dijese, de que había venido expresamente de París para verlo. Me retuvo en su casa varios días, me paseó por los alrededores y sacó a flote mis negocios. Entre las personas que me presentó, no recuerdo más que a una tal lady Charlotte Wentworth, de unos setenta años, a quien yo miraba con especial veneración porque era hermana del marqués de Rockinham y la política escocesa me había inspirado un gran entusiasmo por la administración de los *whigs*, de los que él había sido jefe.

Para corresponder a todas las amabilidades del señor Bridges, me plegaba de buena gana a sus costumbres religiosas, por muy diferentes que fuesen de las mías. Todas las tardes reunía a algunos jóvenes de cuya educación se encargaba, dos o tres sirvientes que tenía en su casa, campesinos, mozos de cuadra y algunas personas más, y les leía pasajes de la Biblia; luego hacía que todos nos pusiéramos de rodillas y pronunciaba fervientes y largas oraciones. A menudo se revolcaba literalmente por el suelo, golpeaba el piso con la frente y se daba violentos golpes en el pecho sin parar. La menor distracción durante aquellos ejercicios, que solían durar más de una hora, lo sumía en una honda desesperación. Sin embargo, de buena gana me habría resignado a quedarme indefinidamente en casa del señor Bridges, pues tal era el temor que empezaba a tener por presentarme ante mi padre; pero, como no había medio de

prolongar mi estancia, fijé el día de mi partida. Había devuelto a su propietario el fiel caballito blanco que me había llevado durante todo mi viaje. La pasión por esta manera de desplazarme hizo que pensara en comprar uno, sin tener en cuenta la dificultad que habría tenido para sacarlo de Inglaterra. El señor Bridges me sirvió de fiador, y volví a encontrarme en el camino de Londres, con una montura mucho mejor y muy satisfecho con mi idea de regresar de aquella guisa a casa de mi padre. Llegué, no sé qué día de septiembre, y todas mis hermosas esperanzas se disiparon. Había podido explicar al señor Bridges por qué me hallaba sin dinero en su casa. Pero no le había confesado que en Londres estaría en la misma situación. Por el contrario, él creía que, una vez llegado allí, los banqueros a los que mi padre habría debido de dirigirme me proveerían de los fondos que necesitara. Por eso, no me había prestado más dinero que el que necesitaba para llegar hasta allí.

Lo más razonable hubiera sido vender mi caballo, meterme en una diligencia y regresar lo más discretamente y de la forma menos cara posible al lugar donde tenía finalmente que volver. Pero me había aficionado al modo de viajar que había adoptado y me puse a buscar otros recursos. Me acordé de Kentish, fui a verlo y me prometió sacarme del atolladero, y con aquella promesa ya sólo me ocupé de aprovechar el poco tiempo durante el que gozaría todavía de una independencia que de nuevo perdería muy pronto. Gasté de diversas maneras lo poco que me quedaba y finalmente me encontré sin blanca. Unas cartas de mi padre, que me llegaron al mismo tiempo, despertaron también en mí unos remordimientos que los sinsabores de la situación no hacían más que aumentar. Mi padre expresaba una profunda tristeza por toda mi conducta y por la

prolongación de mi ausencia, y me informaba de que, para obligarme a volver a su lado, había prohibido a sus banqueros que atendieran ninguno de mis gastos. Hablé otra vez con Kentish, quien, cambiando de lenguaje, me dijo que no debería haberme puesto en aquella tesitura en lugar de quejarme de encontrarme en ella. Recuerdo todavía la impresión que me produjo aquella respuesta. Por primera vez en mi vida me veía a merced de otro que se empeñaba en hacerlo patente. No es que Kentish quisiera en absoluto abandonarme, pero no me ocultaba, mientras me ofrecía ayuda, ni la condena de mi conducta ni la compasión que lo llevaba a socorrerme, y su ayuda estaba envuelta en las maneras más humillantes. Para no tener que prestarme un chelín me propuso que fuera a cenar a su casa todos los días y, para hacerme sentir que no me consideraba como un amigo al que se invita, sino como a un pobre al que se alimenta, fingió no tener para cenar, durante cinco o seis días, más que lo necesario para su mujer y él, repitiendo que su economía no alcanzaba más que para dos personas.

Soporté aquella insolencia porque había escrito a los banqueros, a pesar de la prohibición de mi padre, y esperaba encontrarme en situación de hacer sentir a mi pretendido bienhechor todo lo que pensaba de su proceder. Pero aquellos desgraciados banqueros estaban, o decían que estaban, en el campo y me hicieron esperar su respuesta toda una semana. Aquélla llegó finalmente y fue una negativa en toda regla. Fue necesario, por tanto, que recurriera una última vez a Kentish, quien me aconsejó que vendiera mi caballo y me fuera, con lo que sacara, como pudiera y adonde pudiera. El único favor que me hizo fue acompañarme a la casa de un tratante de caballos que me lo compraría inmediatamente. No tenía otra

salida, y, después de una escena bastante violenta que habría acabado en pelea si no se hubiera mostrado tan insensible a mis reproches como lo había sido a mis ruegos, fuimos juntos a la casa del hombre del que me había hablado. Me ofreció cuatro luises por un caballo que me había costado quince. Estaba tan furioso y traté a aquel hombre, que en el fondo no hacía más que cumplir con su oficio, con tanta insolencia que a punto estuve de ser apaleado por él y sus hombres. En vista de que el negocio se había echado a perder, Kentish, que empezaba a tener tantas ganas como yo de acabar con todo aquello, se ofreció a prestarme dos guineas a condición de que le extendiese una letra de cambio por aquella suma y de que además le dejara aquel caballo, que prometía vender lo mejor posible en mi nombre. Yo no estaba en condiciones de rehusar nada.

Acepté, por tanto, y partí prometiéndome no volver a cometer locuras semejantes. Como despedida de mis aventuras caballerescas me propuse ir a todo galope hasta Douvres. Ésta es una manera de viajar que no es frecuente en Inglaterra, donde se va igual de rápido y más barato en silla de posta. Pero yo pensaba que no era digno de mí no tener un caballo entre las piernas. El pobre perro que me había acompañado tan fielmente en todas mis correrías fue la víctima de esta última locura. Cuando digo *última*, hablo de las que cometí en Inglaterra, de donde me marché al día siguiente. El perro sucumbió al cansancio a algunas millas de Douvres. Lo confié casi moribundo a un cochero con una nota para Kentish en la que le decía que, ya que él trataba a sus amigos como a perros, esperaba que tratara a aquel perro como a un amigo. Varios años más tarde me enteré de que el cochero había cumplido mi encargo y de que

Kentish había mostrado el perro a uno de mis primos que viajaba por Inglaterra, diciéndole que era una prueba de la amistad íntima y sincera que lo había unido siempre conmigo. En 1794, a aquel mismo Kentish se le ocurrió escribirme en idéntico tono, recordándome los deliciosos días que habíamos pasado juntos en 1787. Le respondí secamente y no he vuelto a oír hablar de él.

En el momento en que ponía pie a tierra en Douvres, salía un barco para Calais. Me subí y el 1 de octubre me hallaba nuevamente en Francia. Aquélla fue la última vez que vi Inglaterra, asilo de todo lo que es noble, tierra de felicidad, de sabiduría y de libertad, pero donde no hay que contar siempre con las promesas de los amigos de colegio. Pero soy un ingrato. He encontrado veinte veces más personas buenas que malas. En Calais, un nuevo problema. Calculé que con el resto de mis diez guineas no había manera de llegar a Bois-le-Duc, donde se hallaba mi padre. Tanteé al señor Dessin, pero estaba demasiado acostumbrado a proposiciones semejantes por parte de todos los aventureros que iban a Inglaterra, o que regresaban de ella, como para estar dispuesto a escucharme. Me dirigí finalmente a un criado de la posada, quien me prestó tres luises a cambio de un reloj que valía diez, con lo que todavía no tenía suficiente para llegar. Y volví a cabalgar día y noche, dirigiéndome al lugar donde no me esperaban más que disgustos y reproches.

Al pasar por Brujas, caí en manos del viejo dueño de una posta que, al ver mi pinta, pensó con bastante penetración que podría timarme. Empezó por decirme que no tenía caballos y que no contaba con tenerlos en varios días, pero se ofreció a conseguírmelos a un precio excesivo. Hecho el negocio, me dijo que

el dueño de los caballos no tenía coche. O me metía en un nuevo negocio o perdía el anterior. Opté por lo primero. Pero, cuando creía que todo estaba resuelto, no había cochero para llevarme, y sólo conseguí uno a un precio exorbitante. Me sentía tan invadido por la tristeza –imaginándome a mi padre (cuyas últimas cartas habían sido tan desgarradoras) presa de la desesperación y pensando en el recibimiento y en la dependencia que me esperaban, dependencia a la que ya estaba desacostumbrado– que no tenía fuerzas para enfadarme ni para discutir por nada. Me sometí, pues, a todas las bribonadas de aquel viejo tunante de la posta y finalmente me puse en camino, pero el destino no quería que llegase muy lejos. Eran aproximadamente las diez cuando salí de Brujas muerto de cansancio. Me dormí casi de inmediato. Tras un profundo sueño, me desperté: la silla estaba detenida y el cochero había desaparecido. Tras haberme frotado los ojos, de haber llamado, gritado, jurado, oí cerca un violín. El sonido venía de una taberna donde los campesinos bailaban, y mi cochero con ellos, con todas sus ganas.

En la posta anterior a Amberes, gracias al tunante de Brujas, me encontré sin medios para pagar los caballos que me habían llevado hasta allí, y esta vez no conocía a nadie. Tampoco había nadie que hablara francés, y mi mal alemán era casi ininteligible. Saqué una carta de mi bolsillo y traté de explicar por señas al dueño de las postas que era una carta de crédito para Amberes. Como, afortunadamente, nadie podía leerla, me creyeron, y conseguí que me llevaran hasta allí, prometiendo, siempre por señas, que pagaría todo lo que llegase a deber. En Amberes fue necesario una vez más que mi cochero me prestara dinero para pagar una barcaza, e hice que me condujeran a la posada, donde ya me había alojado antes,

varias veces, con mi padre. El posadero me reconoció, pagó mi deuda y me prestó dinero para continuar mi viaje. Pero había cogido tanto miedo a que me faltase dinero que, mientras enganchaban los caballos, corrí a casa de un comerciante que había conocido en Bruselas y le pedí prestados algunos luises más, a pesar de que, casi con toda probabilidad, no los iba a necesitar. Finalmente, al día siguiente llegaba a Bois-le-Duc. Estaba sumido en la más horrible angustia y, durante algún tiempo, no tuve fuerzas suficientes para presentarme en la residencia de mi padre. Pero era necesario que me armase de valor y fuera a verlo. Mientras seguía al guía que había venido a buscarme, temblaba pensando en los justos reproches que seguramente me haría, y más todavía en el dolor, e incluso enfermedad, causada por aquel dolor, en que podía encontrarlo. Sus últimas cartas me habían desgarrado el corazón. Me había hecho saber que estaba enfermo por la pena que le causaba, y que si prolongaba mi ausencia, iba a tener su muerte sobre mi conciencia. Entré en su habitación. Estaba jugando al whist con tres oficiales de su regimiento.

–¡Ah! ¿Estás aquí? –me dijo–. ¿Cómo has llegado?

Le dije que había viajado unas veces a caballo y otras en coche, día y noche. Mientras, él continuó con su partida. Suponía que su cólera estallaría cuando estuviésemos solos. Se fue todo el mundo.

–Debes de estar cansado –me dijo–, ve a acostarte.

Me acompañó a mi habitación. Como iba delante de él, vio mi ropa desgarrada.

–Ya me temía yo esto de tu aventura –dijo.

Me abrazó, me dio las buenas noches, y me acosté. Me quedé estupefacto con aquel recibimiento, que no era ni el que me había

temido ni el que había esperado. En medio de mi temor a ser tratado con una severidad que sentía merecida, hubiera necesitado, a riesgo de algunos reproches, tener una explicación franca con mi padre. Mi cariño había aumentado por el dolor que le había causado. Hubiera necesitado pedirle perdón, hablar con él sobre mi vida futura. Estaba ansioso por recuperar su confianza y que él volviese a tenerla en mí. Esperé, con una mezcla de temor, que hablaríamos al día siguiente con el corazón en la mano.

Pero el día siguiente no trajo ningún cambio en su comportamiento, y las tentativas que hice por entablar una conversación sobre el asunto, y algunas disculpas que aventuré con torpeza, no obtuvieron ninguna respuesta. Durante los dos días que pasé en Bois-le-Duc no hubo nada entre nosotros. Creo que tendría que haber roto yo el hielo. Si a mí me dolía el silencio de mi padre, probablemente a él le hería el mío. Probablemente, lo atribuía a una indiferencia censurable después de tan imperdonable conducta, y lo que yo tomaba por indiferencia era tal vez un oculto resentimiento. Pero en aquella ocasión, como en otras mil de mi vida, estaba paralizado por una timidez que nunca he conseguido vencer, y mis palabras expiraban en mis labios si nadie me animaba a continuar. Mi padre dispuso por tanto mi partida con un joven bernés, oficial de su regimiento.

No me habló más que de lo que se refería a mi viaje, y subí al coche sin haber dicho una palabra sobre la locura que acababa de hacer o sobre mi arrepentimiento, y sin que mi padre pronunciara una palabra que mostrara su tristeza o su enfado. El bernés con el que hacía el viaje era de una de las familias aristocráticas de Berna. Mi padre sentía horror por aquel gobierno y me había educado en

esos principios. Ni él ni yo sabíamos entonces que casi todos los gobiernos viejos son blandos porque son viejos y todos los nuevos gobiernos, duros porque son nuevos. Exceptúo sin embargo el despotismo absoluto como el de Turquía o el de [10] porque todo depende de un solo hombre, al que el poder vuelve loco, y, entonces, los inconvenientes de la novedad que no se encuentran en la institución se encuentran en el hombre. Mi padre se pasaba la vida despotricando contra la aristocracia bernesa, y yo repetía sus diatribas. No pensábamos que nuestras críticas, por el sólo motivo de que no tenían que ver con nosotros, se demostraban falsas; aunque no lo fueron siempre. A fuerza de acusar de injusticia y de tiranía a unos oligarcas que no eran culpables más que de autoritarismo y de insolencia, mi padre consiguió que fueran injustos con él, y aquello acabó por costarle su puesto, la fortuna y el descanso de los veinticinco últimos años de su vida.

Imbuido de su odio contra el Gobierno de Berna, apenas me encontré en la silla de posta con un bernés, empecé a repetir todos los argumentos conocidos contra los privilegios políticos, contra los derechos arrebatados al pueblo, contra la autoridad hereditaria, etcétera, aprovechando para prometer a mi compañero de viaje que, si se presentaba la ocasión, libraría al país de Vaud de la opresión en que lo tenían sus compatriotas. Once años después la ocasión se presentó. Pero entonces conocía ya la experiencia de Francia, donde había sido testigo de lo que es una revolución, y, actor bastante impotente, conocía lo que significaba la libertad basada en la justicia y me guardé mucho de revolucionar Suiza. Lo que me choca, mientras relato mi conversación con aquel bernés, es la poca importancia que se concedía entonces a la expresión de cualquier

opinión y la tolerancia que distinguía aquella época. Si hoy día alguien expresara la cuarta parte de aquello, no duraría ni una hora en libertad.

Llegamos a Berna, donde abandoné a mi compañero de viaje, y tomé la diligencia hasta Neuchâtel; aquella misma noche me presenté en casa de madame de Charrière. Me recibió con grandes muestras de alegría, y retomamos nuestras conversaciones de París. Pasé allí dos días y tuve la ocurrencia de volver a pie a Lausana. Madame de Charrière encontró aquella idea encantadora porque cuadraba, decía, con toda mi expedición a Inglaterra. Aquello habría sido, razonablemente hablando, un motivo para no hacer algo que pudiera recordármela y evitar que pareciese un hijo pródigo.

En fin, me encontraba otra vez en casa de mi padre y sin otra perspectiva que vivir allí tranquilamente. Su amante, a la que entonces yo no tomaba por tal, trató de que yo me sintiera lo mejor del mundo. Mi familia se portó muy bien conmigo. Pero llevaba allí apenas quince días cuando mi padre me hizo saber que había obtenido del duque de Brunswick, que estaba entonces a la cabeza del ejército prusiano en Holanda, un puesto en su corte y que debía hacer los preparativos para irme a Brunswick durante el mes de diciembre. Consideré aquel viaje como un medio de vida más independiente del que habría podido tener en Suiza y no puse ninguna objeción. Pero no quería partir sin pasar antes algunos días en casa de madame de Charrière y monté en mi caballo para hacerle una visita.

Además del perro que me había visto obligado a abandonar en el camino de Londres a Douvres, había recogido a una perrita por la que sentía mucho cariño y la llevé conmigo. En un bosque que hay

cerca de Yverdon, entre Lausana y Neuchâtel, me desorienté y llegué a la puerta de un viejo castillo que había en una aldea. Dos hombres salían precisamente en aquel momento con perros de caza. Aquellos perros se arrojaron sobre mi animalito no para hacerle daño, sino al contrario, por galantería. Pero yo no veía claras sus intenciones y los espanté a latigazos.

Uno de los dos hombres me insultó bastante groseramente. Le respondí en el mismo tono y le pregunté su nombre. Me dijo, mientras continuaba con sus dicterios, que era el caballero Duplessis D'Épendes, y, tras seguir insultándonos todavía unos minutos, convinimos en que al día siguiente iría a su casa para batirnos en duelo. Volví a Lausana y le conté mi aventura a uno de mis primos rogándole que me acompañase. Me lo prometió, pero me dijo que, al ir yo a casa de mi adversario, estaba reconociendo ser el agresor y que era posible que un criado o un guarda de caza se hubiera hecho pasar por su señor, por lo que más valía enviar a alguien a Épendes, con una carta para asegurarme sobre la identidad del personaje, y en ese caso fijar otro sitio de encuentro. Seguí su consejo. Mi mensajero me trajo una respuesta confirmándome que se trataba efectivamente del señor Duplessis, capitán al servicio de Francia, una carta llena, por lo demás, de insinuaciones desagradables por haber solicitado informaciones en vez de haber ido yo mismo al lugar y el día fijados. El señor Duplessis señalaba otro día en territorio neuchatelés.

Partimos, mi primo y yo, y durante el camino estuvimos de muy buen humor. Lo recuerdo porque de repente mi primo me dijo: «Hay que reconocer que vamos muy alegres». Y no pude evitar reírme de que se atribuyera el mérito cuando no era más que espectador. Por

lo que a mí se refiere, tampoco tenía mérito alguno. No me considero más valiente que cualquier otro, pero una de las cualidades con que me ha distinguido la naturaleza es sentir un gran desprecio por la vida e incluso un deseo secreto de morir para evitar todo lo desagradable que todavía me pueda suceder. Soy muy capaz de aterrorizarme por algo inesperado que actúa sobre mis nervios. Pero, después de un cuarto de hora de reflexión, me comporto ante el peligro con una indiferencia completa.

Dormimos en el camino y estábamos al día siguiente a las cinco de la mañana en el lugar indicado. Allí nos encontramos con el padrino del señor Duplessis, un tal señor Pillichody d'Yverdon, oficial como él en Francia y poseedor de unos modales y una elegancia cuartelarios. Desayunamos juntos, pero pasaban las horas y el señor Duplessis no aparecía. Estuvimos esperándolo inútilmente todo el día. El señor Pillichody estaba furioso y no dejaba de decir que jamás reconocería como amigo a un hombre que faltaba a una cita de aquella naturaleza.

–He tenido –me decía– mil asuntos parecidos y siempre he sido el primero en el lugar indicado. Si Duplessis no está muerto, reniego de él y, si se atreve a llamarse todavía *amigo*, seré yo quien lo mate.

Se debatía de este modo en su caballeresca desesperación cuando llegó súbitamente uno de mis tíos, padre del primo que me había acompañado. Venía a salvarme del peligro que me amenazaba y se extrañó mucho al encontrarme charlando con el padrino de mi adversario y sin que éste se hubiera presentado. Después de haber esperado un poco más, decidimos volvernos. El señor Pillichody nos adelantó, y, al pasar delante de la casa que habitaba el señor

Duplessis, nos encontramos en el camino a toda la familia, que venía a presentarme sus excusas.

ANEXOS

LAS MUJERES EN *ADOLPHE*[11]

El 14 de octubre de 1816, unos meses después de la publicación de *Adolphe*, el historiador Sismondi escribía a su amiga de Florencia, la condesa de Albany:

> He aprovechado el retraso para leer dos veces *Adolphe*. Pensaréis que es mucho para una obra a la que vos dais tan poca importancia y en la que, en realidad, uno no acaba de interesarse demasiado por nadie. Pero el análisis de los sentimientos del corazón humano es tan admirable, hay tanta verdad en la debilidad del protagonista, tanto ingenio en las observaciones, tanta pureza y vigor en el estilo, que el libro se deja leer con un placer infinito. Y en mi caso más todavía porque reconozco al autor en cada página y nunca he visto en una confesión un retrato más perfecto. Nos hace comprender todos sus defectos, pero él no los disculpa y no parece que se proponga que los aceptemos. Es muy posible que en otro tiempo haya estado más enamorado de como se pinta en este libro; pero, cuando lo conocí, era exactamente como Adolphe, y con idéntico escaso amor, no menos agitado, no menos cáustico, no menos ocupado en agradar primero y engañar después, profesando un sentimiento de bondad a aquella a la que había destrozado. Evidentemente ha querido alejar el retrato de Ellénore de cualquier parecido con la realidad. Lo ha cambiado todo en ella: patria, condición, fisonomía, inteligencia. Ni sus circunstancias vitales ni las personales se parecen a la realidad, y desde algunos puntos de vista se muestra, en el transcurso de la novela, muy distinta a como era en realidad; no obstante, por su impetuosidad y su exigencia en las relaciones amorosas, no puede dejar de reconocérsela. La aparente intimidad, la apasionada dominación, durante la cual ambos se desgarraron con lo más injurioso que la ira y el odio pueden dictar, es la historia de ellos dos. Esta semejanza es por sí sola tan palmaria que vuelve inútil cualquier otro fingimiento.
>
> El autor no tenía las mismas razones para ocultar a los personajes secundarios, de manera que podemos ponerles nombres a medida que aparecen. El padre de Benjamin era exactamente tal y como él lo pinta. La

> mujer mayor con la que vivió en su juventud, a la que quiso mucho y a la que vio morir, es una tal madame de Charrière, autora de algunas bonitas novelas. La amiga oficiosa que, pretendiendo reconciliarlo con Ellénore, los enreda todavía más, es madame Récamier. El conde de P*** es pura invención y, en efecto, aunque al principio parezca un personaje importante, el autor no se toma la molestia de darle ninguna fisonomía ni tampoco le hace interpretar ningún papel relevante.

Esta carta, escrita por un hombre que había vivido en Coppet en el círculo de madame de Staël y de Benjamin Constant, es el mejor comentario de la novela *Adolphe*. Desvela y descubre los personajes reales que figuran en ella. Con el fin de poner al lector en condiciones de decidir hasta qué punto la ficción se acerca a la verdad, de distinguir la sinuosa y oculta línea en la que la invención se encuentra con el recuerdo, haremos un rápido repaso de las relaciones de Benjamin Constant[12] con cada una de las tres mujeres que sirvieron de modelo para Ellénore y su entorno.

MADAME DE CHARRIÈRE

Isabelle o Arabelle van Zuylen era una holandesa, nacida hacia 1740, que leía y hablaba el inglés, conocía bien nuestra literatura y escribía en francés con más soltura que en su lengua materna. Habiéndose casado con el señor de Charrière, gentilhombre natural de Vaud, preceptor de su hermano, lo siguió a la Suiza francesa y se estableció con él en Colombier, a una legua de Neuchâtel. Allí fue donde compuso un gran número de obras sobre toda clase de asuntos y varias novelas, entre ellas las *Cartas neuchatelesas* y

Calixto o Cartas escritas desde Lausana. Fue la primera *madrina* de Benjamin Constant, quien, a la vuelta de sus viajes y una vez terminada su educación, tuvo durante algún tiempo una relación sentimental con ella. Había entre ellos una diferencia de edad que explica la naturaleza de sus respectivos sentimientos. En 1787, época en que da comienzo su relación, madame de Charrière, mujer más espiritual y sensata que sentimental, ya sólo veía las cosas por su lado positivo. Tenía cuarenta y siete años, mientras que Benjamin Constant apenas contaba veinte. Estando cerca de una inteligencia más o menos madura, emancipada y resueltamente escéptica, el joven aguzaba la suya. Entre ellos pronto se estableció una asidua correspondencia que duró siete años (1787-1795) y que no se interrumpió siquiera durante los dos meses que Benjamin, después de una aventura, pasó en Colombier para reponerse junto a su amiga. Aunque vivían puerta con puerta, intercambiaban continuamente mensajes y continuaban por carta sus conversaciones interrumpidas.

Veamos una nota de él que nos dará una idea del tono de sus relaciones:

> Me encuentro bien, señora, y me siento un estúpido por no ir a verla; pero resisto, como ordenáis. Leschot, mi médico, es todo atenciones conmigo. No obstante, puedo aseguraros que, si bien todavía no tengo el pelo cano, muy pronto estaré calvo.
>
> Estoy esperando a que me traigan unas velas para continuar.
>
> Leo a Rétif de la Bretonne, que enseña a las mujeres a precaverse de las libertades que podrían tomarse con ellas los hombres, y, para impedirles caer en la indecencia, entra en detalles muy interesantes y describe todos los gestos que hay que hacer o rechazar. ¡Todas esas lecciones están supuestamente contadas por una mujer de bien y de la buena sociedad en una *Escuela de*

costumbres![13] Y esto es a lo que se llama *genio* cuando se dice que Voltaire sólo tenía ingenio, y D'Alembert y Fontenelle, labia. ¡Que les aproveche!

Por lo que a mí respecta, y a pesar del entusiasmo de vuestro alcahuete indígena por Rétif, yo siempre seré reacio a admirarlo. A mi delicada sensatez no le gusta esa indecencia *ex profeso*, y me digo a mí mismo que no es más que un loco repugnante a quien deberían encerrar con los locos en el hospital de Bicêtre. Y, si alguien me dijera «El original Rétif de la Bretonne, el apasionado Rétif, etcétera», pensaré que qué desgraciado siglo este en que se confunde la grosería con el genio; el libertinaje, con la originalidad, y los excrementos, con las flores. ¡Qué diatriba, Dios santo!

¡Tregua a Rétif! Vuestra noche, señora, me da mucha pena. La mía ha sido buena, y todo marcha bien.

Imaginad, señora, que estoy escribiendo también octavillas políticas o panfletos a la inglesa; los suyos, por su brevedad, me animan. Si consigo hacer una veintena, tendré que ponerme de acuerdo con un librero. Le pagaré las pérdidas que pueda tener por la impresión de los tres primeros. Si continúa teniendo pérdidas, *basta*, ¡adiós a las octavillas! Si saca algún provecho, continuará por su cuenta, con la condición de que me envíe cinco ejemplares de cada uno a Brunswick.

Pero, para vender la piel del oso,
conviene cazarlo antes.

Es la una, así que ya termino. Dejémonos de charla.

Vemos cuán desengañado está el joven, lo voluble e inconstante que es en sus proyectos, y vemos también que ya aplica a sus galanterías el lema que adoptará más adelante como hombre de Estado: «*Sola inconstantia constans*». Su temperamento se perfila mejor todavía en las cartas que escribió a madame de Charrière durante su estancia en Brunswick, donde su familia lo había obligado a residir para convertirse en gentilhombre ordinario del duque

regente. Tuvo que abandonar aquel dulce nido de Colombier y ponerse en camino en pleno invierno. Veamos en qué términos medio galantes solicitaba a su amiga permiso para ausentarse:

> Señora, salí ayer de Lausana para venir a despedirme de vos, pero estoy tan enfermo, tan desaliñado, triste y feo que os aconsejo que no me recibáis. La irritación, el hastío y la debilidad que mi estancia en París ha dejado en todo mi cuerpo, después de haberme atormentado de cuando en cuando, se han apoderado de mi cabeza y de mi garganta. Un espantoso dolor de cabeza me impide peinarme, un catarro me impide hablar, un herpes que se me ha extendido por la cara me hace sufrir mucho y no me embellece precisamente. Soy indigno de veros y creo que es preferible limitarme a presentaros de lejos mis respetos, mi devoción y mis lamentaciones. La tonta aventura de la que habláis en vuestra última carta me ha obligado a hacer algunas diligencias y me ha causado algunos insomnios e inquietudes, y ahora me hierve la sangre. Un viaje de doscientas y pico leguas no me repondrá, sino que me rematará, que viene a ser lo mismo. Me despido de vos y me despido eternamente. Mañana, cuando llegue a Berna, enviaré al señor de Charrière un pagaré por los cincuenta luises que mi padre prometió pagar a principios del año próximo, con los intereses al cinco por ciento. Le ruego que los acepte no por él, sino por mí. Si lo acepta, me dará una prueba de que no está enfadado con mi proceder; si lo rechazara, equivaldría a tratarme como a un niño, o peor aún.
>
> Si tenéis suficiente tafetán de Inglaterra para cubrirme la mitad del rostro, iré a veros. De lo contrario, señora, adiós. No me olvide.

Durante todo el viaje y en cada parada no deja de escribirle:

Basilea

> Apenas tengo tiempo para escribir algunas palabras, pues no pasaré la noche aquí, al contrario de lo que pensaba. Los caminos son espantosos; el viento, frío. Estoy triste, hoy todavía más que ayer, como ayer lo estaba más que anteayer, como mañana lo estaré más que hoy. Es difícil y penoso dejaros un

solo día y cada día que pasa es una pena añadida a las anteriores. Me he acostumbrado tan gratamente a la compañía de vuestros papeles, de vuestro piano –a pesar de que en ocasiones me aburría–, de todo lo que os rodea; me he acostumbrado tan bien a pasar las veladas junto a usted y a cenar con la buena señorita Louise que echo de menos todo ese conjunto de cosas simples y agradables, y todos los encantos del mal tiempo, de una mala silla de posta y de los execrables caminos no pueden consolarme de haberos dejado. Os debo mucho física y moralmente… Mientras viváis, mientras viva, siempre podré pensar, en cualquier situación en que me encuentre: existe un Colombier en el mundo. Antes de conoceros, me decía a mí mismo: si me atormenta demasiado, me mataré. Ahora me digo: si me hacen la vida demasiado dura, tengo un refugio en Colombier.

Rastadt, 23 de febrero

El eje de una rueda que se ha roto en medio de una calle me obliga a entrar aquí y tal vez incluso a pasar la noche. Así pues, aprovecho la ocasión para escribiros. El tamaño del papel en que os escribo me recuerda la larga carta que os escribí al volver de Escocia, y de la que recibisteis las tres cuartas partes. ¡Qué situación tan diferente la mía ahora! Entonces viajaba solo, libre como el viento, al abrigo de las persecuciones y de los consejos, sin saber si estaría vivo dos días después, pero estaba seguro, si vivía, de volveros a ver, de encontrar nuevamente en vos a la indulgente amiga que me había consolado, que había infundido a mi lamentable forma de ser un encanto que la dulcificaba. Había pasado tres meses solo, sin ver el enojo, la avaricia y ese afecto al que más bien deberíamos llamar *odio* relevándose para atormentarme; ahora, débil de cuerpo y de mente, esclavo de mi padre, de mis parientes, de los príncipes, ¡de Dios sabe quién!, voy en busca de un maestro, de enemigos, de envidiosos y, lo que es todavía peor, de pesados, a doscientas cincuenta leguas de mi casa, distancia que, de mi casa, no sería nada, ¡pero sí de la vuestra!, de esa casa vuestra donde he pasado dos meses tan apacibles, tan felices, a pesar de las dos o tres nubecitas que aparecían y se disipaban todos los días. En ella encontré el descanso, la salud, la felicidad. El descanso y la felicidad se han esfumado; la salud, aunque debilitada por este execrable y

tonto viaje, la conservo todavía. Pero de todos vuestros regalos es el que menos me importa. Significa poca cosa la salud cuando va acompañada del hastío, y de buena gana cambiaría diez años de salud en Brunswick por un año de enfermedad en Colombier…

Darmstadt, 25

Os escribía desde Basilea que cada día estaría más abatido y triste, y es verdad. Me siento esclavo y juguete de todos aquellos que deberían de ser no ya mis amigos (¡Dios me guarde de profanar esa palabra deseando que lo fueran!), pero sí al menos mis defensores, aunque sólo fuera por consideración y por decoro. Enfermo, moribundo, permanezco en casa de la única amiga que tengo en el mundo, y la dulzura de sufrir junto a ella y lejos de ellos es algo que éstos me envidian. Injurias, insultos, reproches. Si hubiera partido débil en pleno invierno, habría muerto a veinte leguas de Colombier. He esperado a poder hacer sin peligro un largo viaje que sólo emprendía por obediencia y contra el cual, si hubiera sido un hijo desnaturalizado, tal como me acusan de ser, habría podido, con veinte años, poner alguna objeción. Quise que aquel padre pudiera conservar la sombra de un hijo a quien poder amar. Vos pudisteis ver, señora, lo que me escribían. Sé que soy injusto, pero me encuentro tan lejos de vos que soy incapaz de ver con calma y con indiferencia las injusticias de los demás. Cuando me encuentro a vuestro lado, no pienso para nada en los demás, que me parecen muy soportables; cuando estoy lejos de vos, pienso en usted y no tengo más remedio que pensar también en ellos y, desde luego, éstos salen perdiendo en la comparación…

Adiós, señora. De rodillas os ruego humildemente vuestra amistad y que me responda mandándome una pequeña carta a la lista de correos. Mientras os escribía me he tranquilizado. Pensar en vos y en el interés que demostráis en mí ha disipado toda mi tristeza. Adiós, mil veces buena, mil veces querida, mil veces amada.

Hay aquí una clase de ternura que no le es habitual, un agradecido recuerdo por los días de felicidad pasados a su lado. Pero pronto la

ironía y la veleidad ganan terreno; sus interminables cartas no hacen más que continuar las escépticas conversaciones de Colombier, aquellos devastadores análisis que al principio habían reducido todo a polvo en el corazón de Adolphe.

Brunswick, 4 de junio de 1790

Desgraciadamente, esta mañana tengo que escribir cuatro cartas que no puedo dejar de enviar. De no ser por este contratiempo, dedicaría toda la mañana a responderos y a deciros lo mucho que me ha complacido vuestra carta y la enorme diligencia con que retomo nuestra pobre correspondencia, que ha estado tan interrumpida y que tan cara me es. Sólo hay dos seres en el mundo que me satisfagan plenamente: usted y mi mujer.[14] A todos los demás, y no es que me queje de ellos, les atribuyo una parte de mis penalidades. A vosotras dos, por el contrario, tengo que agradeceros toda la felicidad que conozco. No responderé hoy a vuestra carta: el lunes próximo, 7, tendré menos quehaceres y me daré el gusto de releerla y responder detalladamente a todo. Ahora os hablaré de mí todo lo que pueda en los pocos minutos que os puedo conceder… Si algunas inquietudes morales sobre casi todos los asuntos sin excepción no me mataran y, sobre todo, si no sintiera –hasta un extremo espantoso que apenas me atrevo a confesarme a mí mismo, y menos aún a los demás, de suerte que ni siquiera tengo el consuelo de quejarme– una desconfianza casi universal, creo que recobraría la salud y las fuerzas. En fin, las recupere o no, no les doy más importancia que la de evitar el sufrimiento. Siento más que nunca la presencia de la nada en todo; siento que, si bien todo promete, nada cumple su promesa; siento que nuestras fuerzas están por encima de nuestro destino y que esta desproporción nos hace desgraciados. Esta idea, que a mí me parece justa, no es mía: es de un piamontés, hombre de ingenio al que conocí en La Haya, un caballero de Revel, enviado desde Cerdeña. Su idea es que Dios, es decir, el creador de todos nosotros y de cuanto nos rodea, murió antes de acabar su obra; tenía muchos y muy hermosos proyectos para el mundo y gran cantidad de medios; ya había puesto en marcha varios de esos medios, como se ponen los cimientos antes de

> construir un edificio, pero a mitad de su trabajo murió; todo lo que ahora vemos tiene una finalidad que ya no existe, y nosotros, en particular, nos sentimos destinados a algo de lo que no podemos hacernos ninguna idea; somos como relojes que no tuvieran esfera y cuyo mecanismo, dotado de inteligencia, giraría hasta agotarse sin saber por qué y diciéndose a sí mismo: «Puesto que giro, debo de tener un fin». Esta idea me parece la locura más espiritual y la más profunda que haya oído jamás, preferible con mucho a las locuras cristianas, musulmanas o filosóficas de los siglos I, VII y XVIII de nuestra era. Adiós. En mi próxima carta nos reiremos, a pesar de nuestros males, de la indignación de la que hacen gala los estatúder y los príncipes de la Revolución francesa, a la que ellos llaman *efecto de la perversidad inherente al hombre*, ¡Dios los oiga! Adiós, querido y espiritual mecanismo que tenéis la desgracia de estar tan por encima del reloj del que formáis parte y al que descomponéis. Sin vanidad, éste es también un poco mi caso. Adiós. El lunes adjuntaré la nota que me pedís. ¿No volveremos a vernos más como en 1787 y 1788?

¡Ay!, a la edad que entonces tenía madame de Charrière no se tiene dos veces la misma suerte. Se volvieron a ver en 1793, pero no pudieron repetir el ideal de los viejos tiempos.[15] Su reencuentro se echó a perder a causa de peleas, explicaciones y malentendidos sin cuento. Finalmente ella murió el 27 de diciembre de 1805, a la edad de sesenta y cuatro o sesenta y cinco años. «Su marido la sobrevivió; eso es todo lo que supe», dice Saint-Beuve, que nos ha servido de guía en este pequeño resumen. Cediendo a los ruegos de su familia, Benjamin Constant había vuelto a Brunswick, pero, harto de su oficio de chambelán y cansado de vengarse de su fastidio burlándose de aquellos que eran la causa, presentó su dimisión y volvió a Lausana con un secreto desprecio por los hombres y una experiencia anticipada que no le impedían, sin embargo, buscar una vez más una bella causa para su talento y su elocuencia.

MADAME DE STAËL

Fue durante aquella última estancia cuando, el 19 de septiembre de 1794, Benjamin Constant conoció a madame de Staël, quien ocuparía tan importante lugar en su vida y le proporcionaría los principales elementos de su personaje Ellénore. Es probable que madame de Charrière, temiendo con razón que podía ser suplantada por una persona mucho más joven que ella, y que además la aventajaba de lejos en muchos aspectos, tratara de prevenir a Benjamin. Éste, en la carta en la que hablaba de su encuentro con madame de Staël, parecía tener todavía unos recelos que no tardarían en ser sustituidos por el entusiasmo.

Lausana, 30 de septiembre 1794

> […] Mi viaje a Coppet ha resultado un éxito. Allí no conocí a madame de Staël, sino que me la encontré en el camino, compartí su coche e hice el trayecto desde Nyon hasta aquí con ella, cené, comí, cené, comí, luego otra vez comí con ella. Así las cosas, pude observarla bien y, sobre todo, escucharla. Me parece que la juzgáis con excesiva severidad. Yo la encuentro muy activa, muy imprudente, muy habladora, pero buena, confiada y de buena fe. Una prueba de que no es únicamente una máquina parlante es el vivo interés que demuestra por las personas a las que conoce y que sufren. Acaba de conseguir, después de tres intentos costosos e inútiles, salvar de la cárcel y facilitar la salida de Francia a una mujer, su enemiga mientras estaba en París, que había puesto todo su empeño en difundir maledicencias contra ella de todas las formas posibles. Esto es algo más que habladurías. Creo que su agitación es tanto una necesidad como un mérito y que ella la emplea en hacer el bien. […]

La fascinación que madame de Staël ejerce en cuantos la escuchan tiene un efecto inmediato, y madame de Charrière tiene que

soportar el dolor de recibir la confidencia del nuevo sentimiento que se ha adueñado del corazón de su infiel amante:

Lausana, 21 de octubre de 1794

> […] Desde que la conozco mejor, me cuesta un gran trabajo no deshacerme continuamente en elogios ni hacer público, cada vez que hablo, mi interés y mi admiración por ella. Rara vez he visto un conjunto semejante de cualidades sorprendentes y seductoras, tanta brillantez y rectitud, una afectuosidad tan expansiva y cultivada, tanta generosidad, una educación tan delicada y noble en público, tanto encanto, sencillez, abandono cuando está entre sus amigos íntimos. Es la segunda mujer a la que he conocido que habría podido representar para mí todo el universo; ella sola habría podido ser un mundo para mí: usted ya sabéis quién ha sido la primera. Madame de Staël tiene infinitamente más ingenio en las conversaciones privadas que en la públicas; sabe escuchar con atención, cosa que ni vos ni yo imaginábamos; aprecia el ingenio de los demás tanto como el suyo propio; distingue a aquellos a los que quiere con una atención sutil y constante que prueba tanta bondad como inteligencia. En fin, es un ser excepcional, un ser superior de esos a los que se encuentra tal vez uno por siglo, de suerte que quienes la tratan, la conocen y son sus amigos no deben de encontrar una dicha mayor.

Con esta pasión más viva y justificada, se abrirá un amplio horizonte a la vista del joven enamorado. Un mundo de ideas se presenta ante él y una carrera de éxitos y de gloria le tienta. En el verano de 1796 llega con su nueva amiga a París, donde abraza la causa de la Revolución y vuelve a encontrar la patria que sus antepasados habían abandonado después de la revocación del Edicto de Nantes.

Mientras que la admiración provocaba en su corazón un sentimiento todavía más vivo y tierno, el de madame de Staël estaba desgarrado por la infidelidad del señor de Narbonne. En un principio

ella rechazó a Benjamin Constant, pero éste se mostró tan desesperado y amenazó tanto con quitarse la vida que finalmente la consiguió.

Lo encontramos en París, en 1796, donde lo visita un amigo de madame de Charrière, que escribirá después a esta dama:

> He visto a su compatriota Constant; me ha colmado de atenciones. […] Benjamin es, de todos los petimetres del país, el más elegante sin duda. Y no creo que eso represente un peligro para su fortuna. […] El amable joven, pues es realmente muy amable, vive rodeado de mucha gente. El salón de la embajada[16] le hace un mejor servicio que el pequeño gabinete de Colombier. Cuando uno está rodeado de muchas personas, quiere agradar a muchas y agrada mucho más. No se enfadará conmigo, ¿no es cierto? Si no fuerais tan huraña y quisierais reunir en vuestro gabinete a veinticinco personas –un girondino, otro termidoriano, otro llanamente aristócrata, otro constitucional, otro jacobino, otros diez nada de nada–, ya me gustaría ver a Constant rodeado de todos ellos, en Colombier, y apreciado por todos. El salón que tiene aquí le va más. Si sólo pasara en él dos horas al día, sería su mejor aprendizaje. Pero, ¡ay!, pasa dieciocho horas: sólo vive en el salón, y éste lo cansa, no puede más. Su salud se resiente; su físico, tan delgado, languidece ya; su porte, que hasta hace poco era elegante, presenta hoy esa curvatura que la señorita Moulat[17] ha captado tan bien. Constant dice que está pensando en la jubilación; suspira pensando en la grata soledad de Alemania. […] Acabo de llegar de su casa. He estado comiendo cerezas con él; se dormía mientras comíamos. […]

Constant pinta un mordaz cuadro del salón de madame de Staël, un cuadro lleno de ingenio y malicia, muy digno de su desengañada pluma:

> El salón de madame de Staël se encontraba entonces poblado por cuatro o cinco tribus diferentes: algunos miembros del Gobierno actual, cuya confianza

ella trataba de conquistar; algunos supervivientes del Gobierno anterior, cuyo aspecto desagradaba a sus sucesores; todos los nobles arruinados, a quienes estaba a la vez encantada y harta de recibir; escritores que, después del 9 de termidor, habían recuperado su influencia, y el cuerpo diplomático, que estaba a los pies del Comité de Salud Pública mientras conspiraba contra él.

En medio de las conversaciones, de los actos, de las intrigas, de estas diferentes tribus, mi ingenuidad republicana se encontraba muy cohibida. Cuando hablaba con el partido republicano, que era mayoría, le escuchaba decir que había que cortar la cabeza a los anarquistas y fusilar a los emigrados, prácticamente sin juicio. Cuando me acercaba al pequeño número de partidarios del terror disfrazados que habían sobrevivido, escuchaba decir que había que exterminar al nuevo Gobierno, a los emigrados y a los extranjeros; cuando me dejaba seducir por las opiniones moderadas y empalagosas de los escritores que predicaban el retorno a la moral y a la justicia, se me insinuaba, a la segunda frase, que Francia no podía prescindir de un rey, cosa esta que me chocaba especialmente. Así pues, no sabía muy bien qué hacer con mi entusiasmo por la República.

Benjamin Constant se presenta aquí más ingenuo de lo que realmente era a pesar de su aire cándido. Tampoco él estaba tan enamorado como en Suiza, al principio de su pasión. Habiendo propuesto matrimonio a madame de Staël, después de que ésta hubiera perdido a su marido en 1802, soportó una especie de rechazo. Ella no quería perder el apellido que sus escritos habían hecho célebre. Él se ofendió y entabló una relación con madame Talma[18] y, luego, con otras. Para molestar a su tempestuosa amiga, llegó incluso a casarse con una sosa alemana, Charlotte de Hardenberg, algo que sugirió a Sismondi algunas reflexiones muy sensatas:

El señor Constant ha hecho una elección muy extraña. Los hombres se imaginan a menudo que la tormenta que azota su corazón está provocada por

> el objeto de su amor y que se calmarán si se atan a una persona apática. Esto no es sino una manera de huir de sí mismos y de aquello que se les parece, pero esto no puede salirles bien durante mucho tiempo.

En efecto, madame de Staël reconquistó al amante despechado y éste la siguió a su exilio en Weimar y en Coppet. Jamás se vio dos seres más exquisitos, más perfectamente hechos para comprenderse, atraerse, repelerse y atormentarse cruelmente. A Sismondi, que les hizo una visita en aquel último retiro, le costó al principio acostumbrarse a aquellas continuas batallas de ingenio y elocuentes discusiones, a aquellos enfrentamientos dialécticos en los que sufría en silencio por no brillar tanto como los contendientes. Pero pronto la chispa y la vivacidad de aquellos dos grandes virtuosos le causaron tanto placer que su madre no tuvo más remedio que aconsejarle que evitara acalorarse demasiado. Con su sentido común de mujer experimentada, había adivinado el carácter de Constant, lo que le permitió combatir la admiración de su hijo:

> Me vas a encontrar más que ridícula, Charles mío, si vuelvo una vez más a darte consejos sobre Constant. Me dirás que tú lo conoces y que yo no. Lo que yo pienso de su carácter es en gran parte el resultado de los elogios que te he oído hacer de él, pero, en fin…, pero, en fin, es de esas personas a las que no conviene entregarse por completo. Puede querer a la gente, puede querer agradar, pero una tierna y verdadera amistad, la renuncia o el sacrificio son todas cosas que no hay que esperar de él. De vuelta de todo eso, la única sensibilidad que tiene es la de las pasiones; lo hace todo con el pensamiento, del que está sobrado, pero eso que se llama *alma*, él no tiene en absoluto…

No vaya a creerse que todos los errores, en aquella tormentosa relación con madame de Staël, los cometió Benjamin Constant. Él mismo se consideraba más culpable de lo que lo era en realidad al

decir: «Cuando estoy en París, subo las ventanillas de mi coche para evitar que se me señale con el dedo». Ignoraba que, al mismo tiempo, Corinne,[19] cuyo gran corazón albergaba varios amores a la vez, había entablado una relación estable con Camille Jordan y le había propuesto que la acompañara a Italia, como podemos ver en este extracto de la carta que le escribía el 6 de septiembre de 1802:

> Una sola cosa me decidiría a no volver aquí este invierno: que vos quisierais venir, a finales de octubre, para partir con un par de ginebrinos y conmigo rumbo a Italia. Visitaríamos al señor de Melzi, que me ha invitado; veríamos Roma y Florencia, la primavera. A la vuelta a Ginebra, tal vez podríais acompañar a mi padre a Francia. Tengo suficiente dinero para hacer el viaje sin estrecheces, prácticamente sin ningún gasto por vuestra parte. *Benjamin pasará el invierno en París*. Nos mandará noticias durante el viaje. Si no os interesa este plan que a mí tanto me apetece, no lo habléis *absolutamente* con nadie, pues no me gustaría enfriar las ganas del resto de mis amigos. Olvidar todo lo que me oprime durante seis meses, olvidarlo con vos, a quien amo profundamente, bajo ese bello cielo de Italia; admirar juntos las ruinas de un gran pueblo y derramar lágrimas por aquellos que sucumbieron antes de alcanzar la verdadera grandeza sería una dicha para mí. Llevaría conmigo a mi hijo mayor, que es muy bueno, y durante seis meses me olvidaría del dolor. ¿Por qué no sentís vos la misma necesidad? Pero, una vez más, si no la sentís, si no puedo contar con esa felicidad para consolarme de tantas penas, no digáis jamás que os he escrito ni una sola palabra sobre este plan: es importante.

A pesar del rechazo de Camille Jordan, ella no le guardó rencor. A falta de un sentimiento más tierno, conservó la amistad con él:

Coppet, 23 de octubre de 1802

> Yo ya sabía, mi querido Camille, que eso que se llama normalmente la *razón* no entraba en mi plan, pero era algo mejor que la razón lo que me animaba cuando tuve aquella idea. No hablemos más de ello… Seguramente el padre de Benjamin lo retendrá en Ginebra la mitad del invierno, así que volveréis a verme a solas pocos días después de mi novela.[20] Espero que entonces os ocupéis de mí, sobre todo teniendo en cuenta que me falta uno de mis amigos. Os lo repito, llegaré amándoos todavía más que cuando me fui. Eso es lo que pasa por haberos conocido mejor. La causa debe de gustaros…

En aquella misma época tenía a su lado, para educar a su hijo, a un alemán célebre, el docto Schlegel, quien, no contento con disfrutar de la hospitalidad de aquella aristocrática existencia, con un sueldo de 1000 francos al mes, se tomaba además algunas familiaridades. Temiendo que la señora de la casa lo tomara por un vulgar preceptor si le hablaba con demasiada deferencia, nunca dejaba pasar la ocasión, en cuanto había invitados, de dirigirse a madame de Staël llamándola *querida amiga*, cosa que ella soportaba con resignación.

Pero no fue el único por quien madame de Staël se humanizó. En su círculo de adoradores, distinguió también al señor de Sabran y, más adelante, al señor de Barante, algunos de cuyos rasgos incorporó al personaje de Oswald. Durante el invierno de 1811-1812, de paso por Ginebra, conoció a un joven oficial cuyas heridas ponían su vida en peligro, se conmovió, le inspiró una profunda pasión y se casó con él en secreto. El señor de Rocca era demasiado joven como para que ella reconociera públicamente el matrimonio sin exponerse a las bromas mundanas, y aquello supuso un nuevo problema en su vida.

A pesar de todo, no rompió jamás con Benjamin Constant: semejante divorcio de sus célebres personalidades habría escandalizado a Europa, al menos eso suponía ella. Pero sus mentes

congeniaban mucho mejor que sus corazones y ella murió sin dar muestras de reanudar la relación con él, a pesar de verlo todos los días.

MADAME RÉCAMIER

Amiga de siempre y confidente de madame de Staël, con quien había compartido la caída en desgracia y el exilio, madame Récamier no tiene en la novela *Adolphe* más que un papel secundario. Tampoco tuvo en el destino de Benjamin Constant más que una influencia pasajera. A la edad a la que habían llegado y en el medio en que vivían, la pasión amorosa, extenuada por los placeres desde hacía tiempo, pasó del corazón al cerebro, de los actos a las palabras. El ardor amoroso ya sólo es fantasía o capricho, justa fingida entre adversarios experimentados de sobra.

Digámoslo sin rodeos: la vanidad de madame Récamier se enorgullecía de uncir a su carro, detrás del cual marchaban ya tantos esclavos encadenados, al hombre de quien su amiga se vanagloriaba desde hacía tantos años. Por su parte, Benjamin Constant pensó que podría seducir a la virgen coqueta, fortaleza de virtud que hasta entonces había resistido todos los asaltos, y convertirse en el Romeo de aquella inexpugnable Julieta. Ambos se equivocaron. Una naturaleza ávida de emociones como la de Constant no podía reducirse a un único sentimiento; por lo demás, había conocido en extremo las amarguras, había exprimido en extremo los goces de la vida, había afrontado con similar ardor el agotador trabajo de las

pasiones y de las ideas como para alimentar la esperanza de una felicidad que sólo se obtiene en la flor de la juventud.

Su duelo amoroso tuvo lugar entre 1814 y 1815, sobre todo durante los Cien Días. Madame Récamier se jactaba en aquel momento de haber trastornado al célebre publicista y de ser la única causa del increíble cambio de opinión con el que arruinó su reputación. Pero Constant tenía una naturaleza bastante voluble como para no necesitar que nadie lo empujara en esa dirección. Aun así, volvamos a la ficción y al espectáculo de un donjuán consumido enfrentado a Célimène, y que no ve en los desgarramientos de la patria sino un medio para hacerse amar.

Napoleón acaba de desembarcar en Cannes. Madame Récamier, que cuenta con muchos amigos entre los adversarios del emperador, caído en desgracia, ve su salón invadido por una muchedumbre de apuestos jóvenes que, blandiendo sus sables, hablan con de Forbin de ir a morir a las puertas de la ciudad. ¿Qué partido tomará Benjamin Constant? Es demasiado viejo para batirse. No obstante, lleva varios meses cortejando a madame Récamier sin éxito: a cualquier precio tiene que distinguirse entre los demás. A falta del sable, ofrece su pluma y escribe a su cruel Dulcinea:

> Si el Gobierno se une a la nación, no habrá nada perdido a pesar del Ejército; si no, temo mucho por el desenlace. En medio de todo esto, me apena no ocuparme exclusivamente de usted y me lo reprocho. El mundo se vendría abajo y yo sólo pensaría en vos.

Al mismo tiempo, publica en el *Journal de Paris* un artículo tan violento contra Bonaparte que madame de Staël, entonces ausente, escribe a Madame de Récamier:

12 de marzo de 1815

Mi querida amiga:

Hacedme un nuevo favor: haga que Benjamin Constant se vaya. Estoy muy preocupada por él después de lo que ha escrito.

Pero no se puede dejar escapar una conquista tan preciosa. El día en que Napoleón entra en Lyon, nuevo mensaje acuciante del viejo enamorado:

Perdonadme si aprovecho las circunstancias para importunaros, pero la ocasión es en extremo apremiante. Seguramente mi suerte se decida en cuatro o cinco días, pues, aunque prefiráis no creerlo para disminuir vuestro interés, indudablemente soy, junto con Marmont, Chateaubriand y Lainé, uno de los cuatro hombres que mayor peligro corren Francia; por tanto, es seguro que, si no triunfamos, en ocho días seré un proscrito o un fugitivo, o estaré en un calabozo o me habrán fusilado. Concededme, pues, todo el tiempo y todas las horas que pueda; si muero, os quedará el consuelo de haberme hecho ese favor. No atormentéis vuestra alma con remordimientos. Aunque vuestro corazón sea insensible, lo que siento por usted es tan valioso para mí como mi propia vida: una señal de indiferencia me hace más daño de lo que podrá hacerme, en unos días, mi sentencia de muerte, y, cuando pienso que el peligro es un medio para obtener de vos alguna muestra de interés, no puedo más que congratularme de él.

Entre tanto, Napoleón llega a marchas forzadas a París, y la amada, lejos de someterse, redobla su rigor. Benjamin, desesperado, le escribe:

En nombre del cielo, obligaos, durante unos días, a ocultarme vuestra aversión. Necesito mi cabeza; la estoy exponiendo por una causa que vos amáis. Desafío a Bonaparte, que está a punto de volver y al que he atacado de todas las

> formas posibles. Todo el mundo me dice que no espere a su llegada, pero lo haré para demostraros que hay en mí algo de valor y algo bueno. ¿Por qué, entonces, desdeñarme y colmarme de humillaciones?

Para correr un peligro todavía mayor, envía al periódico *Débats* el famoso artículo en el que exclamaba: «No iré, como un miserable tránsfuga, arrastrándome de un poder a otro, disfrazando la infamia con sofismas y balbuceando palabras profanadas para redimirme de una vida vergonzosa». Queriendo a continuación aparecer con dignidad ante aquella a la que corteja, le escribe:

> Estoy muy contento de que mi artículo se haya publicado; al menos así no se podrá sospechar de su sinceridad. […] Sería extraño que, porque os amo, me negarais incluso vuestra estima. No tengo otro pensamiento en medio de unas circunstancias que se complican de un modo increíble…

Finalmente, después de la entrada de Napoleón en París, fiel a la promesa que hizo a su amada unos días antes, «Si os vais, yo me voy; si no, me quedo», huye a Nantes. Pero, reclamado por Fouché, tiene una entrevista con el emperador, consiente en trabajar en el Acta Adicional[21] y entra en el Consejo de Estado, lo que, como es natural, le atrae el odio de los realistas y el despreciativo desdén de madame de Récamier. Desesperado, decide despedirse de ella y lo hace en unos términos que no dejan lugar a dudas sobre su profundo desánimo: «Me advertisteis que ya no podía contar con vuestro afecto y habéis conseguido que me sean odiosos los dones del espíritu que no han conseguido complaceros».

Si hubiera que sacar alguna lección moral de este estudio que acabamos de esbozar, la tomaríamos prestada al propio Benjamin

Constant cuando al final de su vida escribe: «Por tanto, es verdad que, sin ninguna desgracia íntima, he sufrido más congojas que los desdichados bajo la rueda; que las merecí, pues yo también se las hice sufrir a otros; que envidié mil veces todo aquello que se asemejaba a una vida ordenada, y que no he encontrado la paz en ninguna parte».

ANTOINE-JOSEPH PONS, 1878

POSFACIO DEL TRADUCTOR A *CÉCILE*

Una autobiografía novelada

La compleja redacción y muy tardía publicación de *Cécile* avalan su peculiaridad literaria. Hasta hace poco más de medio siglo, sólo se sabía de su existencia por las memorias de dos amigos íntimos de Benjamin Constant.[22] No habían leído este texto pero sí habían oído hablar de él a su autor, quien al abandonar Gotinga a finales de 1813 envió a Lausana un cofre repleto de correspondencia y escritos personales que nunca llegó a recuperar y que acabó arrumbado en un desván familiar. De allí salió el manuscrito de *El cuaderno rojo*[23] en 1907, pero hasta 1948 nadie se fijó en el de *Cécile*, que acabó publicando en 1951 la editorial Gallimard y convirtiéndose en el acontecimiento literario del año.

Cécile abarca quince años de la vida de Constant, del 11 de enero de 1793 al 2 de febrero de 1808; esto es, desde que conoce a Cécile en Brunswick hasta pocos meses antes de su boda secreta en Brevans, el 5 de junio de 1808. No inicia su primer *Diario íntimo*

hasta el 22 de enero de 1804, pero es posible completar y contrastar lo narrado hasta esa fecha rastreando su oceánica correspondencia.[24] Dentro de una extensión textual muy similar y unas pautas cronológicas más precisas, el tiempo biográfico transcurrido es menor que en *El cuaderno rojo* –que cubre los veinte primeros años de su vida (1767-1787)– y el contenido se limita a las relaciones del autor con dos mujeres: Cécile y la señora de Malbée, es decir, Charlotte de Hardenberg (1769-1845) y madame de Staël (1766-1817) en la vida real. En ambos relatos se produce una inversión entre tiempo narrativo y extensión textual, reduciéndose aquél a favor de ésta. Así, las tres primeras épocas de Cécile cubren tres años y medio, y –tras un período (1796-1803) sin contacto con la protagonista–; las épocas 4ª y 5ª, tres años y dos meses. En cambio, la 6ª y la 7ª apenas cubren un lapso de un año y cuatro meses, pero ocupan casi la mitad del relato, al igual que ocurre con el año 1787 en *El cuaderno rojo*.

Constant los escribió en 1811, con cuarenta y cuatro años. *El cuaderno rojo* relata los sucesos jocosos y tragicómicos que jalonaron aquella primera etapa de su vida y *Cécile* su relación con Charlotte desde los veinticinco hasta los cuarenta, aproximadamente. Cuando esto escribe llevan tres años casados, aunque él ha seguido pasando temporadas junto a Staël, hasta mayo de 1811, en que se despiden para siempre. Entre el 19 de agosto y el 1 de noviembre de 1811, el matrimonio ha vivido en Hardenberg (hoy Holanda), en casa de la familia paterna de ella, y a partir del 2 de noviembre se instala en Gotinga, donde reside hasta finales de 1813, retirado él de la política y dedicado a su historia de las religiones, junto a una mujer a la que profesa un gran afecto y

que lo ama sin condiciones, pero por la que es incapaz de apasionarse. Aunque permanecerá con ella el resto de su vida, no tardará en volver a las andadas políticas y amorosas.

Es evidente que, tal como subraya repetidas veces el autor en sus diarios, Staël fue el gran amor de su vida, y si le fue infiel y dejó constancia escrita tanto de sus propias infidelidades como de los defectos de ella fue por un prurito de desquite, pues nunca se conformó con él como amante ni como amado. Exigió de él obediencia y presencia física durante años porque sabía apreciar como nadie su valía intelectual y su capacidad de sacrificio, pero no sentía atracción física, ni se le habría ocurrido casarse, pese a que alguna vez se lo sugiriera para aplacar el enojo del amante despechado que amenazaba con dejarla si no lo hacía. Ésta era la situación real entre ellos, por mucho que Albertine[25] fuera, muy probablemente, hija de ambos. Pero, a pesar de esa disponibilidad y docilidad en su presencia, no era hombre fácil de domeñar. Le sobraban atractivos y doblez para, sin dejar de estar enamorado de Staël, seguir encaprichándose de mujeres bellas, inteligentes y más suaves de carácter.

Una tardía observación en su diario del 7 de septiembre de 1814 nos confirma hasta qué punto tenía asumida esa estrategia de seducción y de apropiación del discurso femenino que, de hecho, practicó toda su vida y cuyos resultados podemos estimar modestos o, por el contrario, satisfactorios, según consideremos en el hombre al triunfador social o al fracasado sentimental: «Todavía no me quiere, pero le gusto. Son pocas las mujeres que se resisten a mi manera de estar absorbido y dominado por ellas. Eso me da mucho ánimo. Noto en mis venas un calor insólito».[26] Constant juega con el

patetismo que emana de su carácter para utilizarlo a su favor sin poder evitar resultar efectivamente patético. Hace esta observación con cuarenta y siete años –ahora enamorado de la joven Juliette Récamier– en referencia a esos caducos ardides amatorios en los que siempre se acaba enredando hasta el agobio. La coqueta Récamier jugó con él como quiso, y tanto los testimonios de Constant como los de algunos contemporáneos, incluidos los de la propia Juliette, producen en el lector una honda perplejidad. Sólo la pulsión autoanalítica del escritor de raza compensa y justifica, intelectual y estéticamente, el espectáculo de la desintegración de una personalidad que, a pesar de ello, nunca dejó de ser un eximio politólogo, historiador y jurista, y un parlamentario de primera fila hasta el día de su muerte, en 1830, recién nombrado por Luis Felipe de Orleans presidente de sección del Consejo de Estado. La incomprensión que produjo en sus contemporáneos este tipo de comportamiento no se debió sólo, como fue el caso de su enconado enemigo, el crítico Sainte-Beuve, a la envidia de un hombre poco agraciado físicamente,[27] sino a que Constant seguía cultivando esa mentalidad dieciochesca para la cual cierto libertinaje estaba hasta bien visto; pero había dejado de estarlo a principios del XIX, cuando los excesos de la Revolución trajeron de vuelta una mojigata religiosidad. Ello no quita que Constant fuera también un hijo del XIX y, posiblemente, al igual que su *álter ego* Adolphe, la primera víctima del llamado *mal del siglo*.

La intencionalidad ficcional es evidente en *Cécile*, de entrada en la selección del material biográfico llevada a cabo por su autor. Si bien *El cuaderno rojo* es una autobiografía cumplidora con los requisitos del *pacto autobiográfico* establecido por Philippe

Lejeune[28] –o sea: relato en prosa y en primera persona de la historia de una individualidad, cuyo autor está identificado con nombre y apellido, y es a la vez narrador y protagonista–, *Cécile* tiene un carácter híbrido. Se trata a todas luces de un escrito autobiográfico, pues gran parte de la información aportada y de los hechos relatados son biográficamente comprobables, pero otros datos no coinciden con la realidad biográfica o están tergiversados. Su presencia en el discurso no es casual ni se debe a desfiguraciones del recuerdo o a una exacerbación de la memoria sentimental, sino que cumple una función concreta dentro de una trama ficcional imbricada en el relato autobiográfico.

En *El cuaderno rojo* está muy presente el componente literario, pero éste no altera la veracidad autobiográfica, sino que contribuye a ella al conformar el estilo y el recuerdo un todo indisociable, una forma de *ser expresándose*. En *Cécile* se dan suficientes señales –en la adopción de nombres ficticios, en la estrategia narrativa y en la selección y la manipulación de los datos biográficos– para concluir que se trata de una autobiografía novelada, uno de cuyos objetivos sería presentar a dos mujeres, existentes en la realidad, en su relación con un mismo hombre, pero dos mujeres opuestas entre sí hasta encarnar dicotómicamente el buen amor y el mal amor. Conste que jamás afirmó haber escrito una autobiografía con *Cécile*, un texto que no dio a leer a nadie. No cabe, por tanto, acusarlo de superchería autobiográfica, pues era libre de adoptar la forma que más le conviniera para lograr sus fines, aquí una especie de atajo experimental entre la autobiografía arquetípica de *El cuaderno rojo* y el autobiografismo simbólico y quintaesenciado de *Adolphe*, ese clásico de la novela de análisis que publicó en 1816 con un éxito de

público inmediato y que le garantizó la posteridad literaria. Si Constant hubiera podido regresar a Lausana para recuperar su cofre, es probable que hubiese rematado esta joya literaria que es *Cécile*, pero tal como nos ha llegado puede hacerse el lector de hoy una idea más nítida de la función catártica que seguramente le asignó su autor para liberarse del peso de la memoria.

POSFACIO DEL TRADUCTOR A *EL CUADERNO ROJO*

Constant el inconstante

Sola inconstantia constants[29]

Lo mismo que otros famosos cuadernos de la historia deben sus nombres al color de las tapas de los cuadernos en que se escribieron sus respectivos manuscritos, *El cuaderno rojo* de Benjamin Constant se lo debe al color de las suyas. Constant, sin embargo, había puesto un título clásico a su manuscrito: *Ma vie*. Pero, puesto que no lo publicó en vida, pues al parecer pensaba continuarlo o utilizarlo para otros fines (y en cualquier caso lo abandonó, reclamado tal vez por sus obras políticas o, sencillamente, cansado de él), la baronesa Charlotte de Constant, a quien fue a parar finalmente el manuscrito y a la que debemos su primera edición en fecha tan tardía como 1907, prefirió el título, sin duda más enigmático y atractivo, de *El cuaderno rojo*. A fin de cuentas, ya había muchas *Ma vie* en aquella época, pero *El cuaderno rojo* era todavía un título original. Las

diferencias entre aquella primera edición, que publicaría Calmann-Lévy en un pequeño volumen poco después de haber aparecido en dos entregas aquel mismo año en la famosa *Revue des Deux Mondes*, y el manuscrito original (ciento dieciocho folios escritos a mano por el propio Benjamin Constant) son numerosas, aunque no sustanciales.

Constant escribió *El cuaderno rojo* cuando tenía ya cuarenta y cuatro años, en 1811, como precisa en un pasaje, y, a juzgar por todos los indicios del manuscrito, lo retocó posteriormente y es posible incluso que lo reescribiera por completo. Para entonces ya se había casado dos veces, la segunda en secreto, seguro que por temor a madame de Staël, con quien seguía teniendo una tortuosa relación, después de que ésta hubiera rechazado años atrás su proposición de matrimonio. Había escrito ya el *Adolphe* y aquel mismo año, si no antes, comenzaría *Cécile*, por limitarnos a sus obras más autobiográficas (Alfred Roulin ha apuntado la hipótesis de que tal vez las páginas de *El cuaderno rojo* fuesen originalmente las de los primeros capítulos de *Adolphe*, desechados por Constant).[30]

El relato de *El cuaderno rojo* abarca los primeros veinte años del autor, de 1767 a 1787, y más de la mitad está dedicado al último año, en el que se interrumpe de forma un tanto abrupta. Por lo que sabemos de su vida, tanto a través de los relatos de sus contemporáneos como de su copiosa correspondencia y de *Diario íntimo*, el Benjamin Constant maduro no fue muy diferente del joven que aparece retratado aquí. Impulsivo, ingenuo, caprichoso, tímido, temerario, voluble, apasionado, indeciso, decidido, intrigante; en fin, una lista interminable de atributos contradictorios que hicieron de él un personaje singular, adorable para algunos, generalmente algunas,

y aborrecible para otros, como suele ser casi siempre el caso de los temperamentos que mezclan la vehemencia con la indolencia en dosis similares. Hombres que, dicho en otras palabras, logran convertir sus peores vicios en sus mejores virtudes. Constant el Inconstante se llamaba a sí mismo con humor, otro rasgo este de su compleja y contradictoria personalidad. Émile Faguet, en la célebre semblanza que hiciera de él, lo resume todavía mejor: «Un liberal que no es optimista, un escéptico dogmático, un hombre sin ningún sentimiento religioso que se pasa la vida escribiendo sobre la religión, un hombre de moralidad muy lasa que basa todo su sistema político en el respeto a la ley moral, y, además, un hombre de una maravillosa rectitud de pensamiento y una conducta más que dudosa [...] que nunca supo lo que quería, pero siempre supo lo que pensaba».[31]

El carácter autobiográfico de *El cuaderno rojo* está fuera de toda duda, y la mayoría de los hechos que relata se han podido documentar, aunque su valor no resida únicamente ahí. Charles Du Bos dijo de él que era «una obra maestra que en el género del retrato autobiográfico no tenía igual»,[32] y, a pesar del tiempo transcurrido y de la proliferación de vidas y cuadernos de todos los colores, literarios y no literarios, que han aparecido y desaparecido desde entonces, *El cuaderno rojo* sigue conservando toda su frescura. Si tuviéramos que decir por qué, no nos iba a ser fácil. El perdurar en el tiempo es una cualidad de los clásicos, y al final no sabemos nunca si perduran porque son clásicos o si son clásicos porque perduran. Posiblemente las dos cosas sean la misma. Pero sí podemos decir que hay algunas cualidades por las que se reconoce a los clásicos, y entre ellas no es la menor la observación inteligente

y sincera del alma humana y de las fragilidades y contradicciones del hombre, que en el caso de Constant, como hemos dicho, no eran precisamente pocas. Éste era incapaz de disfrazar sus sentimientos, incluso cuando éstos no le favorecían. La sinceridad fue quizá su cualidad más alta, y su *Adolphe* o su *Diario íntimo* son la mejor prueba de ello. No es ésta una cualidad estrictamente literaria, evidentemente, pero sí aquella con la que se hace la buena literatura, la única literatura, incluso diría yo, pues la otra es indigna de ese nombre. Y, respecto a las cualidades propiamente literarias, en Constant podríamos decir que se daban por añadidura, a pesar, o quizá por eso mismo, de que nunca estuvo satisfecho de su obra, como tampoco lo estuvo de su vida. Y, si bien es cierto que en ambos casos podía haber mucho de pose, tenemos que reconocer también que la insatisfacción y la inseguridad eran lo que le daba vuelo. De hecho, no otro fue el origen de sus éxitos y sus fracasos más rotundos en la vida.

Constant, en sus obras que consideró menores, y a las que dedicó mucho menos tiempo y estudio (las mencionadas *Adolphe*, *Cécile*, *El cuaderno rojo*, y posiblemente también su *Diario íntimo* y su abundantísima correspondencia, casi toda ella con mujeres), pues las mayores fueron para él las políticas y las religiosas, consiguió precisamente sus logros más imperecederos y universales. Esto es algo que ha sucedido con frecuencia en la historia de la literatura y que tiene su profunda razón de ser. No es una regla absoluta, pero las obras menores, las que se escapan de la pluma por así decirlo, suelen ser producto del genio, mientras que las mayores lo son del trabajo y del estudio. O, si lo prefieren, mientras unas son producto del sentimiento, las otras lo son de la razón. Y, al contrario de lo que

se dice a menudo, los sentimientos son imperecederos, mientras que la razón no lo es. Quince días dedicó a la composición inicial del *Adolphe* y quince años a una apología del sentimiento religioso. (Seguramente fueron bastantes más de quince días, pues aunque la frase está en su *Diario íntimo*, Constant era muy dado a exagerar.) Yo creo que si hay un caso en la literatura que pueda ilustrar la famosa, y seguramente falsa, dicotomía entre obras de la razón y obras del corazón es precisamente el suyo. Por eso tal vez nunca dejó de amar a todas las mujeres que pasaron por su vida, que no fueron pocas, y nunca dio una relación por terminada. Eran, la mayoría de aquellas mujeres, cultas e inteligentes, generalmente mayores que él y generalmente también casadas, y, cuando les faltaba alguna de estas virtudes, la suplían con la belleza. La mayoría asimismo tenía un salón donde se rendía culto a la conversación, se leía, se escuchaba música e incluso se conspiraba entre galanteo y galanteo. En *El cuaderno rojo* aparecen ya algunas de ellas, madame Trevor, madame Pourras o madame de Charrière. Constant no ocultó nunca la identidad de sus amantes, que en ocasiones tuvo simultáneamente y a las que hasta convertía en confidentes de sus éxitos o sus fracasos con otras mujeres. Escribir una apasionada carta a una por la mañana e irse luego tranquilamente a pasar la tarde con otra era en él la cosa más natural del mundo. Luego vendrían las más famosas, Anna Lindsay, madame de Staël, Charlotte de Hardenberg, que fue su segunda esposa, la Cécile del relato homónimo, la actriz Julie Talma o madame Récamier. Con muchas de ellas tuvo a lo largo de su vida una apasionada correspondencia. En fin, «un hombre libre, pero siempre encadenado por las mujeres», dijo de él Marcel Arland. Un

hombre que fue de fracaso en fracaso hasta convertirse finalmente en un héroe nacional y un clásico de la literatura universal que, casi dos siglos después de muerto, sigue teniendo lectoras y lectores fieles.

CRONOLOGÍA DE BENJAMIN CONSTANT[33]

Como muchos de los hombres y mujeres de su época y clase social, Constant tuvo una vida bastante agitada. Prototipo de ilustrado, fue un hombre de una actividad incesante y casi compulsiva, tanto pública como privada. Viajó por toda Europa, ocupó cargos públicos en distintos gobiernos, habló cuatro o cinco idiomas, fue amigo de las figuras más célebres e influyentes de su tiempo. Jugador empedernido y amante obsesivo, se batió en duelo más de veinte veces y se granjeó con sus panfletos políticos y sus discursos tantas amistades como enemistades. En esta cronología nos limitaremos a señalar sólo los hechos y episodios más relevantes de su vida, es decir, aquellos que dejaron una huella perdurable en él: viajes, obras, amores y amistades.

1767. Nace el 25 de octubre en Lausana, hijo de Louis-Arnold-Juste Constant de Rebecque y de Henriette-Pauline de Chandieu. El 10 de noviembre muere su madre.

1775-1779. Vive con su padre, alternativamente, en Bruselas, Lausana y Holanda.

1780-1784. Diversas estancias en Alemania, Suiza, Bélgica, Holanda e Inglaterra. Conoce a Gibbon.

1785. Primera estancia en París. Primer amor de Constant por madame Johannot.

1786. Se enamora de madame Trevor.

1787. Conoce a madame de Charrière en casa de Necker. Viaje a Inglaterra. Estancia en Suiza.

1788. Es nombrado chambelán en la corte de Brunswick. El 8 de enero, y en Colombier, se celebra, finalmente, su duelo con Duplessis, quien no había podido presentarse antes debido a unas fiebres.

1789. Matrimonio con Wilhelmina von Cramm. Estancia en Lausana.

1793. Inicia su relación con Charlotte de Hardenberg. Se separa de su mujer. Estancia en Colombier, en casa de madame de Charrière.

1794. Encuentro con Germaine de Staël. Inicia sus estudios sobre religión.

1795. Comienzo de su actividad política. Se instala en casa de madame de Staël en Mézery. Redacción de panfletos a favor de las instituciones republicanas. Dimite en la corte de Brunswick. El Comité de Salud Pública envía al exilio a madame de Staël, quien se instala con Constant en Suiza. Divorcio de Wilhelmina von Cramm.

1796. Publica su primer panfleto político importante, *De la force du gouvernement actuel de la France et de la nécessité de s'y rallier*, impreso en Suiza. Encuentros con Julie Talma en París.

1797. Publica *Des effets de la Terreur*. El 8 de junio nace Albertine de Staël.

1798. Por la anexión de Suiza, se convierte en ciudadano francés. Se instala en París con madame de Staël.

1799. Es nombrado miembro del Tribunal.

1800. Pronuncia su primer discurso de oposición en el Tribunal. Inicio de su apasionada relación con Anna Lindsay.

1801. Fin de su relación con Anna Lindsay. Se instala en Suiza con madame de Staël. Conoce a Sismondi.

1802. Constant es expulsado del Tribunal.

1803. Proyecto de matrimonio con Amélie Fabri. Escribe su primer diario: *Amélie et Germanie*. Viaje a Alemania con madame de

Staël, quien rechaza su oferta de matrimonio. Estancia en Weimar. Frecuentes encuentros con Goethe y Schiller.

1804. Inicia su *Diario íntimo*. Muere Necker. Estancia en Suiza y en París, donde vuelve a ver a madame Talma. Nuevo encuentro con Charlotte von Hardenberg.

1805. Muere Julie Talma. Pasión renovada por Anna Lindsay y proyecto de matrimonio con Charlotte. Muere madame de Charrière.

1806. Comienza la redacción de los *Principios de política*. Estancias alternativas entre París y Ruan, donde reside madame de Staël. Nueva pasión por Charlotte. Comienza la redacción de *Adolphe*.

1807. Nuevo exilio de madame de Staël. Comienza la adaptación de *Wallenstein*, de Friedrich Schiller. Acaba el primer *Diario íntimo*. Desavenencias con De Staël.

1808. Matrimonio secreto con Charlotte.

1809. Charlotte confiesa a madame de Staël su matrimonio con Constant. Constant se reúne con madame de Staël en Lyon a petición de ésta. Charlotte intenta suicidarse. Constant abandona a su mujer y vuelve con madame de Staël. En diciembre, ratificación del matrimonio de Benjamin y Charlotte en París.

1810. Se instala en París. Probable redacción de *Cécile*.

1811. Constant y Charlotte viajan a Suiza. Alejamiento de madame de Staël. Redacción de *El cuaderno rojo*. Viaje a Alemania con Charlotte.

1812. Muere su padre. Constant, miembro de la Real Sociedad de Ciencias de Gotinga.

1813. Comienza *Le Siège de Soissons*. Escribe *De l'esprit de conquête et d'usurpation*.

1814. Vuelta a París después de la caída del Imperio y de la abdicación de Napoleón. Encuentro con el zar Alejandro. Nuevo encuentro con madame de Staël en París. Publica *Réflexions sur les Constitutions, la distribution des pouvoirs et les garanties dans une monarchie constitutionelle*. Se enamora locamente de madame Récamier. Comienza la redacción de *De la responsabilité des ministres*.

1815. Se produce el famoso episodio conocido como los Cien Días (Cents-Jours): desde el regreso del Napoleón exiliado en Elba hasta Waterloo y la restauración de Luis XVIII como rey de Francia. Entretanto, violentos artículos de Constant contra el emperador, quien regresa a París. Constant es recibido varias veces por él y nombrado consejero de Estado. Redacta el Acte additionnel aux constitutions de l'Empire. Batalla de Waterloo. Napoleón abdica. El 24 de junio, Constant visita al emperador y, posteriormente, es condenado al exilio, aunque la orden será revocada por el rey pocos

días después. Ruptura con madame Récamier y reconciliación con Charlotte.

1816. Viaja con Charlotte a Londres. Publicación de *Adolphe* en Londres. Vuelta a París. Publica *De la doctrine politique qui peut réunir les partis en France*.

1817. Muere madame de Staël en París.

1818. Da su primera conferencia en el Ateneo real sobre la historia de las religiones. Se rompe una pierna durante un paseo, lo que le dejará cojo para el resto de su vida. Publica el *Cours de politique constitutionnelle*.

1819. Es elegido diputado de la Sarthe.

1820. Publica el primer volumen de *Mémoires sur les Cents-Jours*, su historia de los Cien Días.

1822. Publica la primera parte del *Commentaire sur l'ouvrage de Filangieri*. Publica el segundo volumen de *Mémoires sur les Cents-Jours*. Fracaso en las elecciones. Se bate en duelo sentado en una silla.

1824. Es elegido diputado por París. Aparece el primer volumen de *De la religión*.

1825. Publica el segundo volumen de *De la religión*.

1827. Publica el tercer volumen de *De la religión*.

1828. Reúne sus discursos parlamentarios y los publica en dos volúmenes. Fracasa su elección a la Academia.

1829. Publicación de *Mélanges de littérature et de politique*. Trabaja en un cuarto volumen de *De la religión*.

1830. Es reelegido diputado en Estrasburgo. Enfermo, se retira al campo. Publica el cuarto volumen de *De la religión*. Es nombrado presidente de una sección del Consejo de Estado. Vuelve a fracasar su elección a la Academia. El 19 de noviembre pronuncia su último discurso en la Cámara, a favor de impresores y libreros. Muere el 8 de diciembre en París, acompañado por Charlotte y su amigo Coulmann. El 12 de ese mismo mes se celebra un funeral de Estado. Constant es enterrado en el cementerio de Père-Lachaise.

1 Este epígrafe, tomado del verso 523 de *La Eneida* III, de Virgilio, era por entonces expresión corriente para manifestar la alegría que se siente cuando se alcanza un objetivo largamente perseguido. En este caso, un matrimonio feliz y tranquilo. [Todas las notas son del traductor, salvo mención expresa.]

2 Reproducimos esta nota que Benjamin Constant redactó *a posteriori*, con fecha del 2 marzo, y que en el manuscrito original figura al final de uno de los cuadernos de su diario. [N. de la E.]

3 Jeanne-Victoire de Sellon de La Turbie (Ginebra 1777-Turín 1849), baronesa del imperio, dama de compañía de Pauline Bonaparte, casada, divorciada y vuelta a casar.

4 Propiedad en el campo de Benjamin Constant.

5 Jean-Jacques-Régis de Cambacérès (1753-1824), segundo cónsul durante el Consulado.

6 Pierre Fourcault de Pavant, notario de París, hombre de negocios de Benjamin Constant y madame de Staël.

7 Joseph Uginet, más conocido como Eugène, estuvo al servicio de madame de Staël durante muchos años.

8 Juego de azar.

9 Bebida de fuerte graduación alcohólica muy apreciada en la Inglaterra de entonces.

10 Constant dejó un espacio en blanco que la primera edición rellenó con la palabra *Rusia*, completamente arbitraria.

11 Prefacio de Antoine-Joseph Pons a la edición de *Adolphe* publicada por Quantin éditeur en 1878.

12 Benjamin Constant de Rebecque nació en Lausana en 1767 y murió el 8 de diciembre de 1830.

13 *Les Parisiennes, ou XL caractères généraux pris dans les mœurs actuelles, propres à servir à l'instruction des personnes du sexe, tirés des mémoires du nouveau Lycée des mœurs* (1787), obra del libertino francés Nicolas Edme Rétif de la Bretonne (1734-1896).

14 Se había casado en 1789 con una joven de la corte de Brunswick, Wilhelmine von Cramm, de quien se divorciaría al cabo de cuatro años.

15 En enero de 1793 Constant conoció a Charlotte de Hardenberg, con la que se casaría en secreto el 5 de junio de 1808.

16 Sabemos que el marido de madame de Staël era embajador de Suecia en París.

17 La señorita Moulat se dedicaba a siluetear figuras.

18 Véase más adelante el texto sobre Julie Talma.

19 *Corinne o Italia*, novela de madame de Staël publicada en 1807.

20 La novela *Delphine* apareció a finales de 1802.

21 El Acta Adicional a las constituciones del Imperio del 22 de abril de 1815 fue el acta constitucional redactada por Benjamin Constant a petición de Napoleón I.

22 Pagès de l'Arriège, en una nota biográfica, y J.-J. Coulmann, en sus memorias. Según el primero, la apacible vida que llevaba con Charlotte tras casarse con ella le inspiró *Cécile*, inicialmente ideada como episodio de *Adolphe*, lo que el autor acabó descartando para no dividir el interés de la obra. Véase *Œuvres Complètes* de Benjamin Constant, Max Niemeyer Verlag, Tubinga 1995, III, 1, p. 227.

23 Título que, por el color de sus tapas, puso su primer editor al manuscrito que Constant tituló *Mi vida*. Véase *El cuaderno rojo*, en este volumen.

24 Para un conocimiento más pormenorizado de ambos textos autobiográficos, véase mi estudio *Benjamin Constant: Mi vida-Cecilia,* Universidad de Granada, Col. Lenguas Modernas nº 1, 2002.

25 Albertine de Staël (1797-1838), hija de Germaine, concebida y nacida cuando ésta vivía con Constant, tuvo una relación paterno-

filial con él. En 1816 se casó con Victor, duque de Broglie (1785-1870). Mujer de gran rigor moral, destruyó las cartas de Constant a su madre e intentó borrar las huellas que pudieran delatar los *excesos* de ésta y ensombrecer su posteridad, así como su propio estatus social.

26 Alfred Roulin, *Benjamin Constant: Œuvres completes*, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, París 1979, p. 705.

27 Pierre Bonnoure, «Benjamin Constant ou l'imposteur», en *Europe* n.º 467, París 1968, p. 146.

28 Philippe Lejeune, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Megazul-Endymion, Madrid 1994.

29 Lema de Benjamin Constant.

30 Benjamin Constant, *Adolphe. Le Cahier rouge. Cécile.* Prefacio de Marcel Arland, edición de Alfred Roulin, Gallimard, París, 2003, p. 281.

31 Émile Faguet, «Benjamin Constant», en *Politiques et Moralistes du XIX siècle*, gallica.bnf.fr, pp. 187-255.

32 Charles Du Bos, *Grandeur et misère de Benjamin Constant,* Correa, París, 1946, p. 51.

33 Para redactar esta cronología el traductor se ha basado en las siguientes fuentes:

Alfred Roulin, «Vie de Benjamin Constant», en *Benjamin Constant, Adolphe, Le Cahier rouge, Cécile,* Gallimard, París, 2003, pp. 247-260.

Jean-Pierre Perchellet, *Chronologie de Benjamin Constant*, en http://www.stael.org, web de la Société des études staëliennes.

Hippolyte Castille, *The Project Gutenberg eBook of Benjamin Constant* (http://www.gutenberg.org).

Institut Benjamin Constant de la Universidad de Lausana (http://www.unil.ch/ibc).

ÍNDICE

Adolphe
Cécile
Amélie y Germaine
El cuaderno rojo

Anexos